

Jean E. Pendziwol



EL
SECRETO
DEL
FARO

HarperCollins
Narrativa

Jean E. Pendziwol

EL
SECRETO
DEL
FARO



Editado por HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

El secreto del faro
Título original: The Light Keeper's Daughters
© 2017 by Jean E. Pendziwol
Published by arrangement with Lennart Sane Agency AB.
© 2017, para esta edición HarperCollins Ibérica, S.A.
Traducción del inglés de María Porras Sánchez

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.

Diseño de cubierta: lookatcia.com
Imagen de cubierta: Getty Images

ISBN: 978-84-9139-186-9

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Índice](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[Primera parte: Finales y principios](#)

[1. Arnie Richardson](#)

[2. Morgan](#)

[3. Elizabeth](#)

[4. Morgan](#)

[5. Elizabeth](#)

[6. Morgan](#)

[7. Elizabeth](#)

[8. Morgan](#)

[9. Elizabeth](#)

[10. Morgan](#)

[11. Elizabeth](#)

[12. Morgan](#)

[13. Elizabeth](#)

[14. Morgan](#)

[15. Elizabeth](#)

[16. Morgan](#)

[17. Elizabeth](#)

[18. Morgan](#)

[19. Elizabeth](#)

[20. Morgan](#)

[21. Elizabeth](#)

[22. Morgan](#)

[23. Elizabeth](#)

[24. Morgan](#)

[25. Elizabeth](#)

[Segunda parte: Fantasmas](#)

[26. Elizabeth](#)

[27. Elizabeth](#)

[28. Morgan](#)

[29. Elizabeth](#)

- [30. Elizabeth](#)
- [31. Elizabeth](#)
- [32. Elizabeth](#)
- [33. Elizabeth](#)
- [34. Morgan](#)
- [35. Elizabeth](#)
- [36. Morgan](#)
- [37. Elizabeth](#)
- [38. Elizabeth](#)
- [39. Morgan](#)
- [40. Elizabeth](#)

[Tercera parte: El vuelo de las hermanas](#)

- [41. Morgan](#)
- [42. Elizabeth](#)
- [43. Morgan](#)
- [44. Elizabeth](#)
- [45. Morgan](#)
- [46. Elizabeth](#)
- [47. Morgan](#)
- [48. Elizabeth](#)
- [49. Morgan](#)
- [50. Elizabeth](#)
- [51. Morgan](#)
- [52. Elizabeth](#)
- [53. Morgan](#)
- [54. Elizabeth](#)
- [55. Morgan](#)
- [56. Arnie Richardson](#)

[57. Epílogo: Morgan](#)

[Nota de la autora](#)

[Agradecimientos](#)

Para Richard

*Tanta era de amable la soledad de su lago salvaje,
rodeado por negros peñascos y de altos
pinos que dominaban sus alrededores.*

Edgar Allan Poe (1809-1849)

«El lago»

PRIMERA PARTE

FINALES Y PRINCIPIOS

ARNIE RICHARDSON

El labrador negro se está haciendo viejo. Camina con rigidez con sus patas artríticas por el trillado sendero, evitando cuidadosamente las raíces y pasando con su corpachón entre los troncos de las píceas y los álamos. Avanza con el hocico, moteado de gris, pegado al suelo, siguiendo el rastro de su amo.

Es un ritual matutino, uno que los lleva de las casitas de Silver Islet a través del bosque hasta la bahía de Middlebrun, un ritual que practican desde que el labrador era un cachorro de andares desgarbados. Pero, incluso entonces, tantos años atrás, el hombre tenía canas y los ojos enmarcados por patas de gallo, con la barba jaspeada de reflejos plateados. Ahora, hombre y perro caminan más despacio, con gesto de dolor por culpa de las articulaciones, con cuidado de dónde ponen el pie. Cada mañana, al partir con las primeras luces anaranjadas, se saludan con la simple satisfacción de saber que disponen de otro día para hacerlo.

El hombre se apoya cómodamente en un bastón, una vara de pino nudosa pulida por las olas del lago Superior y luego barnizada en su taller hasta obtener un gris reluciente. No lo necesita, no hasta que el sendero comienza a ascender, a partir de ahí se aferra al puño y la madera pasa a formar una parte necesaria e integral de su ser. Se detiene en lo alto de un risco. Aquí convergen dos caminos, el que ellos siguen desemboca en otro mucho más ancho, un sendero más frecuentado que forma parte de las rutas de senderismo del parque natural Sleeping Giant. En este momento, el parque está en silencio.

Esta península que se adentra en el lago Superior es un lugar místico: acantilados cincelados en roca y riscos erosionados, tallados misteriosamente por el viento, la lluvia y el tiempo, hasta adquirir la forma de un gigante durmiente sobre un lecho de agua gris helada. De ahí su nombre, el monte Sleeping Giant. Cuenta la leyenda que Nanibijou, el dios ojibwe, se tendió a la entrada de Thunder Bay y su majestuoso cuerpo se convirtió en piedra, protegiendo para la eternidad los ricos yacimientos de plata. Puede que sea un mito, pero la plata es real. Se construyó una mina con pozos que se adentran en las profundidades del lago, donde las vetas del mineral se explotaban bajo la amenaza constante de que las galerías se inundaran. La mina dio lugar al pueblo de Silver Islet, no más que

una aldea al principio, con un puñado de casas de madera, una herrería y una tienda, abandonadas cuando el lago ganó la batalla y enterró la plata en una tumba helada. Unos años después, los habitantes regresaron, limpiaron los suelos y las mesas, sacaron brillo a las ventanas, recolocaron las tejas sueltas y Silver Islet volvió a la vida, si bien solo durante una temporada cada año. Durante generaciones, la familia de este hombre ha pasado los veranos en una de las casitas, además de días sueltos e incluso semanas en invierno, cuando el tiempo lo permite. Lleva recorriendo a pie este sendero desde que era niño.

El hombre y el perro comienzan su descenso hacia la orilla: el perro traza semicírculos en el aire con el rabo mientras el hombre atiza con el bastón la tierra húmeda y la piedra alternativamente, mientras el sendero discurre hacia la bahía. El lago comienza a desperezarse, sacudiéndose la bruma que lo ha cubierto como un manto durante la noche. Las sirenas de niebla de los faros de Trowbridge y Porphyry, ahora en silencio, pasan las horas previas al amanecer previniendo a los barcos invisibles que se adentran con precaución en el lago a través de Thunder Bay, más allá del cabo a los pies del monte Sleeping Giant, en dirección a Isle Royale y las vías navegables del lago Superior. Pero el sol naciente y el viento matutino han contribuido a hacer desaparecer los últimos retazos de niebla y, en lugar de la llamada poco halagüeña de las sirenas, el canto de los pájaros recibe a los caminantes.

La sirena habría sido una compañía más apropiada.

El perro aprieta el paso cuando percibe la cercanía del lago. Aunque tiene los huesos cansados y le falla la vista, es un labrador y el agua lo llama. Adelanta al hombre y se adentra en la playa de Middlebrun Bay a grandes saltos, haciéndose con un palo entre los desechos que las olas han arrastrado a la orilla durante una tormenta reciente. Corre junto al borde del agua, trazando un reguero de pisadas por la arena que el lago borra de inmediato.

El hombre no anda lejos, lo suficiente para que el perro la distinga antes de que su dueño pise la playa. Aunque el labrador tiene la vista nublada, siente su presencia y percibe la forma de la embarcación que emerge entre las rocas y los árboles, la playa y las olas. Se queda plantado ladrando. El palo, olvidado, yace en el suelo.

Tendrá unos ocho metros de eslora, el casco de madera está astillado y el costado de babor rajado, mientras la botavara se mece con las olas. Se levanta del fondo rocoso a cada embestida del lago y vuelve a caer con una sacudida. La vela mayor todavía está izada, pero ondea hecha jirones. El barco está escorado, hay vías en el pantoque y el lago circula libremente en su interior. El hombre no necesita ver el nombre pintado en la popa, sabe que pone *Wind Dancer* en letra cursiva.

La playa le atenaza los pies mientras se apresura a aproximarse al barco. El círculo que deja el extremo del bastón acentúa las pisadas, dando la impresión de un mensaje escrito en código morse. La bahía es poco profunda, pero hay escollos que sobresalen en el extremo, y ahí es donde se encuentra la embarcación. No presta atención a los ladridos del labrador, llama a gritos a cualquier superviviente que pueda encontrarse a bordo. Tropieza cuando llega al cabo y el agua helada le salpica. Nota un entumecimiento progresivo en las piernas que no le suelta, pero lo ignora y continúa avanzando hacia las rocas, evitando la cavidad entre el barco y la orilla, donde podría perecer aplastado, y logra auparse al puente de mando, tembloroso.

Aunque no había estado nunca a bordo del Wind Dancer, le asalta una avalancha de recuerdos que amenaza con llevárselo por delante al contemplar el timón roto, la driza partida. Recuerda el fuerte que construyeron de niños los dos juntos con restos de madera hallados en la orilla; siente el tirón en la caña de cuando salieron solos a pescar por primera vez en Walker's Channel a bordo del Sweet Pea, un balandro con vela cangreja; saborea la cerveza que compartieron, escamoteada de una cesta de pícnic y llevada hasta la playa de arena negra volcánica del extremo más lejano de la isla Porphyry. Oye nombres susurrados, Elizabeth y Emily.

—¡Maldita sea, Charlie! —exclama en voz alta, levantando la vista al mástil y la vela hecha jirones, con la silueta de dos gaviotas planeando en las alturas—. ¿Qué demonios has hecho?

Han pasado sesenta años desde que hablaron por última vez, sesenta años desde que la isla Porphyry fue pasto de las llamas. Ha visto el Wind Dancer en muchas ocasiones, ha oído historias de su capitán, de Elizabeth. De Emily. Pero Charlie y él no se hablaban. Hacerlo equivaldría a admitir su complicidad; por buenas que hubieran sido sus intenciones, solo conseguirían alimentar la culpa. Es algo que le ha perseguido siempre. No ha pasado ni un día en todo ese tiempo en el que no haya pensado en ellos. Ni uno solo.

El anciano se agarra a una cornamusa para no perder el equilibrio y echa un vistazo por la escalerilla que conduce al camarote. Un cojín y una gorra de béisbol flotan en el agua estancada. En la mesa de derrota hay una pila de libros envuelta en una lona suelta, con un trozo de bramante enredado al lado.

Se sienta en el asiento del piloto. El labrador guarda silencio. Solo los pájaros, la cháchara queda del viento, el lago y los crujidos quejumbrosos del barco interrumpen sus pensamientos. Charlie Livingstone no se encuentra a bordo.

En el Wind Dancer no hay vida alguna, excepto el resplandor intermitente de un farol de queroseno, que arde débil pero desafiante, amarrado como un fanal a la botavara.

MORGAN

Qué puta pérdida de tiempo. Un puñado de meapilas, ahí sentados inventándose medidas estúpidas. «Estamos valorando...». ¿Cómo lo han llamado? «Programas de rehabilitación alternativos». Pueden decir que lo han intentado, que le han ofrecido su compasión a una pobre criatura desfavorecida, «fíjate qué brillantes y progresistas que somos». Encerrados en su pequeño mundo con sus hijos perfectos y educados que van a clase y hacen los deberes, que se manifiestan contra la comida basura y contra el hambre en África y juegan en el equipo de baloncesto y nunca vuelven a casa colocados el sábado por la noche. Y se dan palmaditas en la espalda y dicen: «Mira qué padres tan buenos somos. Mira qué buenos ciudadanos somos». Si supieran.

Deja que curen la herida con una tirita, deja que me guíen por el buen camino. Pediré disculpas y fingiré que acepto su compasión. La verdad es que no fue culpa mía. Fue el sistema el que me falló.

Qué puta pérdida de tiempo.

Registraron mi mochila. Debí haberme deshecho de ella antes de llegar al McDonald's. Por lo menos de los espráis. Ahora no hay forma de librarse. «No, agente, no me encontraba en las inmediaciones de la residencia de ancianos Boreal. No, señor. No tengo nada que ver con esas pintadas. Eso no es mío. Solo se lo estaba guardando a un amigo. ¿A quién? Ah, bueno... No está aquí».

Cabrones. Ninguno dio la cara por mí. Ni uno. Todos bajaron la vista y continuaron tomándose su Coca-Cola *light*, con el mismo careto condescendiente que utilizan sus padres. «Pobrecilla. ¿Qué culpa tendrá ella?».

Por lo visto, mucha.

Cuando me llevaron a casa, noté que Laurie estaba cabreada. Me soltó la típica charla de lo «decepcionada» que estaba, pero solo consiguió que pusiera los ojos en blanco. Me mandaron con ella y con Bill hace poco más de un año. Hacen como si se preocuparan, pero a mí me resbala. No son mis padres y no tengo ningún interés en fingir que lo son. No seguiré aquí durante mucho tiempo. Solo soy una más de los muchos críos de acogida que pasarán por esta casa.

El autobús se detiene en seco delante de un extenso edificio y me deposita

ante la residencia de ancianos Boreal, resuella y se larga. Me quedo sola en esa calle arbolada tranquila donde me asalta el viento frío. Aquí y allá, arrastra montones de hojas secas junto al arcén. Las sigo por la acera en dirección a la entrada.

Joder, cómo odio el otoño.

La puerta está cerrada y tiro de ella varias veces hasta que descubro el portero automático. Cómo no va a estar cerrada. Este sitio está lleno de viejos forrados, que se pueden permitir su propia enfermera, un chef a tiempo completo y vistas al río. Seguro que se la sopla. Probablemente no se acuerden ni de lo que desayunaron. Presiono el botón y responde una voz por el interfono. No he entendido ni una puta palabra, pero imagino que preguntan por mi nombre.

—Soy Morgan, Morgan Fletcher.

Hay una larga pausa antes de que la puerta se abra con un zumbido.

Encuentro el despacho administrativo y me detengo para llamar a la puerta abierta. Tras el escritorio, una mujer de mediana edad revisa unas carpetas.

—Siéntate, Morgan —me dice, sin molestarse en levantar la vista.

De modo que me siento en el borde de una de las sillas y espero. En un cartel, apenas visible entre los montones de papeles del escritorio, se lee: *Anne Campbell, enfermera, directora ejecutiva*. Supongo que ella es la encargada de gestionar mi «rehabilitación alternativa».

—Bien —suspira la señora Campbell, abriendo una de las carpetas—. Eres Morgan Fletcher. —Se quita las gafas y las coloca sobre el escritorio—. Ya veo.

Sé lo que ve. Ve lo que quiere ver. Ve la melena lisa y negra, teñida para que brille como la noche. Ve el perfilador negro que enmarca los ojos, los vaqueros ajustados y las botas negras altas, también la hilera de pendientes de plata que recorren el lóbulo de la oreja. Ve la tez pálida, que maquillo para que parezca aún más pálida, y los labios de un rojo brillante. No ve que quizá estoy un poco asustada. No le dejo que lo vea.

Me arrellano en la silla y me cruzo de piernas. Así es como va a ser la cosa. Bien.

La señora Campbell abre la carpeta.

—Bien, Morgan. Trabajos comunitarios, ¿no es así? Aquí dice que has accedido a limpiar la pintada y ayudar con otras tareas bajo la supervisión de nuestro encargado de mantenimiento. —Vuelve a mirarme—. Vendrás directamente después de clase todos los martes y jueves durante las próximas cuatro semanas.

—Bueno. —Doy varios golpecitos con la punta del pie en la parte delantera

del escritorio y me miro las uñas. Las llevo pintadas de rojo, como los labios. Rojo sangre.

—Ya veo —repite. La señora Campbell se detiene un instante y sé que me está estudiando. Sé lo que contiene su carpeta. No quiero que me juzgue. O peor aún, no quiero su compasión. Me fijo en una maceta de cintas que hay encima de un archivador. Ella suspira—. Bien, de acuerdo, supongo que será mejor que te presente a Marty. —Deja la carpeta que contiene mi pasado sobre su escritorio y no me queda más opción que seguirla por el pasillo.

Marty es viejo, pero no tan viejo como la gente que vive aquí. Me recuerda a un Santa Claus imberbe, con barrigón y tirantes rojos incluidos. Las cejas, pobladas y níveas, tienen vida propia, con pelos rizados que salen disparados en todas direcciones. Compensan la ausencia de pelo en la cabeza, más calva que una bola de billar salvo por una franja greñuda que le va de oreja a oreja. Lo que más llama la atención son los ojos debajo de esas cejas salvajes: de un azul penetrante, el color del cielo en un día frío de invierno.

Marty está sentado en su escritorio, una vieja mesa de juego arrinconada contra la pared de un almacén de suministros. En la mesa hay una pila de periódicos y un libro con un cuadro de bailarinas en la portada. Reconozco al artista: Degas. Uno de mis favoritos. Tenemos un libro viejo y gastado con pinturas de todos los impresionistas, pero Degas es mi favorito. Probablemente Marty esté usando las páginas para limpiar brochas.

—Esta es Morgan —me presenta la señora Campbell.

Marty se levanta, se ajusta los tirantes y me observa con aquellos ojos azules glaciales hasta que no puedo sostenerle más la mirada y fijo la vista en el suelo de baldosas lleno de salpicaduras.

—Morgan —repite, asintiendo con la cabeza—. Estaba esperándote. Será mejor que te pongas un mono de trabajo.

La señora Campbell se da media vuelta y se marcha sin volver a pronunciar palabra.

Me da la sensación de que mi presencia aquí es más cosa de Marty que de ella.

ELIZABETH

El té llega con la puntualidad habitual. Es algo que admiro de este lugar.

Supongo que he heredado la propensión a la rutina de mi infancia en el faro. Durante muchos años, mi vida se midió en horas y minutos, segmentados en turnos de guardia y de descanso, marcada por el momento de encender la camisa incandescente, dar cuerda a los mecanismos, comprobar el nivel de combustible.

Me empiezo a sentir aquí como en casa. Después de tantos años. ¿Cuántos han pasado? Tres, posiblemente. Los días se confunden. Las estaciones se entremezclan unas con otras y he perdido la cuenta. Fue una suerte encontrar este lugar donde he sido capaz de mantener la independencia que ansío y tener acceso a los cuidados que preciso. Además, había llegado la hora de regresar, de dejar atrás la pequeña villa en la costa de la Toscana que ha sido nuestro refugio durante casi medio siglo. Nos decantamos por ella por su proximidad al mar, para oír las gaviotas y las olas rompiendo en la orilla. Aun así, el mar de Liguria nunca tuvo el temperamento caprichoso del lago, fue siempre un hogar sustitutivo. Éramos tan felices como cabía esperar, una extraña pareja, apartada de la mirada curiosa del mundo. Y ambas hemos dejado nuestra huella, un legado, si se puede llamar así. Obviamente el mío no es tan famoso: solo un puñado de libros, algunos de ellos aún a la venta en tiendas de recuerdos y galerías de arte de todo el mundo.

Estoy sentada en el sillón de padre, con la colcha de ganchillo tejida por Emily y por mí echada sobre las rodillas. Tengo la ventana abierta, una invitación a que la brisa otoñal inunde mi habitación.

Debo tener cuidado con el té para no escaldarme. Exploro la bandeja con los dedos, descubro la pequeña tetera y voy del pitón al asa. La otra mano encuentra la taza. Cuento mientras vierto el líquido. Sé que la taza puede contener hasta cinco. Hay sobrecitos de azúcar, siempre traen dos, aunque solo uso parte de uno. La cuchara no se encuentra en el lugar habitual y tanteo hasta encontrarla junto a la leche. Cuando termino, me llevo la taza a los labios, soplo suavemente, más por costumbre que por necesidad, y tomo un sorbo. Suspirando, me dejo envolver por el sillón de padre.

Me ha dado por soñar que soy joven de nuevo, con la melena color ala de

cuervo y una vista excelente. En mis sueños, bailo. Regreso a la isla de mi juventud, a la playa de arena negra volcánica de Porphyry, donde el lago lame la orilla y el viento agita las ciperáceas. Me inclino a recoger vellosillas anaranjadas y ranúnculos para añadirlas al ramo de margaritas que llevo en la mano. También está Emily, la hermosa y silenciosa Emily, siempre con un pie en el mundo de los sueños. Nos tomamos de la mano, dos partes de un todo, y reímos y bailamos y giramos hasta caer sobre la arena cálida, sin aliento, para contemplar las nubes que discurren por el cielo de verano.

Pero, últimamente, un lobo se ha colado en mis sueños. Puedo ver cómo nos observa entre los árboles. Se desliza entre los troncos de los abedules y los abetos, bordea la orilla y nos contempla con unos fríos ojos amarillos mientras bailamos. Emily no se asusta del lobo. Lo mira fijamente hasta que él se tumba al borde de la playa, esperando. Pero a mí me da miedo. Sé por qué está aquí. Aún no ha llegado el momento. Pero, cada día, sé que estrecha el cerco y tarda más en apaciguarse.

Esta es una de las razones por las que decidí que había llegado el momento de mudarnos a la orilla del lago. Aquí, a pesar del dolor, a pesar de todos los recuerdos enterrados, estamos cerca de casa, cerca de la isla Porphyry y el faro, lo más cerca que he podido conseguir. Es lo que Emily habría querido.

Tomo otro sorbo de té. Ya está tibio. El sol de la tarde se cuele por la ventana, aportándome más calor que la infusión. Sostengo la taza con cuidado en el regazo y giro el rostro para recibir el haz de luz en su plenitud.

Oigo la voz de Marty en el exterior. Sé que es el alma de este lugar. Y cómo sabe de arte, casi tanto como yo. Antes de que me abandonara la vista, me traía libros de pintura y tomábamos el té juntos. Pasaba las páginas y comentábamos o criticábamos la obra, dependiendo del artista. Escuchaba ávidamente cuando yo compartía historias de mis viajes y anécdotas interesantes recopiladas a lo largo de una vida recorriendo galerías de arte y estudiando a los grandes maestros. «La mujer del cuadro era la amante del artista», decía mientras observábamos el trabajo de Monet. «Esta pintura», le conté, «fue robada a los judíos durante el Holocausto y fue hallada décadas después en un desván en Italia. El americano que la compró aseguraba que había pertenecido a su bisabuelo holandés antes de la guerra». A Marty y a mí nos encantan los impresionistas. «El artista contrató a tres personas para cuidar de sus jardines, unos jardines enormes, Marty, llenos de estanques y senderos y tantas flores que ni te imaginas. Mira todo ese color». Era uno de mis lugares favoritos de todos los que habíamos visitado. Nos quedamos en el puente, tocamos las glicinias. Pero el gentío era abrumador, allí y en todas partes, por eso desaparecimos.

Debería haber sabido que él reconocería su obra: las líneas sencillas, el

movimiento y el uso del color. Inquiría con la mirada y yo le contestaba del mismo modo. Él ha sido la única persona con la que he compartido historias de mi pasado. No habla mucho, pero sabe escuchar. Eso me basta.

Marty también se dio cuenta de cuándo comencé a perder la vista. No pronunció ni una palabra. No dijo nada cuando advirtió mis movimientos torpes, mis pasos dubitativos. Simplemente dejó de traer libros y comenzó a traer discos. Chopin, Mozart, Beethoven. Y continuamos tomando té y escuchando, dejando que la música dibujase las pinturas que yo ya no podía ver.

Creo que lo entiende. Creo que sabe la pena que me causa lo de Emily, si es que se puede llamar así. Éramos Elizabeth y Emily, las mellizas, las hijas del farero. Es duro ser otra cosa. Es duro ser simplemente Elizabeth.

Siento que una nube eclipsa el rayo de sol, siento que la luz se disipa con la visión borrosa que me queda. La brisa hace susurrar las persianas y me recorre un escalofrío que se cuele con dedos helados entre los huecos de la colcha. Para mí, el otoño es una época encantada en la que el mundo se pinta con los colores de los grandes maestros. Hay mucha gente que teme a esta estación a pesar de su esplendor y su romance, pues la consideran la puerta que conduce al fin, al invierno de la muerte. En cambio, a mí el otoño me hace sentir viva. El otoño es al mismo tiempo el comienzo y el final.

A regañadientes, aparto el rostro del rayo de sol en declive y deposito con cuidado mi taza medio vacía en la bandeja. Doblo la colcha y la deposito en el brazo del sillón. Ya es la hora. Con un cuidado estudiado, me levanto y cruzo la habitación hasta la puerta, me detengo un instante en el umbral, con una mano en el marco, dudando. Es un ritual diario, uno que me hace sentir completa, aunque sea por poco tiempo. Salgo al pasillo y me alejo de mi habitación en dirección a la otra ala.

El lobo tendrá que esperar.

MORGAN

—Entonces, ¿lo hiciste tú sola?

Cuando Marty pregunta, parece que no está preguntando. Casi no se puede considerar una pregunta.

Estamos llenando un cubo con agua templada en el fregadero de su oficina. Marty acaba de llenar otro cubo con una colección de herramientas y brochas.

—Sí, claro —respondo. Tengo que obedecerle, pero no tengo que contarle más de lo que le conté a la poli. Sé que no cree que yo fuera la única implicada aquella noche.

—¿Usaste pintura en aerosol?

—Ajá.

Llevamos el cubo y las herramientas al exterior del jardín de los residentes. Para ser una cárcel de viejos, no está mal. Hay montones de plantas, senderos y una zona exterior cubierta con una pérgola de madera con sillas y mesas debajo. La mayoría de las plantas parecen que ya han florecido y han sido podadas. Todavía quedan algunas flores moradas. Se parecen a las margaritas, pero no son exactamente iguales. La valla recorre todo el perímetro trasero y lo separa del carril bici que discurre junto al río.

Marty se ha puesto una chaqueta de franela a cuadros rojos y yo llevo su mono azul. Rodeamos la valla y nos situamos en la cara exterior al edificio. Deposita el cubo en el césped y se queda de pie cruzado de brazos, mirando.

—No se va a borrar solo con lavarla —dice él.

—No jodas —murmuro, lo bastante alto como para que me oiga.

Marty continúa en el mismo sitio, contemplando la valla.

—¿Qué clase de pintura utilizaste?

¿Este tío está de coña?

—Espray.

—Sería de mala calidad.

Eso lo sé ahora. Era una mierda barata que goteaba y no tapaba el fondo como yo quería.

Me siento en la mesa de pícnic sin responder. Tengo todo el tiempo del mundo para sus preguntas.

—¿No terminaste?

—¿Qué?

—Ya sabes... ¿No lo terminaste?

Observo mi trabajo. Marty tiene razón. Está incompleto.

—No. Alguien debió de llamar a la poli, así que nos... me piré.

Era la primera vez que pintaba un grafiti tan grande. Quería demostrarles que era lo bastante buena como para formar parte de su panda, y esta era la única manera. Lo hice sola, pero Derrick me acompañó. Se suponía que tenía que vigilar, asegurarse de que no me pillaran.

Los conocí en una fiesta a la que me llevó Derrick. Estábamos sentados alrededor de la mesa de la cocina; yo estaba dibujando en una caja de *pizza* vacía cuando uno de ellos comenzó a observarme. Había dibujado lo mismo tantas veces, una y otra vez, que me salía sin pensar apenas en lo que estaba haciendo. No sé por qué ese dibujo en concreto había sido siempre uno de mis favoritos, pero me gustaba jugar con él, cambiarlo, hacerlo mío y mantenerlo como estaba al mismo tiempo. Cuando vi que estaba mirando mi dibujo, lo cubrí con la mano y traté de esconder la caja. Pero el chico me detuvo. Cogió la caja de *pizza* y lo estudió. Dijo que era bueno, bueno de verdad, y me preguntó si alguna vez me había planteado pintarlo a lo grande, si no me gustaría verlo en alguna pared. No sabía de qué me estaba hablando. Derrick me contó más tarde quién era, que formaba parte de una pandilla de grafiteros. Me enseñó algunas de sus obras en la ciudad y eran la hostia.

Nos volvimos a topar con ellos unas semanas más tarde, y después de tomarnos unas cervezas nos invitaron a Derrick y a mí a acompañarlos a la zona de entrevías junto a la estación. Me gusta pensar que fue porque les había gustado mi dibujo, pero sé que nunca nos lo habrían pedido de no ser por Derrick. En cualquier caso, me la sudaba. Simplemente me alegraba que hubieran contado conmigo. Los observé mientras avanzaba a hurtadillas con ellos junto al tren, cerca de unos silos de cereal abandonados, con el corazón a mil por hora y las manos sudorosas. Dios, era un subidón. Volcar tu alma en una pared o en un vagón y ser capaz de dar un paso atrás y ver reflejados tus miedos y tus esperanzas, tus sueños y tus fallos. Y ser capaz de caminar por la ciudad, recorrerla con otra gente, dejar tu huella en ella, demostrar que estás vivo. Quería formar parte de algo así. Robé unos botes de pintura de los almacenes Canadian Tire y comencé a trabajar en mi firma, a pensar en mi obra, haciendo algunas cositas aquí y allá. Me sentía como el puto Banksy.

Marty observa la valla como si estuviera en una galería de arte. Yo espero.

—Ejem —es todo lo que dice.

Se aproxima a la valla. La pintura está levantada, salvo en las zonas que yo

tapé. Era un lugar absurdo para pintar, ahora lo sé. Marty rasca un desconchón con la uña y lo deja caer al suelo. Parece que la valla necesitaba una capa de pintura desde mucho antes de que yo me acercara a ella con mis espráis.

—Lo primero es rascarla. —Me pasa un rascador—. Por ambos lados. Luego la limpiaremos con un cepillo de alambre.

Da media vuelta y regresa a la entrada, silbando.

Derrick me ha comprado un iPod y unos cascos. Siempre me regala cosas. Bueno, quizá no siempre. Pero, a veces, se presenta sin avisar y dice como si nada: «Oye, te he comprado una cosa». Y todo es genial. Somos geniales. Otras veces paso días sin saber de él y me pregunto qué demonios habré hecho mal. Los regalos no me importan. Son bonitos, pero la verdad es que todo eso me la suda.

Con música, el tiempo pasa más rápido. Después de pasarme varias horas rascando la valla tiene una pinta desastrosa. La pintura de las zonas que no cubrí con mis colores brillantes sale con facilidad. El suelo y los jardines están llenos de restos de pintura.

Marty regresa al fin. No lo había visto desde que me dejó allí con el rascador. Pero a mí no me la pega. Sé que ha estado observándome todo el tiempo. Estoy segura de que Anne Campbell, enfermera, directora ejecutiva, también estaba espiándome a través de una de las ventanas.

—Es un comienzo —es todo lo que Marty dice.

Recoge el cubo, echa el agua en un arbusto y se dispone a regresar al interior, de manera que lo sigo con el resto de herramientas. Me desprendo del mono y lo cuelgo. Tengo las botas cubiertas de desconchones de pintura.

—La próxima vez quizá quieras ponerte otros zapatos. —Marty está de espaldas a mí, está colgando su chaqueta de cuadros en un gancho junto al mono. Sin girarse para mirarme siquiera, añade—: Hasta el jueves.

Qué puta pérdida de tiempo.

ELIZABETH

Le he pedido ayuda a una auxiliar para que me saque al jardín con la silla de ruedas. El día es demasiado hermoso para pasarlo enclaustrada entre cuatro paredes de cemento y conformarse con los rayos de sol que se filtran a través del cristal. Necesito que el aire fresco y la luz colmen mi cuerpo frágil, que me sustenten durante los largos meses de invierno que me esperan.

Supongo que podría haber salido utilizando el andador, pero se hace cada vez más y más difícil por culpa de la vista: ya solo distingo sombras que bailan ante mí como espíritus, que se niegan a tomar forma y perfilarse. Voy abrigada con un cálido forro polar y tengo una manta de lana calentita sobre las piernas. Llevo las gafas de sol que Marty me regaló en verano. Mis ojos son ahora sensibles al viento y a la luz. Qué ironía.

—¿Qué le parece aquí, señorita Livingstone? —me pregunta la auxiliar, después de llevarme hasta la pérgola. Es joven. Lo reconozco por la voz, pero es nueva y soy incapaz de asociarla con un rostro conservado en el recuerdo. No preciso mucha ayuda, pero cuando sí la necesito, me gusta saber que puedo disponer de ella.

—Si no le importa —le pido—, lléveme un poco más allá, donde pueda darme el sol. —La chica me complace.

Anoche estaba muy inquieta. Medio dormida, medio en vela, me adentré en el mundo de los sueños donde la mente consciente sufre engaños ilusorios. En esta ocasión no vi al lobo al acecho, pero noté su aliento cálido y húmedo contra la piel fría y seca del cuello. Trato de encontrar a Emily desesperadamente, la llamo, pero el fragor de las olas que se estrellan contra los acantilados de Porphyry se traga mis gritos. Resbalo con manos sudorosas en las ramas que cuelgan como cortinajes oscuros y velan el bosque. Desperté sobresaltada, con el corazón desbocado.

Aún no.

Me quedé tumbada un rato, sin hacer nada más que respirar. No me hizo falta encender la luz cuando salí de la cama. Conozco cada pulgada de mi habitación a la perfección. La cama individual cubierta con la colcha que Emily y yo confeccionamos tantos años atrás con retales de tela rescatados del montón de

trapos o recortes de vestidos viejos. Un tocador pequeño colocado contra la pared más alejada, que contiene una vida entera de recuerdos encerrada en dos cajones. El sillón donde padre se sentaba a leer el periódico; el único que sobrevivió y que hizo el viaje de la casa del faro cuando abandonamos la isla. Nos esperó, guardado en el desván de Maijlis durante casi sesenta años, mientras Emily y yo recorríamos el mundo. Hay días en los que creo que aún puedo oler el humo que desprende el tejido raído.

Vestida solo con un camisón de algodón y descalza, crucé la habitación y abrí la ventana. La brisa, fría y húmeda, no tardó en colarse. El pelo, que se ha vuelto del color del búho níveo, se me pegó a la frente por el sudor, producto del ajeteo durante el duermevela. Mientras me acomodaba en el sillón de padre, la corriente me envolvió, llevándose consigo los leves retazos del sueño. En medio de la noche, los sonidos se perciben con nitidez: oí el clamor de los trenes al pasar y cambiar de vía, con los motores diésel quejándose del esfuerzo. Una sirena. Una ambulancia. Alguien que se las veía con la tragedia. Coches. No demasiados. Debía de ser tarde. O muy temprano. En ausencia del viento, los árboles no se habían sumado a la conversación. Fue entonces cuando lo escuché. Sí. Levísima, pero ahí estaba.

Una sirena de niebla.

Dormí un rato en el sillón hasta que me entró frío con aquel camisón tan fino. Entonces regresé bajo la colcha a esperar a que los pasillos se desperezaran con los sonidos de la mañana.

Ahora ya es media tarde. El sol ha borrado la humedad del aire y ha caldeado la tierra lo suficiente como para dejarme oler la riqueza del suelo. Todo es obra de Marty. Sabe mucho sobre fertilizantes orgánicos y mantillo. Y, como los pintores de sus preciados libros, es un experto del color. Las margaritas de otoño deben de haber florecido ya: color púrpura con el centro amarillo brillante. Quizá las anémonas japonesas hayan sobrevivido. Desde luego, los crisantemos están durando más de lo esperado. Y el áster.

Oigo a los gorriones buscando comida bajo la mesa de pícnic. También distingo otro sonido. Como si estuvieran rascando. Y un leve zumbido, el compás de una música distante que me recuerda vagamente a Mozart. Ah, sí. Marty lo ha mencionado. Una chica, me contó, Morgan. Hizo una pintada en la valla hace algunas semanas y ha despertado todo tipo de comentarios cascarrabias sobre la pereza y la falta de respeto de la juventud de hoy en día. Por parte de Marty no, desde luego. Me ha contado, con sus formas bruscas, que le intrigaba la pintada. A mí quien me intriga es Mozart.

Me doy cuenta de que me he quedado dormida cuando me despierto al oír el sonido de unas pisadas que se dirigen hacia mí por el camino enlosado. Doy por

hecho que será la auxiliar, que ha regresado para volver a llevarme a mis dominios. Menuda viejecita estoy hecha. Dormida en una silla de ruedas, nada más y nada menos, envuelta como un bebé en mantas y arrullos. ¿Habré completado el ciclo de la vida?

Distingo tres pares de pies. Qué curioso. Los gorriones continúan piando, pero el sonido rítmico y enérgico de alguien raspando la valla ha enmudecido abruptamente.

—Señorita Livingstone. —La voz pertenece a la señora Campbell—. A estos dos agentes de policía les gustaría hablar con usted un momento. ¿Le apetecería volver al interior del edificio?

Debería haberlos reconocido por el sonido de sus zapatos. Seguro que son negros, tiesos y relucientes de tanto frotarlos.

—No. No, gracias, Anne. Estoy segura de que me pueden contar aquí mismo lo que hayan venido a decir. Por favor, siéntense. —Señalo con la cabeza las mesas de pícnic.

—Estupendo, entonces. Estaré en mi despacho si me necesita. —Los prácticos zapatos de la señora Campbell se retiran.

—Señorita Livingstone, soy el agente Ken Barry. Esta es mi compañera, la agente Cheryl Coombs.

No les tiendo la mano. No deseo ser maleducada, pero sé por experiencia que los agentes de la ley rara vez son portadores de buenas nuevas.

—Acabamos de tener una reunión con los guardacostas y... —El agente Barry parece tener dificultad de palabra—. Han encontrado un velero varado en la orilla, abandonado con grandes desperfectos en la bahía Middlebrun, cerca de Silver Islet. El nombre del barco es Wind Dancer. Está registrado a nombre de Charlie Livingstone. Su hermano.

Puedo oír a los gorriones. Me da la sensación de que se están peleando.

—Señorita Livingstone, existe una pequeña posibilidad de que fuera capaz de alcanzar la orilla a nado. El caballero que descubrió el barco —un hombre llamado Arnie Richardson, que dice conocerla— consiguió vadear el barco y subir a bordo. Cabe la posibilidad de que el señor Livingstone abandonase la embarcación indemne. —Se detiene—. Es posible, pero desafortunadamente no es probable. Nos ayudaría conocer el motivo de que estuviera navegando en esta época del año por el lago, saber adónde podía dirigirse. Así podríamos estrechar nuestra búsqueda. ¿Se le ocurre algo que pudiera servirnos de ayuda?

Debía de haber más de diez gorriones. Sonaba como si estuvieran posados en las hortensias del extremo más alejado de la valla, esperando para regresar al patio.

Uno de los agentes deposita algo sobre la mesa.

—Los encontramos a bordo. Parecen antiguos cuadernos de bitácora de Porphyry. Creemos que podrían haber pertenecido a su padre. Arnie Richardson pensó que debería tenerlos usted. Nos dijo que se había enterado de que se había mudado a Thunder Bay, que podríamos encontrarla aquí.

Los gorriones vuelven a la carga; se desplazan con un leve aleteo hasta las ramas del arbusto de lilas. Descansan un momento y permiten que un cuervo se haga notar a base de graznidos. Estoy cansada. Es la hora de mi té de la tarde. Y Marty me regaló una lata de galletas. Está junto al farol de aceite. El que se parece a la lámpara que siempre estuvo en la casa del ayudante en el faro Porphyry. Los gorriones disfrutarían con las migas de las galletas. Tengo que acordarme de traer una o dos mañana, si el tiempo lo permite y puedo volver a sentarme fuera.

Pero los agentes esperan. Aguardan mi respuesta. Han hablado con Arnie Richardson. Quieren saber más de Charlie. Quieren saber por qué iba a bordo del Wind Dancer. Quieren saber adónde se dirigía. No se dan cuenta de que para mí era prácticamente un extraño. Aun así, lo sé. Solo existe un lugar posible.

—Porphyry. Se dirigiría a la isla Porphyry.

MORGAN

Vuelvo a coger el rascador y comienzo por el otro lado de la valla. Esta vez llevo las botas de trabajo de Caleb, que me quedan dos tallas grandes. Lleva con Laurie y Bill más tiempo que yo, pero es un puto holgazán y probablemente no las echará en falta. Entre las botas y el mono azul de Marty, parezco un personaje de dibujos animados. Soy un chiste.

Los polis se han largado, pero la vieja se ha quedado en la silla de ruedas. Resulta de lo más ridícula con esas gafas de aviador y el pelo largo y lacio, tan blanco como la nieve, que le cae sobre los hombros. Debe tener al menos cien años. Ni me imagino cómo debe ser llegar a esa edad, a esas alturas ya no esperas nada de la vida. Probablemente te falle la memoria, de manera que también habrás perdido tu pasado. No te queda nada salvo el penúltimo aliento.

Tomo aire. Una inspiración larga y profunda. Casi no noto la ironía.

—Morgan, ¿no es así?

Me está hablando. Sabe mi nombre.

—Parece que dentro andan un poco ocupados. Seguro que la valla puede esperar unos momentos mientras me ayudas a volver a mi habitación. Bien sabe Dios que si continúas a ese ritmo pronto atravesarás la valla. Tampoco es que haya tanta pintura.

No me está mirando, pero no tengo manera de ignorarla.

—Se supone que no debo, creo... Ejem... Interactuar con los... residentes.

—¿Siempre haces lo que se espera de ti?

No suena como una pregunta. Está sentada en la silla con la espalda erguida y el mentón levantado, con las manos enguantadas en el regazo. Me gustaría poder ver los ojos que ocultan esas estúpidas gafas.

—Vale —acepto, dejando caer el rascador en el cubo con las otras herramientas—. Si nos pillan diré que ha sido cosa suya.

—El paquete —me dice, señalando la mesa con una de las manos—. El que han dejado. Tráemelo.

Obedezco. El paquete está envuelto en una especie de lona blanca desvaída y huele a tierra y a moho. Está atado con bramante, pero los nudos están flojos y la tela medio suelta deja ver el interior. Parece un montón de libros, libros con

tapas de cuero y páginas amarillentas y rasgadas. Dejo todo sobre el regazo de la vieja.

Nunca había llevado una silla de ruedas, de modo que tengo que maniobrar un poco para pasar por la puerta.

—Es la tercera habitación por la izquierda.

Al pasar por delante de la oficina de Marty, le oigo silbar. No lo miro, continúo caminando, con la mirada al frente y arrastrando las botas prestadas por el suelo de baldosas.

Las habitaciones de los residentes no se parecen en nada a lo que había imaginado. Son como apartamentos de una sola habitación. Echo un vistazo rápido a nuestro alrededor mientras cruzo la puerta con la silla de ruedas. Hay una mesita de comedor además de una cama, un tocador con algunos dibujos enmarcados y un sillón que parece muy cómodo. La cama está cubierta con una colcha de retales. La tela está gastada e imagino que está hecha a mano, quizá sea una antigüedad. El mobiliario también es una reliquia. Como ella. Pero lo que capta mi atención es el farol. Nosotros teníamos uno así. Era rojo y el cristal se empañaba cuando lo encendíamos, yo solía limpiarlo con un trapo viejo.

La mujer suspira.

—Eso será todo, Morgan. Gracias.

—Vale. —Me doy la vuelta para marcharme.

La mujer recorre el paquete con las manos. Lo levanta y lo coloca sobre la mesa, y después comienza a doblar la manta con la que se arropaba en la silla.

—¿Pensabas que la policía había venido a por ti?

Me detengo junto a la puerta.

—¿Qué?

—¿Por qué te escondiste?

Me giro y me quedo mirándola.

—No estaba escondida. Los polis saben que estoy aquí.

La mujer coloca la silla en su sitio y acciona el freno, después se levanta con cuidado y deja la manta a los pies de la cama. Rozando el tocador con una mano, se dirige al sillón y se gira para sentarse. Se quita las gafas de sol y las deja sobre la mesa junto al paquete, apoyando la mano sobre la pila de libros.

—Elizabeth. Soy Elizabeth Livingstone.

Observo sus ojos color castaño oscuro, perspicaces y desafiantes, pero, al mismo tiempo, vacíos.

La anciana está ciega.

Hay algo en esos ojos vacíos que me causa desasosiego, aunque solo por un instante. Luego la sensación desaparece. Qué estupidez. Me la suda quién sea ella y no tengo ningún interés en entablar conversación. Paso.

—Pues vale. —Me giro y me marchó, dando pisotones por el pasillo.

ELIZABETH

Su marcha no me sorprende y no me la tomo a mal, pero me hace suspirar. El miedo puede convertirse en rabia con gran rapidez: la chica tiene miedo a lo que le pueda deparar la vida y está furiosa con el mundo por ese motivo.

Enrollo la tela encerada distraídamente. El borde está hecho jirones en los puntos donde el tejido se ha escapado entre el bramante anudado descuidadamente. Basta con un tironcito para que el cordel se afloje y se abra el envoltorio húmedo, revelando las tapas de cuero de los diarios. Los acaricio con las yemas de los dedos, explorando la superficie del primer volumen, deteniéndome un momento en el grabado en el centro de la tapa y recorriendo las iniciales *A. L.* repujadas.

Andrew Livingstone. Mi padre.

La última vez que tuve estos diarios en mis manos fue después de que Charlie regresara a la isla, antes del incendio. En ese preciso instante, me di cuenta de que el mundo furioso y atroz sumido en guerra y prejuicios había cambiado al hermano que yo conocía, al hermano que veía como otro defensor, como el protector de Emily. Debería haberlo adivinado entonces, debería haber sabido que él era capaz de volverse contra ella. ¿Vivió para lamentarlo? Siempre he creído que sí. Ahora es probable que nunca lo sepa.

Habían dicho que había sido Arnie Richardson quien había hallado el velero. Quien había pensado que yo debía quedarme con los diarios. Llevaba una vida entera sin oír ese nombre. En una ocasión nos mandó una carta. La recibimos años después de que fuera enviada, después de perseguirnos por medio mundo dentro de un paquete remitido por nuestro agente con la correspondencia sobre libros y derechos de autor e invitaciones a eventos a los que nunca asistíamos. En ella nos hablaba de su regreso a la isla semanas después del incendio, su regreso al faro de Porphyry para rescatar lo que pudo entre los restos calcinados de los edificios tiznados de humo. Si alguna vez decidíamos regresar a casa, nos decía, encontraríamos lo poco que se había salvado en el desván de la casa de Maijlis. Nunca contesté. ¿Qué diferencia suponía después de tanto tiempo? Lo habíamos dejado todo atrás. Habíamos vivido nuestras vidas. Aun así, no me sorprendía que supiera que habíamos vuelto a casa. A pesar de nuestro

aislamiento, debía de haberse enterado de que las escasas posesiones que él había ayudado a conservar habían sido retiradas. Maijlis había fallecido hacía años, pero su hija tuvo a bien de enviárnoslas a la residencia de ancianos Boreal.

No había pensado en estos diarios durante muchos, muchos años, pero no había olvidado el momento en que los había visto por última vez. Fue a principios de primavera, supuestamente Emily había ido a buscar leña al cobertizo. Llevaba mucho rato fuera y por aquella época, después de lo sucedido, me sentía intranquila si se alejaba de mí. La encontré en la casa del ayudante. A veces iba allí, quizá por el mismo motivo que yo, para recordar. Estaba sentada en el sillón de padre, había retirado la tela encerada y tenía los libros abiertos en el regazo. En ese momento recordé los diarios. Recordé a padre sentado en su escritorio escribiendo, mientras sonaba música en la radio y crepitaba la estufa de leña. Después de su muerte habían desaparecido, pero su ausencia me había pasado desapercibida. Emily no sabía leer, pero observé cómo acariciaba las páginas con la mano, rozando las letras, oyendo su voz, por eso me entraron unas ganas irrefrenables de hacer lo mismo. Cogí uno de los libros, acaricié la tapa con la mano con el mismo gesto que hago ahora, repasando las iniciales *A. L.* grabadas en el cuero oscuro.

El chirrido del carrito de la cocina en el pasillo que anuncia la hora del té me saca de mi ensimismamiento. Lllaman a la puerta.

—¿Le apetece un té, señorita Livingstone? —me pregunta la auxiliar. Deposita una bandeja en la mesa—. ¿Quiere que se lo sirva?

—No. No, gracias. —Acaricio los libros—. Me las arreglo bastante bien sola. Pero, si no le importa, deme la caja de galletas que hay junto al farol.

La auxiliar me la tiende con una mano.

—¿Hay algo más que pueda hacer por usted?

Noto el metal frío. He regresado a la casa del ayudante del farero de la mano del diario de mi padre. Emily había apilado el resto de los libros en la mesa junto a ella y había cogido una lata de galletas. La sostuvo en alto, suspendida entre ambas. Justo cuando fui a cogerla, la sombra de Charlie se cernió sobre la puerta. Se detuvo un momento, le bastó un instante para asimilarlo todo: los diarios, Emily, la caja.

—¿Qué demonios creéis que estáis haciendo? —No era una pregunta. Estaba enfadado y se dirigió hacia Emily a grandes zancadas, la sacó a tirones del sillón de padre y se la llevó a rastras por la puerta. Se me cayó la caja de la mano. Rebotó en el brazo del sillón y se abrió la tapa, el contenido se desparramó por el suelo de madera como un huevo cascado. El tiempo se detuvo. No era capaz de moverme. Era como si el mundo hubiera dejado de girar. Charlie nunca le había gritado antes a Emily. Charlie nunca se había enfadado antes con Emily. Nunca.

Aún tenía uno de los diarios de padre en la mano. Me lo arrancó y yo retrocedí ante aquel desconocido.

—¡Fuera! ¡Aquí no se os ha perdido nada, joder!

Emily no había visto caer la caja. Tenía el rostro pegado al marco de la puerta, sin mirar a Charlie, sin mirarme a mí, intentando, como yo bien sabía, comprender lo sucedido, entender qué había hecho. No se percató del brillo plateado que escapaba de entre los pliegues de un viejo paño blanco. No prestó atención al tintineo. Pero yo sí, por un brevísimo instante, antes de que Charlie volviera a guardarlo en la caja.

Regresé sola unos días después y busqué por todas partes, pero nunca hallé la caja de galletas. Nunca volví a sostener los diarios.

Hasta ahora.

—¿Señorita Livingstone? ¿Se encuentra bien?

Me tiemblan ligeramente las manos, por eso dejo la caja de galletas encima de los diarios.

—Sí, bien. —Me obligo a sonreír—. Gracias.

Oh, Charlie, ¿qué secretos has callado durante todos estos años, secretos capturados en forma de palabras escritas por nuestro padre, Andrew Livingstone, el farero de la isla Porphyry, secretos tan poderosos que borraron tu amor por Emily?

MORGAN

Son las doce de la noche pasadas. Saco el violín de debajo de la cama. Parece que la funda hubiera vivido un auténtico infierno, el asa está sujeta con cinta adhesiva negra. Llevo meses sin abrirla, pero conozco cada detalle, cada curva del instrumento, la posición de cada clavija, el número de crines del arco.

Dejo el instrumento a mi lado y saco los papeles que descubrí hace tantos años ocultos bajo el forro de la funda. Son dibujos a pastel de pájaros e insectos, y parecen tan reales que parecen a punto de salir volando de la página. Al mismo tiempo, son tan únicos que no se parecen a nada que yo haya visto nunca. Los he estudiado, los he dibujado, he soñado con ellos y los he vuelto a dibujar. Pero no se los he mostrado a nadie. Son míos. Me gusta mirarlos cuando me siento sola.

Los despliego a mi alrededor en la cama. El del cuervo atrae mi atención: está posado sobre los restos de un animal, quizá un ciervo al que han abatido unos lobos, capturado entre la vida y la muerte.

Pellizco las cuerdas del violín, y decido untar de colofonia las crines descuidadas del arco. Esta noche es diferente. Esta noche el instrumento me llama y yo contesto con un suspiro y me lo llevo bajo el mentón, sujetándolo mientras lo afinó. Levanto el arco y luego lo poso sobre las cuerdas. Comienza el baile.

Al principio, las notas surgen lentamente, recordando, construyendo de manera gradual la melodía que brota de mi interior más que del movimiento de los dedos y del arco sobre las cuerdas. No necesito partituras para interpretar esta pieza. Me la sé de memoria y la tocábamos juntos a menudo. Yo me colocaba junto a su sillón del salón con mi pequeño violín, observando con los ojos como platos cómo él sostenía el arco, su manera de balancearlo con el ritmo. Tocaba el hermoso instrumento del que ahora sale mi música.

—Tienes un don, Morgan. —Me sonreía, claramente complacido—. La música te ha elegido.

¡Dios, cómo le echo de menos! Han pasado seis años. Parecen muchos más.

La emprendo con un *reel*, un baile escocés más animado. Él me enseñó a tocar a Bach y Mozart, pero lo que más le gustaba eran los temas tradicionales, igual que a mí. Cuando terminaba todas mis escalas y ensayaba las posiciones de los

dedos y el control de la dinámica, tocábamos juntos. Llevaba el ritmo con el pie en el suelo y aceleraba sin parar hasta que yo no tenía más remedio que detenerme y quedarme mirando cómo tocaba. Veo la risa en sus ojos cuando intentaba copiarle.

Con él me bastaba. No necesitábamos a nadie más. Comíamos patatas y sopa de lata y el pescado que él mismo capturaba en el río Nipigon. En las noches oscuras de invierno nos sentábamos cerca del fuego y me contaba historias de naufragios en el lago Superior y de los años que pasó pescando en Black Bay con su amigo Jim. Y, a veces, cuando el viento se colaba entre las grietas de las paredes y la nieve se congelaba contra las ventanas, bebía *whisky* de una vieja taza desportillada y hablaba sobre mi madre.

—Te quería, Morgan —me contó, con el acento más marcado a medida que se emborrachaba—. En muchos aspectos, me recordaba a tu abuela. Era como el viento. Impredicable. Libre. Nunca sabías qué esperar de ella. No se puede atar al viento, Morgan. Baila donde le place. —Y entonces tomaba un trago largo y me contaba que mi madre había peleado. Había peleado con todas sus fuerzas, pero no había sido lo bastante fuerte, el vendaval se la había llevado. Yo no era más que un bebé cuando ella murió.

No la recuerdo. Por eso no la echaba de menos. Con él me bastaba.

Hasta el día que regresé del colegio y lo encontré sentado en su sillón con los ojos abiertos: en la tele ponían el concurso *Jeopardy!* y el agua de la tetera en el fuego se había consumido; la casa olía a metal recalentado y había una niebla asfixiante en suspensión.

Al principio, solo podía tocar el violín. No hablaba. No comía. Los niños de la primera casa donde viví se burlaban de mí, me quitaban el arco y brincaban a mi alrededor, mientras coreaban «¡Morgan no sabe hablar! ¡Morgan no sabe hablar!», hasta que mi madre de acogida los obligó a parar. «Que piensen lo que les dé la gana», opinaba yo. Él me hablaba a través de la música. Eso era lo único que me importaba.

Estuve allí durante tres años. Mi trabajadora social encontró el modo de apuntarme a clases de música y, todas las semanas, acudía a la escuela de música para estudiar con una monja gorda que siempre llevaba el mismo vestido negro manchado de sudor y que olía a regaliz. Me obligaba a tocar a Mozart cuando lo único que yo quería era tocar sus canciones.

—Tienes un don —decía, con la mancha de sudor cada vez más grande a medida que perdía la paciencia conmigo—. ¡Tienes la responsabilidad de aprender! ¡Debes ensayar y concentrarte!

Pero el violín parecía preferir sus canciones. Estas habitan el bosque y resuenan en los espacios vacíos de mi corazón. Pero, cuando recordar se hacía

demasiado doloroso, dejaba de tocar. En cierto momento, recobré la voz. Por lo visto ahora no hace más que meterme en problemas. Cuando comencé el instituto, me llevaron a otra casa, con padres que atendían a niños mayores. Sería solo temporalmente, me dijeron, hasta que encontrasen una familia para mí. Pero yo sabía la verdad. Sabía cómo funcionaba el sistema. Ahí fuera no había ninguna familia para mí. Unos años después, aterricé aquí, en casa de Laurie y Bill. Solo temporalmente. Vale, lo pillo.

Pienso en la anciana de la residencia Boreal. La manera en la que se sienta en ese sillón. El cabello blanco y la piel curtida. Y esos ojos. Unos ojos que no pueden ver, pero que, de alguna manera, ven a través de mí. Hay algo en esos ojos que hace que quiera recordar.

La puerta se abre y se enciende la luz.

—¿Qué coño crees que estás haciendo, imbécil? Algunos tenemos que levantarnos en unas horas. ¡Parece que estés matando gatos aquí dentro! Por Dios, ¡cállate de una vez o te juro que me cargo el puto trasto!

Es Caleb. No distinguiría la buena música ni queriendo.

—¡Que te den! —Cojo el cepillo del pelo y se lo arrojo, pero no consigo darle y tiro la lámpara del tocador. Él me hace un corte de mangas antes de cerrar la puerta de un portazo.

—Gilipollas.

Se ha roto la magia. Guardo el violín en su funda de nuevo, bajo la tapa y echo los cierres. Me pican los ojos.

Se abre la puerta por segunda vez y estoy a punto de mandar a la mierda a Caleb cuando me doy cuenta de que es Laurie. Se queda allí, en la puerta, envuelta en su bata azul, anudándose el cinturón, tirando de él, como si este fuera el que la sostuviese.

—Me dijeron que sabías tocar —dice.

Miro la desvencijada funda del violín antes de volver a meterlo debajo de la cama. Es mi pasado, pero no es mi presente. Tampoco veo que pueda tener un lugar en mi futuro. No le contesto. No digo nada.

—Es hermosa —dice ella—. La música... Es realmente hermosa.

El silencio nos separa, pero todavía distingo los ecos de la canción en la habitación. Parece que pasa una eternidad hasta que me da las buenas noches y apaga la luz, cerrando la habitación tras ella sin hacer ruido.

He olvidado guardar los dibujos. Me meto en la cama con cuidado, para no molestarlos, y me acurruco debajo de ellos. Me cubren como una colcha de retales.

Marty se queda mirándome. Estoy chorreando y se están formando charcos en el suelo de baldosas alrededor de las botas de trabajo de Caleb.

—Hoy llueve demasiado para pintar.

No jodas.

He traído conmigo el violín. Últimamente lo llevo a todas partes. No me fío de que ese cabrón de Caleb se mantenga alejado de él. Marty señala la estantería y me indica que deje allí mis cosas. Luego me da una mopa, una de esas grandes que sirven para abrillantar el suelo.

—Repasa los pasillos con esto. Después de barrer, los fregaremos.

En los pocos días que he estado en la residencia de ancianos Boreal no he pasado mucho tiempo en el interior. No pensaba que sería así, no se parece a un hospital ni a un asilo. Supongo que así funcionan las cosas cuando los viejos tienen dinero para permitirse lo mejor de lo mejor. Tiene un trazado en forma de «i» griega con la entrada principal y una sala de estar en la base. En uno de los brazos se sitúan las oficinas, incluido el despacho de Anne Campbell, enfermera y directora ejecutiva. Al otro lado hay una zona de comedor y se oyen los sonidos de la cocina. La oficina de Marty está al final de un pasillito cerca de la cocina, próximo a todos los aparatos, como la caldera y el sistema de aire acondicionado. Fui por el brazo izquierdo de la «i» griega cuando llevé a la anciana en silla de ruedas a su habitación hace unos días. Allí es donde viven los viejos que no necesitan demasiada ayuda para vivir, pero les hacen la comida, les limpian la habitación y todas esas historias. Al fondo del todo del pasillo hay otra sala de estar con grandes ventanales que dan al patio.

Pero el otro brazo de la «i» griega es distinto. El acceso está restringido, como a la entrada, por eso Marty me da el código. Dentro hay un mostrador donde trabajan las enfermeras, las puertas de las habitaciones están abiertas. También son bonitas, pero se nota que aquí es donde viven los ancianos que necesitan más ayuda. Están encerrados. Es una cárcel.

Tecleo el código de la otra ala, comienzo en la zona acristalada del fondo y recorro el pasillo de baldosas, empujando mi montón de polvo. El ruido comienza cuando estoy a medio camino, la música que estoy escuchando no consigue tapanlo y me pone los pelos de punta. Me quito los auriculares, pero el clamor de los truenos y la lluvia me confunden. Es un grito sin palabras, desolador, como el de un animal asustado, acorralado, desesperado y desgarrador. Lo he escuchado antes, hace años: así gritaba una niña morena arrodillada a los pies de un sillón viejo, con la tetera seca y la voz del presentador de *Jeopardy!* de fondo.

Me quedo mirando mientras los pasillos cobran vida y se llenan de batas rosas y naranjas que se dirigen apresuradamente a una de las habitaciones cerradas.

Debería continuar barriendo, pero no puedo moverme. Soy invisible y me quedo inmóvil, mientras las auxiliares y las enfermeras se desperdigan y se reagrupan. Al fin, el grito enmudece. Ya solo queda el rumor de la lluvia.

Tardo unos minutos más en ponerme a barrer. El pasillo vuelve a la normalidad, pero me dejo los auriculares colgados del cuello, con la música apenas audible. Hago virar la mopa hacia el puesto de las enfermeras. Al pasar ante la habitación donde ha tenido lugar todo el revuelo, una auxiliar abre la puerta y no puedo evitar echar un vistazo. Reconozco el pelo largo y canoso de la anciana, pero aparto la vista rápidamente antes de que se gire hacia mí. Me concentro en la mopa, en la línea de polvo, en la música. Pero siento su presencia. La siento justo ahí, de pie. Siento que me observa. Sé que está ciega. Pero, si no estuviera segura, juraría que Elizabeth Livingstone me acaba de atravesar con la mirada.

Soy invisible a ojos de todos salvo a los de una ciega.

Me escapo al jardín a fumar, me quedo bajo la pérgola, por donde se cuele la lluvia, con las manos temblando por culpa del frío, peleándome con el mechero hasta que por fin prende lo suficiente para encender el pitillo. Lo cierro y me lo guardo en el bolsillo, inspirando el humo profundamente. Me estremezco cuando los goterones de lluvia me mojan la cabeza y me bajan por el cuello. Las nubes son bajas y oscuras y no dan muestras de querer marcharse en breve.

Desde aquí, se distingue la parte de la valla en la que he estado trabajando. He rascado la mayor parte de la pintura desconchada y ya está casi lista para la primera capa. Las secciones de madera sin tratar están oscurecidas por la lluvia, por eso se distinguen mejor los colores vivos de mi obra. No es igual que las pinturas que tengo guardadas con el violín. Esas son solo para mí. Pero me han servido de inspiración.

Derrick no es tan creativo como los otros grafiteros. Para él no es lo mismo. Si le pillaran, no habría ningún puto «proceso alternativo de rehabilitación» para él. Los polis estarían más interesados en él que en mi estúpida pintada. Mucho más interesados.

Recorro con la vista las manchas de la valla y vuelvo a detenerme en mi libélula. Adoro sus líneas sencillas, que sugieren la forma apenas. Es única. Diferente.

Pienso de nuevo en la anciana. No sé por qué permito que me afecte. Pero es así. Quizá sea porque me hace recordar. Con cosas como el farol. Y los dibujos. Recordar es doloroso.

¡Oh, Dios mío! ¡Los dibujos!

Apago el pitillo con el talón de la bota y me apresuro a regresar al edificio, paso por delante de la oficina de Marty y recorro el pasillo que lleva a la habitación de Elizabeth Livingstone hasta detenerme ante la puerta. Como está ligeramente entreabierta, la abro del todo. Ha vuelto. Está sentada en su sillón, con los ojos cerrados y dormida, con las manos sobre el regazo. Me cuelo en la habitación sin hacer ruido para no despertarla.

Debí de verlos el otro día cuando estuve aquí, pero no me fijé en ellos. Estaba ocupada pensando en el farol. Hay tres de ellos, enmarcados y colocados sobre el tocador. Un pájaro. Insectos. Una planta. El artista utilizó un estilo muy personal. Es simple y detallado al mismo tiempo. Lo reconocería en cualquier sitio. Cojo las libélulas, recorriendo el borde de las alas, los ojos, las colas.

—Hola, Morgan.

Se me escurre el cuadro, que cae sobre el tocador con estrépito. Intento enderezarlo, pero se niega a quedarse recto y choca con los otros dos marcos, derribándolos también. Me giro para enfrentarme a la anciana, que aún está sentada en el sillón, con los ojos abiertos que no ven.

Murmuro algo ininteligible. A partir de ahí, todo va de mal en peor.

Anne Campbell está junto a la puerta.

—¿Morgan? —Parece sorprendida. Supongo que debería estarlo—. Pensé que Marty te había encomendado otra tarea hoy. —Entra en la habitación y endereza los marcos del tocador—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Su tono es acusador. Retrocedo unos pasos y bajo la vista. Estoy dejando charcos en el suelo. El agua me chorrea de la coleta y tengo la cara mojada. Me meto las manos en los bolsillos y noto el encendedor. ¡Joder! Levanto la cabeza y la miro a los ojos.

—Le he pedido que me echara una mano para descifrar los viejos diarios de mi padre. —La señorita Livingstone habla antes de que yo pueda hacerlo. Me giro y la miro, aliviada, confundida, y mi respuesta sarcástica a Anne Campbell muere en mis labios—. Mi vista ya no es la que era. Marty está ocupado hurgando en esa caldera suya y estoy segura de que no la echará de menos una hora o así. Dios sabe que los pasillos no necesitan que los barran más. Si vas a tener a la chica trabajando, mejor que sea en algo útil.

Cierro la boca.

Anne Campbell no se lo traga. Ni por un segundo. Percibo una lucha de poder, pero no es conmigo, es con la anciana. Los truenos se oyen en la lejanía.

Finalmente, la mujer dice:

—Ya veo.

¿Esa es su respuesta para todo?

—Mire. —Supongo que era mejor decir algo—. Estaba a punto de...

—Estaba a punto de ir a cambiarse las botas mojadas y a traerme una taza de té cuando regresara de la oficina de Marty —me interrumpe la anciana—. Vamos, corre, y no te olvides de la leche ni del azúcar.

Hago lo que me indica, me escabullo junto a Anne Campbell y me apresuro por el pasillo.

ELIZABETH

No estoy convencida de que la chica regrese, pero algo la atrajo a mi habitación en primer lugar. Quizá sea demasiado precipitado por mi parte sugerir que me ayude a leer los diarios de padre, pero, cuanto más lo pienso, más me gusta la idea. Marty ha estado demasiado ocupado y ardo en deseos de escuchar las palabras de padre. Me interesan los secretos que sospecho que encierran. Secretos lo bastante poderosos para que Charlie tomase su decrepito barco y saliera al lago a estas alturas de la estación para desenterrar palabras que han permanecido sepultadas y ocultas, silenciadas desde nuestra juventud, desde que abandonamos la isla.

Paso la mano por la tapa del primer libro, dibujando la «a» y la «l».

No pasa mucho tiempo antes de que la escuche moverse por la habitación. Siento su sombra detenerse ante el tocador antes de sentarse en una de las sillas de madera junto a la mesa.

—Mmm. Gracias —murmura—. Esto, yo... —Su pugna por formular una frase de disculpa es tan dolorosa que le ahorro la molestia.

—¿Sabrás leer esto?

Cuando contesta, su tono es sarcástico. El arrepentimiento le ha durado poco.

—Claro que no, joder, soy demasiado estúpida...

Se cree que me va a escandalizar.

—Ahórrate el comentario, Morgan. No malgastes esa actitud egocéntrica conmigo. No es cuestión de que sepas leer, sino de legibilidad. Últimamente a los chicos les cuesta leer la escritura manuscrita y sería una pérdida de mi tiempo y del tuyo si no supieras. —No le doy oportunidad a continuar hablando—. Si eres capaz, tu ayuda será bienvenida. Si no, te invito a marcharte. Pero te ruego que mantengas las narices y las manos lejos de mis asuntos y de mis cosas.

La chica no contesta. Mientras tanto, el tamborileo de la lluvia contra el cristal llena el silencio que nos separa. Al final, se inclina y coge la pila de libros, dejándolos sobre la mesa que hay ante ella.

—Sí, sé leer la letra manuscrita. —Comienza a desatar el bramante—. Si es ciega, ¿cómo sabía que era yo quien había entrado en su habitación?

Es una respuesta fácil de contestar.

—Eres la única persona de por aquí que calza botas dos tallas más grandes. —
Y luego añadió—: ¿Dónde está el té?

MORGAN

Cojo el libro de lo alto del montón con precaución, casi como si esperase que las frágiles páginas del interior se pulverizasen cuando abriera la tapa. No es así. Las páginas están amarillentas y las palabras desvaídas, pero puedo leer la mayor parte. En la primera página aparecen las palabras *Andrew Livingstone*, y debajo:

Diario

22 de abril de 1917

Este no es un documento del Gobierno

—¿Quién es Andrew Livingstone? —le pregunto a la anciana. Sigue sentada en el sillón, con una taza de té en las manos.

—Mi padre.

—Ah. —Eso es interesante. Examino la página tratando de descifrar la caligrafía inclinada y negra—. ¿Y no los había visto antes?

—Los había visto, pero nunca los he leído.

Y ahora no puede. No sin ayuda.

—El primero comienza en 1917 y continúa hasta 1920. Hay más de otros años. Pone que son personales, que no son documentos del Gobierno.

La anciana asiente y me explica:

—Mi padre era farero. En 1917 fue destinado al faro de Battle Island. Solo pasó un año allí antes de que el Gobierno le trasladase al faro de la isla Porphyry. Parte del trabajo de un farero consiste en llevar bitácoras oficiales para dejar constancia de cuándo se encendía la lámpara, cuándo se apagaba por la mañana y la climatología. Por eso tenía que dejar constancia de que estos eran sus documentos privados.

Paso la página y veo la primera entrada del farero.

—El año está escrito arriba del todo, y en cada página hay varias entradas. —Recorro el papel con la mano, ayudándome para descodificar las letras emborronadas para unir las en palabras y frases—. A lo largo del margen izquierdo aparecen letras, W, NW, N, NNW...

—Es la dirección del viento. ¿Entiendes la letra?

Está ansiosa ahora que sabe que puedo leerla. Me pregunto qué espera oír.

Lunes, 23 de abril. He llegado al faro de Battle Island donde pasaré la temporada como ayudante. Wilson y yo llevamos casi dos semanas con el faro operativo, pues estamos en plena temporada de navegación. Estoy aprendiendo a manejar el diáfono, un aparato muy tosco, aunque me han dicho que es todo un adelanto respecto a la antigua sirena de niebla, que consistía en una bomba de mano.

Viernes, 25 de mayo. Está siendo una primavera fría y pasada por agua. Ayer llevé la batea hasta la pesquería y retiré las redes. Fui recompensado con tres corégonos, una trucha lacustre y un lumpo. Me los quedé todos menos el lumpo. He recibido noticias de Lil por correo y le he escrito sugiriéndole que venga a visitarme varias semanas, puede embarcarse en el Red Fox la próxima vez que el capitán Johnson fondee en McKay's Harbor. Estoy seguro de que al Sueco no le importará traerla con el correo y algunas provisiones que he encargado la próxima vez que vengan a echar las redes por nuestra zona, cosa que espero que suceda en un mes más o menos. Me he enterado de que muchos empleados se traen a la familia a pasar la temporada, así los trabajadores están más contentos y no les pesa tanto el tedio y la soledad. Estoy seguro de que Lil será aquí tan feliz como yo. Si acaso, ella está más preparada que yo para esta vida, al haber nacido y haberse criado tan vinculada a la tierra y el lago.

Levanto la vista para mirar a la hija del autor de las palabras que acabo de leer.

—¿Lil era su madre?

—Sí. Mi padre emigró a Canadá procedente de Escocia en 1914, expulsado de la granja familiar e incapaz de encontrar trabajo. Vino a Canadá con intención de instalarse en el oeste, al igual que muchos de sus compatriotas, pero se enamoró de los lagos en cuanto los vio, procedente de Nueva York. Consiguió trabajo en los barcos correo que cubrían la ruta entre Collingwood y Port Arthur.

Me pone al corriente de su historia familiar. Puedo leer yo o puede hablar ella. A mí me da lo mismo. De modo que cierro el pico y atiendo.

—Al invierno siguiente, decidió probar suerte en el negocio de las pieles y se mudó a una vieja cabaña cerca de McKay's Harbor o Rosspport, donde se convirtió en trampero. Allí conoció a mi madre y se casó con ella en 1915. Su padre también era escocés. Y también era trampero. Pero era un hombre severo, a juzgar por lo que decía padre, estricto y partidario de la mano dura con sus hijos. Su madre era una india ojibwe y le enseñó las tradiciones de su pueblo.

Aprendió a confeccionar zapatos para la nieve con tendones cosidos a la estructura de madera, a despellejar y teñir la piel de los animales que caían en sus trampas y lazos, y a usar el bosque como fuente de comida y medicina. Supongo que vivió en conflicto consigo misma; por su naturaleza mestiza nunca se acostumbró a ser ni una cosa ni la otra, en ella siempre existió un sentimiento de orgullo atemperado por la vergüenza.

Hace una pausa.

—En la época en que padre trabajaba de ayudante de farero en Battle Island, mi hermano Peter ya estaba en el mundo. Charlie, Emily y yo nacimos en la época que vivieron en Porphyry.

Continúo leyendo. Se parece a un libro de cuentos y los personajes comienzan a cobrar vida en las páginas.

También me hace recordar. Me hace pensar en mi historia, en mi familia, en las ocasiones que pasamos delante del fuego, en las frías noches invernales, sentada en su regazo, escuchándole hablar del lago y de las redes que echaba y las tormentas que obligaban a los barcos a refugiarse al abrigo del puerto a esperar a que cambiara el tiempo para poder regresar con su carga para las plantas de pescado.

Martes, 10 de diciembre. El lago está en calma. Me han informado de que seré trasladado la primavera próxima al faro de Porphyry. Es una estación más antigua, sin los avances que he visto aquí en Battle Island, pero está cerca de Edward Island, cerca de la entrada a Black Bay y únicamente a un día a vela de Port Arthur. A causa de la guerra, y a pesar de la campaña de reclutamiento forzoso de Borden, el mantenimiento de los faros ha sido declarado un servicio fundamental. Cuando ocupe mi puesto en Porphyry la próxima temporada, estaré sirviendo a mi país.

Levanto la vista para mirar a la anciana. Parece cansada. La taza sigue en el regazo, olvidada. A pesar de que tiene la cabeza apoyada en el respaldo del sillón, no parece relajada. Los labios apretados dibujan una línea tirante y tiene el ceño fruncido. Fuera lo que fuera lo que esperase oír de su padre, no fue escrito en 1917.

Si quiero averiguar más sobre los cuadros, tendré que hacer algo más que leer.

ELIZABETH

Escucho las palabras que pronuncia la chica. Una a una van llenando los huecos como las gotas de lluvia que caen en el exterior, hasta que los recuerdos se concentran y fluyen a través de mí. Veo a padre realizando sus tareas en el faro, me lo imagino como un hombre joven, renacido gracias a sus frases. Es la existencia que eligió y para la que estaba bien dotado. Aunque sea la chica quien habla, también oigo su voz. Sale a la superficie y flota junto a mí, profunda y cálida. Resonante.

Noto que Morgan ha dejado de leer.

—¿Ya has terminado? —le pregunto, y dejo la taza de té en la mesa que tengo al lado.

—Solo el primer año. —Oigo que se revuelve en su asiento y cómo cierra el diario quedadamente—. ¿Está muerto?

—¿Mi padre? —contesto con cierta incredulidad—. ¡Por Dios, niña! Hace mucho que murió. ¡Si viviera tendría más de cien años!

—No —responde ella—. Me refiero a su hermano. Los polis que vinieron el otro día dijeron que no pudieron encontrarlo en el barco. Oí lo que decían sin querer, cuando estaban hablando con usted, ya sabe.

—¿Mientras estabas escondida?

—No estaba escondida.

—¿De qué tienes miedo, Morgan?

—Está cambiando de tema.

—Y tú eres una entrometida.

—Igual que usted.

No puedo reprimir la sonrisa. Tiene agallas. Me levanto, llevo sentada demasiado rato y tengo las extremidades entumecidas. Atravieso la habitación en dirección a la cama, me siento y me inclino para quitarme los zapatos.

—Supongo que sí. De todas formas, eras tú la que andaba metiendo las narices donde no debía.

—Solo estaba mirando esas pinturas.

Sí, las pinturas. Hay tres y puedo verlas como si no hubiera perdido la vista. Son obras tempranas, muy tempranas, antes de que el mundo se enamore de

sus líneas marcadas y de los colores vivos. Dejo caer los zapatos al suelo y subo las piernas a la cama.

—¿Por qué?

Titubea antes de responder, pero es una respuesta apenas audible y es posible que me la imagine.

—Me gustan. Me recuerdan a alguien. ¿Cómo las consiguió?

—Siempre las he tenido.

—¿Siempre?

—Sí, fueron pintadas hace muchos años.

—Entonces, son antiguas.

—Bastante. ¿Quién está cambiando ahora de tema?

Ella suspira.

—Vale. Su hermano. ¿Qué le ha sucedido?

Ojalá lo supiera. Después de que abandonáramos Porphyry, dejé de estar al corriente de su vida. Cuando me encontré lo bastante bien para buscarlo, para exigir respuestas, él había desaparecido. Aunque no sé si habría contactado con él incluso de haber podido. Con el tiempo, oí que se había mudado a Sault Ste. Marie y que había aceptado un trabajo en la siderúrgica Algoma Steel. Unos años después de que Emily y yo nos marchásemos a recorrer mundo, él regresó. Tuvo distintos trabajos, pero no consiguió conservar ninguno durante mucho tiempo, ya fuera como productor de madera para la fábrica de papel o de carpintero construyendo casas, e incluso fue marinero para la compañía Paterson Steamships. Construyó el Wind Dancer con sus propias manos y él fue su único tripulante durante los meses interminables que pasaron en el lago. Conocía ese barco íntimamente. También el lago. Nunca habría imaginado que terminaría así... Sin embargo, era demasiado viejo para navegar solo por el lago Superior.

—No lo sé, Morgan. —Suavizo el tono—. Mi hermano era un buen marino, pero también era un anciano y el lago es temperamental. Debía de tener una razón realmente buena para embarcarse en mitad de la noche y dirigirse a la isla Porphyry para desenterrar estos diarios del lugar donde hayan permanecido escondidos todos estos años.

—¿Estaba unida a su hermano?

Es una pregunta sumamente difícil de contestar. Respondo de nuevo en tono cortante.

—Mi hermano y yo llevamos más de sesenta años sin hablarnos.

—Así que le odiaba. —Ahí estaba la simplicidad de la juventud, que todo lo viste de blanco y negro, bien y mal, amor y odio.

—No. No es eso en absoluto. Yo quería... Yo quiero a mi hermano, lo quiero mucho. Es una larga historia.

MORGAN

Observo cómo se instala en la cama y se cubre las piernas con la colcha. Lleva una coleta, pero se recoge algunos mechones sueltos de cabello canoso tras la oreja y se recuesta entre las almohadas. Se me va la vista a las acuarelas que aguardan en el tocador. Las líneas me resultan tan familiares... Quiero saber por qué.

Los regueros de lluvia continúan surcando la ventana. No tengo que ir a ningún sitio. Cierra los ojos como si así pudiera ver las imágenes que han conjurado las palabras de su padre.

—Pues cuéntemelo —la animo.

—Éramos tres los integrantes de la banda: el decidido Charlie, Emily y yo, pegadas a él como su sombra, sus compañeras ansiosas de exploraciones y aventuras. Lo adorábamos.

»Mi padre llevó una vida poco convencional y, por extensión, nosotros también. Pero era la única que conocíamos. Creíamos que era normal vivir en una isla perdida en las aguas grises del lago Superior, bajo una gran luz que parpadeaba al paso de los barcos en la oscuridad. Nos pasábamos los días vagando por los bosques, explorando los canales y las bahías en una barquita, cazando conejos y recogiendo moras. Fue una infancia maravillosa.

—¿Charlie era el mayor?

—Sí, nos llevábamos cuatro años. Emily y yo éramos las pequeñas. Nacimos en la isla y fue un milagro que sobreviviésemos siquiera. Mi madre ignoraba que daría a luz mellizas. Cuando se puso de parto aún faltaba más de un mes. No había barcos lo bastante rápidos para cubrir la distancia entre la isla Porphyry y Port Arthur. Además, su cuerpo estaba demasiado acostumbrado a los ritmos del parto, pues ya había traído dos hijos al mundo. Apenas si hubo tiempo de hervir agua y de ir en busca de padre. Pero madre era una sanadora, sabía cómo cuidar de nosotras. Pasamos nuestros primeros meses de vida envueltas en el mismo rebozo dentro de una caja de madera, junto al fuego de la estufa, nutriéndonos gracias a su leche. Padre me decía que Emily y yo éramos inseparables, dos partes de un todo. No podíamos ni respirar sin nuestra otra mitad. Y Charlie cuidaba de ambas.

La anciana hace una pausa.

—No, Morgan, no lo odio. Hubo un tiempo en que fuimos uña y carne. Pero sucedió algo que nos separó y las cosas no han cambiado desde entonces.

Cojo el diario y el sonido de mi movimiento la trae de regreso a la habitación.

—Pero todavía no hemos llegado a eso, ¿verdad? —dice—. Estoy adelantando acontecimientos. Charlie ni siquiera ha venido al mundo. Continúa.

Abro de nuevo el viejo volumen y paso las páginas que ya hemos leído. 1918.

Miércoles, 3 de abril. Esta temporada hemos llegado como familia: Lil, Peter y yo. Hemos venido a bordo del remolcador James Whalen a la isla Porphyry. El faro está en unas condiciones extraordinarias, pero la vivienda y los jardines precisan reparaciones. Albert Shaw, el antiguo farero, se ha jubilado y vive en Fort William con su hija. Me han dicho que tiene setenta y tres años. Su hija hizo las veces de ayudante durante muchos años. A diferencia del faro de Battle Island, la torre está adosada a la vivienda, que han de compartir el ayudante y el titular. La linterna tiene una lente catóptrica de tres metros de diámetro y contiene cuatro lámparas circulares del número uno con reflectores de cincuenta centímetros. La torre en sí mide once metros y, al estar situada en la punta occidental de la isla sobre un acantilado pequeño, se eleva un total de diecisiete metros sobre el lago. Si el cielo está muy despejado, la luz se ve a veinticinco o treinta kilómetros de distancia. Hace falta pintar todos los edificios. He enviado una solicitud para que manden tablones de pino para los suelos, espero que los traiga el James Whalen con el resto de víveres. Lil y Peter se están aclimatando bien.

Martes, 23 de abril. He visto una hembra de caribú y su cría nadando entre la isla Porphyry y Edward Island mientras pescaba en Walker's Channel. Regresaré con el rifle. Hay un puerto natural a medio camino en la cara noroeste de la isla, justo antes de la entrada al canal. Por eso Porphyry es la envidia de otras estaciones, facilita el desembarco de víveres y personas al estar más resguardada. Hay que subir un trecho considerable por el pantano para llegar a la estación, pero es un camino bien trillado. Normalmente, los víveres se entregan en la playa cerca del faro y hay un cobertizo para botes en la orilla, pero es bueno saber que hay opciones en caso de que el tiempo no coopere. George Grayson, el ayudante, llegó la semana pasada. Le han licenciado tras pasar menos de seis meses en el Cuerpo Expedicionario Canadiense, donde combatió en la tercera batalla de Ypres, Passchendaele. El cuerpo, el rostro y los brazos evidencian su paso por las trincheras, pues los tiene cubiertos de cicatrices

causadas por las quemaduras del gas mostaza del enemigo, que se asienta como si fuera queroseno caliente y quema sin llama sin que haya forma de extinguirlo. Es incómodo mirarlo. El gas también le dañó los pulmones y tiene la voz ronca y quebrada. Lo han destinado aquí para que el aire puro ayude a sanar sus pulmones así como para proporcionarle una ocupación constructiva. Hemos dividido el trabajo en turnos de doce horas y nos estamos acostumbrando a la rutina. Grayson está soltero y se ha instalado en el ala este, como yo la llamo. Compartimos las zonas comunes. Si la familia crece, necesitaremos solicitar que construyan una vivienda para el ayudante, ya que andamos justos de espacio.

Martes, 14 de mayo. Casi hemos terminado de reparar los edificios. Ayer recibimos una visita de Bob Richardson, procedente de Silver Islet a bordo del Margueritte. Bob trabaja como administrador de fincas para el Gobierno y todos los veranos se instala con su familia en una de las antiguas viviendas de los mineros, desde donde acude a trabajar a la ciudad a diario. Richardson está acondicionando la casa para poder usarla también durante el invierno. Me ha contado que son pocos los que pasan allí todo el año, solo la familia Cross, que trabajan como guardeses, y un puñado de personas más. Nos trajo periódicos con noticias del frente en Europa. En varias ocasiones, Grayson se ha despertado en mitad de la noche gritando, dándonos un buen susto a todos. A Lil y a Peter les da miedo. Me temo que su mente ha sufrido en la contienda tanto como su cuerpo y está igual de afectada. Duerme muy poco y vaga por la orilla a oscuras, le basta con la luz de la luna.

Viernes, 24 de mayo. Nuestro humilde grupo se ha reunido hoy bajo la lluvia para brindar en memoria de la extraordinaria reina Victoria. Aunque se diga que en abril aguas mil, la lluvia de mayo es la que hace crecer las hortalizas. Hemos sembrado patatas cerca de la vieja cabaña de Walker's Channel y hemos montado un huerto elevado sobre el terreno rocoso junto al faro. Hemos llenado los bancales de madera con tierra y semillas de tomates, guisantes y judías. Últimamente no hemos tenido visitas, aunque ha habido tránsito de embarcaciones de carga y de pasajeros en las rutas de navegación que entran y salen de Thunder Bay.

Lunes, 19 de agosto. El Red Fox ha llegado para aprovisionarnos de harina y carne de cerdo, suficiente para pasar el resto de la temporada, hasta mitad de diciembre, la fecha estimada de regreso del James Whalen. Continúo preocupado por Grayson, últimamente desaparece durante varios días seguidos. Lil se alegra de no tenerle cerca. Con los ataques, se intensifica el horror que refleja el rostro desfigurado y la mirada

atormentada. Además, a veces sale a navegar en el pequeño bote y nos quedamos sin embarcación alguna en caso de emergencia. He enviado una carta al Departamento de Marina y Pesca, pero me han comunicado que no es posible encontrar un reemplazo a estas alturas de la temporada. También señalan que este tipo de puestos se asignan a veteranos y víctimas de la Gran Guerra, y que debo encontrar la manera de trabajar en equipo, aunque me cuesta encontrar una razón para gastar una parte del presupuesto del faro en un ayudante que está más ausente que presente. Lil ha ido asumiendo más responsabilidades, turnándose conmigo cuando él no está. Nos las arreglamos bastante bien sin él, la verdad. No nos queda otro remedio.

Jueves, 10 de octubre. La prensa informa de que las fuerzas aliadas les están ganando terreno a los alemanes en Bélgica. Se aproxima el desenlace de la guerra. La guerra que pondrá fin a todas las guerras. Ha comenzado el goteo de soldados que regresan, algunos heridos, aunque muchos han quedado atrás, enterrados en los campos de Flandes o abandonados en fosas comunes o tumbas anónimas. Nuestro puesto está ahora más tranquilo, hay menos barcos y menos visitantes aún, y la frontera que separa los campos de batalla de Europa y la rutina monótona de rellenar el tanque de combustible, prender la camisa incandescente y abrillantar las lentes no hace más que ensancharse. Le he preguntado a Grayson por el tiempo que pasó en activo, pero me ha contado muy poco, solo me ha hablado de su instrucción en Inglaterra, de sus camaradas y de los bailes en la base. Cuando le pregunto por las batallas se le nubla la mirada y compruebo que le asaltan recuerdos dolorosos. Tengo entendido que fue uno de los pocos hombres de su unidad que sobrevivieron al gas mostaza, que varios de sus compañeros murieron días e incluso semanas después del ataque, agonizando entre gritos por las quemaduras que les abrasaban la piel y los pulmones, robándoles el aliento mientras los médicos y las enfermeras los contemplaban con impotencia. También he oído que otra plaga ha cruzado el Atlántico, embarcada con los mismos jóvenes que sacrificaron sus vidas para defender la libertad, solo para caer víctimas de la enfermedad que se conoce como gripe española. Se expande a una velocidad vertiginosa y ya ha alcanzado las orillas del gran lago.

Lunes, 16 de diciembre. El James Whalen ha arribado hoy para recoger a Grayson y llevarlo a tierra firme a pasar el invierno, pero el hombre ha desaparecido. Llevo cinco días sin verle. No puede andar lejos. Hallamos la batea en Edward Island, pero la búsqueda ha sido infructuosa, sospecho que haya podido ser víctima del lago. Incluso nos internamos en las bocas

de las minas abandonadas, pero no hallamos ni rastro de él. Lil, los niños y yo hemos decidido pasar el invierno en la isla. Tenemos provisiones para aguantar durante la estación fría y la caza es abundante. Tengo municiones de sobra, Lil tiene sus trampas y hemos comenzado a cortar leña, suficiente para no pasar frío durante el largo invierno. En la ciudad no hay trabajo para un farero, con todos los soldados que han regresado y buscan empleo, de modo que no tiene mucho sentido pagar un alquiler cuando tenemos una casa en condiciones aquí. Por si fuera poco, hay cada vez más muertes por culpa de la gripe. Causa estragos entre jóvenes y viejos por igual, anegando sus pulmones de fluido, hasta que dejan de respirar. Aquí estaremos más seguros y más abrigados. Y si Grayson regresa, Dios mediante, podremos darle cobijo también hasta que podamos mandar recado a la ciudad.

Me siento como si estuviera leyendo un cuento antes de dormir, pero cuando miro a la anciana veo que, en lugar de somnolienta, está despierta, tensa e incorporada. No soy capaz de leer su expresión. Me detengo un instante y la oigo murmurar:

—Oh, Dios mío. Era él. Después de tantos años. Grayson.

No me está hablando a mí.

—¿Sucede algo, señorita Livingstone? —Ella no contesta, pero inclina la cabeza, pensativa.

—Padre nunca nos contó qué le había sucedido, no volvió a verlo. Nadie lo vio. Salgo Emily y yo. Y ella no se lo contó a nadie. No podía. Y yo tampoco lo conté. —Vuelve a recostarse en la cama—. Continúa.

Miércoles, 1 de enero. ¡Qué fiesta de Año Nuevo! Nos dimos un banquete con sopa de conejo, guiso de ternera, bizcocho y arroz con leche. Hay grandes planchas de hielo entre las islas y las temperaturas continúan bajando. Antes de que nos demos cuenta, la superficie del lago será lo suficientemente sólida para cruzarlo y volveremos a estar comunicados con el mundo exterior. Peter y yo pasamos horas y horas entre libros, le leo a menudo. Es un niño brillante, se le nota. Agradezco la educación que recibí en Escocia a pesar de ser hijo de un granjero pobre. Así podré asegurarme de que mi hijo recibe la misma, aunque para ello Lil y yo tengamos que enseñarle en la isla. No hay ni rastro de Grayson.

Jueves, 27 de febrero. Noto en la calidez del sol que la primavera se aproxima. Como el hielo es sólido, Richardson ha podido venir desde Silver Islet en trineo tirado por perros. Ha traído consigo cartas y noticias

y también ha llenado nuestra despensa con unas preciadas latas de leche. Dos de sus hijos le han acompañado en el viaje y los niños han estado patinando todos juntos durante horas en el lago helado. Lil ha preparado un sustancioso estofado de pescado en salazón que compartiremos con ellos para que puedan comer caliente en su viaje de regreso.

Martes, 4 de marzo. El hielo ha comenzado a desprenderse del lago, en Black Bay casi ha desaparecido del todo y el viento arroja témpanos contra la orilla. Aunque el Superior está comenzando a desperezarse, todavía pasará casi un mes antes de que volvamos a ver barcos en las rutas de navegación y tengamos que encender el faro. Peter lleva tres días enfermo. Tan mal está que he ido en busca de la botella de whisky que escondo en el cobertizo del combustible con la esperanza de que sus propiedades medicinales le ayuden a sanar. Al verla, Lil se ha mostrado escéptica y contraria, y he tenido que insistir para administrárselo al niño. Su padre tenía prohibida la entrada de cualquier tipo de licor en casa y ella no ha olvidado su estricta educación. Ha preferido recoger la corteza interna de los álamos y la ha hervido para preparar una infusión fuerte. Temo que nos haya alcanzado el veneno insípido de la gripe española, traído por los niños bulliciosos que patinaron en nuestra orilla y comieron en nuestro humilde hogar.

Jueves, 13 de marzo. Peter se está recuperando. Me da igual si ha sido el whisky o las hierbas, pero nuestro hijo sobrevivirá. No obstante, la familia de Richardson no ha corrido la misma suerte. Hemos recibido noticias de que el hijo mayor ha fallecido.

Dejo de leer. Oigo a Marty silbando alegremente desde su oficina al final del pasillo. Reconozco a Chopin y comienzo a seguir la melodía, anticipando las notas siguientes. Es algo que no puedo evitar. Forma parte de mí, una parte que se oculta en mi interior, muy hondo, y que he intentado no sacar a la luz, pero la música no me abandona. Siempre ha sido así.

La anciana guarda silencio durante un momento. Creo que se ha quedado dormida, pero entonces habla.

—Gracias, Morgan. Es suficiente por hoy. Son tantos recuerdos como un corazón puede acomodar.

Cierro el diario y lo coloco encima del resto. Me tomo un momento para envolver el montón con la lona y atar el bramante, coloco el paquete en la mesita cerca de la cama de la mujer y me dispongo a marcharme.

—Mantén las manos lejos de mis cosas.

Me detengo un momento para mirar a la anciana canosa sentada entre

almohadas, y luego echo un vistazo rápido al dibujo de la libélula. Sin decir nada, me alejo por el pasillo en dirección a la oficina de Marty.

Ha cesado la lluvia cuando salgo de la residencia de ancianos Boreal, pero hay humedad en el ambiente y hace frío. Las farolas ya están encendidas.

Derrick está aquí, inclinado sobre el volante de su Honda Civic negro. El corazón me late más deprisa. Llevo unos días sin verlo, he estado ocupada rascando vallas e intentando arreglar las cosas en casa. Laurie cree que debería de estar agradecida de que todo terminara con esta mierda de la rehabilitación alternativa. Dice que podría haber sido peor. Me preguntó por el grafiti, por lo que había pintado, de dónde había sacado la pintura, con quién estaba. Dios, fue como un interrogatorio. Lo pillo: es su trabajo. Sabe que he estado viendo a Derrick. Lo invité una noche a ver una peli en casa. Pensé que sería una buena idea, que así Laurie me dejaría en paz. A Derrick se le dan bien los adultos, sabe ser educado y servicial y todos piensan que es lo más. Pero con Laurie no cuela. Se nota que no le gusta, por eso hemos dejado de ir a mi casa. A mí me da igual. Derrick pone en marcha el motor al verme y se detiene junto a la entrada. Me siento en el asiento delantero y salimos del aparcamiento. Sin decir ni una palabra.

Ya sé que él puede ser así. Dice que es un tipo introspectivo, pero yo le contesto que eso no es más que una forma de decir que tiene muy mala hostia. Cuando no dice nada, sé que está pensando. Siempre está pensando. Planeando historias. Tiene tantos planes en la cabeza que he perdido la cuenta.

Se disculpó por largarse cuando apareció la poli. Tuve que volver sola a McDonald's, donde me pillaron de todas formas. Sé que él tenía mucho más que perder que yo. Lo sé, joder. Pero no lo siento. En lo más profundo, en la parte de mí que quiere importarle a toda costa, a él o a cualquiera, duele. Al menos podría mostrar algo de gratitud, podría tener en cuenta que haya mantenido el pico cerrado. Sabe que, sin mí, esa noche los polis le habrían jodido al registrarlo a él o su coche, si yo no les hubiera contado que estaba sola.

Dice que él no consume ninguna droga dura. Le creo. Yo tampoco. He visto lo que le hace a la gente. Les roba la vida.

La lista de clientes de Derrick es una relación completa de todos los niños malcriados de la ciudad, y aunque procura ocultarlo cuando está con ellos, odia a esos «putos pretenciosos». Me asegura que él es un hombre de negocios, que se limita a darles lo que quieren, que si no lo encontrarían en otro sitio, por qué no va a ser él quien se quede con el dinero de mamá y papá. La ley de la oferta y la demanda. Lo buscan en el instituto o le envían un mensaje y acuerdan una

entrega. Le pagan lo que él pide sin hacer preguntas y vuelven por más.

Nunca le pregunté cómo había conocido a los grafiteros. Sale con ellos, pero él nunca pinta nada. Creo que le gusta el chute de adrenalina, saber que vive un poco al límite, que la poli le pisa los talones, las carreras por la noche, los mensajes en el muro. Eso fue lo que me atrajo de él. Por primera vez hace no sé cuánto tiempo, siento que formo parte de algo. Cuando estoy con él, me siento viva. Cuando estoy con él, soy capaz de sentir.

—Hola.

Me mira un momento y sonrío.

—Hola —contesta—. ¿Qué tal el insti?

—Ya sabes, la misma mierda de siempre.

Hoy no ha ido a clase. Todavía va al instituto, aunque debería haberse graduado el año pasado. Está repitiendo curso. Normalmente solo lo hacen los deportistas, porque quieren jugar al fútbol americano un año más y subir la media repitiendo las asignaturas que han suspendido. Pero Derrick tiene otros motivos. Quiere estar cerca de sus clientes, cruzarse con ellos en el pasillo, charlar con ellos a la hora del almuerzo y acordar entregas en el aparcamiento. Es un vendedor modesto. Nada demasiado grande ni peligroso. Y nunca lleva la mercancía al instituto. Es demasiado listo para eso. A diferencia de mí, él lo aprueba todo a pesar de que falta a clase a todas horas. Derrick es la clase de chico que no tiene que currárselo. Todo le resulta fácil. Siempre consigue lo que quiere.

—Hoy me han pillado en la habitación de la vieja —le digo. No le cuento qué hacía allí. No le hablo de las pinturas. De la que se parece a mi libélula—. Así que he tenido que ayudarla leyéndole los diarios de su padre.

—No jodas, ¿en serio? —Parece genuinamente interesado—. ¿Por qué?

—Está ciega. No puede leerlos sola.

Aceleramos en dirección a la costa. Derrick se muerde el labio inferior. Frunce el ceño. Está pensando.

Extiende la mano y me acaricia la pierna. Me coge de la mano.

Nos conocimos el año pasado en una fiesta. Es dos años mayor que yo. Íbamos al mismo instituto, pero nuestros pasos nunca se habían cruzado. No nos movíamos en los mismos círculos. Luego la cosa cambió.

Conocí a Alyssa en noveno curso y comenzamos a salir juntas. Hace un año cambié de casa de acogida y tuve que trasladarme de colegio. Salvo a Caleb, que es un capullo, no conocía a nadie en el nuevo.

Entonces, un fin de semana, Alyssa se enteró de una fiesta en un descampado junto a la autopista 61 y me llamó. Encontró a alguien que nos llevara y, cuando se plantó en mi casa antes de las doce de la noche con una botella pequeña de

whisky y algunas cervezas, nos largamos sin que Laurie se enterase. Lleva años acogiendo a chavales en su casa, desde mucho antes de que yo llegara, pero es demasiado estúpida para darse cuenta de lo fácil que es abrir la ventana del dormitorio y descolgarse hasta el suelo.

A las dos de la mañana, las dos estábamos borrachas y yo estaba sentada en el regazo de Derrick. Media hora después apareció la poli. Derrick y yo salimos corriendo y huimos entre los arbustos del borde del campo, bajamos por el terraplén y nos quedamos tendidos juntos, riéndonos, mientras las linternas parpadeaban y barrían el descampado buscando borrachos dormidos en la hierba. Nos quedamos allí tumbados mirando las estrellas, mientras la tierra daba vueltas a nuestro alrededor, hasta que los polis se marcharon. Entonces nos arrastramos hasta el coche de Derrick y nos subimos a la parte de atrás. Derrick cogió una cerveza de una nevera en el suelo, la abrió y le dio un trago antes de pasármela.

Bebí. La cerveza no estaba fría, pero tenía sed. Nos la pasamos varias veces más.

—Joder, eres preciosa —me dijo, mientras me acariciaba la cara, dibujándome los ojos, la nariz, el mentón—. ¿Cómo es que nunca me había fijado en ti?

Me eché a reír. Era cosa de la cerveza. Yo no era preciosa, pero dejé que lo pensara. Cuando me besó, tenía los labios húmedos y sabían a la cerveza tibia. Ya no tenía ganas de reírme. Metió las manos por debajo de la chaqueta y de la camisa después, recorriendo la columna hasta llegar a los vaqueros. Me estremecí. Abrió el cierre del sujetador, metiendo la mano bajo el encaje rosa para tocarme el pecho. Me puse tensa y retrocedí, sin dejar de mirar sus ojos verdes, apenas visibles en el interior oscuro del Honda.

—No pasa nada —me susurró al oído—. Confía en mí.

Se inclinó y me besó en los ojos hasta que los cerré. Luego volvió a por la boca. Esta vez abrí los labios y lo dejé entrar.

Derrick siempre consigue lo que se propone.

Pensé que nunca volvería a saber nada más de él. Pero quería, cosa que me jodía bastante. Una semana después me llamó y fuimos juntos a la fiesta donde conocí a los grafiteros. Entonces fue cuando entendí a qué se dedicaba, cómo ganaba pasta para poder permitirse el Honda y los vaqueros de marca y la reserva inagotable de alcohol que parecía tener siempre a mano. En realidad, me daba lo mismo. Nada de eso importa. Para mí, todo se reduce a pintar grafitis.

El coche acelera por Water Street. En la radio suena una mierda *country* que nunca entenderé, pero no digo nada. Y no cambio de cadena.

Giramos a la altura del puerto deportivo y seguimos la carretera a lo largo de la línea de costa, después nos detenemos en una plaza de aparcamiento con

vistas al puerto y a los imponentes elevadores de grano. El lago está picado y las olas se estrellan contra el rompeolas de piedra. El barco mercante anclado en la bahía se agita. Derrick apaga el motor y se gira para mirarme.

—He estado pensando.

Por su manera de decirlo, no estoy segura de querer saber qué ha pensado. Saco el paquete de tabaco. Le ofrezco un cigarro a Derrick, aunque sé que él no fuma y no le gusta que lo haga dentro del coche. Es la mayor chulería que me permito con él.

—¿Sí? ¿Sobre qué? —Enciendo el mechero hasta que el cigarrillo prende y le doy una calada larga.

—Puede que sea positivo que te hayan pillado y estés haciendo trabajos comunitarios en ese asilo. Es una oportunidad.

No entiendo qué tiene de positivo.

—Nena, esos viejos toman analgésicos por un tubo. Ese sitio tiene que estar hasta arriba de drogas que podríamos vender: oxitocina, oxicodina, lo que se te ocurra. Solo tienes que encontrarlas.

Casi me atraganto con el humo.

—¿Has perdido la puta cabeza, Derrick? No dejan los frascos de medicamentos por ahí tirados precisamente. —Lo miro, observo fijamente esos ojos hipnóticos, pero él no parece convencido—. ¿Y qué coño crees que va a pasar si desaparece algo? ¡Yo seré la primera persona a la que irán a buscar! Ya estoy bastante jodida.

—Fíjate cómo te has colado hoy en la habitación de esa señora. Ya se nos ocurrirá algo. Encontraremos alguna manera de hacerlo. Gánate a los viejos. Y al personal. Haz que confíen en ti.

Se inclina hacia mí, me quita el cigarro de entre los dedos y lo arroja por la ventanilla, luego se inclina más aún para darme un beso.

—Tú puedes, nena. Hazlo por nosotros. Tú y yo construiremos un futuro juntos. Será increíble, joder.

Me gusta como suena. Sus labios encierran los míos. Maldito sea.

ELIZABETH

Estoy sentada en mi silla de ruedas, envuelta cómodamente en mantas, con las gafas de sol puestas y aparcada en el patio. Qué agradable resulta estar al aire libre. Llovió insistentemente durante varios días, pero por fin la lluvia se ha retirado entre las nubes en busca de otros destinos. La atmósfera es fría y húmeda, anuncia los días más cortos y el invierno incipiente. Oigo a la chica trabajando en la valla. Está escuchando música de nuevo y por los auriculares diminutos se filtra un ritmo tenue que llega hasta donde me encuentro. Me resulta familiar, pero no soy capaz de identificar la pieza.

—¿Qué estás escuchando?

El sonido del rascador se detiene por un instante.

—Música.

—Hay que ver lo ingeniosa que eres.

—Hay que ver lo cotilla que es usted.

—El tiempo se pasará mucho más rápido si lo compartes con alguien.

Silencio. Salvo por el rascador. Y la leve melodía.

—¿Por qué no te inspiras en Tom Sawyer y convences a alguien para que pinte la valla por ti?

—¿Quién es Tom Sawyer?

Agito la cabeza con incredulidad.

—¿Qué os enseñan en el colegio hoy en día?

—Estupideces. Es una puta pérdida de tiempo.

No sé si reírme o suspirar. Es una chica inocente. A pesar de su coraza, sé más de ella de lo que está dispuesta a admitir. O bien es huérfana o no vive con sus padres, y su hogar, sea cual sea, no es una referencia para ella. Disimula el miedo y la soledad con rabia y, en un intento desesperado por sentir que forma parte de algo, toma decisiones estúpidas y confunde el amor con lo que no lo es. A juzgar por cómo reaccionó ante la policía, apostarí que se ha relacionado con personajes de dudosa reputación que no han vacilado en dejarla tirada al primer atisbo de problemas. Pero la chica tiene algo. Algo único.

—Entonces, ¿esta es una forma de emplear mejor tu tiempo?

—No se me ocurre nada mejor que hacer hoy que pintar una valla.

El tono es sarcástico, pero noto que la fachada que tanto se esfuerza en mantener en pie es frágil. Necesita recomponerse después de que la pillaran en mi cuarto y que una anciana tuviera que rescatarla. Y ciega, por si fuera poco.

—Creo que es lo que menos me gustaba hacer. No es que pintara vallas en concreto. Encalaba. Siempre había que encalar. Todos los veranos había que encalar la casa, la estación, la torre del faro. Dios, cómo lo odiaba.

Continúa el ruido del rascador.

—Estoy escuchando a Epica —dice ella.

—Nunca había oído hablar de ella.

—De ellos.

Justo ahora lo distingo. Me reclino en la silla para escuchar los compases de violín y de chelo y la voz cautivadora que los acompaña. Me transporta a otra época. Era invierno. Emily y yo estábamos tumbadas en la alfombra delante de la estufa. En el exterior, el lago congelado calla mientras un millón de estrellas salpican el techo oscuro que recubre la quietud silenciosa. Padre está sentado en su sillón, fumando en pipa. Madre zurce. La radio, una Zenith, está sintonizada en la emisora de la NBC de Michigan, la señal recorre la extensión mansa del lago Superior hasta toparse con nuestra remota isla, transportando del bosque boreal a mi yo de diez años a un mundo mágico. Escucho atenta, como en trance.

La música cambia repentinamente, entra la percusión y un instante después una inconfundible guitarra eléctrica. Algo cuanto menos inusual.

—Dios santo, ¿qué clase de música es esa?

—Metal sinfónico.

—Interesante.

Nunca he oído una música como esa: una extraña combinación entre la clásica y una especie de interpretación rabiosa del sonido contemporáneo. Entiendo por qué le gusta.

Morgan arroja el rascador al cubo y se sienta en la mesa de pícnic. Enciende un cigarrillo. No hago ningún comentario. Estoy segura de que esperaba alguno.

—¿Sabe algo de su hermano? —me pregunta.

—No. —Me coloco bien la manta que me cubre las piernas. La chica me intriga—. Verás, Morgan, cuando te conté que no había visto a mi hermano en más de sesenta años, no fui completamente sincera. —No responde, pero continúa fumando—. No ha intentado contactar conmigo en todo este tiempo, pero dos días antes de que hallaran su barco abandonado estuvo aquí. Estuvo aquí en el jardín delante de mí y no dijo ni una palabra. Unos minutos después, se marchó.

El olor a tabaco cuelga en el aire, húmedo y pesado.

—Morgan, puede que esos libros contengan respuestas a algunas preguntas

que tengo sobre mi pasado. Yo no puedo leerlos. Pero tú sí. O mucho me equivoco, o tienes tiempo de hacerlo. —Marty podría leerlos llegado el caso, estoy segura. Podría pedírselo. En cambio, se lo pido a ella—. ¿Qué te parece si hiciéramos un intercambio? Tú sigues leyendo los diarios y yo te regalo una de las pinturas que tanto te interesan.

Oigo cómo aplasta el cigarrillo con el tacón de la bota, pero no dice nada. Debe de haberse quitado uno de los auriculares, ya que los compases de Epica se distinguen mejor, mezclándose con la cháchara de los gorriones y el siseo del viento entre las hortensias.

—¿Puedo elegirla yo?

Es una respuesta interesante. Hay tres dibujos. Uno de una libélula, otro de un colibrí y el último es un estudio detallado de unos guisantes de olor. Son temas comunes que se reproducen desde diversos ángulos. Algunos críticos sugieren que prácticamente podría superponerse una serie sobre el mismo tema hasta crear una imagen tridimensional, como si cada interpretación añadiera una capa extra que transmitiera una perspectiva ligeramente diferente, aunque se asocia fácilmente con las demás. Aunque sean bocetos, cada uno vale una suma considerable. Pero no creo que le interesen por eso. ¿Qué es lo que ve en uno de esos dibujos?

—Sí.

—Entonces, vale. Será mejor que empecemos.

MORGAN

Oigo la voz de Derrick que me susurra cuando la anciana sugiere que continúe leyendo los diarios de su padre. Quizá esta sea la oportunidad que esperaba. Pero no vamos a la habitación de la mujer. Nos sentamos en la habitación acristalada al final del pasillo, con vistas a los jardines. El mono se ha quedado colgado en la oficina de Marty, también he dejado allí las botas que me quedan grandes. Las mías son negras y de cordones, me llegan casi a la rodilla. Hacen mucho menos ruido cuando recorro las baldosas de la entrada y los pasillos de madera. Voy de negro riguroso, como un cuervo, salvo por el pañuelo que me regaló Laurie las Navidades pasadas, color azul cobalto con hilos de plata, que llevo a modo de cinturón con los vaqueros. He oído que a los cuervos les gustan los objetos brillantes, como a las urracas. Mantengo los ojos bien abiertos.

Coloco los diarios apilados sobre la mesa. Los antiguos volúmenes se ven raros y fuera de lugar entre el mobiliario moderno. Casi me da miedo abrirlos de lo frágiles que son. Pero no tengo otra elección. Paso las páginas cuidadosamente hasta que llego a la última entrada que había leído.

—Entonces, ¿por dónde lo dejamos? —pregunto, escrutando las palabras—. Sus padres se mudaron a un faro en una isla en medio del lago Superior. La gente la palmaba de gripe española. A un tío llamado Grayson se le fue la pinza y se ahogó o algo así.

—No se ahogó —repone la anciana.

—¿Qué le pasó, entonces?

Ella titubea antes de contestar. Está sentada en una silla, con el pelo recogido en una trenza tirante que le cae sobre un hombro, y se ha quitado las gafas de sol.

—A veces creo que es mejor no saber el final antes de empezar.

Así las cosas, continuó.

—Vale, pues vamos allá. 1919 a 1920.

Viernes, 13 de junio. Anoche tuvimos una luna llena gloriosa que trató de competir con el faro. Cogí a Peter y salimos con el bote para circunnavegar nuestra isla a la luz de la luna de madrugada. A veces, este

lago se comporta como una dama civilizada y correcta, casi consigue que te despreocupes. Pero estoy aprendiendo. Es temperamental y monta en cólera a menudo, al menor indicio se desata una tormenta que nos acosa durante días incansablemente hasta que su furia se apacigua y vuelve a tranquilizarse. Abordo nuestra relación con sumo cuidado.

Lil y yo hemos plantado verdura en los bancales del faro y he ampliado nuestro huerto de patatas en Walker's Channel para incluir remolachas y nabos. El Red Fox nos visita cada pocas semanas en su ruta hacia Port Arthur y los bancos de pesca y nos trae el correo y la prensa, y volvemos a estar en contacto con el mundo exterior. Todavía hay muchos enfermos de gripe y, aunque he ido a la ciudad varias veces, Lil insiste en quedarse en el faro con Peter. No puedo culparla.

Miércoles, 23 de julio. No dejan de maravillarme los conocimientos y las habilidades de mi esposa. Me lo enseña todo sobre esta tierra entre las tareas del faro y el cuidado del huerto. Nuestros guisos se surten de las capturas de sus trampas y ya ha comenzado a hacer los preparativos para alimentarnos durante el aislamiento del invierno: salando pescado, haciendo conservas de frutas de bosque y secando hierbas. He salido algunas veces con los Niemi en su remolcador para ayudarlos a sacar las redes y destripar las capturas que venden a las industrias Kemp, donde se procesa el pescado. Viven en Port Arthur, pero cuando salen a pescar en verano plantan su campamento en Walker's Channel. El trabajo me resulta duro y solo voy cuando hace buen tiempo y Lil es capaz de encargarse de las tareas del faro sola. No hemos solicitado un nuevo ayudante. Lil y yo nos bastamos para compartir la carga de trabajo y el Departamento parece conforme con el acuerdo.

Sobre el papel, el verano se convierte en otoño y el otoño en invierno a medida que leo. En algunos puntos el relato resulta repetitivo, con menciones a los mismos visitantes, a la cantidad de combustible gastado y la comida ingerida, pero no me aburro. La verdad es que no. Es mejor que rascar vallas, y comienza a resultarme más sencillo descifrar la letra. Supongo que me estoy acostumbrando. Cojo el siguiente volumen y da comienzo 1921.

Martes, 5 de abril. El James Whalen llegó hoy, y hemos comenzado las obras para ubicar la sirena de niebla. Hemos montado la estructura a unos metros de distancia del edificio principal del faro y estamos instalando el diáfono, una sirena de dos tonos. La tripulación se ha quedado a pasar la noche, por lo que ha sido de lo más conveniente que haya coincidido con

una de las escasas visitas de Lil y Peter al primo de Lil, que se ha casado hace poco y se ha mudado a Port Arthur. Ha sido una coincidencia, ya que Lil pronto saldrá de cuentas.

Jueves, 14 de abril. El Red Fox ha llegado hoy con noticias de Lil. Ayer dio a luz a un niño. Volveré con el Sueco para una visita rápida mientras el sobrino de Sutherland me cubre en el faro. Lo hemos llamado Charles.

—Su hermano.

Calculo la edad mentalmente. Dios, tenía más de ochenta años. Tenía que estar como una cabra para embarcarse solo.

—Sí.

Continuamos igual durante casi una hora. En cierta manera, estoy ayudándola a reencontrarse con su pasado, con algunos episodios que probablemente ni siquiera conociera. Como ese tipo, Grayson. Su hermano debía de haber leído los libros antes. Sé que la anciana está tratando de averiguar por qué fue a recuperarlos. Por qué ahora. Ambas buscamos respuestas, aunque, en mi caso, ni siquiera sé cuáles son las preguntas.

Se está haciendo de noche y las luces se encienden. El runrún apagado de la residencia continúa de fondo, y mi voz da vida a los días transcurridos en la isla años antes de que la anciana naciera.

Leo hasta el final el volumen de 1924.

—Eso es todo —anuncio—. Ese es el final de este libro.

—¿Es que estás demasiado cansada para continuar?

—No, solo que... —Estoy revisando los libros, apilándolos—. El siguiente no está aquí.

La anciana se incorpora.

—¿Qué quieres decir con eso?

—El que comienza en 1925 no está aquí. Falta un libro.

Ella se reclina en el sillón y suspira, como si algo le doliera, y entonces comprendo que es en ese diario donde esperaba encontrar respuestas.

—¿Qué sucedió en 1925, señorita Livingstone?

Su voz es apenas un susurro.

—Fue el año en que nacimos Emily y yo.

ELIZABETH

Heme aquí, casi al final de mi vida, y carezco de un comienzo. El lago conspira para arrebatarme la verdad. El lago y Charlie. Los maltratados diarios no contienen respuestas sobre mi pasado. No arrojan ninguna luz sobre qué fue lo que impulsó a mi hermano a actuar, a embarcarse con destino a Porphyry. Se ha asegurado de que así sea. Después de todos estos años y todavía conserva poder sobre mí.

Noto que la chica me está observando. Supongo que espera una respuesta.

—¿Y el libro siguiente? —Trato de contestar en tono monocorde, para no desvelar la emoción que me embarga—. ¿En qué año comienza?

—1930. ¿Quiere que comience con este?

Hay otras voces en la habitación. El señor Androsky y su familia están aquí. Oigo el parloteo excitado de su nieta, una cría diminuta que tendrá cuatro o cinco años. Vienen todas las semanas de visita. Es un ritual que he observado durante meses y ahora puedo recrear ante mis ojos de ciega; el hijo lleva la silla de ruedas del padre hasta la habitación acristalada, donde toman comida para llevar en la mesita, mientras el anciano se empapa alegremente de la energía ilimitada de la más pequeña. Entre patatas fritas, la niña recorre la habitación haciendo acrobacias con el último personaje de dibujos animados.

—No, Nemo, el abuelo necesita la silla de ruedas porque tiene las piernas cansadas de tanto trabajar. ¡Rápido! ¡Escóndete en los arbustos para que los tiburones no nos pillen!

Cada semana, le traen al señor Androsky un batido de chocolate que él se toma tan contento, mientras el padre de la niña media entre la nieta y el abuelo y orienta incansablemente a la chiquilla hacia el montón de *nuggets* de pollo tibios desparramados sobre el envoltorio de papel encerado, a la vez que formula la misma batería de preguntas y recibe la misma batería de respuestas por parte del anciano.

—¿Cómo te encuentras esta semana, papá?

—Todavía estoy en este mundo. Eso es todo lo que importa, supongo.

—¿Qué tal la comida?

—No me puedo quejar. Tampoco es que nadie me escuche.

—¿Necesitas algo?

—Un buen chorro de *whisky* en este batido me vendría de perlas.

Y así sucesivamente. Se quedan solo media hora y luego los *nuggets* van a parar a la papelera junto al sofá, el último juguete aterriza en la mochila de Hello Kitty y el señor Androsky parte hacia su habitación en la silla de ruedas, sorbiendo las últimas gotas de batido. Es un ritual que tolero con desdén, pero que envidio en mi fuero interno.

No tengo familia que me visite. No recibo ofrendas semanales de comida rápida probablemente incomible, ni felicitaciones el día de mi cumpleaños, ni nadie que me pregunte si estoy bien esta semana o si necesito algo. Solo cuando merodeo por la periferia de la vida del señor Androsky me doy cuenta de que me estoy perdiendo algo. Emily era toda mi vida. Sí, hubo un tiempo en el que también tenía a Charlie. Pero no fui capaz de acudir a él. No podía perdonar sus necias acciones, ni siquiera plantearme aceptar una disculpa suya, en caso de que se hubiera avenido a disculparse. Y no podía lamentar todo aquello que él nunca perdonaría. Por eso vivíamos exiliados la una del otro. Nunca lo nombrábamos, nunca estuvo presente en nuestras vidas, pero sí fue una sombra que planeó sobre ellas. Los tres habíamos estado tan unidos; él era nuestro ídolo y nosotras sus fervientes seguidoras. Pero la oscuridad nos engulló a todos y, cuando tuve que elegir, elegí a Emily.

Así que cogiste el libro, Charlie, el que cubría los años entre 1925 y 1929. ¿Qué sucedió durante aquellos años para que salieras de tu cabaña en los bosques, te presentaras en mi residencia después de todos estos años, después de tantas cosas no dichas, solo para quedarte callado en un rincón? Pudiste volver al lago, a Porphyry. Pudiste hablarle al viento, a las olas y enfrentarte a los fantasmas que recorren las playas pedregosas para arrancarle los secretos al pasado, desenterrando las palabras de padre. E incluso así, no pudiste hablar conmigo.

La chica interrumpe mis pensamientos. Ha estado esperándome mientras yo comprendía todo esto.

—¿Quiere que continúe leyendo?

—Si no te importa, Morgan, creo que ha sido suficiente por hoy. —Me levanto—. Señor Androsky. —Lo saludo con un gesto de cabeza, obligándome a sonreír.

—Señorita Livingstone, no se sienta obligada a marcharse. Hay sitio de sobra para todos, suponiendo que no le importe saludar al pececito, el nuevo amigo de Becca.

—No pasa nada, señor Androsky. Ya hemos terminado, estábamos a punto de irnos. Disfrute de su visita.

MORGAN

Intenta que no se le note, pero la anciana está preocupada por el libro que falta. Apilo de nuevo los diarios y los envuelvo con la tela. La niña se sube al sofá donde me encuentro y se sienta.

—¿Nos lees un cuento?

—Quizá otro día.

Recojo el paquete y me levanto.

—¿Tu abuelita quiere patatas fritas?

Me quedo mirando a la niña. Algunos cabellos finos y castaños se le han escapado de los pasadores en forma de mariposa y le caen sobre los ojos. Está sentada sobre los pies y tiene un muñeco del pequeño Nemo en una mano y una patata aceitosa en la otra.

—¿Mi abuelita?

—Sí. Papá dice que el abuelito no puede comer patatas fritas. Se le han caído todos los dientes y ahora solo puede tomar batidos de chocolate. ¿Quiere comerse tu abuelita mis patatas fritas? ¿O se le han caído todos los dientes también?

Miro a la anciana, que ya se dispone a enfilear el pasillo con pasos rígidos, agarrada al pasamanos que recorre la pared. No soy capaz de leer la expresión de su rostro. Oculta su decepción y parece indiferente, pero a mí no me engaña. Apuesto a que era una buena pieza de joven. Antes de que el pelo se le pusiera blanco y la cara se le llenara de arrugas. Antes de que aquellos ojos castaños perturbadores se nublaran.

—No es mi abuelita —le digo—. Y tiene los dientes perfectamente. De hecho —me acerco a la niña, susurrándole— creo que podría ser un tiburón. Tiene la boca llena de colmillos. —Me estremezco—. ¡Será mejor que escondas a Nemo!

Ella lanza un falso grito de terror y corre a esconderse detrás del sillón de su abuelo. Le doy alcance a la señorita Livingstone y la acompaño en silencio. Veo que una sonrisa asoma a sus labios y se inclina hacia mí, susurrando:

—Nemo no es más que un aperitivo. Solo serviría para abrirme el apetito.

Joder, no se le escapa una. A mi pesar, creo que la anciana empieza a caerme bien.

ELIZABETH

—Una mujer sentada en una silla en la playa. Es difícil apreciar su cara detrás del fino velo. Corre un viento fresco que le levanta la falda del vestido, forma espuma en las olas e hincha las velas de un barco en el horizonte. Lleva un parasol.

—¿Lleva el parasol hacia atrás o lo sostiene encima de la cabeza? —pregunto.

Marty está sentado en la mesa de mi habitación tomando café. Este ha sido nuestro pasatiempo últimamente, jugamos cuando tiene un rato para dejar las herramientas y pasar unos momentos con una anciana, devolviéndole el color a aquellos ojos ciegos que solo ven un borrón gris.

—Hacia atrás.

—Monet, 1870. *Camille sur la Plage de Trouville*.

Pasa algunas páginas.

—Un grupo de personas, hay parejas bailando al aire libre y los rayos del sol se cuelan entre los árboles haciendo un efecto interesante de luces y sombras. El pintor no se ha centrado en todo el grupo, ha destacado a una joven pareja bailando. Se diría que la falda de la mujer ondea con sus movimientos.

—Renoir, 1876. *Bal du Moulin de la Galette*.

—Un pajar...

—Por favor, Marty. —No dejes que termine—. Por quién me tomas.

—Sí, sí, claro. —Pasa algunas páginas más. Sé que está sonriendo—. Allá vamos. Formas en espiral sinuosas elaboradas con pinceladas pequeñas en azul, añil y violeta rodean medallones de oro y una media luna naranja. En el valle de abajo hay un pueblo y la torre de la iglesia es fina y blanca.

Uno de mis cuadros favoritos por múltiples razones. Puedo verlo perfectamente gracias a su descripción.

—¿No es una lástima que la locura siempre aceche a los genios? —Yo misma me respondo— ¿Hace falta tener el alma atormentada para capturar la belleza? ¿Para ver y recrear la verdad?

Por un momento, me siento perdida, envuelta en mis pensamientos. Continuamos en silencio.

Con el tiempo, he aprendido que la mayoría de nosotros somos solo

espectadores de la vida. Mientras que aquellos que han permitido que los demonios los dominen –que han compartido lecho con ellos y han dejado que les susurren cosas al oído al despertar– son los verdaderos arquitectos de la vida, aquellos que construyen el mundo tal y como lo conocemos. Así, quizá por ese mismo motivo, siempre habitan un espacio donde son repudiados al mismo tiempo que reverenciados. ¿Quién decide cuándo han cruzado la línea entre el suplicio y el talento, cuándo empiezan a ser apreciados e immortalizados? ¿Cuándo empieza a gustarnos lo que ven nuestros ojos y lo que oyen nuestros oídos? El genio y la locura. ¿Qué va antes?

Marty tiene paciencia y no me mete prisa. Conoce los demonios con los que tengo que vérmelas. Y sabe que conozco esta pintura.

—Van Gogh, 1889. *Noche estrellada*. La pintó mientras estaba ingresado en el sanatorio de Saint-Paul.

Cierra el libro con suavidad.

—Él entendía su enfermedad como un don, Elizabeth. La utilizaba... Ya lo sabes.

—Le causó la muerte.

—Sí, sin duda. Pero no puedes separarlos. La enfermedad hizo de él quien era.

Coge el libro y la taza de café y se levanta, casi ha llegado a la puerta cuando Morgan llega. Se detiene en la entrada y se gira hacia mí, susurrándome.

—También hizo de ella la persona que es. No puedes culparte. Hiciste lo que tenías que hacer. —Luego recupera su tono jovial para dirigirse a la chica—. Llegas un poco pronto, ¿no? —No espera respuesta. No necesita más explicaciones. Sin decir más, se marcha por el pasillo, silbando.

Morgan deja caer algo sobre la cama, imagino que serán sus bolsas, y luego se derrumba junto a ellas.

—¿De qué iba todo eso?

—Un juego que tenemos Marty y yo —respondo. No sé muy bien qué parte de nuestra conversación ha escuchado, por eso esquivo la pregunta. Me resulta difícil hablar de ello, sobre todo ahora que Charlie está desaparecido y la lectura de los diarios de mi padre rescatados del naufragio del *Wind Dancer* ha avivado mis recuerdos—. Pone a prueba mi memoria visual describiéndome obras de pintores famosos y yo las adivino. Siempre acierto, he de decir. Todavía no ha conseguido pegármela. —Palpo la mesa que tengo delante hasta que encuentro lo que busco—. Le he pedido a Marty que te comprara una cosita.

Morgan coge el libro que le tiendo, dándole la vuelta.

—¿*Tom Sawyer*?

—He pensado que podría servirte de inspiración para pintar tu valla —le digo, intentando hacer una broma entre nosotras. Quizá no entienda mi humor.

—Vale. Gracias.

—De nada.

El libro aterriza en su montón de cosas.

—Entonces...

Deja la palabra en el aire entre ambas, con la esperanza de que yo la retome. Ha llegado pronto. No teníamos previsto leer hoy. Me pregunto qué la habrá impulsado a venir.

—¿Entonces? —replico yo.

—Parece que he llegado pronto.

—Eso mismo parece.

—Había pensado que podíamos continuar donde lo dejamos.

—Sí, sí. Supongo que podemos hacerlo.

Según mis cálculos, a estas horas debería de estar en clase. Quizá busque algo que no puede hallarse entre las paredes de ladrillo ni entre los grupos de chicos obligados a compartir pasillos y aulas, arrojados al futuro cuando apenas si se han desprendido de su infancia. Puedo especular, pero no me corresponde juzgar.

—¿En qué año comienza el siguiente volumen?

Ya ha ido a buscar el montón de diarios y está retirando la lona. Los deja en la mesa junto a mí y selecciona uno de ellos, se quita las botas, las arroja al suelo con doble estrépito y se acomoda en mi cama.

—Va de 1930 a 1933.

Allá vamos.

Sábado, 25 de enero. Es el tercer día de una violenta tormenta que ha traído consigo fuertes vientos del suroeste. El lago está revuelto hacia el sur y las olas azotan el paso entre Isle Royale y Porphyry. Peter y Charlie han estado esforzándose mucho en sus lecciones, aunque quizá pasen muchos días e incluso semanas antes de que puedan regresar al colegio en Port Arthur. Peter muestra grandes aptitudes. Charlie me preocupa un poco, es más distraído y deja las tareas a medio hacer. Aunque se porta de maravilla con las mellizas, cosa que agradezco. Lil conserva algunos vestigios de la enfermedad que asoló nuestra familia hace unos años. No disfruta tanto de las niñas como antes. Es comprensible, teniendo en cuenta todo lo sucedido. He comenzado a leer con Elizabeth, que tiene una facilidad asombrosa para el lenguaje, a pesar de no haber cumplido los cinco años. Emily prefiere entretenerse sola y guarda silencio, como siempre. Me temo que nunca aprenderá a hablar, ni mucho menos a leer. No importa, ya que Elizabeth es su paladina. Parece entender todos y cada

uno de sus matices, sabe captar incluso sus pensamientos. Gracias al lenguaje mudo que comparten es casi innecesario que nuestra pequeña Emily pronuncie palabra.

Jueves, 30 de enero. Los vientos de la semana pasada han amainado y ahora tenemos un sistema de bajas presiones que trae consigo frío y cielos despejados. He allanado la superficie de hielo en la bahía al noroeste del cabo Porphyry y hemos estado patinando casi todo el día.

Lunes, 10 de febrero. Richardson llegó en trineo de perros procedente de Silver Islet. Se quedará con nosotros varios días y ha ofrecido su equipo y su ayuda para reunir más madera. Estaremos talando en Edward Island y nos quedaremos en la vieja cabaña de Walker hasta que terminemos el trabajo. Peter nos acompañará, pero Lil y los más pequeños se quedarán en casa. Charlie tuvo una rabieta cuando supo que no vendría, pero creo que habría sido una carga en lugar de una ayuda. Además, si nos acompañaba, ¿quién entretendría a las niñas? Se consoló cuando le aseguré que necesitaba que fuera el hombre de la casa en mi ausencia. Se hinchó como un pavo y asintió, aceptando la responsabilidad.

Sí que nos entretenía. Entonces y siempre. Tallaba toscas muñecas con su navaja a partir de trozos de cedro para que jugásemos. Fabricaba barquitos de corteza que colocábamos sobre montones de astillas pequeñas y con ellos surcábamos el suelo de madera hasta llegar al pueblecito que construíamos bajo el sillón de padre. Nos llevaba hasta el cabo en el trineo. Nos leía entrecortadamente un capítulo de alguna novela. A Emily y a mí nos encantaban tales atenciones. Madre, siempre hacendosa y práctica, se mantenía en un segundo plano.

Morgan y yo nos adaptamos a la rutina tranquila de la lectura a medida que discurren los meses. El tiempo pasa rápido en las páginas, allí la primavera desplaza vertiginosamente al invierno. El texto de padre es ágil, elocuente, casi poético. Sus palabras ponen de manifiesto la gran contradicción que él representaba, delata sus humildes comienzos en Escocia y la decisión de consagrar su vida al manejo de un sistema visual de ayuda a la navegación en el lago interior más grande del mundo. ¿Qué había sucedido en su historia para que decidiera instalarse en lo más profundo de Canadá, casarse con una mujer medio ojibwe, alejado de las orillas de su Escocia nativa y de un pasado plagado de clásicos, de las novelas de Austen y Carroll y de la música de Mozart y Beethoven? ¿O, más aún, para inculcar esa pasión en sus hijos entre los bosques de pinos de Canadá y las aguas del lago Superior?

Viernes, 21 de marzo. Equinoccio y primer día de primavera. Les expliqué el fenómeno a los niños con un tarro grande de conservas y la lámpara de queroseno para simular el sol. Peter hizo un ejercicio de matemáticas aplicadas y calculó los días que faltaban hasta el solsticio. Es un muchacho brillante. Veo un futuro para él que le llevará lejos de la isla.

Martes, 8 de abril. He encendido el faro por primera vez. La temporada ha comenzado oficialmente. He salido con Charlie y las niñas a navegar alrededor de las islas a bordo del Sweet Pea. Hemos visto una jabalina grande en la orilla este de Edward Island, cerca de la entrada a Walker's Channel. Tenía tres crías. El James Whalen hizo una breve escala para descargar provisiones en su ruta al faro Número 10 en Battle Island para dejar a los fareros. Ross Sutherland y su mujer están destinados de nuevo en esa isla. Lil continuará ejerciendo de ayudante oficial aquí, y Sutherland ha llegado al mismo acuerdo para su puesto. El Departamento de Marina y Pesca se ha dado cuenta de que los fareros están mucho más contentos si están acompañados por sus familias y que las esposas cumplen mejor con el trabajo de ayudante. A mí me resulta de lo más conveniente.

Lunes, 5 de mayo. He descubierto los restos de un campamento en la orilla noroeste de Edward Island, cerca de las bocas de las minas. Capas de agujas de pino, un círculo de tierra quemada con los restos de una hoguera y una colección de huesecillos de conejo. Es probable que alguien haya puesto trampas en la zona. Lo raro es que no se hayan pasado a saludar. Los hermanos Niemi han regresado a su campamento en la orilla norte de la isla Porphyry junto a Walker's Channel y han comenzado a colocar sus redes. Continúan trabajando con las industrias Kemp, capturando pescado blanco, arenques y truchas. Han comenzado a construir una sauna finlandesa. Espero tener oportunidad de probarla.

Viernes, 27 de junio. La sirena de niebla no ha dejado de sonar durante dos días seguidos, pues el lago estaba envuelto en un banco tan espeso que hasta los pájaros se negaban a volar. Peter me hace compañía en los turnos de noche, me despierta cada dos horas para darle cuerda a los mecanismos. No es su vocación, lo noto, incluso a su corta edad, pero se esfuerza valerosamente.

Jueves, 21 de agosto. Hoy he recibido noticias de que Sutherland ha muerto. Lo han hallado ahogado en la orilla después de que su barco zozobrara. Su mujer continuará trabajando en el faro hasta que termine la temporada.

La chica bosteza y se estira.

—Parece un lugar peligroso.

—No tienes ni idea —le contesto.

—¿Recuerda algo de esto? —me pregunta—. ¿Cuántos años tenía? ¿Cinco?

—Despierta algunos recuerdos largamente dormidos.

Los nombres y los lugares. Instantáneas de vida. Son mi pasado. Son mi juventud. Son mi hogar.

MORGAN

Sigo leyendo hasta el final de 1930 y continúo con 1931. En ese año la camisa incandescente ardió tres veces, el hielo hizo aparición pronto y en Nochevieja se desató una tormenta de nieve. Ese verano, Charlie le pidió a su padre permiso para ir a la escuela en la ciudad. Me sorprendí al leer que su padre se negó; según escribió, a un niño de once años todavía le quedaba mucho que aprender en casa.

En mi opinión, el colegio es una puta pérdida de tiempo. No hay más que reglas estúpidas y normalmente a todos los profesores se la sopla su trabajo: quédate callada en una clase irrespirable todo el día, aprende de memoria fechas y números que tienes que repetir como un puto loro... Nos enseñan un carajo sobre lo que podríamos llegar a ser, más bien nos enseñan quién o qué no somos. Yo sé lo que no soy. No necesito un recordatorio día sí, día también.

Creo que me habría gustado criarme en una isla, con tanta libertad, estar en contacto con la naturaleza y todas esas historias. No he tenido eso desde que el abuelo murió. Creo que habría sido feliz allí.

En 1932 comenzaron a criar gallinas. Eran responsabilidad de Charlie, según escribió el farero. Pero Elizabeth y Emily ayudaban. Las mellizas estaban siempre con su hermano. Se pasó casi todo el verano construyendo un gallinero.

He llegado casi al final, cuatro años de la infancia de la anciana condensados en un único volumen, cuando paso la página y la encuentro. Está justo ahí, esperando a echar a volar. Es mucho más simple, pero resulta inconfundible.

Repaso las líneas con el dedo, el cuerpo del insecto, las alas, los ojos. Alguien lo ha dibujado en las páginas en blanco del final del diario.

Caigo en la cuenta de que he dejado de respirar. Es mi libélula.

—¿Señorita Livingstone? —Una mujer con una bata rosa está llamando a la puerta, la abre sin esperar contestación, echa un vistazo, me mira a mí y a la anciana. Parece preocupada, puede que incluso cabreada—. Lo siento. La necesitan. Hemos hecho todo lo posible. ¿Podría acompañarme?

La anciana suspira como si estuviera cansada, como si estuviera tratando con un niño pequeño.

—Sí, sí, claro. —Se vuelve hacia mí—. Parece que me reclaman, estoy segura

de que la valla también te reclama a ti.

Se levanta con lentitud y comienza a moverse hacia la puerta, pero algo la detiene. Se gira, ladeando la cabeza en dirección a mí.

—¿Qué sucede, Morgan? ¿Pasa algo?

No me habré detenido más de unos segundos. Ella no puede verme. Sé que no puede. Pero tengo el pulso acelerado y oculto con la mano la ilustración del diario de su padre.

—No, estoy bien. —Me aseguro de contestar con voz tranquila, aunque no me siento así en absoluto. Me bajo de la cama para ponerme las botas, me tapo la cara con el pelo. Puedo sentir que comienzo a sonrojarme, el rubor parte de la nuca y se expande por las mejillas y las orejas. Como no quiero que la enfermera se dé cuenta —podría hacer preguntas— mantengo la cabeza gacha y me entretengo con las botas—. Seguro que Marty me está esperando ya. Nos vemos más tarde.

Se gira y sigue a la enfermera por el pasillo, aferrándose al pasamanos.

Me levanto, recojo los diarios y los coloco sobre la mesa. Cuando estoy a punto de guardarlos, me detengo. No puedo. Me quedo mirando todos esos años apilados unos encima de otros. Uno de ellos oculta mi libélula, la libélula que enlaza con mi pasado, con mis recuerdos, elaborada a lápiz y prensada como una hoja entre las páginas de un libro que debería conservar los recuerdos de otra persona. La misma libélula que encontré escondida bajo el forro de terciopelo de la funda del violín, pintada con lápices pastel. Y luego me topé literalmente con ella en el tocador de una anciana; esta vez es una acuarela donde las formas se diluyen, enmarcada en madera marrón. No puedo ignorarla. Me llama.

Abro la funda del violín que he dejado sobre la cama, levanto los cierres y la tapa. Ignoro el instrumento, pero meto la mano bajo el forro para sacar los dibujos escondidos y los desparramo encima de la colcha de ganchillo de colores que cubre la cama. Saco el volumen de 1930 a 1933 del montón, abro el diario de Andrew Livingstone por la última página y lo deposito junto a las demás. Son distintas en ciertos aspectos. La calidad del dibujo, las proporciones, el material empleado. Pero sucede lo mismo que con las pinturas enmarcadas del tocador de la anciana: el artista es inconfundible. Son distintas. Pero son iguales. Me vuelvo hacia las acuarelas, las cojo una a una y estudio la firma garabateada al pie. No puedo descifrarla. Solo puedo leer la fecha: '56.

Me dejo caer en el sillón donde siempre se sienta la señorita Livingstone. ¿Quién demonios es el artista? Me siento intranquila. Inquieta. Devuelvo los diarios a su sitio, envolviéndolos cuidadosamente y dejándolos sobre la mesa. También dejo como estaban los cuadros en el tocador. Estoy a punto de marcharme de la habitación cuando me veo reflejada en el espejo. Toda de

negro. Unos ojos grises me devuelven la mirada. Hay algo en esos ojos que no había notado antes. Por una fracción de segundo, no sé a quién estoy mirando.

Necesito calmarme.

Los pasillos están en silencio, lo normal a esta hora, de modo que me cuelo en el aseo de la anciana y rebusco en el armario del lavabo. No encuentro medicinas en las baldas, no veo pastillas de oxitocina en los cajones. Regreso a la habitación y registro la mesilla de noche, pero solo encuentro un tubo de bálsamo labial, crema para las manos y un montón de CD. Derrick no tiene ni puta idea de cómo funcionan estos sitios. No sé cómo cree que voy a dar con un montón de drogas aquí.

Estoy a punto de marcharme cuando oigo pasos en el pasillo. Cierro la puerta. ¿Ya está de vuelta la señorita Livingstone? No. Quienquiera que sea camina más rápido y con determinación. Quizá sea algún empleado. El corazón me late a toda velocidad. Entonces recuerdo que nadie puede saber qué he estado haciendo ni que he estado hurgando en los cajones y los armarios. Estoy en la habitación de la anciana, sí, ¿y qué? He sido invitada. ¿A quién coño le importa?

Vuelvo a mirar el espejo. Esta vez, veo al cuervo.

Agarro el violín y salgo al pasillo, en dirección a la oficina de Marty, donde me esperan las botas de trabajo y el mono manchado de pintura. Anne Campbell, enfermera y directora ejecutiva, viene en dirección contraria. Se detiene y me mira.

—Acaban de venir a buscar a la señorita Livingstone —le digo, luego doy media vuelta y me alejo de ella. No miro hacia atrás. Me limito a seguir caminando.

Marty me surte de pintura base y brochas. Creía que todo mi trabajo rascando, lavando y lijando no había servido de nada, que solo estaba poniéndolo todo hecho un puto asco. Me alegra poder pintar por fin. El blanco cubre todas las partes desgastadas y descoloridas, las vuelve lisas y brillantes. A decir verdad, siento que he sido capaz de terminar algo.

Mientras tanto, pienso en la libélula escondida en la funda de mi violín. Aunque tengo siete dibujos, el de las libélulas es mi favorito. Son dos juntas, una más grande y otra más pequeña, igual que la acuarela de la anciana, y eso me gusta. Me detengo cuando la brocha llena de pintura se acerca a mi obra, que se cierne sobre el extremo derecho de la valla. Solo pinté una, en varios tonos de azul y morado y las alas apenas intuidas, como si todavía estuviera aprendiendo a volar. La observo con atención. No le pinté ojos. Puede volar, pero no puede ver. Sin su compañera, ahora me resulta incompleta. Me mira sin verme, siento como si estuviera mandándome a la mierda. Segundos después, la pintura blanca cubre la imagen. Dejo caer la brocha en el cubo y regreso al interior del edificio.

Derrick me está esperando. Después de dejar caer el violín en el asiento de atrás, subo al Honda, me inclino hacia él y le doy un beso, largo y lento. El me acoge con calidez y, cuando me retiro, me sonrío.

—Estás de buen humor —me dice.

Quiero olvidar. No quiero pensar en ancianas, ni en islas, ni en libélulas que viajan a través del tiempo hasta aterrizar en mi vida. Son como fantasmas. Fantasmas que me persiguen.

—Vamos a tu casa —le propongo—. Podemos jugar a la Xbox, pedir una *pizza*. —Derrick es mi presente. Es mi realidad.

Tamborilea en el volante con el pulgar al ritmo de la música que suena en la radio mientras el Honda se aleja.

—Sí, claro. Pero tengo que hacer una cosa de camino.

Se detiene en Pizza Hut y me da algo de dinero.

—¿Por qué no entras tú a comprarla? Tengo que hacer algunas llamadas.

Cuando regreso al coche saco una porción de la caja y dejo el resto de la *pizza* en la parte trasera, junto al violín. Derrick sigue al teléfono.

—Escucha, no hay ningún problema, te oigo perfectamente —contesta con calma, con voz tranquilizadora, casi condescendiente—. No hay nada de qué preocuparse. Ya lo he hecho otras veces. Saldrá bien. —Pone caras raras y bizquea, por eso sé que está hablando con un cliente. Parece sincero, pero en realidad piensa que todos son gilipollas.

Me hace reír.

—Luego nos vemos.

Arranca el coche, deja caer el móvil en el portavasos del salpicadero y conduce en dirección al centro, girando a la altura de Bay y enfilando después Banning Street. Pasamos junto a un buzón que exhibe la firma de un grafitero. Ahora me fijo en estas cosas y trato de distinguir de quién es, pero no soy capaz. Detiene el coche a un lado de la calle y apaga el motor.

—Espera aquí.

Le da un mordisco a mi *pizza* y se marcha, dando un portazo. Recorre la acera en dirección a una casa destartada de dos plantas. Menudo tugurio. Los clientes de Derrick no suelen vivir en sitios así. Echa un vistazo a ambos lados de la calle antes de abrir la puerta del porche. Me pongo cómoda en el asiento y observo mientras me como la hawaiana con borde grueso. Un gato atigrado aparece bajo los escalones gastados de cemento y echa a andar junto a la pared antes de escabullirse entre las hierbas altas a la vuelta de la esquina. Las ventanas de la casa están tapiadas con tablas o tapadas con telas gruesas, todas menos una, que

está cubierta con una bandera del equipo de *hockey* de los Toronto Maple Leafs que se ha descolgado por una esquina. Una de las contraventanas de madera está podrida y cuelga torcida de la bisagra. Derrick no ha cerrado la puerta del porche del todo, ahora da portazos con el viento en la pared de fuera.

Estoy a punto de estirar el brazo para coger otro trozo de *pizza* cuando distingo, apenas visible bajo el alero del porche, una cámara pequeña que enfoca hacia el jardín. Es entonces cuando entiendo dónde estamos. El corazón me late más deprisa. Es la casa de un traficante. Derrick nunca me había llevado hasta entonces a buscar mercancía.

Echo un vistazo a la calle y veo a una pareja joven que camina tomada de la mano. Parece como si estuvieran concentrados en su conversación, se dirigen despacio hacia el Honda donde me encuentro. Un coche negro aparca en un callejón al otro lado de la calle, pero nadie se apea. Esto no me gusta. Me hundo más aún en el asiento. Me estoy volviendo paranoica.

El móvil de Derrick vibra. Observo al gato atigrado escabullirse por el jardín de la casa de al lado, luego cruza la calle disparado. El móvil vuelve a vibrar. La pareja joven llega a la altura del coche y continúa caminando, tuerce la esquina y se dirige colina abajo en dirección a las tiendas y las cafeterías de Bay y Algoma Street. No distingo a nadie en el interior del coche al otro lado de la calle, pero sé perfectamente que nadie se ha bajado. El móvil de Derrick vuelve a vibrar.

Echo un vistazo a la pantalla. Número privado. Quienquiera que sea parece desesperado por hablar con Derrick. No sé si debería cogerlo. No le gusta que conteste su teléfono, pero normalmente no se desprende de él.

—¿Sí? Has llamado al teléfono de Derrick.

—Escúchame bien, nena, no tenemos mucho tiempo. Hay un par de bolsas en la guantera. Cógelas y sal del coche. Sal del coche y lárgate.

—¿Derrick?

—¿Me oyes, Morgan? —Su voz suena tranquila. No creo que él lo esté.

—¿Derrick, qué coño está pasando?

Entonces llega la confirmación.

—Joder, Morgan, sal del coche cagando leches.

Dejo el teléfono y abro la guantera, cojo las bolsas blancas y trepo por encima de los asientos a la parte de atrás. Abro la funda del violín, meto las bolsas dentro y cierro de golpe. Al echar una ojeada por la ventanilla veo que la misma pareja ha regresado, siguen a lo suyo, pero vienen en dirección contraria. Pasan junto al coche, me dan la espalda. Abro la puerta despacio por el lado opuesto, me deslizo fuera y me agacho junto al coche, aferrada al violín. Cierro la puerta, pero no del todo, intentando no hacer ningún ruido para que no me oigan. Como siguen de espaldas a mí, me levanto y echo a andar. Al principio camino

despacio, controlando. No quiero que nadie se fije en mí. Me tengo que reprimir las ganas de echar a correr, parece que tardo una eternidad en llegar hasta Bay Street y bajar por la colina. Al girar, echo un vistazo detrás de mí. La calle está vacía. Completamente vacía. La pareja ha desaparecido. No veo a nadie en el interior del sedán negro. Y Derrick no ha salido de la casa.

Aprieto el paso, me abrazo a la funda, sin atreverme a mirar a los lados ni hacia atrás, con la vista pegada al suelo. He recorrido una manzana. Dos manzanas. No voy a correr. No voy a mirar hacia atrás. Solo me falta una manzana para llegar a Algoma Street, siempre concurrida, y mezclarme entre la gente que se dirige a los restaurantes o a mirar escaparates. Llego al cruce y aprieto el botón del semáforo, esperando a que se ponga en verde.

—¡Oye! —grita alguien detrás de mí. Es la voz de un hombre.

Me temo lo peor y cojo el violín con una mano, dejándolo caer a un costado. Me giro, despacio.

—¡Hola! Si es la nieta de la señora Livingstone. ¿Cómo estás?

Si no fuera porque ha pronunciado el nombre de la anciana, nunca le habría reconocido. El hijo del señor Androsky me sonríe con una taza de café en la mano.

—Becca preguntó por ti el miércoles. No te vimos. —Me tiende la mano—. Perdona. He olvidado tu nombre.

El corazón se me va a salir del pecho y los latidos me retumban en los oídos. Me cambio el violín de una mano temblorosa a otra y se la estrecho al hombre.

—Soy Morgan.

Derrick se presenta en mi casa alrededor de las doce de la noche para recoger la droga. Salgo a hurtadillas de mi cuarto y me siento en el coche, fumando, sin molestarme en bajar la ventanilla. No consigo decir nada. Todo esto me acojona una barbaridad. Ha tardado horas en llamarme y decirme que quedábamos fuera. Horas de no saber si alguien iba a venir a llamar a mi puerta. Horas de no saber si él estaba bien.

—Oye, te debo una —dice, mientras coge los paquetes y los devuelve a la guantera—. No tienen nada contra mí. Han registrado el coche. —Se echa a reír—. ¡Joder! Me he librado por los pelos.

Lo dice como si nada. A él siempre le salen bien las cosas. Siempre consigue lo que quiere.

Yo no estoy acostumbrada a esto. Se acerca para rodearme con el brazo. Sigo temblando. No estoy lista para volver a la normalidad. Esto no es hacer una pintada. Esto no es una bolsita de marihuana que le pasas a unos críos de

instituto en el aparcamiento del McDonald's. Estoy enfadada, estoy asustada, estoy dolida. Joder, no sé ni cómo estoy. Pero no estoy lista para fingir que no ha pasado nada. Cuando me toca, me estremezco y me aparto. Eso le fastidia.

—Venga, Morgan. No ha pasado nada. —Continúo fumando—. Tú estás bien. Yo estoy bien. No han arrestado a nadie y no hemos perdido nada. Todos salimos ganando. —Usa la misma voz que con los clientes. La que parece tranquila y pragmática, aunque mientras ponga los ojos en blanco. Me hace sentir como una basura. Creía que significaba algo más para él.

Pienso en la droga dentro de la funda de mi violín, escondida con una de las pocas cosas que conservo de mi pasado, el único fragmento de mi familia que tengo a mi alcance. Es como si alguien se hubiera cagado encima. Pienso en mi libélula, la que tomé prestada y alteré, pero que continuaba siendo la misma, la que pinté con espray morado sobre la valla maltrecha. Me pone enferma. Siento que estoy perdiendo algo, como si estuviera entregando una parte de mí que no me perteneciera. Algo que ni siquiera sabía que tenía. Algo hermoso, extraordinario y valioso. Algo mío.

Me giro para mirarlo. Está concentrado en la lista de canciones del iPod. Le da exactamente igual.

—Paso de esta mierda. —Por fin encuentro mi voz—. No tengo ninguna necesidad de sentarme a esperar en un puto coche en medio de una puta calle preguntándome si vas a salir vivo de la puta casa de un traficante y preguntándome si la poli se va a presentar en mi casa para meterme en la puta cárcel. —Me llevo el cigarro a los labios con manos temblorosas—. ¡Dios! ¿Cómo puedes ser tan hipócrita? Te crees que estás por encima de todo. Te crees mejor que nadie. Solo porque no te drogues no significa que la droga no te controle.

Sigue concentrado en el iPod sin inmutarse.

Apago el cigarro en el salpicadero. Sé que me he pasado de la raya, pero consigo atraer su atención.

—No me metí en esto para estar así, Derrick.

—¿Qué coño te pasa últimamente? —Por fin se digna a mirarme—. ¿Te crees que estás por encima de todo, Morgan? Si no fuera por mí, no tendrías una mierda. ¿Crees que tendrías ese iPod y ese móvil? ¿De dónde crees que han salido? —Extiende un brazo y me agarra de la nuca, atrayéndome hacia él. Nunca le había visto así de enfadado. Me asusto un poco—. ¿Crees que te habrían pedido los grafiteros que te unieras a ellos? Sin mí no eres nadie. Así soy yo, más vale que te vayas acostumbrando. Tú no eres nada.

Le suelto una bofetada. Es una estupidez, pero no puedo evitarlo.

Me suelta y vuelve a reclinarse en el asiento.

—No recuerdo haberte pedido que te metieras conmigo en nada. Si no te gusta lo que hay, que te den.

—Nunca quise formar parte de esto, Derrick. —Yo solo lo quería a él. Pero no lo digo. No sé cómo hacerlo.

—Sal de mi coche. —Echa chispas por los ojos. No puedo creer que lo diga en serio, pero extiende el brazo y abre la puerta—. Puedo buscarme a otra que se siente ahí antes de que termine la noche.

Arranca el motor. Cojo mis cosas y salgo.

—Cabrón.

Me siento en la acera a observar cómo desaparecen las luces traseras del Honda cuando llegan al final de la calle.

ELIZABETH

Me despierto sobresaltada. Mientras se disipan las brumas del sueño, unos compases de música se filtran en la oscuridad y terminan por colarse en mi habitación. Han pasado años, muchos, muchos años, desde que las notas de esa canción surcaran el aire. El recuerdo me asalta al mismo tiempo que empiezo a llorar. Me recuesto sobre la almohada y me dejo llevar por los sonidos.

Estábamos en la playa, caminábamos descalzos sobre la arena volcánica negra. El lago estaba en calma y susurraba entre las rocas. Emily estaba allí, pero era como si estuviéramos los dos a solas. Él tocaba el violín mientras yo trenzaba las flores violetas de los guisantes de olor para hacerme una guirnalda. Estaba de pie en el extremo, con el pelo castaño revuelto por el viento y los pantalones de lona enrollados hasta las rodillas, tocando como una sirena de la antigua Grecia que atrajera bajo su embrujo a las hijas del farero en lugar de los marineros. Era una pieza que no había escuchado nunca. Dulce, etérea. Los árboles capturaban la melodía, filtrada por la arena, y la compartían con las olas, pero a mí no me importaba. Se me aceleraba el pulso a cada frase.

—¿Te gusta? —Se dejó caer en la arena, a mi lado, con el instrumento sobre la rodilla, sin dejar de sonreír.

Miré a Emily. Estaba tumbada boca abajo en un saliente rocoso, observando una charca de agua que se había acumulado en una grieta. Las matas de sagina subulata blanca cabecean con la brisa, aferrándose a la superficie pétreo manchada de líquen con una tenacidad que nunca dejaba de sorprenderme. Sabía que la charca estaría plagada de insectos diminutos: larvas de mosquito, coleópteros acuáticos y zapateros. Emily estaba completamente absorta en su mundo, rodeada de las criaturas que le daban vida.

Me volví hacia él, escrutando su rostro bronceado con los ojos entrecerrados por culpa del sol. Me miraba con sus brillantes ojos azules, risueño y travieso.

—Sí —contesté—. ¿Qué es? No la había escuchado antes.

—Es nueva. Acabo de componerla. —Apartó la vista de mí y la clavó en la extensión acuática—. Se llama *La canción de Lizzy*.

Fue hace tanto. Hace tantísimo tiempo. Dejo que las lágrimas corran libremente; manan calientes y discurren por las mejillas hasta desembocar en

charcos fríos sobre la almohada. Qué disparate que me pase esto, después de todos estos años. Pero la música continúa. No se ha disipado con el mundo de los sueños, sino que continúa, nítida y persistente. Bajo de la cama, cruzo la habitación hasta llegar a la ventana y la abro. La música proviene del jardín. La melodía es inconfundible. *La canción de Lizzy* –mi canción– interpretada con las mismas cadencias, los mismos quiebros, el mismo tono resonante. Solo hay una persona en el mundo que pueda tocarla.

Mis pisadas descalzas no hacen mucho ruido en el suelo de baldosas frías mientras recorro el pasillo y cruzo el recibidor que desemboca en el patio. La música me arrastra. Abro la puerta y salgo al camino de losas, dando tumbos por el jardín de Marty sin ver nada.

MORGAN

Estoy de pie sobre la mesa de pícnic. Es un escenario. Llevo el pelo suelto y el viento lo agita igual que las pocas hojas que aún se aferran a los árboles. Joder, qué frío hace. Veo cómo se me congela el aliento delante de la boca y tengo los dedos rígidos sobre el arco. Lo sé, pero no lo siento. Lo único que puedo hacer es tocar. Cuando estoy tocando, no siento más que la canción. La misma canción. Una vez, otra y otra. Era su favorita.

No recuerdo que hubiera niebla cuando Derrick se largó, pero ahora sí que hay. Todo está borroso. Estoy acalorada y me suda la cara. Tengo la frente húmeda. A través de la bruma, distingo un fantasma que camina hacia mí. Un fantasma me acecha. Es un fantasma blanco sobre un fondo pálido y traslúcido. Me detengo, levanto el arco de las cuerdas. Quizá sea la muerte que viene a visitarme. La muerte tiene el pelo blanco. La muerte lleva camisón. La muerte camina descalza. La muerte tropieza.

La muerte está ciega.

Me echo a reír y me derrumbo sobre la mesa. Menuda idiota. Soy una completa idiota.

—Joder, señorita Livingstone, ¡me ha dado un susto de muerte!

La visión se detiene y habla.

—¿Morgan?

Me bajo de la mesa de un salto pero no aterrizo como había planeado, las piernas me fallan. El suelo se mueve bajo mis pies, soy incapaz de levantarme. Abro los brazos todo lo que puedo, con el violín en una mano y el arco en la otra, y comienzo a reírme.

—¡Señorita Livingstone, creía que era un puto fantasma! —No puedo dejar de reírme. Me río tan fuerte que me cuesta respirar, entonces me doy cuenta de que no me estoy riendo. Estoy llorando. No puedo levantarme, el suelo me reclama y yo me dejo ir sin parar de sollozar—. Creía que era un fantasma...

ELIZABETH

Extiendo los brazos, busco a tientas la forma de la chica que se ha derrumbado en el suelo, llorando. Noto el olor a *whisky*, fuerte y acre. Oigo jaleo a mis espaldas: el pitido lejano de la alarma, pasos apresurados, gritos del personal. Debo haber sido yo quien lo ha desencadenado todo al abrir la puerta, pero no presto atención. Mis manos tropiezan con el violín primero, y me detengo en él, por un instante brevísimo, antes de llegar al rostro de la chica. Le seco las lágrimas, le retiro el pelo suelto de la cara y se lo recojo detrás de las orejas. Trato de sostenerla mientras ella solloza, acunándole la cabeza en el regazo, susurrando:

—Yo también creía que eras un fantasma.

Las pisadas de Marty recorren el pasillo y se detienen ante mi puerta. Su figura rechoncha bloquea la escasa luz que entra a través de la puerta abierta de mi dormitorio. Estoy sentada en el sillón de padre, con la colcha de ganchillo sobre las piernas y un cárdigan grueso sobre los hombros. Todavía faltan algunas horas para que amanezca, han debido de avisar a Marty para que venga. A estas alturas ya sabrá que aparece como persona de contacto en mis documentos. Sabe más de mí y de mi vida que nadie. Supongo que no sabían qué hacer conmigo. Insistí en que la chica debía quedarse. Es mi cuarto, al fin y al cabo. A pesar de los dispositivos de seguridad y la estructura administrativa que sustenta este lugar, soy una inquilina, no una reclusa. He tenido que recordárselo. Les he pedido que dejen el violín en la oficina de Marty, junto con la botella de *whisky*. Ha estado llorando a mares —sospecho que lleva mucho tiempo reprimiendo el llanto— antes de derrumbarse en mi cama. A juzgar por el ritmo de su respiración, ahora duerme.

—No puede quedarse aquí, Elizabeth.

—Puede y lo hará.

—Su familia...

—Están al tanto.

—¿Qué ha sucedido?

Me encojo de hombros.

—Estaba borracha. No paraba de farfullar sobre esto y aquello. Lo esencial es que la ha dejado su novio. —No me molestó en mencionar lo de la droga y la policía y a ese «puto cabrón» que siempre desaparece en cuanto asoman los problemas, dejándola en la estacada—. No sería la primera vez que alguien de su edad se emborracha después de una ruptura.

Marty entra en la habitación del todo y retira una de las sillas de la mesa. A juzgar por cómo se mueve el aire a mi alrededor y el sonido de pisadas en la moqueta, Marty le ha dado la vuelta a la silla y se ha sentado del revés, apoyándose con los brazos en el respaldo, una postura habitual en él. Tiene algo en las manos. Papeles.

—No. Eso lo entiendo. Me refiero a ti.

Cambio de postura, ciñéndome el cárdigan a los hombros. Los de personal no han escatimado en detalles.

—La oí.

Marty y yo hemos llegado a conocernos bien en los últimos tres años. Él es consciente de que no estoy contándole todo, pero no me presiona. Noto que mueve los papeles que lleva en la mano.

—Hay dos libélulas, una ligeramente más grande que la otra. El artista ha empleado muchos colores y unas líneas sinuosas y marcadas para crear una imagen característica. En el fondo hay formas complejas donde se intuye el agua, las rocas y los árboles. Los ojos de las libélulas son fascinantes.

Pasamos varios minutos en silencio, solo se oye la respiración suave de la chica dormida. Tengo la boca seca y oigo los latidos de mi corazón.

—¿De dónde lo has sacado? —Se me quiebra la voz.

—Estaba en la funda de su violín. Hay más.

Me inclino hacia delante, susurrando, sin querer romper el hechizo que flota en la habitación, lanzado por las notas del violín, ahora silencioso.

—Emily Livingstone, 1943. *El vuelo de las hermanas*.

MORGAN

Cuando me despierto, la luz del sol inunda la habitación. Tengo la boca hecha un trapo, seca y pastosa, y la cabeza me duele, noto un martilleo continuo a la altura de los ojos. Me tiendo de espaldas, bostezando, y escruto el techo blanco, mientras los hechos del día anterior me vienen poco a poco a la mente. Derrick. La poli. La droga. La pelea. El *whisky*. El violín.

El violín.

Me levanto de un salto, desembarazándome de las sábanas y la colcha, y aterrizo descalza en el suelo de baldosas.

—Buenos días.

Me giro hacia la voz y entonces me doy cuenta de dónde estoy. La anciana está sentada en el sillón, es una silueta a contraluz, envuelta en una manta. Veo que llevo puesto un camisón de franela, el tipo de prenda que visten las abuelas. Mi ropa está doblada a los pies de la cama.

—¿Qué coño ha pasado aquí? —Vuelvo a hundirme en la cama.

—Confío en que hayas dormido bien —me dice. Me llevo las manos a la cara para frotarme los ojos, y me paso los dedos por el pelo. Todavía está húmedo. Encajo las últimas piezas del puzle. Estuve llorando en brazos de la anciana, sin parar de balbucear; el *whisky* hizo que me fuera de la lengua, ahora he quedado como una completa estúpida. Ella me llevó dentro de la residencia con la ayuda de algún empleado. Llorosa, moqueando, vacía. Me obligó a ducharme. Me abandoné al agua caliente, que se llevó el maquillaje emborronado, el dolor, la soledad. Luego me quedé sobada en su cama.

Menuda imbécil.

—Oiga, siento mucho lo de anoche —murmuro—. Fui completamente gili... Quiero decir... —Levanto la vista para mirarla—. Me pasé de la raya. —Cojo mi montón de ropa y me levanto en dirección al baño—. No la molestaré más.

—¿Quién eres, Morgan?

Me detengo al oírla. ¿Qué mierda de pregunta es esa? Me entra la risa. Es como si todo lo sucedido en las últimas dos semanas me condujera a la misma pregunta. ¿Quién soy? Puedo decirte mi nombre: soy Morgan Fletcher. Pero, más allá, no soy más que un puñado de recuerdos que no le pertenecen a nadie

salvo a mí. Para todos los demás, soy un expediente en una carpeta guardada en el archivador de una trabajadora social. Soy huérfana de madre y mi padre es una incógnita. Soy una delincuente adolescente que vive en una casa de acogida, actual exnovia de un camello, que va vestida con un camisón prestado, de resaca, en el dormitorio de un puto asilo. ¿Quién soy? Soy tal y como dijo Derrick.

No soy nadie. Pero no lo digo.

—¿A qué se refiere?

La anciana suspira.

—Marty ha encontrado los dibujos.

Sé perfectamente a qué dibujos se refiere y me pongo furiosa. No se me ocurre que la culpa es solo mía por emborracharme y dejar tirada la funda del violín para que cualquiera pueda hurgar en ella. Me jode igualmente. Me giro para enfrentarme a ella, abrazada a mi ropa, como si esta fuera el violín, como si la estuviera protegiendo.

—¿Qué coño hacen registrando mis cosas?

—¿De verdad crees que estás en posición de preguntar eso? —responde ella, con un bufido—. Bonita pregunta viniendo de alguien que se siente en pleno derecho de husmear entre mis cosas. Dos veces. —Supongo que sabe que registré el armario del baño—. Por amor de Dios, Morgan. Tienes suerte de que los dibujos no salieran volando anoche mientras tú montabas tu numerito trágico, una especie de recital de madrugada frente a un edificio lleno de viejos. ¿En qué demonios estabas pensando?

—No tengo necesidad de oír esta mierda. —Me siento en la cama y comienzo a ponerme los vaqueros—. Un edificio lleno de viejos, ciegos y sordos, prácticamente moribundos. Está claro que no pensaba con claridad.

—Corta el rollo, Morgan. Viniste aquí por alguna razón.

—Lo que usted diga, vieja.

—Puede que esté prácticamente ciega, pero eso no significa que no me dé cuenta de ciertas cosas. Puede que me ronde la muerte, pero aún no estoy en el otro barrio y, mientras no me falte el aliento, seguiré viviendo. Lo que oí anoche no fue casualidad, no fue tu regreso al lugar del crimen artístico. Viniste aquí por alguna razón. ¿Qué estás buscando, Morgan?

Continúo afanándome con mi ropa.

Cuando vuelve a hablar, parece menos crispada.

—Los dibujos. El violín. La canción. —Se detiene—. ¿Quién te enseñó esa canción?

Me quedo quieta, con una bota negra en la mano. Era su favorita. Nunca me la enseñó, pero se la oí tocar muchas veces y me resultó fácil reproducir la melodía, la sabía de memoria. Normalmente la interpretaba por las noches, las mismas

que bebía *whisky* en la taza de hojalata, mientras el viento aullaba en el exterior de nuestra pequeña cabaña con el crepitar de la estufa de leña de fondo. Después, me metía en la cama y, cuando creía que me había quedado dormida, afinaba el violín y tocaba. Era una canción ligera y alegre, pero siempre me pareció triste. Y los dibujos estuvieron ocultos durante años. Nunca me habló de ellos. Nunca llegué a verlos en vida de él.

—Morgan, ¿quién es él?

Miro los diarios, que continúan sobre la mesa donde los dejé ayer. Las libélulas estarán dormidas entre las páginas amarillentas.

—Mi abuelo.

ELIZABETH

Cierro los ojos y me reclino contra el respaldo raído del sillón. Tuvo una nieta.

MORGAN

Dejo caer la bota y me derrumbo una vez más en la cama. Me llevo las manos a la cara y, esta vez, las dejo allí. Comienzo a llorar otra vez. No puedo contener las lágrimas. Se escurren entre los dedos. Es una liberación. Aunque sigo con ganas de esconderme. Me avergüenza ser así de vulnerable.

—¿Ha pintado usted los dibujos? —susurro.

La señorita Livingstone se levanta y camina hasta el tocador, tantea los objetos con las manos hasta dar con las acuarelas enmarcadas. Coge una, la de las libélulas, y se gira hacia mí.

—No. —Cruza la habitación y se sienta en la cama—. No. Son de Emily.

Me seco la cara con la manga.

—¿De Emily?

Me incorporo. Emily. Eso explica su presencia en los diarios. Eso explica la colección en el tocador de la señorita Livingstone. Pero no explica cómo acabaron escondidos bajo el forro de terciopelo de una funda de violín que perteneció a un viejo pescador que vivía en una cabaña destartalada con su nieta.

Emily. Emily Livingstone. ¿Quién eres?

ELIZABETH

Paso la mano por encima del marco y sobre el cristal. Veo la imagen con tanta claridad como si mi vista nunca se hubiera deteriorado. Distingo cada pincelada. Conozco cada tono y cada sombra. De todas las obras que Emily terminó, de todas las pinturas que cuelgan en galerías y en despachos prestigiosos y *lofts* exclusivos de todo el mundo, ninguna me atrae tanto como esta imagen de dos libélulas, una ligeramente más grande que otra, que, sin estar enlazadas, están conectadas a través de las formas sinuosas del fondo, la sutil correlación en el sombreado que crea el movimiento. El título, al igual que en el resto de pinturas de Emily, lo elegí yo. Se llama *El vuelo de las hermanas*.

La chica se levanta de la cama y regresa junto a los diarios apilados de padre, rebusca en el montón.

—Las he encontrado —dice—, aquí. —Me toma la mano y me la coloca sobre la página. Apenas si se distinguen las líneas, son un esbozo de las imágenes que flotan entre mis dedos, capturadas por la misma mano inocente que dejó su impronta hace tanto, tanto tiempo.

Emily. Mi querida y dulce Emily.

¿Quién es esta chica? ¿Qué hace con el violín de él y los dibujos de Emily? ¿Por qué late en su corazón la misma música que latía en el suyo? ¿Por qué corre la misma sangre por sus venas? ¿Sabe que la historia enraizada en las páginas de estos diarios es tan suya como mía?

Saco la mano de debajo de la suya, apartándola de las líneas del dibujo, pero rozo un momento los dedos de la chica, titubeante, tengo tantas preguntas.

—¿Te gustaría saber cómo conoció tu abuelo a Emily? —le pregunto en voz baja.

Ella responde con silencio, pero noto el anhelo en la mano joven junto a la mía. Me doy cuenta de que ambas queríamos al mismo hombre. Ocupa un lugar en nuestros corazones rebosante de ausencia.

—Quizá deberíamos redefinir nuestro acuerdo —le propongo—. A lo mejor debería ser yo la que te contara la historia.

No sé cuándo comienzo a hablar y a narrar la historia de las hijas del farero. No obstante, será ella quien descubra el comienzo mucho después de que cuente

el final.

SEGUNDA PARTE

FANTASMAS

ELIZABETH

La historia de tu abuelo y Emily comienza mucho antes de que él desembarcara en las negras orillas volcánicas de la isla Porphyry. Verás, mi hermana era un ser extraordinario. No encajaba con facilidad en las convenciones sociales. Al principio, yo no era consciente. Para mí, Emily solo era Emily: la hermosa, la maravillosa, la silenciosa Emily. Mi hermana, mi gemela, una extensión de mí misma. Hasta que una noche oí por casualidad una conversación entre mis padres que cambió mi vida. Y ahí es donde da comienzo la historia.

Estábamos a finales del mes de agosto de 1935. El mundo atravesaba la Gran Depresión, pero nosotros apenas lo notábamos, acomodados en nuestra casa junto al faro en los confines del lago Superior, con un techo sobre nuestras cabezas, bien alimentados y felices. Era mi época del año favorita en la isla y estábamos inmersos en los preparativos para los largos, fríos y solitarios meses que se avecinaban. Madre preparaba conservas con las verduras de nuestro huerto. Las recolectaba, las troceaba, las guardaba y las sellaba. Los tarros tintados de verde y amarillo se unían al rojo vivo del tomate en las baldas a rebosar del sótano excavado bajo las escaleras. De las vigas colgaban ristras de cebollas. Las patatas de los bancales se amontonaban en cestos colocados sobre el suelo de tierra fresca. Comprábamos sacos de harina, carne enlatada, harina de avena, sal y azúcar y los almacenábamos para los meses en los que quedábamos aislados, sin posibilidad de abandonar la isla ni en barco ni sobre hielo.

En unos días, cuando el capitán del Red Fox, el señor Johnson, echara el ancla y amarrara el barco junto al cabo, Peter y Charlie se embarcarían y se dirigirán a Port Arthur. Thunder Bay no era una ciudad entonces –pasarían años antes de que lo fuera–, pero el nombre hacía referencia a la extensión de agua que separaba la península Sibley de la tierra firme, donde habían surgido las vecinas comunidades de Fort William y Port Arthur.

Peter ya había pasado algunos inviernos en la ciudad, estudiando con otros niños de su edad, y ahora era el turno de Charlie. Vivirían con la familia Niemi, con uno de los hermanos que pescaban en el campamento de Walker's Channel en verano que residía en una casita azul en Hill Street en invierno.

Madre creía que había llegado el momento de que yo también fuera al colegio en la ciudad, algo inusual, teniendo en cuenta su indiferencia por las convenciones sociales. Padre discrepaba. Prefería enseñarnos en casa, y creía que yo era demasiado pequeña para pasar fuera de casa periodos tan largos de tiempo. Además, había que tener en cuenta a Emily. En casa, cualquier decisión que padre tomara se acataba a rajatabla, siempre, y esta no fue ninguna excepción. Lo sé porque los oí hablando del tema en voz baja una noche oscura de verano mientras el resto de la casa dormía, rendidos tras las tareas del faro y los esfuerzos de recolectar las verduras y preparar las provisiones.

Recuerdo la conversación con claridad. En sí misma, la discusión sobre mi educación no fue memorable. Tendría que haberla olvidado, una más de los cientos de conversaciones intrascendentes oídas por casualidad. Si la recuerdo es por la respuesta de mi madre, unas palabras que arraigaron de tal manera en mi alma que me abrieron los ojos y dictaron el curso de mi vida. Padre se estaba poniendo las botas para terminar alguna tarea de última hora antes de acostarse a dormir unas horas. Yo me había levantado para usar el orinal que teníamos en un rincón de la habitación y acababa de regresar a mi sitio bajo las mantas, pegada al cuerpo de Emily. Las voces de mis padres flotaban en la quietud de la noche, incluso el lago dormía en silencio bajo el cielo cuajado de estrellas de finales de verano y se negaba a unirse a la conversación.

—Hemos hecho un buen trabajo enseñándola todos estos años —dijo padre, en voz casi inaudible—. No veo ningún motivo para detenernos ahora. Además, no estaría bien mandar a una sí y otra no. Y no podemos mandar a la otra.

Con los ojos somnolientos, entrecerrados, vi la sombra de madre pasar ante la puerta cuando la luz del faro barrió la casa y regresó sobre el agua negra y calma.

No me importaba. No quería dejar la isla, aunque disfrutaba de nuestros escasos viajes a la ciudad y disfrutaba imaginando cómo sería la escuela, los compañeros de clase y las lecciones. Pero amaba la libertad, el sonido del lago, el viento entre los árboles. Y tenía a Emily. Mi mente divagaba, el sueño me envolvía junto a mi hermana.

Oí a madre reír. No era un sonido alegre ni divertido, no había en él nada de satisfacción. Era un sonido triste y contrito, que se aproximaba más a un suspiro. Me hubiera gustado no seguir oyendo, pero fui incapaz. Abrí bien los ojos somnolientos y agucé el oído. Oí el tictac del reloj de la repisa de la chimenea, el ruido de un ratón bajo el suelo de madera y la respiración de Emily, suave y regular.

—Nosotros... Tendrías que haberla dejado. Tendrías que haberla dejado morir —dijo mi madre con voz crispada—. ¿De qué ha servido? Las hemos condenado

a las dos. Emily nunca estará bien.

El tiempo se había detenido. El reloj dejó de sonar y el ratón guardaba silencio. Solo se oía la respiración de Emily, constante y acompasada como la luz del faro.

«Tendrías que haberla dejado morir. Emily nunca estará bien».

Estoy segura de que el corazón se me detuvo en seco y se quedó a la espera sin atreverse a interrumpir con sus latidos aquello que tan desesperadamente desearía no haber oído y que tanto temía. Notaba que la respiración de Emily iba en aumento hasta desbordar la habitación y llenar el espacio entre mis padres y yo. El haz de luz barrió el cuarto de nuevo, saltando al pasar junto a la puerta e iluminando la otra cama donde mis hermanos dormían para escabullirse por la ventana después. Me llevé las manos a los oídos.

Me llegó amortiguado el sonido de la voz cortante de padre, un tono que nunca empleaba.

—Ni se te ocurra, Lil. No vuelvas a hablar de esto nunca más. Es nuestra hija. Le debemos su vida. No vuelvas a decir ni una palabra. Nunca. —Se movió en dirección a la puerta—. Y Elizabeth permanecerá en la isla.

Recuerdo que solté el aliento despacio cuando la puerta se cerró y también oír los pasos de padre sobre la grava del camino en dirección al cobertizo del combustible. Emily no se había movido, pero había un mechón de cabello negro, tan parecido al mío, en mitad de la almohada blanca. Cuando el haz de luz volvió a atravesar la habitación, estudié el rostro tranquilo de mi hermana: los párpados y las pestañas negras ocultaban unos ojos grises que poco se parecían a los míos; la boca dulce que nunca había pronunciado palabra, pero que siempre parecía guardar un secreto. Los pasos de madre se hicieron más audibles y cerré los ojos con fuerza, fingiendo que dormía. Estuvo mirándonos un rato muy largo, tanto que acabé por dormirme y no la oí marcharse.

Fue entonces cuando me di cuenta de que todas las cosas que hacían de Emily la persona que era coincidían con las que impedían que encajara en el mundo exterior, al margen de aquel que habíamos creado en la isla. Siempre habíamos sido Elizabeth y Emily. Las mellizas. Éramos inseparables. Éramos una. No podía imaginar a Emily feliz en la ciudad, sentada en un aula. Y por eso no podía imaginarme a mí misma. Me resultaba impensable que mi madre quisiera separarme de ella.

A medida que avanzaba el invierno, Emily y yo comenzamos a colaborar en las tareas del faro y la cocina, cosechando los productos del huerto y llenando la alacena. Cuando los días se volvieron fríos y húmedos, mi madre nos esperaba con las lecciones y nos sentábamos a la mesa de la cocina bajo el cálido resplandor de la lámpara de queroseno con nuestras gramáticas y nuestros

problemas de aritmética. Emily nunca aprendió a leer ni a escribir, ni tampoco a sumar o restar. Se pasaba el rato llenando las hojas de papel con dibujos a lápiz de mariposas y pájaros en lugar de tratar de hacer sumas o subrayar nombres y verbos. Madre no decía nada. Apretaba los labios con fuerza cada vez que recogía los dibujos y los guardaba en un cajón del escritorio de padre.

Madre sabía que nos esperaban muchos meses de frío y oscuridad; cuando los últimos días de otoño amanecían templados y soleados nos dejaba salir de casa tras abandonar nuestros deberes en la mesa. Yo echaba de menos hablar con Charlie ahora que nuestro trío se había visto reducido a la silenciosa Emily y a mí. Pero mi hermana y yo compartíamos algo diferente: un lenguaje sin palabras basado en la confianza mutua. Disfrutábamos del silencio de la isla, de la rutina de la vida del farero y de la libertad para volar libres como dos gaviotas.

Padre parecía conforme con que Emily y yo le ayudásemos con las tareas en ausencia de los chicos. Nos entregaba trapos y nos enseñaba cómo abrillantar las lentes del faro, en círculos de menor a mayor, para no dejar marcas. Yo siempre me aseguraba de ir detrás de Emily para que él no viera las marcas que ella no borraba. Madre nos tenía encomendado recoger la madera que las olas arrojaban a la playa y apilarla en el cobertizo para usarla como combustible en la estufa durante el invierno. Emily me acompañaba para ayudarme y deambulaba por la playa recogiendo palos y transportándolos unos metros antes de soltarlos donde se le antojaba. Yo intentaba que me ayudara a transportarlos, le pedía que extendiera los brazos pálidos y que los cruzara, para asegurarme de no sobrecargarla. Partíamos juntas, pero yo siempre llegaba sola: Emily se detenía en el camino, distraída por el zumbido de una abeja alrededor de un diente de león tardío o la danza musical del jilguero anunciando su marcha a un destino invernal más cálido. Siempre me aseguraba de que la pila de madera del cobertizo excediera nuestras necesidades.

Nunca olvidé las palabras de madre. Cada ola que se estrellaba contra la base del acantilado cercano a la sirena de niebla traía sus palabras: «Deberías haberla dejado morir. Emily nunca estará bien».

Una vez la pillé observando a Emily sin que ella se diera cuenta de que yo la estaba mirando. Emily parecía sumida en uno de sus trances, con el rostro vuelto hacia el cielo y la boca abierta, emitiendo sonidos ininteligibles, hablándole al viento mientras este levantaba una nube de hojas marrones de álamo que se arremolinaban en torno a su falda hinchida. Estaba en la punta de la isla, hablando con el mar con la mata de cabello negro enmarañada. Y, entonces, con el viento de pareja, comenzó a bailar. Madre se limitó a dar media vuelta y volcar un barreño de agua jabonosa en los arbustos antes de regresar al interior del faro.

Emily. Mi otra mitad. Mi hermana. Nuestras vidas y nuestros corazones y nuestro propio ser estaban tan entrelazados que una no podía existir sin la otra. Ella era un espíritu poseído por el lago a caballo entre dos mundos, frágil y vulnerable. Por eso, me sorprendí al descubrir que el fantasma no era Emily, sino yo.

ELIZABETH

El otoño que Charlie se marchó, Emily comenzó a deambular por la isla. Un momento estaba bajo mi mirada atenta y vigilante, y al siguiente había desaparecido. Al principio, a mis padres y a mí nos aterraban sus vagabundeos. Nos imaginábamos a una Emily ausente que caía por uno de los acantilados que jalonaban el litoral, que se topaba con un oso negro o que se ahogaba en el agua helada del lago que tanto la fascinaba. Nos desplegábamos desde el faro, después de que uno de nosotros comprobase que no se había embarcado en el Sweet Pea, que estaba atracado en la playa cerca del faro, lejos del alcance de las olas. Barríamos la costa y recorríamos los senderos que desembocaban en la bahía donde estaba el cobertizo de los botes, a través del pantano donde recogíamos arándanos a finales de verano. La llamábamos por su nombre, y la espesa capa de musgo que cubría el lecho del bosque y las risotadas del lago al romper contra las playas rocosas o en los peñascos se tragaba nuestras voces. Sabíamos que no respondería. Emily nunca respondía.

Tarde o temprano la encontrábamos, ajena a nuestra preocupación, absorta como solo ella era capaz en las actividades de una colonia de hormigas u observando una ardilla roja trasladar a sus crías a una madriguera nueva. Una vez la observé durante un espacio de tiempo que se me antojó infinito contemplar una flor de aguileña. Estaba sentada en el suelo al sol, con las piernas cruzadas y la cabeza apoyada en las manos, observando el vaivén de la flor. No se movía, ni siquiera para tocarla u olerla. Simplemente la miraba. La llamé por su nombre, pero mi voz se mezcló con los sonidos del bosque y no me prestó más atención de la que le habría prestado al trino de un arrendajo o al siseo de una cigarra. Yo también me senté con las piernas cruzadas y la cabeza apoyada en las manos para observar a Emily mientras el sol avanzaba por el cielo. Después de un rato se levantó, se sacudió las ramitas y las hojas de la falda, se dirigió hacia mí sonriendo y me tomó de la mano para ayudarme a levantarme. Entendí que había sido consciente de mi presencia todo el rato. Yo estaba sentada en su mundo. Formaba parte de él. Pero no era la parte que le interesaba en ese momento.

Mi padre tenía encargado que nos trajeran los periódicos a la isla. Entregaban

juntos los de toda una semana, a veces más, y él devoraba cada palabra, compartiendo historias con nosotros alrededor de la mesa de la cena o junto al fuego por las noches. Durante todo el año 1936, la prensa informó acerca de granjas asoladas, cosechas secas y ganado ahogado con los pulmones repletos de la tierra que levantaba el viento. En cambio, el invierno fue frío, extremadamente frío, tanto que todos dormíamos juntos en la misma cama, vestidos con ropa interior de manga larga y tapados con mantas y edredones de plumón. Fue una ola de frío que duró de diciembre a febrero, que tuvo en vilo a una nación entera de hombres y mujeres cansados y apesadumbrados.

Emily y yo pasamos gran parte de ese invierno acurrucadas junto a la estufa. Entrábamos en calor gracias a la sopa de madre, sazónada con hierbas que había recolectado y secado en la despensa y guisada con carne de conejo recién salida de las trampas. Yo huía de la isleta a lomos de las páginas de *Jane Eyre*, *Orgullo y prejuicio*, las obras de Shakespeare y *Tom Sawyer*. Leía con deleite los relatos de amor y aventuras, resistiéndome a hojear los artículos del *Times Herald* apilados en orden cronológico en las vigas del desván, como quería padre, con la esperanza de que los periódicos me dieran amplitud de miras. Por su parte, Emily se pasaba las horas entre lápices y papeles, trabajando a veces durante días en el mismo dibujo, reproduciendo de memoria una polilla o una flor de aguileña y coloreándola después a lápiz o pastel. En ocasiones permanecía embelesada frente a las llamas danzantes del interior de la estufa, tan quieta que yo me preguntaba si el viento que se colaba entre las tablas del revestimiento exterior no la habría transformado en una estatua de hielo.

Estábamos a finales de febrero cuando Emily volvió a desaparecer. El mercurio del termómetro apenas si sobresalía de la base bulbosa, y el aire era cortante y gélido. Era un día glacial para que una niña vagabundease por los bosques. Yo, que no era más que otra niña de diez años escuálida que no conocía el miedo ni se veía a sí misma como una chiquilla, estaba decidida a proteger a mi hermana.

Padre se encontraba cortando madera, madre pelaba patatas, por eso fui yo quien se enfundó el abrigo y se envolvió la cabeza y el cuello con una gruesa bufanda, quien cogió las manoplas forradas de piel de madre para protegerse las manos y quien partió en busca de su hermana gemela una vez más. El aliento se condensaba como si fueran nubecillas de humo, pero me calcé las raquetas de nieve, atándomelas con rapidez antes de volver a enfundarme las manoplas de suave pelo de conejo. La nieve tenía mucha altura. En algunos puntos los copos de los días anteriores se habían amontonado varios metros. El rastro de otras raquetas salpicaba la nieve de los alrededores de la casita y las construcciones aledañas. Al menos, Emily había tenido la feliz idea de ponerse las raquetas y

fue fácil seguir su rastro, pues se desviaba de los senderos más transitados y se encaminaba al lago.

El Superior cubre un área muy extensa que rara vez se congela por completo. En los meses de febrero o marzo, tras días y días de temperaturas bajo cero y agua en calma, el lago puede helarse y convertirse en una extensión sólida que conecta una isla con otra y con la tierra firme. A veces, el viento coquetea con las olas y remueve las aguas, convirtiendo la superficie helada en témpanos y agua gélida. Pero, aquel año, el lago estaba sólido. Me dolían los oídos del silencio amortiguado a medida que me alejaba de la orilla, en pos de los pasos de Emily.

Mientras seguía su rastro, dejaba vagar la mente. La superficie surcada por las nieves del lago Superior se convirtió en un páramo inglés desolado y me trasladé al mundo de la romántica y trágica Jane Eyre en pos de su destino, hasta que un crujido, fuerte y seco, me trajo de regreso. Se me aceleró el pulso y se me puso la piel de gallina. El paisaje romántico del páramo desapareció y dio paso a la soledad de las dunas ondulantes de nieve sobre el lago y el bosque silencioso junto a la orilla. Se oyó otra sacudida: eran las placas de hielo moviéndose y acoplándose. «No es más que el lago que habla», me dije a mí misma, «como una anciana acomodándose en su lecho». Me encontraba a un kilómetro y medio de la orilla, cerca de la entrada a Walker's Channel; los gemidos del lago Superior rebotaban contra los temibles acantilados de Hardscrabble Island.

Entonces la vi. Estaba inmóvil. Una silueta negra, diminuta y vulnerable en mitad de un mundo que se extendía, grande, blanco y silencioso, por todo el horizonte. No estaba sola. Distinguí hasta cinco desde donde me encontraba. Tres de ellos se paseaban junto a los montones de hielo quebrado que delineaban la orilla. Los otros dos estaban rastreando, con el morro pegado al hielo, dando bandazos entre la ventisca, con el pelaje gris resplandeciente con la luz de la tarde. Emily se encontraba entre los dos grupos.

No llegué a pronunciar su nombre. Trastabillé por culpa de las raquetas, me tropecé cuando intenté correr. Los lobos estaban trabajando en manada, rodeando la figura silenciosa de mi hermana, estrechando el cerco cada vez más. Las manoplas de mi madre, demasiado grandes para mis manos infantiles, se me cayeron y aterrizaron en la nieve. Apreté el paso y tropecé con los marcos de madera enganchados a las botas, cayendo sobre la nieve. Cuando levanté la cabeza, estaba lo bastante cerca como para distinguir los ojos amarillos de un macho grande que miró en mi dirección antes de volver a concentrarse en mi hermana, cercándola al mismo tiempo que el resto de la manada. Emily se giró levemente y se agachó, enfrentándose a esos ojos amarillos penetrantes con una mirada gris que no conocía el miedo y destacaba sobre su rostro pálido y

redondo. Me quedé inmóvil en la nieve, me dolían las manos del frío, pero no me atrevía a moverme. El lobo se detuvo. Se sostuvieron la mirada. Los demás lobos también se detuvieron. Los oía gañir, se desplazaban apenas mientras esperaban la señal del alfa. Pasaron unos minutos antes de que Emily volviera a moverse. Entonces se levantó, se giró y pasó ante el animal en dirección a donde yo estaba. Al igual que había hecho el día que la observé absorta con la aguileña, me sonrió, me tomó de la mano y me ayudó a levantarme antes de recoger las manoplas de piel de conejo de la nieve.

No volvió la vista atrás. Pero yo sí. Advertí que los animales se reagrupaban y que se alejaban de nosotros a través de la bahía en dirección a Edward Island.

Fue entonces cuando lo vi por primera vez. Era casi invisible, se confundía con los árboles gracias a un abrigo de piel de ciervo y una espesa barba negra, e iba tocado con un gorro de pelo. Sostenía un rifle en las manos, y lo vi vaciar la recámara y bajar el arma a un lado antes de desaparecer entre las sombras.

Seguí a Emily hasta nuestra casita bajo la luz durmiente. Como en la mayor parte de los viajes, el de vuelta me resultó mucho más corto pero, aun así, el sol estaba bajo en el cielo invernal cuando rodeamos el cabo y vimos a mi padre.

Emily pasó junto a él trabajosamente, casi sin percatarse de su presencia.

—Estaba en Walker's Channel —le dije—. Una manada de lobos se había adentrado en el hielo y ella...

Nunca he sido dada a las supersticiones, pero estaba segura de que había sucedido algo entre el lobo y mi hermana, algún tipo de acuerdo forjado en el pasaje cubierto de nieve entre las islas Edward y Porphyry.

—Miraba a los lobos y los lobos la miraban a ella.

Mi padre acompasó su paso al mío y continuamos avanzando en silencio un rato. Emily se había adelantado unos metros, y caminaba como un autómatas, una raqueta delante de la otra.

—Tiene un don —dijo él con voz muy queda.

—Hay más —continué. Emily se detuvo—. Me pareció ver... —Emily se giró de inmediato y me lanzó una mirada fiera y oscura. Suplicante. En silencio, me pedía que no lo contara, que no pronunciara las palabras que pugnaban por salir. Eso no. Ahora no. Era nuestro secreto.

—¿El qué, Lizzie? —me instó a continuar mi padre.

Emily continuaba por su camino. Sabía que la había entendido y que honraría su petición muda.

—Me pareció ver huellas de caribú. Estoy segura de que los lobos les seguían el rastro.

Padre gruñó con aprobación, y supe que al día siguiente se dirigiría en busca del rebaño. Los lobos se habían adentrado en el lago siguiendo un rastro. Deseé

que fuera el de los caribús. Deseé que los encontrara.

Esa noche, acurrucadas en la cama, con una raja de luna brillando sobre el paisaje nevado y el lago crepitando, gruñendo, quejándose de su confinamiento invernal, Emily y yo oímos el aullido de los lobos. Mis padres estaban hablando en voz baja junto al fuego y la luz de la luna arrojaba una charca de plata sobre nuestras mantas. Emily y yo no éramos más que dos bultos diminutos. Se giró hacia mí y en un gesto muy poco propio de ella, se acercó y me acarició la cara, pasándome los dedos finos por la frente, los ojos, la nariz, la boca y la barbilla. Después se dio media vuelta. Me acurruqué junto a ella para compartir su calor, escuchando su respiración hasta que se volvió regular y suave y se quedó dormida.

Pasó un buen rato hasta que yo me adormecí. El coro de ruidos nocturnos me entusiasmaba y me aterrorizaba a partes iguales cuando pensaba en el lobo y en esos ojos amarillos que miraban fijamente a Emily mientras el resto de la manada se revolvía, esperando. También pensé en el hombre que había visto. Traté de convencerme de que no era más que un producto de mi imaginación, una aparición provocada por la nieve blanca y los lobos merodeadores. Pero Emily también lo había visto. Ella se había percatado de su presencia, igual que sabía que yo también. Emily lo había visto y no quería que mi padre se enterase.

MORGAN

Estoy sentada en su cama, apoyada contra la pared con las rodillas abrazadas, escuchando. Me ha transportado a su mundo, he viajado en el tiempo. Habla de tal manera que casi puedo tocar la nieve, ver las estrellas y oír el estruendo de las olas. Al ir a coger la acuarela enmarcada de las libélulas, las venas azules de la mano se acentúan con el movimiento de los dedos. Trato de imaginármela de niña. En algunos aspectos, resulta imposible. Pero, en otros, es perfectamente creíble. Se levanta lentamente, va hasta el tocador y coloca el cuadro con el resto.

El diario sigue en la cama, continúa abierto. Lo cierro y apoyo la mano sobre las letras en relieve de la tapa, dibujando la «a» y la «l». El farero nunca escribió sobre el hombre barbudo. Menciona los lobos y los caribús, que finalmente encontró, también la escapada de Emily, pero no al hombre extraño que se ocultaba entre los árboles y observaba la escena. Ese era el secreto de una niña de diez años.

—Era mi abuelo —digo. No es una pregunta.

Continúa dándome la espalda mientras coloca los cuadros. Veo que se yergue ligeramente, pero no se da la vuelta.

—¡Dios santo, niña, claro que no! —Se gira hacia mí, desesperada por establecer contacto visual con sus ojos vacíos—. Ese era el hombre que tu abuelo mató.

En el instante que tarda en pronunciar estas palabras, toda mi infancia se hace añicos.

ELIZABETH

No necesito verle la cara. Está perpleja. Cómo no iba a estarlo. ¿Por qué esperaba que lo supiera? Él nunca se lo contaría a nadie. Para protegernos. Para proteger a Emily. Era algo demasiado complicado. Aun así, formulo la pregunta por redundante que parezca.

—¿No lo sabías?

—No, la verdad es que nunca surgió el tema. —Noto que le tiembla la voz. Está triste. Pero no tarda en volver a ponerse la máscara y su siguiente frase está cargada de sarcasmo—. A decir verdad no es la clase de asunto que uno le mencionaría a su nieta de diez años, ¿no crees? «Por cierto, querida, ¿nunca te he contado que maté a un hombre? ¿Quieres más puré de patata?».

—¿Diez?

—Sí. Murió cuando yo tenía diez años.

Ha muerto. Es evidente. De no ser así, Morgan seguiría con él. Todas esas veces que me permití el lujo de recrearme en el recuerdo, de fantasear con él, de imaginar su paradero, qué estaría haciendo en ese momento, si volvió a enamorarse alguna vez. Si pensaba en mí. Me duele escuchar la verdad en voz alta, aunque he tenido durante años la certeza de que había muerto. El corazón sabe cuándo perece una parte de él, y él se llevó una parte del mío el día que nos escabullimos por el extremo norte de la isla y cruzamos el canal para yacer juntos en un lecho de musgo. Inspiro hondo y trato de asimilar la pérdida, de unir las piezas de la vida que había imaginado para él y coser las costuras. Ya habrá tiempo de llorarlo después, si es que no ha pasado ya la hora del llanto.

—¿Cómo?

—Sufrió un ataque.

—¿Y tus padres?

—Mi padre nunca se hizo cargo de nosotras y no recuerdo a mi madre. Murió cuando yo tenía un año y medio. Enfermó de cáncer cuando estaba embarazada y se negó a recibir tratamiento. Se negó a abortar, a pesar de que los médicos le aseguraron que moriría si no lo hacía. El abuelo cuidó de nosotras.

Siento ternura por esa madre a la que nunca conocí, cierta añoranza por la mujer que eligió dar a luz a su hija en lugar de conservar la vida. La capacidad

humana para amar es asombrosa. Tener una conexión tan profunda con alguien que en realidad no has conocido nunca. La sensiblería no dura mucho:

—En realidad siempre me ha dado igual, nunca los necesité. A ninguno de los dos. Con él... Nos teníamos el uno al otro.

Una vez más, noto la añoranza en su voz.

—Fue el único padre que conocí. Después de su muerte, intentaron encontrar a mi padre. Nunca lo consiguieron. Fui de una casa de acogida a otra durante unos años. Aterricé en la que estoy ahora. Es una mierda, pero ya se sabe, así es la vida, ¿no? Estoy bien. No me va mal.

Claro, como ayer, pienso yo, pero me reservo mi opinión. Es tan joven. Ya habrá más ocasiones.

Encaja con su naturaleza que criase a la niña. Se le debían dar bien los niños, igual que era bueno con Emily. Son pocas las personas que llegaron a entenderse con Emily, la mayoría prefieren burlarse o temer lo que no entienden. Se niegan a ver más allá de su mutismo, sus obsesiones, sus trances y su carácter peculiar. Pero no él. Él quería a Emily igual que yo. Y, al final, eso arruinó el amor que nos profesábamos.

—No era un asesino. —Espero que esto, en parte, la consuele—. Pero es una larga historia.

Vuelve a acomodarse, se envuelve con mi colcha, la que hicimos Emily y yo.

—La escucho.

ELIZABETH

Emily no se escapó ninguna vez más ese invierno. En marzo, la subida de las temperaturas causó estragos cuando las montañas de nieve caída durante los peores días de invierno se fundieron en tiempo récord. Los ríos, aún medio congelados, se desbordaron poniendo fin al frío con unas tremendas inundaciones. Fue el comienzo del que sería el verano más caluroso que se conoce. Paradojas de la naturaleza, una ola de calor barrió el continente americano, desposeyó el suelo de toda humedad, puso en suspensión la tierra fértil de las praderas y dio comienzo a la que se conocería como la gran sequía de los años treinta. Nos enteramos de todo a través de la prensa que mi padre acumulaba, afortunadamente nos libramos del calor gracias a la brisa fresca, cortesía de profundidades gélidas del lago.

Solo Charlie regresó a la isla para pasar el verano cuando terminó el colegio. Padre se aseguró de mantenerlo ocupado en el faro, afirmaba que un chico de quince años tenía que trabajar en lugar de andar zascandileando por ahí en barco o correteando por el bosque. Lo estaba adiestrando para una vida en el faro. Peter, en cambio, estaba destinado a cosas más grandes, pero Charlie se encontraba en el lago como en casa y padre lo sabía. A Emily y a mí nos pusieron a cargo de las gallinas y a ayudar en el huerto, pero las tareas del faro, que mi madre y yo compartíamos de abril a junio, pasaron a ser responsabilidad de Charlie. Relevaba a mi padre en el turno de noche, sobre todo cuando sonaba la sirena de niebla y el haz de luz barría la oscuridad, conversando con los capitanes de los barcos que pasaban, repitiendo: «Estamos aquí, estamos aquí, estamos aquí». Le encomendaron distintas tareas: encalar los edificios, comprobar el nivel de queroseno en los tanques de combustible, descargar las provisiones y los suministros cuando llegaban. Los días de sol, una vez completadas las tareas y con la sirena de niebla en silencio, lo convencía para escabullirse y llevarme a Emily y a mí en el Sweet Pea en busca de aventuras.

Charlie siempre fue un buen marino. Era una cualidad innata, como cuando las gaviotas toman las corrientes de aire ascendentes, alejándose del agua, lanzándose en picado con las ráfagas y planeando con la brisa. Sabía interpretar el viento y las olas y era el hombre más feliz de la tierra con el timón entre

manos y el aire del lago hinchando las velas de la pequeña embarcación. Y, aunque yo me manejaba bastante bien navegando alrededor de Porphyry, Charlie siempre nos llevaba más lejos, se adentraba en Black Bay o pasábamos frente a Shaganash en dirección a Swede Island. Buscábamos los lugares donde las bayas eran más abundantes y mejores y nos pasábamos horas recogiendo los frutos gordos y jugosos que luego secaríamos o conservaríamos para los largos y fríos meses de invierno. Los días en los que el viento estaba en calma y el sol caía de lleno, navegábamos a la deriva con las velas flojas, mientras Charlie las manipulaba tirando de ellas o soltándolas, tratando de insuflarle velocidad al barco, disfrutando del desafío que representaba. Emily y yo holgazaneábamos perezosamente, con los dedos dentro del agua fría.

A principios de ese verano, nos llevó a Silver Islet a pasar Dominion Day, para celebrar la formación de Canadá casi setenta años antes.

El final del colegio también anunciada la llegada de las familias a Silver Islet a pasar los meses veraniegos, parecía como si la civilización se hubiera acercado un poco a nuestro hogar. Durante la estación, el lugar florecía. Los estantes de los almacenes se llenaban de textiles y de caramelos, la playa en Surprise Lake, al borde del pueblo, estaba rastrillada y abierta al baño, y por las noches la línea de costa aparecía salpicada de hogueras. Para mí, las celebraciones inminentes del aniversario de Canadá le daban mayor aliciente a nuestra aventura. Charlie había acudido el año anterior y nos las había descrito a Emily y a mí con pelos y señales: los juegos, la comida, los fuegos artificiales. Especialmente los fuegos artificiales. Incluso entonces, cuando la mitad del país no tenía casi nada para llevarse a la boca, alguien se las había arreglado para conseguir fuegos artificiales.

Después de amarrar el Sweet Pea al muelle, nos dirigimos a casa de Arnie Richardson. Charlie y Arnie habían hecho buenas migas en el colegio, y sus padres nos habían invitado a quedarnos con ellos, asegurándonos que había espacio de sobra ya que los hermanos de Arnie no estarían. Madre cedió. Padre no quería que volviésemos a casa navegando de noche y yo no estaba dispuesta a perderme los fuegos.

Arnie era el más joven de cinco hermanos, todos chicos, el siguiente le sacaba casi seis años. Su padre visitaba la isla a menudo durante el invierno, pero su familia solo se mudaba oficialmente cuando su madre desembarcaba en el muelle en junio y abría la casa para el verano.

—¿Vas a ganar este año? —le preguntó Arnie a Charlie. Nos habíamos juntado un grupo de chicos por el camino de tierra que unía la casa de Arnie con la playa de Surprise Lake. El año pasado Charlie había perdido la carrera de cien yardas frente a Doug Owen de Fort William. No estaba dispuesto a que le

volviera a suceder.

—Sí —afirmó Charlie—. Pienso llevarme a casa ese trofeo.

—Doug está aquí también —le previno Arnie—. Se queda en casa de su primo.

Charlie le pegó un puntapié a un guijarro, levantando una nube de polvo.

—Puedo ganarle.

Yo sabía que era capaz. Había estado practicando y, tras pasarse entrenando todo el invierno en el gimnasio del instituto de Port Arthur, ahora era el más rápido de su clase.

Extendimos nuestra manta junto a muchas otras procurando que estuviera en la sombra. Yo me empapaba de aquel ambiente con avidez, observando a los niños entrar y salir corriendo del agua fría de Surprise Lake, oyendo la risa y las conversaciones de sus madres. Este era un mundo diferente al que yo conocía. Mi madre rara vez se permitía el lujo de charlar o estar sin hacer nada. No se habría sentido a gusto aquí.

Charlie y Arnie se apuntaron a todas las competiciones y carreras que pudieron: la de tres piernas, la de sacos y a la carretilla. Corrieron en todas y ganaron la mayoría. Emily y yo hacíamos de espectadoras, yo les vitoreaba, ella, como siempre, guardaba silencio, prefería quedarse en un segundo plano, retirada de la multitud y del ruido, pues le interesaban más las plantas y los bichos que las personas que intentaban entablar conversación con ella. Charlie y Arnie incluso me convencieron para apuntarme a la carrera de sacos, aunque no gané. Tampoco me importó. No recuerdo haberme reído tanto en mi vida, llegué a la línea de meta la penúltima a trompicones, pasé el mismo tiempo tirada en el suelo que saltando.

También hubo una búsqueda del tesoro. Emily me ayudó en la prueba. Nos desperdigamos con los otros niños entre los arbustos para encontrar piñas, hojas de arce de Pensilvania, plumas de gaviota, tréboles de cuatro hojas, piedras en forma de corazón o líquen de los renos. Encontramos la mayor parte de los elementos de la lista y ganamos una bolsita de caramelos que mantuvo ocupada a Emily durante el resto de la tarde.

Por fin, llegó el momento de la carrera de las cien yardas.

Charlie, Arnie y Doug se alinearon con los demás. Dejé a Emily en nuestra manta a la sombra —tenía su cuaderno y dulces, parecía enteramente satisfecha— y me uní a los demás espectadores a lo largo del recorrido. Cuando sonó el disparo de salida, la multitud prorrumpió en vítores. Era el último evento del día. La gente estaba al tanto de la rivalidad entre Charlie y Doug, al menos los más jóvenes, y era la carrera que todos habían estado esperando.

Doug salió con ventaja, pero Arnie y Charlie le pisaban los talones.

—¡Vamos, Charlie! —le grité—. ¡Corre! ¡Más rápido!

Charlie se impulsaba con los brazos, su semblante era la viva imagen de la determinación y la concentración. Adelantó a Arnie en pocas zancadas y comenzó a ganarle terreno a Doug rápidamente. La cosa iba a estar reñida. Por un momento, dudé que Charlie fuera capaz de salvar la distancia que los separaba. Los segundos se convirtieron en minutos, pero cada zancada de Charlie lo acercaba más y más a Doug. Una carrera de cien yardas no es una carrera larga. Se acaba en un santiamén, pero a mí me pareció que duraba una eternidad. Por lo mínimo, por medio pie, Charlie pisó antes la línea de meta. El trofeo sería para él, justo como había dicho.

Pero Doug pensó que el vencedor había sido él. Levantó los brazos en alto y se puso a bailar en la línea de meta mientras Charlie y Arnie recobraban el aliento. Charlie no iba a tolerar algo así. Supongo que la culpa la tuvo él. En lugar de esperar a que alguien le pusiera al corriente, Charlie se plantó delante de Doug y le dio un empujón en el pecho.

—Te he ganado —dijo, sin aliento y jadeante—. El vencedor soy yo.

Doug dejó caer las manos, le plantó cara a mi hermano, se le aproximó peligrosamente y se inclinó hacia él.

—Yo soy el vencedor.

La multitud enmudeció. Vi que Charlie apretaba la mandíbula y los puños.

—Venga, Doug —dijo Arnie—. Ha ganado Charlie. Ha sido una carrera limpia.

—Memeces.

Doug seguía mirando a Charlie fijamente. No se fijó en Arnie ni en los rostros de la multitud enmudecida. Noté que la tensión crecía.

—Este no es tu sitio. —Escupió en el suelo—. Ni a ti ni a las retrasadas de tus hermanas se os ha perdido nada aquí.

Doug nunca llegó a ver el puño que se le venía encima, pero sí que sintió el puñetazo. Cayó al suelo noqueado. Arnie se apresuró a sujetar a Charlie para contenerlo y que no le propinara otro golpe. Cuando Doug consiguió ponerse en pie y se secó la sangre de la nariz, alguien lo sujetó también.

El árbitro que había dado inicio a la carrera se interpuso entre ellos.

—Ya basta. —Su voz era firme y autoritaria—. No consentiremos nada de esto. Si queréis pelea idos a otro sitio.

Charlie se resistía al bloqueo de Arnie, pero por poco tiempo. Luego se giró y se marchó, alejándose de todos nosotros.

Esa noche, Emily y yo nos embarcamos en el Sweet Pea y nos alejamos del muelle. El agua estaba en calma, solo tenía que remar un poco para maniobrar y desembocar en el canal que separaba Silver Islet de Burnt Island, donde el barco

flotó a la deriva sobre la superficie casi negra del lago. La luna, prácticamente llena, proseguía su camino en el cielo y nos proporcionaba la luz que necesitábamos. Se distinguía la música a lo lejos. Sabía que habría baile. Sabía que Charlie y Arnie estarían allí. Toda la gente joven estaría allí. Menos Emily y yo. Me conformé pensando que no éramos lo bastante mayores para ir de todas formas. El año siguiente, Charlie nos llevaría. El año que viene iríamos al baile. Nos tumbamos en el fondo del bote, arropadas con nuestra manta de pícnic y tapándonos los oídos, mientras los fuegos artificiales estallaban contra el telón índigo de la noche.

Cuando, al día siguiente, pusimos rumbo a Porphyry, el trofeo no nos acompañó.

ELIZABETH

El verano continuó igual de caluroso y seco. A veces, cuando el calor se volvía insoportable, íbamos a nadar. El lago Superior conserva el frío del invierno en sus profundidades oscuras e insondables y se niega a soltarlo, y ese año no era ninguna excepción. Por tentadoras que fueran las olas azules que lamían la orilla, cuando nos desnudábamos y nos metíamos en el agua, el frío calaba rápidamente hasta la médula y nos dejaba temblorosos, doloridos y saciados. Emily no nadaba nunca. En días como esos, se metía hasta los tobillos para después retirarse bajo la sombra de un árbol mientras nos observaba a Charlie y mí dando alaridos por el frío, salpicándonos y riéndonos.

Otros días, cuando la brisa atenuaba el sol abrasador, Charlie nos llevaba a navegar por el lago. Uno de esos días calurosos y secos, Charlie, Emily y yo nos embarcamos en el Sweet Pea con una lata de té frío y media docena de galletas envueltas en un trapo. Rodeamos el cabo Porphyry, más allá de Dreadnaught Island para desembocar en Magnet Channel, el estrecho que separa Edward Island y la península de Black Bay. El viento era ligero, suficiente para hinchar nuestra vela y dejar un rastro ondulante tras la popa. El mar enviaba unas olas grandes y grumosos que removían la superficie en calma y arrastraban al pequeño Sweet Pea como un cascarón. Solo podíamos hacer esa ruta los días claros. Las agujas de la brújula de Charlie se volvían locas cuando nos aproximábamos a Magnet Island, por algo la llamaban la isla imán. Decidimos hacer nuestro pícnic en Pringle Bay, sentados en la playa con los pies en el agua.

Había llevado un libro conmigo y me tumbé a la sombra, alejándome rápidamente de las orillas del lago en pos de tierras lejanas en compañía de un hombre llamado Gulliver, devorando las criaturas fascinantes que habitaban en sus páginas. Emily había traído consigo un cuaderno de dibujos que Peter le había enviado y sus lápices, y llenaba las páginas con las flores de los guisantes de olor. Charlie exploraba los alrededores, con el tirachinas en la mano.

Debí de quedarme dormida imaginándome que los liliputienses me correteaban por las piernas mientras estaba tumbada en la arena, prisionera de hilos imaginarios, vagando entre el mundo de Swift y el mío en un territorio onírico poblado de hormigas negras escurridizas y los sueños del duermevela de

la siesta.

—Vaya, vaya, buenas tardes, jovencitas. ¡Menuda sorpresa! Y en este rincón perdido, ni más ni menos.

Me desperecé sobresaltada, mirando a mi alrededor rápidamente, por pura costumbre, en busca del paradero de mi hermana. Estaba sentada en la misma postura que cuando llegamos, captando cada detalle de las flores púrpuras y de los pámpanos rizados de los guisantes de olor, así como las delgadas vainas que comenzaban a formarse. No parecía haberse fijado en el hombre y la mujer que caminaban por la playa hacia nosotros. Eso era cosa mía.

Me levanté de un salto, alisándome la ligera falda de algodón y escrutando al hombre, joven, de acento extranjero, como sacado directamente de las páginas de mi libro. Mediría más de metro ochenta pero era delgado, de brazos y dedos largos y unos ojos muy juntos color avellana. Iba afeitado, aunque una sombra oscura sugería que no había utilizado la cuchilla esa mañana. Tenía los pantalones de algodón ligeramente manchados a la altura de las rodillas. Iba remangado y ataviado con un sombrero de ala ancha y le colgaba una bolsa del hombro.

Una mujer caminaba algunos pasos por detrás de él, la habría tomado por una niña tan menuda como era de no haber sido por su compostura. Caminaba por la playa con el rostro sonrojado por el calor y el sol, tenía la nariz y las mejillas profusamente salpicadas de pecas y se había recogido el cabello debajo de un sombrero de ala ancha semejante al de su acompañante. Llevaba unos pantalones enrollados hasta la rodilla y ceñidos con un cordel. Tendría la misma estatura que yo, unos ojos verdes bien curiosos y manos delicadas.

El hombre extendió un largo brazo para tenderme la mano.

—Soy Alfred.

Se la estreché.

—Ella es mi mujer, Millie.

—Elizabeth. Ella es mi hermana, Emily. No es de mucho hablar —añadí, con la esperanza de evitar la situación incómoda que solía producirse cuando alguien conocía a Emily—. Mi hermano Charlie anda también por aquí.

Eché un vistazo en dirección al bosque, creyendo que Charlie nos oiría y vendría. No estaba asustada, no era eso, pero la aparición de estos dos extraños en una isla completamente desierta en los confines del lago Superior me había dejado intranquila, sobre todo teniendo en cuenta que acababa de salir del mundo maravilloso de *Los viajes de Gulliver*.

Alfred se había girado y estaba examinando el Sweet Pea.

—¿Habéis venido navegando?

A veces, los adultos les hacen unas preguntas de lo más absurdas a los niños.

Reprimí una respuesta sarcástica, podría haber dicho que habíamos venido volando, traídos por una bandada de cormoranes. Estaba claro que simplemente quería darnos conversación, debía de pensar que había viajado lo suficientemente lejos de la civilización para estar fuera del alcance de los niños que se presentan en las orillas desiertas de las islas remotas en un barquito de madera. Por eso respondí:

—Charlie es un gran marino.

—¿Venís de muy lejos?

—No demasiado. Del faro del cabo Porphyry.

—Ah, sí, al otro lado de Edward Island —apuntó Millie. Advertí que miraba a Emily con gran atención.

Alfred rodeó el Sweet Pea.

—Es una preciosidad de barquita, ¿verdad?

Asentí.

—La utilizamos en el faro para transportar las provisiones del barco de suministros. Y para salir a pescar. Padre compró un motor que se puede instalar en la popa, y el mástil puede desmontarse si no es necesario. Pero Charlie prefiere navegar.

Observé a Millie, que a su vez observaba a Emily, mientras Alfred inspeccionaba la «preciosidad de barquita».

De repente me acordé de los modales y formulé las preguntas que se esperarían en esa situación, sin quitarle la vista de encima a Emily.

—¿Y su barco está por aquí?

Alfred se sacó un pañuelo del bolsillo para secarse la frente y el cuello.

—No es más que una canoa pequeña, un artefacto de madera y lona. Es todo lo que necesitamos. Millie y yo tenemos que moverla. Olvídate de velas y motores. Solo nosotros y nuestros remos.

En cierto modo, Alfred no aparentaba ser la clase de persona que disfruta navegando. No parecía un hombre que se sintiera cómodo o confiado en las grandes extensiones de un lago del tamaño del Superior, más aún teniendo en cuenta la propensión a los chubascos, la niebla y las tormentas veraniegas que levantaban olas más altas que él. Y, aunque alguna vez habíamos recibido canoas en el faro, el remero parecía normalmente alguien con más experiencia.

—Es un lago enorme para una canoa.

Emily había terminado con los guisantes de olor y dejó los lápices de colores y el cuaderno en una piedra tras bajar a la arena para perseguir un escarabajo negro. El insecto se escabulló entre los guijarros, escarbó rápidamente con las patas y se enterró en la playa bajo la arena caliente. Emily se quedó mirando el punto donde había desaparecido, esperando pacientemente.

Millie observaba a Emily.

—Bastante. Sí. —Alfred aún contemplaba el Sweet Pea—. ¡Oh! ¡Ya, claro! Un remolcador nos trajo de Port Arthur, el James Whalen, creo que se llamaba. Trajimos la canoa atada en cubierta. Nos dejó hará unas dos semanas y regresará a por nosotros dentro de dos. Solo utilizamos la canoa para explorar la isla.

A Millie le llamó la atención el cuaderno de dibujo de Emily. Antes de poder advertirle, se agachó para cogerlo. Emily le pegó un tirón y se lo arrebató, llevándose al pecho.

—Por favor, señora... —No me salían las palabras. No solíamos llamar a los adultos por su nombre de pila, como acostumbran los jóvenes de ahora, pero no sabía el apellido de Millie—. Señora Millie, Emily..., mi hermana, es un poco... —Me negaba a llamarla extraña, aunque la mayoría de las personas la consideraban así. No quería llamarla diferente. Aunque lo era—. Es especial. No lleva bien que...

Millie se agachó y tocó a Emily en el hombro.

Emily se puso a chillar. Abrió los brazos de golpe y tiró a la mujer al suelo. Echó a correr hacia Emily. Alfred corrió hacia su mujer.

Charlie apareció en ese momento, encaramado a un saliente rocoso en el extremo más alejado de la bahía, y echó a correr por la playa.

—¿Qué demonios?

Millie rechazó la ayuda de su marido para levantarse.

—No tenía derecho. No tenía ningún derecho. Mis disculpas. Ha sido culpa mía. Mía y solo mía.

Se le había caído el sombrero dejando el cabello al descubierto. Los bucles de color cobrizo le caían libremente sobre los hombros. Nunca había visto un color así, el mismo del cielo al atardecer. Emily también se fijó.

Se apartó de mí y se dirigió hacia Millie, tomando un mechón entre los dedos y haciéndolo girar.

—¡Emily! —La voz de Charlie era tan firme como su paso.

—No, por favor —Las palabras de Millie delataban la tensión de su cuerpo—. No pasa nada. Dejadla estar.

Emily dejó caer el mechón y trazó con los dedos las pecas del rostro de Millie, observando con sus grandes y curiosos ojos grises cada una como si quisiera buscar un patrón. Tomó a Millie de la mano, le subió la manga de la camisa y le frotó el brazo con los dedos.

—Bueno, ¡ya es suficiente! —Alfred había dado un paso más en dirección a su mujer.

—Alfred. —El tono de Millie detuvo a su marido.

Emily continuó explorando, con delicadeza, hasta que terminó el escrutinio en

los ojos verdes. Millie le sostuvo la mirada. Era muy poco propio de Emily mirar a alguien a los ojos, alguien que no fuera yo.

Me di cuenta de que estaba conteniendo el aliento cuando Emily se apartó de Millie; lo solté de golpe con un suspiro.

Se sentó en una piedra y le tendió a Millie su cuaderno de dibujo. Esta se sentó a su lado y cogió el cuaderno con ambas manos. Examinaba cada página y cada imagen largo y tendido antes de pasar a la siguiente. Charlie, Alfred y yo éramos personajes ajenos a la escena, meros observadores. Emily, claro está, no decía nada. Tampoco Millie. Solo estudiaba los dibujos, una página tras otra. Cuando llegó a la última, cerró la tapa y observó a Emily.

—Extraordinario. —Se volvió hacia su marido, con los ojos resplandecientes—. Sencillamente extraordinario. Los detalles son fabulosos. Alfred, ha pintado una *Listera borealis* y un *Polygonum viviparum*. Aquí hay especies de plantas que son originarias de suelos árticos, nunca se habían hallado en esta zona. Pero esto... —Volvió a abrir el cuaderno, hojeando las páginas hasta que se detuvo ante una planta que me resultaba de lo más familiar—. Esto es sumamente extraordinario.

La llamábamos la cachiporra del diablo. Era una planta grande, llegaba a ser tan alta o más que yo. Las hojas se parecen a las del arce, los frutos son unas bayas rojo brillante que madre nos había advertido que nunca, bajo ningún concepto, debíamos comer. Pero el rasgo más distintivo de la planta es que está cubierta, del tallo a las hojas, de espinas largas y afiladas.

Millie se giró hacia Charlie y hacia mí.

—¿Ha estado viajando? ¿Quizá haya ido al oeste? ¿O mucho más al norte?

—No, señora —respondió Charlie—. Apenas ha salido fuera de la isla.

Millie se levantó.

—Debe llevarnos allí, mostrarnos las plantas, el lugar donde las encontró.

Se movía como si estuviera dispuesta a marcharse en ese preciso momento, partir en el Sweet Pea o lanzarse a recorrer los bosques a pie. Nunca me había detenido a examinar los dibujos de Emily antes. Salvo para advertir lo hermosos, detallados y coloridos, no me había fijado en nada más. Pero algo había puesto a Millie sobre ascuas.

Fue Charlie quien habló.

—¿Qué es un *listeri boreali*?

—*Listera borealis* —respondió Millie, visiblemente excitada—. Es una orquídea. Una flor preciosa, verde y delicada, con forma de lengüecita, extremadamente rara. Bueno, quizá no sea tan vistosa como las de la familia de las *Cypripedium*, con esas flores que parecen delicadísimos y diminutos mocasines. Llevo algún tiempo buscando esta especie en concreto. Pero el

Oplopanax horridus, la cachiporra del diablo, ¿se encuentra cerca?

En su parco campamento, tomando un té, nos enteramos de que Alfred había estudiado Botánica en Inglaterra y se había especializado en turberas y pantanos. Millie estaba en la Universidad de British Columbia donde realizaba una tesis sobre orquídeas. Había estudiado con el eminente naturalista John Davidson y había pasado algún tiempo como su ayudante de campo en los bosques primigenios de la costa oeste, donde la cachiporra del diablo era común.

—Nos conocimos hace poco más de un año —dijo Alfred—. En la universidad.

—Estaba haciendo una presentación sobre el musgo esfagno —añadió Millie mientras nos pasaba una caja de galletas—. Las orquídeas son una de las pocas especies que florecen en terrenos pantanosos poco ácidos, de modo que pronto encontramos algo en común.

Se habían casado solo un mes antes de que su investigación los llevara a las orillas del lago Superior, armados con su escaso equipo de campaña y una lista de posibles especies de orquídeas que se rumoreaba que crecían en las islas de la orilla norte.

Después de compartir el té en la playa, reubicaron su campamento en Edward Island, cerca de las antiguas minas, donde estaban mejor situados para remar con su canoa de lona verde hasta el embarcadero o rodear el cabo para llegar al faro y salir de excursión con Emily y conmigo. Charlie, con sus compromisos en el faro y sus otras tareas, aceptaba nuestra floreciente amistad a regañadientes. Nosotras, con Emily a la cabeza y yo como intermediaria e intérprete, nos encargábamos de llevar a la pareja de pantano en pantano.

Les mostramos los lugares donde crecía la cachiporra del diablo. Era una planta a la que madre había recurrido en muchas ocasiones, evitando con cuidado los tallos peligrosos para extraer las raíces superficiales que utilizaba para preparar tintes y emplastos. Yo no acertaba a entender tanta fascinación por esa planta, pero si Millie estaba contenta, yo también.

A pesar de que fue un verano seco, los mosquitos nos atormentaban cuando explorábamos las zonas pantanosas. Millie llevaba una mosquitera colgada del ala del sombrero para proteger su rostro delicado de las picaduras, pero a Emily le molestaban especialmente y a menudo se negaba a aventurarse en los cenagales a pesar de los ruegos de Millie. En esos días, nos sentábamos en la playa donde las brisas del lago espantaban a los insectos. Millie siempre hallaba algo que observar, acarreaba sus notas de campo y sus manuales a todas partes y escribía observaciones en su diario. Tenía una paciencia asombrosa con Emily, pero yo sentía que mi lugar estaba allí: una sombra protectora, una parte de un todo.

Millie, con su pelo dorado cobrizo y su pasión tenaz por la ciencia, me causaba fascinación. Era joven y hermosa, pero también una mujer inteligente. Y llevaba pantalones. No se parecía a ninguna mujer que yo hubiera conocido antes. Ahuyentábamos el silencio que rodeaba a Emily con conversaciones sobre libros, y me prometió que me enviaría sus novelas favoritas cuando regresara a Toronto en otoño. Se reía a menudo y, cuando lo hacía, era un sonido tan refrescante como un chubasco veraniego.

Nos visitaron en el faro varias veces. Mientras Millie y Emily se sentaban juntas entre cuadernos y bocetos, Alfred y mi padre prendían las pipas, se instalaban en sillas de madera a la sombra del faro y hablaban de política, de la escalada de tensión en Europa, de la sequía en las praderas y de la depresión económica que había provocado que hombres jóvenes, capaces y voluntariosos, no pudieran ganar el sustento para sus familias.

Alfred era un conservacionista mucho antes de que se pusiera de moda serlo. Criticaba abiertamente cómo la gestión pública de la vida salvaje en general, para su consternación, pretendía eliminar tácitamente las especies que se consideraban alimañas. Algunos animales como los lobos, aducía él, jugaban un papel vital a todos los niveles de lo que Alfred definía como sociedad natural, y la caza selectiva solo servía para romper un equilibrio necesario para la preservación de las especies más humanizadas y valiosas.

Padre no coincidía con él. Esas no eran las leyes de los bosques, argumentaba, sino las de los científicos, alejadas de las orillas, los árboles y las criaturas, alejadas de la realidad. Aducía que los lobos habían diezmando la población de caribús y que, sin control, los llevarían a extinguirse en los bosques de los Grandes Lagos. Pero yo advertía, incluso cuando expresaba sus argumentos en contra, que sus ojos brillaban. Disfrutaba con la discusión. Y no creo que Alfred, cuando Millie y él partieron en busca de las esquivas orquídeas, hubiera imaginado que tendría unos debates científicos tan profundos y animados con un farero en una isla remota. Yo me sentaba en silencio a los pies de mi padre, escuchando y aprendiendo.

Mi madre no se detenía a sentarse con nosotros. No le gustaban ni los pantalones de Millie ni su pelo revuelto, ni la forma en la que participaba en las conversaciones entre padre y su marido, a menudo en desacuerdo con uno y otro. Se burlaba cuando la otra mujer alababa el talento de Emily, cuando sugería que podía labrarse el porvenir con sus dibujos y pinturas. Yo sabía que madre no toleraba ni las manos ni las mentes ociosas. Emily no había aprendido a cocinar ni a despellejar conejos, ni a lavar ni remendar ropa, tampoco a tejer calcetines ni a cortar madera. Emily no poseía las habilidades que madre veía imprescindibles si uno quería tener algún futuro.

Ese año, una zorra roja se instaló en Porphyry, es posible que hubiera llegado la primavera anterior cuando el lago aún estaba helado, preñada de una nueva camada. Emily y yo la vimos en muchas ocasiones durante los meses de mayo y junio, merodeando alrededor del perímetro de nuestro patio, con las ubres largas y negras y las orejas tiesas, ojo avizor en busca de comida para sus crías.

Finalmente, Emily dio con su madriguera, la entrada estaba muy bien escondida tras un montón de piedras, y me llevó para mostrármela. Pasamos varios días indolentes ese verano observando a las cuatro crías jugar en un pequeño claro a poca distancia de su cubil. Emily se acercaba a ellas, moviéndose despacio, chasqueando la lengua e hipnotizándolos con sus ojos grises: ellos, tranquilos y curiosos, dejaban que les tocara el morro negro afilado con la punta de los dedos.

Millie se pasaba horas con nosotras, observando las travesuras de las crías, maravillándose cuando alguna se acercaba lo suficiente para tirarle a Emily de la falda. Mi madre siempre estaba ocupada, lavando, remendando o quitando las malas hierbas. Y, aunque se le daba bastante bien, nunca la vi leer por gusto. Nunca la vi detenerse a fantasear con la forma de las nubes o a recoger un ramo de flores silvestres. Yo quería tener el pelo rojo e indomable de Millie. Quería llevar pantalones para poder moverme con mayor comodidad por los bosques. Quería mantener conversaciones trascendentales. Quería reír, libremente, siempre que quisiera.

El James Whalen regresó para recoger a Alfred y Millie según lo previsto. Ellos embarcaron la canoa verde, que pasaría el trayecto a través de la bahía de Thunder Bay hasta Port Arthur amarrada en cubierta, y guardaron la tienda de campaña y las cajas en la bodega. Se llevaron consigo unas bolsitas con muestras de plantas minuciosamente identificadas con la fecha, el lugar, el género, la especie y la familia.

No volvimos a ver nunca más a Millie y a Alfred en la isla, aunque mantuvimos el contacto, una correspondencia intermitente entre el norte agreste de Ontario, las instituciones académicas de la Columbia Británica y las ciudades inglesas asoladas por la guerra. Pero, cuando los necesité, cuando me tocó luchar por Emily como nunca, ellos estuvieron ahí para apoyarme.

ELIZABETH

Peter no vino a la isla ese año ni una sola vez. Quería ser médico, un sueño que el exiguo salario de un farero no podía costear. Pero mi hermano era una persona de gran determinación. En el momento álgido de la Gran Depresión, fue capaz de hacerse con un puesto en un campo de trabajo del Gobierno, el salario era mínimo pero recibía alojamiento y comida, lo bastante para no tener que recurrir a la caridad y poder ahorrar algunas monedas. Yo estaba orgullosa de él. Admiraba sus sueños de estudiar en la universidad y lo mucho que luchaba para conseguirlos. Era mucho mayor que yo, por eso lo reverenciaba en cierto modo. Era apuesto, alto y moreno, con un corazón de poeta, un poco misterioso y muy inteligente. Charlie, por su parte, era rubio, como padre. El agua y el viento eran su elemento, era vocinglero, disfrutaba de la conversación y no le hacía ascos a ninguna pelea. Mis hermanos eran tan diferentes como los cuervos de las gaviotas, y yo los quería a ambos muchísimo.

El señor Niemi había tenido la generosidad de ofrecerle una habitación a Peter cuando terminó el programa del Gobierno. Quizá, según nos sugirió Charlie mientras se preparaba para regresar a Port Arthur al final del verano, tuviera algo que ver con su hija, Maijlis, que era un año más joven que Peter. Maijlis era rubia y rolliza, de ojos azules y redondos, y sabía destripar un pescado tan rápido como cualquier hombre. Pero ese año no se trasladó con ellos al campamento de pesca, había aceptado un trabajo en la cocina del restaurante Hoito, en el sótano del centro cultural finlandés, donde servía comida casera a la comunidad finlandesa y preparaba café cargado por las noches para Peter mientras él estudiaba a la luz de un candil.

A finales de verano solo quedaba una cría de zorro. Lo llamé Heathcliff, aunque poco después descubrí que era hembra. Era grande, oscura y fibrosa; comenzaba a abandonar los movimientos torpes de la juventud, pero aún no se había convertido en un ejemplar adulto. Consideraba a Emily una más de la camada y la seguía pegada a sus talones con la exuberancia de la juventud o se enroscaba a la sombra de un árbol mientras Emily pintaba y yo leía. Me gustaba pensar que la madre de Heathcliff y sus hermanos habían abandonado la isla cruzando Walker's Channel a nado para instalarse en Edward Island, donde les

sería más fácil conseguir alimento. Me gustaba pensarlo, pero sé que comenzaron a desaparecer justo después de que nuestras gallinas corrieran la misma suerte, un día que padre salió temprano con su rifle.

El 4 de septiembre, el Día del Trabajo, se avecinaba y las horas de luz comenzaban a mermar lentamente. El viento era más fresco, por fin el bochorno daba un respiro. Para los veraneantes de Silver Islet que huían de la vida de la ciudad para pasar los fines de semana y las vacaciones en sus casas de verano de la antigua comunidad minera suponía el final de la temporada. Era una oportunidad para vivir una última aventura, una última escapada en barco y recorrer las aguas verdosas del lago, una última tarde para pasarla jugando al escondite en los bosques y tumbados en la arena negra de la playa mientras las gaviotas surcaban la brisa. Se desperdigaban en las orillas de Porphyry con las cestas llenas de sándwiches de jamón, ensaladilla de patata y las mantas de lana que extenderían en el suelo.

Como Charlie ya había regresado a Port Arthur, nos tocaba a Emily y a mí recibir a los barcos cuando llegaban al embarcadero, coger los cabos y amarrarlos a las abrazaderas del destartado muelle. Los adultos se ponían manos a la obra y encendían fogatas en la orilla para calentar agua para el café mientras los niños se desperdigaban por los bosques y el sendero que conducía a la orilla este de la isla. Había dos chicos en el grupo que no conocía. Everett y su hermano Jake, los primos de Arnie Richardson, que habían venido de visita desde Toronto. Para nosotros representaban una novedad y, a diferencia del resto, que habían venido a la isla en numerosas ocasiones a lo largo de los años, eran una novedad para Emily y Emily para ellos. Emily ni los miró, si bien ella nunca miraba a nadie. Nos siguió a cierta distancia, sin llegar a querer formar parte del grupo. Heathcliff había desaparecido en la espesura antes de que la alegre compañía llegase.

Nos sentamos en la playa, buscando entre la arena y los guijarros negros aquellos trozos de cristal que la marea pulía hasta dejarlos resplandecientes como joyas, que aguardaban a ser descubiertos y extirpados de su hogar temporal.

—¿Qué le pasa a tu hermana? —me preguntó el chico llamado Everett. Cogió una piedra y la arrojó al agua de manera que rebotó en la superficie, seis, siete, hasta ocho veces. Luego me miró con arrogancia, como si pudiera ganarse mi admiración con su hazaña. Emily estaba sentada algo apartada del resto, observando las olas en dirección a Dreadnaught Island y a un vapor que surcaba el lago a lo lejos.

—A mi hermana no le pasa nada. Es tímida, eso es todo —respondí yo. Era la única explicación que me apetecía darle. No hacía falta más. Yo también cogí un

guijarro y, con un movimiento de muñeca, lo lancé y rebotó en la superficie ocho, nueve, diez veces. Probablemente fuera mala idea.

Everett se apartó de mí y declaró ante el resto del grupo que estaba aburrido.

—Este sitio es una estupidez.

Arnie había visitado la isla en numerosas ocasiones. Conocía bien sus secretos. Y sabía cómo intrigar a un chico de ciudad.

—Te desafío a atravesar el cementerio —le retó.

Everett cogió otro guijarro y lo arrojó al agua. No saltó ni una vez.

—Atravieso cementerios todos los días. Toronto está lleno de cementerios.

—Sí, pero este es un cementerio indio, ¿verdad, Elizabeth? —Arnie me miró, con los ojos chispeantes—. Los antepasados de su madre siempre han sabido de este lugar. Está embrujado. Es antiguo, más antiguo aún que Silver Islet, ya estaba aquí antes de la llegada del hombre blanco. En él solo están enterrados los mejores guerreros. Dicen que es un lugar sagrado, un portal que separa el mundo de los vivos —se detuvo, bajando la voz para que todos tuviéramos que aproximarnos para oír sus palabras— y el mundo de los muertos.

Era la primera vez que oía tal cosa, pero no me atreví a contradecir a Arnie. No alardeábamos de nuestra cultura india y yo sabía muy poco de la familia de mi madre.

Nuestra imaginación inmadura era terreno fértil. Arnie continuó tejiendo su historia.

—Los guerreros transitan entre los dos mundos, tienen la cara y el cuerpo cubiertos de pintura de guerra roja, negra y amarilla. Van vestidos con pieles de oso, aún impregnada de sangre, la llevan por encima de los hombros como si fueran capas vivientes, y en la cabeza llevan unos tocados enormes con plumas de cuervo negro, el mensajero místico del más allá. Sus voces, unos gritos sanguinarios y espeluznantes, se oyen por las noches, son una advertencia para los vivos o un grito de batalla para los muertos. —Arnie se detuvo. Le escuchábamos cautivados, cada vez más metidos en su historia—. Los espíritus esperan para llevar a los difuntos al otro mundo con sus canoas de corteza de abedul, se distinguen a través de los árboles. —Su voz se hizo si cabe más queda. Entonces miró por encima del hombro. Los demás le imitamos, supongo que creíamos que veríamos fugazmente una piel de oso o una pluma de cuervo—. Pero si los espíritus os ven —Arnie volvió a detenerse, mirándonos a todos y cada uno de nosotros—, os atraparán y os arrastrarán consigo al otro mundo. Y de allí nunca, nunca más regresaréis.

Emily y yo habíamos llevado a Millie a aquel lugar para mostrarle la zona donde crecían las cachiporras del diablo, altas y fuertes, en los huecos entre los árboles. Y, a veces, madre también nos mandaba allí para extraer la raíz de las

plantas. Para mí era un lugar tranquilo, lleno de paz y recogimiento. No lo consideraba el coto de caza de los espíritus. Tampoco pensaba en mis antepasados. No nos recreábamos en nuestra herencia cultural, ya que nunca habíamos experimentado los prejuicios que sufrían los de la misma sangre que madre.

Hasta aquel día.

—Podría hacerlo hasta un bebé —sentenció Everett. No hizo falta más para asumir el desafío. La aventura daría comienzo al anochecer, después de la cena, después de que el sol descendiera sobre el lago pero antes de que los barcos pusieran rumbo a Silver Islet a la luz de la luna. Todo el mundo participaría, todos atravesaríamos el cementerio a pie, arriesgándonos a ser capturados por un guerrero aparecido y a un destino incierto vagando durante toda la eternidad por la tierra de los muertos como seres vivos.

Cuando el sol comenzó su descenso por el oeste, nos escabullimos y nos apartamos de la fogata del campamento y las conversaciones de los adultos. Una luna de lo más conveniente iluminaba el camino, conspirando para mantener la tensión. Emily no nos acompañó. Se había marchado un rato antes, había desaparecido en silencio. Era su proceder habitual.

Estábamos llenos de bravuconería: las chicas con sus risitas y los chicos con sus comentarios descarados. No había ningún sendero que condujera al cementerio. Yo abría la marcha entre árboles y matorrales hasta que llegamos al lugar en cuestión, donde nos detuvimos. Yo tenía mis reservas, comenzaba a titubear. No era la única. Las risas habían cesado. Los chicos estaban callados. Y, entonces, Everett dio un paso al frente.

—Sois todos una panda de cagados —declaró, y se metió entre los árboles—. Nos vemos al otro lado. —La oscuridad se lo tragó nada más internarse entre los arbustos.

El aullido de una zorra resulta insólito. Suena como un niño, una mezcla de llanto, ladrido y chillido. También es el sonido que hace el espíritu de un guerrero indio cuando se levanta de la tumba para llevarse a los niños al más allá. Yo supe que era Heathcliff de inmediato, pero aun así se me erizó el vello de la nuca y el aullido me recorrió la columna de arriba abajo. Es posible que nos quedáramos aún más inmóviles y callados si cabe, conteniendo la respiración mientras pasaban los minutos de tensión. La oscuridad había engullido a Everett por completo.

—¿Es el espíritu? —susurró Jake, temblando. Los demás no contestamos.

—¿No deberíamos ir en busca de Everett? —Era Arnie. Aunque él sabía que la historia que había contado era pura patraña, estaba tan quieto como el resto, observando el lugar del descanso eterno de las gentes que habitaron esta isla y

navegaron por el lago cientos de años atrás, antes de aquella noche en la que nos quedamos con los pelos de punta al oír la llamada de Heathcliff.

Distinguí a Emily antes que a Everett. Se movía entre los árboles con su vestido blanco resplandeciente a la luz de la luna y el cabello negro suelto sobre los hombros. Caminaba en dirección contraria a nosotros, en dirección a Heathcliff y, antes de que tuviera la oportunidad de llamarla, Everett comenzó a chillar. Era un grito de puro terror. Comprendí entonces que la había visto, sugestionado como estaba por las historias de guerreros indios muertos y por los trucos de la sombra y la luz. Echó a correr como un loco entre los árboles, golpeándose y tropezando en la semipenumbra, presa del pánico.

Arnie le gritó:

—¡Everett! ¡Por aquí! ¡Estamos aquí!

—¡Por el amor de Dios! —exclamó en tono lastimero—. ¡Socorro! ¡Que alguien me ayude!

Llamé a Emily y me dirigí hacia ella, caminando con precaución entre los troncos caídos y los lugares donde crecían las cachiporras del diablo. En lugar de mirarme continuó avanzando hacia donde supuestamente estaba Heathcliff. El resplandor de la luna se tornó azul y nos mostró a Everett huyendo de ella, mirando por encima del hombro mientras corría. Vi que tropezaba y caía justo encima de una de las espinosas cachiporras. Allí se derrumbó. Ya no le preocupaba el espectro que le perseguía tanto como las espinas que se le clavaban. Emily se agachó, arrugó los labios y chasqueó la lengua como solía hacer para llamar a la zorra. Heathcliff surgió de entre las sombras, deslizándose junto al chico para situarse a su lado. Emily se giró y miró a Everett. Le clavó sus ojos grises, con una intensidad que nunca antes había presenciado.

Arnie y el resto alcanzaron a Everett y lo ayudaron a ponerse de pie. Tenía la cara magullada y los brazos y las manos llenos de ronchas de todos los pinchos que se había clavado. Tenía las perneras manchadas, mojadas. Se sacudió a los que le ayudaron a levantarse y se secó el rostro con el dorso de la mano. Luego se giró para marcharse. Ojalá hubiera continuado caminando, ojalá los demás se hubieran limitado a seguirlo. Sin embargo, se detuvo unos pasos más allá y se dio la vuelta, mirando con ferocidad a Emily y a la zorra, que estaba encogida de miedo a sus pies.

—Maldita bruja india —dijo, con voz hosca y queda—. Te lo haré pagar.

Y así fue. Y de qué manera.

ELIZABETH

Los días se hacían más cortos a medida que se aproximaba el invierno. Los veraneantes no regresaron a la isla después de su excursión del Día del Trabajo, pero Heathcliff nos visitaba con frecuencia. Emily y yo nos escondíamos trozos de venado o de corteza de cerdo bajo la falda y los dejábamos sobre una roca grande y lisa junto al cobertizo de la madera. El animal creció mucho, tenía el pelaje brillante y la cola bien frondosa. Nuestras sencillas ofrendas ya no eran necesarias, pero sí eran un cambio bien recibido en su dieta a base de ratones y pájaros. Padre hacía la vista gorda con ella por Emily, y yo le quería aún más por ser así. Incluso madre tomó por costumbre apartar restos de comida en una vieja olla desportillada y dársela a Emily para que la sacara fuera después de la cena. Ya no había gallinas que tentaran a un zorro. Las pocas que nos quedaban habían dejado de poner y habían acabado sus días en el caldo de la olla. Pero temía por el futuro que le esperaba con el cambio de estación, cuando el gallinero volviera a estar habitado por inquilinos emplumados.

No tendría que haberme preocupado.

Siempre recordaré ese invierno por dos razones. La primera, por el naufragio del Hartnell en noviembre. La segunda, por la muerte de Heathcliff.

Fue Heathcliff quien nos alertó del desastre que se había desencadenado en las aguas heladas y embravecidas del canal navegable entre Isle Royale y Porphyry.

Yo estaba dormida en la cama que compartía con Emily. El faro estaba en funcionamiento. Su ronroneo apenas audible era un trasfondo constante y subliminal a la furia del viento y el oleaje de una tormenta temprana de invierno que se estaba desencadenando sobre el lago. Me levanté sobresaltada. Algo me había despertado, colándose en mis sueños. Eché un vistazo a mi alrededor, mientras las sombras cobraban forma y sustancia en la oscuridad. Entonces oí el aullido de un zorro.

Instintivamente, tanteé la cama buscando a Emily, pero no encontré más que un hueco vacío que todavía desprendía un residuo de calidez.

Heathcliff volvió a llamar, y supe que Emily había acudido en su ayuda.

Madre y padre estaban dormidos. Era raro que ambos durmieran al mismo tiempo, especialmente cuando el tiempo era adverso. Normalmente se turnaban

durante la noche para atender el faro, controlar el combustible, medir el viento y dejar constancia de todo en el cuaderno de bitácora. Solo puedo suponer que los había vencido el cansancio. Pero la luz estaba parpadeando, no parecía que fallara nada. Me calcé las botas y me puse una chaqueta. El fragor de la tormenta ahogaba los portazos de la puerta de la entrada contra la pared de la casa. La cerré detrás de mí y observé el haz de luz que recorría las aguas oscuras. A cada pasada, la luz del faro iluminaba los copos de nieve danzarines y creaba una cortina centelleante alrededor de la isla.

Cubría el suelo una capa de nieve irregular. Era suficiente para iluminar la oscuridad, me servía para distinguir el camino que conducía hasta el cabo. Avancé con precaución por aquel terreno escabroso de piedras negras y porosas. El viento había levantado una tempestad en el lago y las olas se estrellaban de forma espectacular contra la orilla, provocando una lluvia gélida que se mezclaba con la nieve que caía.

Emily estaba de pie en el cabo, observando las aguas embravecidas. Heathcliff estaba fuera del alcance de las olas, en el risco que había sobre la playa, con las orejas agachadas, deteniéndose a aullar cada poco para prevenirla.

Yo estaba cansada de los vagabundeos de mi hermana y de su ensimismamiento, de verme obligada a perseguirla en noches como esa, a costa de mi salud, para llevarla de regreso a rastras a la calidez de nuestro hogar y la seguridad de nuestra cama. Fue la primera vez que yo recuerde que me enfadé con Emily.

—¡Emily!

Mi voz se la llevó el viento y se ahogó en el cielo, con la aguanieve de la tormenta.

—¡Emily!

Se giró cuando la llamé, me miró y luego volvió a girarse hacia el lago con un brazo levantado señalando la oscuridad. El haz de luz se perdió lastimeramente en el muro de oscuridad moteada y me pareció ver un barco peligrosamente escorado, arrastrado por las olas en dirección a las rocas volcánicas del cabo Porphyry. El motor estaba en silencio, la tripulación debía de estar intentando hacerse con el control de la embarcación, si es que no la habían abandonado ya.

Dejé a Emily, una figura blanca, en la roca negra bajo el faro. Unos minutos después había avisado a padre, que rápidamente botó nuestro Sweet Pea. El pequeño motor fueraborda se alejó ruidosamente entre el oleaje. Madre avivó el fuego y puso agua a hervir.

La espera fue interminable. Emily se negaba a entrar, por eso fui a hacerle compañía al cabo, donde nos quedamos envueltas en mantas de lana, observando la secuencia de imágenes ininterrumpida mientras el drama se desarrollaba ante

nuestros ojos, dramáticamente iluminado por el faro. El Hartnell era un carguero, probablemente fuera su último viaje desde Duluth de la temporada, por qué se había alejado tanto de su ruta era un misterio. ¿Habría estado buscando el abrigo de un puerto, huyendo del vendaval y el incesante oleaje del típico temporal de noviembre, con la esperanza de virar a la altura de Isle Royale para resguardarse en la ensenada McCargo? Quizá. De ser así, algo había salido mal, horriblemente mal, y el ojo revelador del faro mostraba la embarcación a la deriva, a merced del viento y el oleaje, hasta que encalló. El casco metálico se ladeó al quedar varado en las aguas poco profundas del bajío frente a Porphyry.

Oí gritos en la oscuridad y el sonido del motor fueraborda. Emily y yo, farol en mano, fuimos al encuentro del Sweet Pea en la orilla. Había cinco hombres apiñados en nuestro barquito, mojados y temblorosos, con el rostro pálido y los ojos amoratados a causa del miedo y el *shock*.

—Llévalos con vuestra madre. Que entren en calor.

Padre se quedó en la popa del Sweet Pea. Las olas de la playa elevaban el bote y lo hacían cabecear, empapándolo a cada pasada.

—Todavía faltan tres, incluyendo a una mujer.

Se me encogió el corazón. No era extraño que la mujer o incluso los hijos del patrón o del armador viajaran en la embarcación. Perdí de vista a padre mucho antes de que el lago se tragara el sonido del motor.

Madre pidió a los hombres que se desnudasen, los envolvió en prendas de lana caliente y preparó café cargado. Todos guardaban silencio, aún conmocionados. Los dientes les castañetearon durante un buen rato, mucho después de que las mejillas recuperaran el color y hubieran consumido el brebaje.

Después de atender a los hombres, madre se ocupó de Emily y de mí. Cambiamos nuestras prendas por ropa seca y nos sentamos con las manos estiradas en dirección al calor del fuego. Pero Emily continuaba temblando. Madre le tomó el rostro y le acarició la mejilla pálida con el pulgar un instante, hasta que Emily levantó la vista y se la sostuvo un breve instante. Luego se sentó y le cepilló el pelo a Emily hasta dejarlo tan reluciente como el ala de un cuervo.

Los hombres fueron contando su historia poco a poco, a medida que fueron recobrando la voz. El Hartnell había perdido los motores a dos millas de Passage Island, poco antes de las diez de la noche. Las olas, monstruosas, se estrellaban contra la cubierta, rompieron las escotillas e inundaron la sala de máquinas. El barco estaba aparejado con un palo de mesana e izaron la vela, modificando la ruta para guarecerse detrás de Isle Royale, donde podrían esperar a que amainara la tormenta para después poner rumbo a Port Arthur y realizar las reparaciones pertinentes. Pero las olas eran demasiado grandes y el timón dejó de responder en torno a las doce de la noche. El barco quedó a merced del viento, que lo

arrastraba hacia las rocas junto a Dreadnaught Island. Botaron el bote salvavidas y se dispusieron a abandonar el barco. El segundo de a bordo montó en el bote para ayudar a subir a la esposa del capitán. En esas estaban cuando una ola gigantesca descendió sobre ellos, separando el bote del costado del barco y arrojando a sus tres ocupantes a las aguas oscuras del Superior.

Conocía lo bastante bien al lago para saber qué destino habían corrido. Cuando caían en sus manos heladas, el lago rara vez dejaba escapar a sus víctimas. A juzgar por el semblante de los hombres sentados en nuestra humilde morada, arrebujados bajo las mantas, ellos también lo sabían.

Padre estuvo ausente durante tanto rato que creímos que habían pasado varias horas. Aunque el viento continuaba aullando, aflojó ligeramente cuando comenzó a amanecer. Su resplandor difuso intentó arrojar fútilmente luz y calor sobre la isla cubierta de nieve. Padre se presentó a primera hora de la mañana y negó con la cabeza sin mediar palabra.

Los hombres se quedaron con nosotros durante tres días. Por fin, padre fue capaz de enviar recado a la guardia costera y el James Whalen vino a recogerlos. Poco después vino un barco de salvamento y el Hartnell fue sacado de entre las rocas y remolcado a los astilleros de Port Arthur, con el casco abollado, golpeado y deforme.

Emily pasó aquellos tres días caminando por la playa. El lago arrastró distintos fragmentos de la carga del Hartnell: cajas de madera, latas, boyas y trozos de tejido rasgado. Heathcliff nunca andaba lejos, la acompañaba fielmente en su peregrinaje, del amanecer al anochecer, mientras ella se detenía de vez en cuando para remover algún resto de la orilla, sin dejar de buscar. Yo no entendía su obsesión, pero había muchas cosas sobre Emily que no comprendía.

La encontramos al cuarto día, sentada junto al cuerpo de la mujer.

Padre se detuvo al verlas –Emily, tan pequeña y tan frágil, agachada junto a la muerta– y me llamó. Emily se había quitado su bufanda roja y la había usado para tapar el cuerpo. Un extremo se adentraba en el agua y se movía con las olas, como un ser vivo, y ni mi padre ni yo podíamos pensar en otra cosa más que apartar a Emily de aquella forma fría e hinchada.

—Salid de aquí ahora mismo, Lizzie. Maldita sea, llévala a casa.

Hice lo que me indicaba, no sin antes percatarme de que nada de aquello tenía sentido. La mujer había sido depositada en la orilla de la playa al este de la isla, el lago debería haberla depositado en otra parte. No debería haber aparecido allí, no con la dirección del viento durante los últimos días. Y Emily, mi queridísima Emily, no podría haberla llevado hasta allí, no habría sido capaz de arrastrar el cadáver y colocarlo en esa posición. Me di cuenta de que alguien había movido el cuerpo. Alguien que conocía el viento y las olas. Alguien que sabía que la hija

del farero había estado recorriendo la orilla sin dejar de buscar. Alguien que era capaz de pasar desapercibido para todos nosotros. Salvo para Emily.

Y yo sabía quién era.

Mientras Emily y yo nos alejábamos, miré a mi alrededor, buscando entre los árboles un atisbo de la barba oscura y el abrigo de piel de ciervo. ¿Nos estaría observando en ese momento? Me entró un escalofrío y atraje a Emily hacia mí.

MORGAN

Tengo los diarios dispuestos a mi alrededor en la cama, los leo mientras Elizabeth habla. Sus recuerdos resuenan en estas páginas.

—Era Grayson, ¿no es así? —Algunas de las piezas comienzan a encajar—. El ayudante que desapareció.

—Sí —repuso ella—. Entonces no lo sabía. En aquel momento, creí que era... No estoy segura de quién pensaba que era.

—¿Qué le pasó a Heathcliff?

—Ah, sí. Desapareció en febrero. Yo creía que se había marchado, que habría atravesado el hielo para ir a otra isla a aparearse. Emily no parecía preocupada. Era la ley de la naturaleza y, aunque ambas disfrutamos de nuestro tiempo con ella, Heathcliff era un animal salvaje. Lo triste es que no fue así.

»Acompañé a mi padre a la ciudad ese invierno. Viajamos a Port Arthur en trineo de perros desde Silver Islet cruzando Thunder Bay, con la bahía completamente helada, y la montaña Sleeping Giant, la que recuerda a un gigante dormido, totalmente cubierta por un manto de nieve. Fue una excursión emocionante. Cuando llegamos, nos detuvimos en Sewchuck's Brokerage, unos almacenes en Cumberland Street que ofrecían mercancías como trampas, herramientas y munición a los tramperos a cambio de pieles. Mientras estábamos allí, entró un hombre con un montón de pieles y no salió de entre las sombras hasta que padre no terminó su transacción. Llevaba un abrigo de piel de ciervo y un gorro también de piel, estaba de espaldas a mí. Creí reconocerle, pero no sabía de dónde. Él debió de notar mi mirada y se giró, bajando la vista hacia mí. Tenía la cara llena de horribles cicatrices, apenas ocultas por una barba negra y larga. Me pegué un poco más a padre. Lo había visto antes. Solo en una ocasión, escondido entre los árboles un día de frío invierno, un lobo solitario, expulsado de la manada.

»Encima de todas las pieles distinguí una de zorro, de un color más oscuro de lo habitual, abundante y espesa. Extendí la mano para tocarla. Supe al instante que era Heathcliff. Quizá había caído sin querer en una trampa pensada para cazar un lince o una marta, confiada en su mansedumbre. Quizá. Nuestras miradas se encontraron por un instante y, cuando apartó la vista, antes de

desaparecer entre las sombras, advertí en ella vergüenza y dolor. Nunca olvidé aquellos ojos, oscuros y angustiados. Nunca se lo conté a Emily.

Durante unos minutos no digo nada. Sé que está perdida en sus pensamientos. Además de recordar, también está encajando piezas de un puzle.

—Pero esto no es lo que anda buscando en los diarios, ¿verdad? ¿Descubrir quién era ese hombre? ¿Fue ese el motivo de que su hermano fuera a Porphyry en su velero para conseguir los diarios?

—No. Charlie nunca supo nada de él. Nadie sabía nada. Aparte de Emily y de mí. Y, con el tiempo, tu abuelo.

—Vale, entonces, ¿qué tiene que ver todo esto con mi abuelo?

Por muy fascinante que me resultara el relato de la señorita Livingstone, no veía qué relación tenía con el hombre del violín y la colección de dibujos de Emily que lo había comenzado todo. Aquello no tenía nada que ver conmigo.

—Todo es importante, Morgan, pero no es ni simple ni fácil. —La señorita Livingstone no se había movido del sillón—. Con el tiempo, tu abuelo jugaría un papel pequeño pero vital en este drama.

Tengo la boca seca. Se está cociendo una resaca de campeonato y noto el sabor del *whisky* en la garganta. No tengo ni idea de la hora. La habitación está más iluminada, el sol debe estar alto. La puerta no está cerrada del todo y los sonidos se cuelan desde el pasillo. La rutina de la vida continúa: los pasos arrastrados, las puertas que se cierran, las conversaciones, los silbidos de Marty, muy a lo lejos. Huele a café y comida. Pienso en Laurie, me pregunto si habrá notado ya que no estoy en la cama.

—Debería llamar para avisar de dónde estoy.

—Ya los hemos avisado —dice ella. Luego añade—: Hace horas.

Solo me siento culpable durante un momento. Me levanto y me sirvo un vaso de agua. La anciana no dice nada. Sé que está esperándome, que sigue mis movimientos y sabe qué estoy haciendo. Parece que nota que estoy ansiosa por oír el resto de su historia, saber más sobre mi abuelo y saber cómo conoció a Emily. Me retiro el pelo oscuro de la cara y me lo paso por encima del hombro para peinarlo en una trenza gruesa.

Regreso a la cama y recojo los diarios desperdigados. Los amontoño por orden, los primeros años abajo, los que ya he leído en voz alta, y los más nuevos arriba. Solo queda un volumen.

—¿Dónde está el resto de los diarios de su padre? —pregunto—. Estos solo llegan hasta 1943. ¿Qué pasó con el resto?

—No hay más —responde ella, juntando las manos en el regazo—. Es imposible. Si los hubiera, tu abuelo no formaría parte de esta historia. Nunca habría estado en la isla. No habría conocido a Emily. No habría matado a

Grayson, el hombre al que yo llamaba el lobo solitario. —Se detiene un instante y luego añade—: No le habríamos necesitado.

Regreso a la cama y me echo la colcha por encima de los hombros, hojeando el último diario.

—¿Por qué?

ELIZABETH

Peter y Maijlis se casaron en junio de 1939. Fue una boda pequeña, una ceremonia sencilla, organizada apresuradamente, en la iglesia luterana Immanuel de Pearl Street. Padre llevaba traje y corbata. Se estuvo tirando de ella todo el día y se la quitó tan pronto como el pastor y su esposa se marcharon del banquete. Madre y la señora Niemi prepararon distintas bandejas de sándwiches y buñuelos de pescado fritos y tartaletas de fresa para los invitados que se reunieron en el salón de la iglesia después de la ceremonia a media mañana. Maijlis estaba muy guapa y llevaba un ramo de lilas atado con un lazo azul.

No podíamos permitirnos vestidos nuevos, pero madre se aseguró de que fuésemos de punta en blanco, limpias y con la ropa bien planchada. Nos trenzó el pelo por la mañana y luego hizo un recogido con las trenzas oscuras, parecíamos princesas. Ella iba vestida de color morado y, al verla sin delantal, pude imaginarla cómo había sido cuando ella y padre se casaron. Me advirtió que no perdiera de vista a mi hermana, que me asegurara de que Emily no causaba problemas ni se dedicaba a deambular por las calles de la ciudad. No hacía falta que me lo dijera.

Peter iba de uniforme. Sin dinero para estudiar medicina, se había alistado en el ejército y acababa de completar su instrucción. Yo era una niña de catorce años y la boda me parecía de lo más romántico, prácticamente sacada de una novela de Jane Austen. Pero madre, sospecho, no pensaba igual. Era una mujer orgullosa, muy orgullosa, que estaba entregando a su hijo a Maijlis y también al ejército. Recuerdo cómo le enderezó la corbata para las fotografías, con la mano en la solapa del uniforme mientras miraba los ojos oscuros de su hijo, no sabría decir si estaba contenta o triste. Peter, desde luego, nunca había sido tan feliz. Se inclinó y la besó en la cabeza. Luego se apresuró a ir donde Maijlis, que le esperaba en los escalones de la iglesia para las fotografías. Fue un momento de ternura tan excepcional y conmovedor que siempre lo he conservado.

Peter y Maijlis se mudaron a Winnipeg, donde estaba el regimiento de mi hermano, los Granaderos de Winnipeg. Ese mismo mes de septiembre Canadá entró en guerra y, al mes de mayo del año siguiente, la unidad de Peter recibió órdenes de acantonarse en Jamaica y Maijlis se mudó a la casita azul de Hill

Street.

Charlie encontró trabajo en un astillero. La compañía Port Arthur Shipbuilding había tenido pocos encargos durante los largos y duros años de la Depresión, pero la guerra que traía consigo muerte y destrucción irónicamente insuflaba vida a una industria que no dejaba de firmar contratos para construir buques de guerra para la marina canadiense. Se alojó en una pensión de Current River y solo estuvo en el faro en un par de ocasiones ese verano.

Todo el mundo andaba pendiente de la guerra. Acaparaba las conversaciones de la hora de la cena, las de los muelles y las calles. Los jóvenes estaban siendo reclutados, adiestrados y enviados al otro lado del océano. Eran unos idealistas que creían en una causa, que partían con los besos de sus novias en los labios y el amor de sus madres tejido en forma de calcetines de lana.

Recibí una carta de Millie. Me contaba que pronto se marcharían a Inglaterra, si es que no habían partido en el momento de recibir la carta en nuestra isla. El padre de Alfred estaba enfermo. Por eso, a pesar del racionamiento y las restricciones, y la incertidumbre de las bombas alemanas, creyeron que lo mejor era abandonar su trabajo en Canadá para regresar a su país natal. Millie se estaba preparando para publicar un artículo, decía, sobre las orquídeas del bosque boreal, y se preguntaba si podría incluir algunos de los dibujos de Emily que se había llevado. Enviaba recuerdos para todos, papel y lápices para Emily y libros para mí.

Peter nos escribía con frecuencia, a veces llegaban hasta cinco o seis cartas de golpe. Mis respuestas llenaban páginas y páginas: le hablaba de los sucesos cotidianos del faro, de las últimas criaturas de Emily o del argumento de la novela que estaba leyendo en ese momento. Las sellaba y las enviaba a bordo del Red Fox, a través de aquellos lagos inmensos y ese océano más inmenso aún, a una guerra que parecía muy, muy lejana, que al mismo tiempo sentíamos muy, muy cerca de casa.

Peter regresó por un corto periodo de tiempo en otoño de 1941, pero no hubo ocasión de verlo. Volvió a embarcarse unas semanas más tarde. Yo estaba cada vez más interesada en los periódicos de padre, que continuaban llegando con regularidad. Los leíamos en voz alta por las noches. Sus páginas estaban llenas de artículos sobre los aspectos políticos de la guerra, de batallas ganadas y perdidas y de cifras de muertos y heridos.

La primavera de 1942 marcó el comienzo del que llamo el año de las tres muertes.

La primera fue la mía.

La temporada cálida comenzó pronto, se abrieron las rutas navegables y el faro estuvo operativo a comienzos de abril. Padre estaba muy satisfecho de tener

la luz brillando y los espejos girando antes de que cualquier otro farero hubiese llegado siquiera a su puesto. Los buques de carga que habían hibernado en el puerto de Thunder Bay se hicieron al lago tras el paso del rompehielos y partieron, rebosantes de carga, hacia las esclusas de Sault Ste. Marie y Welland. Padre estaba allí para señalar la primera etapa de su viaje.

La primavera era la estación ideal para buscar huevos de gaviota, que hervíamos o utilizábamos en la repostería, una alternativa deliciosa antes de que las gallinas nos abastecieran de forma regular. Emily y yo nos dirigimos a la colonia de gaviotas de Hardscrabble Island para ir a cogerlos. Era la primera vez que mi hermana confiaba en mis dotes de navegante para surcar las aguas negras del lago. Esa mañana botamos el Sweet Pea temprano, sin molestarnos en subir el mástil. Cada una tomó uno de los remos y unimos fuerzas para cubrir la distancia que nos separaba del muro rocoso en la orilla sur. Desde donde estábamos, a la entrada de Walker's Channel, más allá de Devil's Thumb, se distinguía la formación rocosa sagrada que madre llamaba Shamanitou. Tengo entendido que ya no se encuentra allí, que el lago la reclamó con su mano helada unos años después de que nosotras abandonáramos la isla. Tras ella, distinguí el Red Fox en la lejanía y supe por su posición que se dirigía al canal y probablemente se detuviera en Porphyry.

Remamos hasta el camino empedrado que conectaba las dos partes de la isla y que serviría para poner al Sweet Pea fuera del alcance de las olas. Lo amarré a un árbol como medida de precaución adicional. No era raro que se levantara oleaje con el viento de buenas a primeras. Emily y yo tomamos nuestras cestas y nos dirigimos a lo alto del acantilado a través de la espesa vegetación.

Nuestra presencia fue acogida como era de esperar. Las gaviotas, aterrorizadas, despegaron en medio de una gran cacofonía. Las aves trazaban círculos y descendían en picado, rozándonos la cabeza, intentando alejarnos de los nidos donde estaban sus huevos marrones moteados, expuestos y vulnerables. Ante el asalto, Emily se encogió, se agachó tapándose la cabeza con las manos y los ojos cerrados con fuerza. El ruido y el aleteo eran demasiado para ella. Tendría que haberme anticipado.

Me adelanté, tras dejar a Emily al abrigo de los árboles, y comencé a seleccionar un huevo de cada dos en cada nido, como madre me había enseñado. Las gaviotas volverían a poner, aseguraba ella, igual que las gallinas. Los coloqué cuidadosamente en mi cesta, ignorando el aleteo próximo a mi cara y el alboroto que se había montado en el cielo hasta que llené la cesta. Sabía que Emily no llenaría la suya.

—¡Regresa al bote! —exclamé. La cesta estaba en el suelo, a su lado, me agaché a recogerla—. Nos vemos allí.

En unos minutos había llenado la cesta de Emily. Cogí las dos en brazos y me marché, descendiendo a la orilla con precaución.

Emily no estaba en el Sweet Pea. La barca todavía estaba amarrada al tronco del árbol. Deposité las cestas en el fondo y me senté a esperar. Unos retazos de niebla comenzaron a flotar en la orilla lejana de Edward Island. Era una niebla ligera, no la pantalla gruesa e impenetrable a la que el lago debe su fama aciaga. Pero bastaba para que me entrara prisa por regresar a nuestra isla remando. Necesitaba encontrar a Emily.

Comencé mi búsqueda a lo largo de la orilla, creyendo que habría querido poner distancia entre ella y los chillidos de los pájaros. En algunos puntos, la vegetación crecía al mismo borde del agua y yo tenía que rodearla, arañándome los brazos y las piernas con los pinchos de los rosales silvestres y las matas de frambuesas. Al rodear la cara norte, el terreno dio paso a un pequeño montículo donde casi no crecían los árboles. Nunca había pasado antes por allí.

Algunos retazos de niebla también habían alcanzado aquella colina, formando una especie de anillo alrededor de la isla y asentándose en las hondonadas y a lo largo de la orilla. Volví la vista hacia el lago. Desde ese punto se divisaba Porphyry, que aparecía y desaparecía detrás de aquella cortina vaporosa, aunque el faro destacaba claramente sobre el banco de niebla. Miré a mi alrededor buscando a Emily.

No la encontré, pero hallé una cruz: una sencilla cruz de madera, con la superficie gris curtida por los elementos. Sabía sin lugar a dudas que había tropezado con una tumba. Mi yo romántico estaba intrigado. ¿De quién era el cuerpo que yacía bajo la pila de piedras manchadas de líquen? ¿Quién tenía su lugar de descanso eterno con vistas al lago Superior, en todo su esplendor, a capricho de los elementos? Los tentáculos de la bruma abrazaban los árboles. Yo me sentía terriblemente cautivada, atraída hacia la cruz sin remedio.

En las tablas erosionadas alguien había grabado unas palabras, pero el viento, la lluvia, el sol y la nieve las habían desgastado y tuve que agacharme para descifrarlas. Pasé los dedos por encima. En ellas solo se leía: *Elizabeth Livingstone, 16 de mayo de 1925 - 29 de noviembre de 1926.*

Encontrarse cara a cara con tu propia tumba provoca una sensación extraña. Es un momento dickensiano, ahora que lo pienso, como el pobre Scrooge cuando tiene que enfrentarse a su futuro en compañía de un fantasma. Me arrodillé junto a la cruz, junto al pequeño montículo que albergaba el cuerpo de aquella criatura nacida el mismo día que Emily y yo y que llevaba mi nombre. Las gaviotas graznaban. El lago susurraba. Yo me sentía dolorosamente vacía.

No obstante, la niebla me sacó de mi ensimismamiento. No podía distraerme más.

Me juré que volvería, que haría preguntas, que exigiría respuestas, pero los eventos que comenzaron a suceder en el preciso instante en que me arrodillaba ante la tumba perdida terminaron por eclipsar el misterio de mi muerte. Estaba abocada a vivir como un fantasma.

Regresé al bote y encontré allí a Emily, sentada en una roca como si me hubiera estado esperando todo el tiempo. Botamos el Sweet Pea y nos deslizamos junto a la orilla, sin perder de vista la tierra firme para evitar que la niebla nos rodeara. Cruzamos Walker's Channel y nos dirigimos por el sur hacia el faro. Padre había encendido la sirena de niebla y el sonido rebotaba siniestramente contra los acantilados invisibles de Hardscrabble. También oíamos los graznidos de las gaviotas, llamándose las unas a las otras mientras sobrevolaban, a tientas, nuestras cabezas. Emily y yo remábamos en un silencio opresivo roto por los bocinazos intermitentes de la sirena.

Cuando llegamos, encontramos a madre sentada en el sillón de padre. Tenía una carta en la mano. Era de Maijlis. Los Granaderos de Winnipeg se habían apostado en Hong Kong, nos decía, y la misma mañana que Pearl Harbor fue bombardeado, Japón también atacó la colonia británica. Fue un combate encarnizado de varias semanas hasta que las fuerzas de la Commonwealth se rindieron. Peter había desaparecido. Probablemente había sido capturado, se sabía que estaba herido. Le habían dado por muerto.

Madre no se movió en todo el día. No se levantó para preparar la cena, ni para barrer el suelo o echar leña a la estufa. Me acordé de cómo había mirado a Peter el día de su boda cuando le estiró la corbata y le sacudió el uniforme. Estaba tan orgullosa de él... Me pregunto si se daba cuenta de que ese había sido su adiós.

Cocí unos huevos para la cena y los serví con unas gruesas rebanadas de pan, pero ni Emily ni yo fuimos capaces de comer prácticamente nada. Cuando oscureció, salí sola de casa, me senté en el cabo al cobijo de la niebla y me eché a llorar sobre las piedras húmedas. Lloré hasta que me dolió todo el cuerpo, hasta que el cansancio comenzó a eclipsar la rabia y el odio, hasta que Emily salió y me llevó a la cama, abrazándose a mi espalda, envolviéndome con sus brazos. Así, lloramos a mi hermano como una única persona.

Padre no regresó a la casa en toda la noche. La sirena de niebla estuvo sonando veinticuatro horas, clamando por el lago con su voz lúgubre.

Charlie visitó la isla esa semana. Se había alistado. Mi madre le rogó que no se marchara. Todavía era un niño. No podía arriesgarse a perder otro hijo, decía.

Yo compartía los sentimientos de madre. También quería suplicarle, convencer a Charlie de que se quedara. Pero entendía el motivo de que quisiera – es más, que necesitara– ir a la guerra. Consiguió acordar que le llevaran a Port Arthur en un pesquero que se había detenido en Walker's Channel. Todos lo

despedimos desde el cabo, contemplando el sube y baja del barco zarandeado por el oleaje, después giró el cabo salpicando espuma con la proa y se dirigió hacia el oeste, en dirección al monte Sleeping Giant.

Emily y yo estábamos juntas, de pie, tomadas de la mano.

—Volverá. —Mi voz transmitía una confianza que no sentía—. Ya lo verás, Emily. Charlie volverá con nosotros.

Cuando ya no se distinguía el pesquero, padre subió las escaleras del faro y se sentó junto a la linterna sin decir nada.

La guerra y la muerte silencian hasta al más fuerte de los hombres.

MORGAN

Está callada. Sé que está pensando en sus hermanos.

Debe ser especialmente doloroso no saber qué le ha sucedido a Charlie. En cierto modo, había recibido el mismo mensaje, con décadas de diferencia: ambos habían desaparecido y dados por muertos.

—¿Descubrieron lo que le había sucedido a Peter?

—Ese otoño confirmaron su muerte. Está enterrado en un cementerio militar de Hong Kong. Su placa identificativa fue entregada a Maijlis, junto con una carta del comandante de la unidad de Peter. Transmitía el más sentido pésame del Ministerio de Defensa y agradecía el sacrificio que Peter había hecho por su país y por la libertad.

—Pero Charlie regresó. —Es un comentario estúpido. Sé que regresó. Él es el motivo de que nos encontremos aquí sentadas y rodeadas de libros viejos. Regresó, aunque ha vuelto a perderse.

—Sí, Charlie regresó, como sabes, años más tarde. Pero no regresó el mismo Charlie que se marchó. No era el Charlie que nos llevaba a navegar a bordo del Sweet Pea o que nos leía cuentos a Emily y a mí a pesar de que ignorábamos si ella prestaba atención. Ese Charlie murió, en algún lugar al otro lado del océano, con un fusil en la mano y el corazón lleno de odio y venganza.

—Antes ha mencionado tres muertes —casi no me atrevo a preguntar.

—Sí. Sí, hubo una más.

ELIZABETH

Sucedió antes del comienzo de la temporada navegable, a últimos de marzo del año siguiente. Más allá del cabo Porphyry el hielo casi había desaparecido del lago y disfrutamos de varios días de vientos cálidos del sur. Nuestra radio pudo captar la frecuencia de Michigan y nos reunimos alrededor para escuchar un concierto del Carnegie Hall y un episodio del serial *Fibber McGee y Molly*. Ardía un buen fuego en la estufa y, por un instante, con cuidado de no gastar demasiado las preciadas baterías, conectamos con el mundo exterior. Prestamos atención y nos reímos. Escuchamos las noticias y, después, el parte meteorológico. Padre nunca hacía mucho caso de la previsión. A él se le daba mucho mejor predecir el tiempo, tras pasarse años y años observando el cielo y las olas y analizando la dirección del viento. Había un barómetro colgado en la pared junto a la carta de navegación del lago, y todos los días apuntaba la presión en sus cuadernos de bitácora, incluso en invierno. Sabía que se iba a desatar una tormenta y no necesitaba que los locutores de la radio le dijeran que sería una importante y sumamente feroz.

Durante la noche, el cielo se nubló. Comenzaron a fraguarse las nubes oscuras y pesadas que normalmente se formaban en el centro del lago, con rachas de viento que sacudían las persianas y agitaban los árboles. Llenamos hasta arriba el depósito de madera y las lámparas de queroseno y trajimos del exterior cubos de nieve para derretirla y conseguir agua, apostándonos para recibir la tormenta. El vendaval iba a más. Levantaba olas gigantescas que se estrellaban con estrépito contra la punta rocosa de la isla, descargando una tromba fulminante que llegaba hasta la torre del faro y nuestra casita debajo de ella.

La tormenta no amainó en varios días, dejando una capa de agua tras otra que se congelaba como el glaseado de una tarta nupcial y formaba unos carámbanos gigantescos que colgaban de la galería y del tejado del faro. Nuestra estufa marchaba a duras penas, medio sofocada por culpa del agua congelada que asfixiaba la chimenea, hasta que esta dejó de tirar. Nos acurrucamos alrededor del fuego humeante, con la habitación a oscuras y el viento aullando mientras las olas se estrellaban contra la tierra obstinada y se lanzaban sobre nosotros. Al final, padre no tuvo elección: el lago había convertido nuestro hogar en nuestra

tumba. Con un hacha logró abrirse paso al mundo exterior a través de una ventana helada, tras romper el cristal y la cobertura de hielo. Para entonces la tormenta empezaba a amainar y el cielo estaba despejado, un contraste que hacía que nuestra isla atrapada en el hielo pareciera aún más sobrenatural, un reino encantado de brujas y magos.

Padre trepó al tejado, empuñando el hacha, para despejar la chimenea mientras madre observaba desde el suelo. En todos los años que se las había visto con el lago, navegando a tientas a través de los bancos de niebla, trazando un rumbo seguro entre arrecifes y bancos de arena ocultos, y aguantando vientos y mareas, al final fue el lago el que asaltó la orilla y se llevó al farero. Resbaló en el agua helada que recubría nuestra casa y cayó al suelo, muriendo en el acto.

Todavía lo veo. Emily y yo junto a la ventana rota, el mundo exterior resplandeciente, blanco y silencioso, las gaviotas trazando círculos en el cielo cobalto, el sol brillando y padre desplomado en el suelo, quebrado, roto, mientras una mancha roja se filtraba por el hielo.

No estoy cansada. Creo que contarle me hace más fuerte. Esas palabras que escapan de mí y dan forma a la historia, que nos han conducido a que estemos en esta habitación aquí y ahora, estaban esperando a que les dieran vida. Compartirlas me libera y me alivia. Qué extraña pareja de conspiradoras hacemos esta chica y yo.

—¿Qué hicieron? —me pregunta, llenando la pausa de mi relato.

—Lo único que podíamos hacer —contesto—. Sobrevivimos.

La tierra, completamente solidificada, impedía cualquier clase de entierro. Madre llevó a rastras el cuerpo de padre hasta el almacén del combustible y lo cubrimos con una manta de lana. Durante días languidecimos en nuestra tumba, hasta que el sol primaveral, cada vez más cálido, nos ayudó a abrir las puertas y los rayos se colaron por las ventanas. Abrillantamos las grandes lentes del faro y llenamos los tanques de queroseno. Engrasamos las ruedas y cambiamos las correas que estaban rajadas y esperamos a que llegara el James Whalen. Cuando llegó el barco, madre envolvió el cuerpo de padre en una de las velas rotas del Sweet Pea. Se lo llevaron y lo enterraron en el cementerio de Port Arthur. No asistimos a su entierro. No vimos cómo los restos de padre descansaban en paz. Había que ocuparse del faro. Yo habría preferido enterrarlo en Hardscrabble Island, junto a la tumba de la supuesta Elizabeth. Lo habría mantenido cerca de mí, más cerca de la isla y del lago que tanto amaba. Pero madre no pensaba en

esas cosas.

La gente afronta la pérdida y la muerte de maneras muy distintas. No vi a madre afligida, no lo lloró como cabría esperar. No creo que fuera algo que pudiera permitirse, caer en la autocompasión y en la inactividad. Quizá la muerte de padre, tan próxima a la de Peter, fue más de lo que podía soportar. De tanto esforzarse por ser útil, por cuidar de su familia, por darle una apariencia de normalidad a nuestras vidas y enfrentarse a la dura realidad, confundía la dureza con la fuerza. En un momento en que nos necesitábamos más que nunca, se volvió cada vez más distante y pragmática. Yo echaba de menos la naturaleza gentil y la ternura de padre más que nunca.

Lloré su pérdida en privado. Cuando encontraba un momento, trepaba hasta el desván, lejos de la vista de madre, y me sentaba entre los periódicos de padre, hojeándolos hasta tiznarme los dedos de tinta, sin parar de llorar. Madre comenzó a perder la paciencia con Emily y sus excentricidades. Sus palabras —«Deberías haberla dejado morir. Emily nunca estará bien»— me pesaban cada vez más. Había sido mi padre quien se había prestado a defenderla siempre, a animar a su esposa para que aceptara a mi gemela tal y como era. Él no la entendía, no como yo, pero la quería. Y, ahora que él faltaba, Emily me necesitaba más que nunca.

Estábamos en 1943. Canadá seguía siendo un país en guerra. Había hombres jóvenes y capaces combatiendo en las trincheras de Europa. Y, aunque el conflicto conspiraba para arrebatarme a mi familia, en ese momento sirvió a nuestros propósitos. Madre había figurado durante años en los registros como ayudante de farero, primero con el Departamento de Marina y Pesca, y ahora con el recientemente creado Departamento de Transporte. A falta de hombres capaces de suplir al farero, ella asumió el papel por defecto. Casaba bien con ella. Pasar el testigo de padre a hijo había sido idea suya. Lo haríamos, decía, por Charlie. Encenderíamos el faro y transportaríamos combustible y pintaríamos edificios hasta que regresara a casa con nosotros, cuando desembarcara en la orilla de la isla y asumiera su derecho legítimo como farero de la estación del cabo Porphyry.

Su ascenso dejaba vacante el puesto de ayudante. Yo tenía dieciocho años, apenas alcanzaba la edad. Aun así solicité el puesto. Destaqué mi experiencia al haber crecido en Porphyry, mi conocimiento del lago, mi familiaridad con las grandes lentes de Fresnel. Expuse mis aptitudes en el manejo del diáfono o sirena de niebla de dos tonos y me recreé en mis habilidades náuticas. Nunca obtuve respuesta del Departamento de Transporte. Por el contrario, decidieron ofrecerle el puesto a un veterano, un hombre joven cuya única aptitud era la deuda que Canadá había contraído con él por el tiempo de servicio y por la bala

alemana que tenía alojada en la cadera.

Nunca habíamos necesitado una vivienda para el ayudante, pero compartir nuestras dependencias bajo el faro era inaceptable. Se solicitó al Departamento que habilitase un alojamiento y, antes de que llegara el ayudante, se despejó el terreno detrás del edificio principal y se construyó una vivienda sencilla de dos habitaciones.

Tu abuelo pisó por primera vez la isla Porphyry a principios de junio, y Emily y yo fuimos a recibirlo.

Bajó dando tumbos de la gabarra del James Whalen con un violín bajo el brazo, la piel pálida y las manos blandas, con un resto verdoso en la boca de haber vomitado en el trayecto desde Port Arthur. Iba vestido con unos pantalones grises de franela y una camisa blanca con una corbata perfectamente anudada, y tocado con un sombrero Fedora. También llevaba bastón. Se apoyaba en él pesadamente mientras trepaba por la orilla rocosa hacia donde habían descargado su equipaje.

—Vaya, hola, vosotras debéis ser Elizabeth y Emily —dijo, con un deje escocés, enganchándose el bastón en el brazo izquierdo para poder tendernos la mano derecha—. Soy David Fletcher. Encantado de conoceros.

Miré el bastón, el rostro demacrado y aquellos ojos, nerviosos y oscuros. No vi a un hombre que había combatido en terribles batallas, que había caído en combate mientras sus amigos morían a su alrededor, que había decidido seguir luchando, para vivir, para volver a caminar, mientras la guerra que casi se lo lleva continuaba causando estragos. Vi lo que quería ver. Un hombre joven, tullido, vencido, vulnerable. Estaba fuera de su elemento, incapaz de estar a la altura de las exigencias físicas del trabajo y del estrés de una vida de soledad y penurias. Esa era la persona que el Departamento había escogido en mi lugar. Le guardaba resentimiento con todo mi ser. Odiaba su vivienda a estrenar, que cambiaba el paisaje de nuestra isla y alteraba la vida que padre había construido con tanto esmero. Era débil. Y era un intruso.

No le estreché la mano. Sin mediar palabra, cogí sus maletas y me dirigí hacia el faro.

—Espera, déjame a mí —se ofreció, cojeando detrás de mí, intentando librarme de la carga.

Le ignoré, burlándome en silencio de su evidente incapacidad para llevar a cabo una tarea así de sencilla mientras él avanzaba con dificultad con su bastón y la funda del violín por el terreno irregular, y continué a paso ligero. Él se dirigió a Emily, que caminaba a mi lado. Había recogido un ramo de flores y caminaba mirándolas, sin fijarse en el sendero ni en dónde ponía los pies. Ahora que lo pienso, menuda pareja estábamos hechas, Emily haciendo de Emily, y yo

furiosa, engreída y llena de rencor inmerecido, caminando a toda velocidad por el bosque.

—Qué flores más bonitas llevas —comentó él—. ¿Cómo se llaman?

Emily no respondió. No le miró. A diferencia de mí, ella no lo hacía adrede.

—Muy bien. Así que sordomuda, ¿no? ¿Continuamos, entonces? —comentó, con un deje de irritación en la voz.

No me detuve en ese momento para responder, pero noté que comenzaba a sonrojarme por el cuello y que el rubor me subía hasta las orejas. Dejé caer sus maletas delante de su nueva vivienda y me giré para mirarlo.

—Aquí será donde te alojes —le dije, y luego añadí, en voz baja para que Emily no pudiera oírme—: No vuelvas a burlarte de ella. Jamás.

Esa noche oímos su violín por primera vez. El lago estaba en calma, murmuraba suavemente a lo largo de la orilla. Los árboles guardaban silencio. Emily y yo estábamos tumbadas en la cama, con la ventana abierta para disfrutar del aire de la primavera en el rostro, con la música mezclándose con los sonidos del coro de las ranas. Era un sonido hermoso, terriblemente hermoso. Me hacía pensar aún más en padre, Peter y Charlie. Estaba decidida a que sus canciones no me ablandaran, que no derritieran el resentimiento y la rabia que se habían instalado en mi alma. Lo intenté, pero su música me llegó a lo más hondo y comencé a llorar sin parar. No dejaría que me viera. No dejaría que lo supiera. Pero Emily lo sabía. Me secó la cara con la manga y luego me tomó de la mano, salimos a la luz de la luna y nos sentamos observando el cuadrado amarillo de su ventana hasta que se apagó y las ranas se quedaron solas cantando el estribillo.

La diferencia de jerarquía entre un farero y su ayudante es mínima. En la práctica, el primero no tiene superioridad sobre el otro y, aunque algunos fareros mangonean a sus ayudantes, esa no era la realidad en Porphyry. El trabajo se compartía en igualdad de condiciones. Tu padre aprendía rápidamente, siempre se ofrecía a realizar cualquier tipo de tarea a pesar de las limitaciones que le imponía el trozo de plomo alojado en la cadera.

Madre fue mucho más cortés que yo. Le mostró cómo funcionaba el faro, cómo dar cuerda a los mecanismos y engrasar las piezas, dónde anotar los niveles de combustible y la dirección del viento y los nombres de los barcos que pasaban cerca del faro. Cuando el señor Niemi se lo llevó a pescar en su remolcador y regresó de un terrible color verdoso, mi madre preparó té y me ordenó que terminase sus tareas del faro hasta que el mundo dejó de cabecear para él y fue capaz de quitarse de encima el olor a tripas de pescado y vómito de la ropa. Ella lo aceptó en la isla, incluso le alentó, cuando siempre nos habíamos

mantenido ajenos al mundo exterior. Eso me tuvo perpleja durante un tiempo. Ella y yo éramos capaces de manejar el faro sin ayuda de nadie, y menos de un hombre tullido y blandengue. Quizá veía a Peter en él, se lo imaginaba herido, encarcelado en un país extranjero, moribundo bajo unas estrellas que no reconocía. Además, decía, la isla no era lugar para débiles. Con esto se refería a Emily, y eso me ponía furiosa. Sus planes para Charlie no incluían a sus hijas. Los dibujos de abejas y carraspique de su hija no encendían el faro, ni hacían sonar la sirena, ni ponían comida en la mesa. Me pregunté si mi solicitud al Departamento de Transporte habría pasado de sus manos a la tripulación del Red Fox.

Por mi parte, dejé patente que David no era bien recibido en nuestra casa, en nuestra mesa, sentado en el sillón de padre con una pipa en la mano y oyendo las noticias que viajaban desde Michigan a través del lago. Él no era padre. No era Peter. Ni tampoco era Charlie. A mí no me impresionaba su sonrisa juvenil, ni sus bromas ni sus intentos de darme conversación. Nuestra relación se limitaba al funcionamiento del faro.

Aprendió a manejar el Sweet Pea. Prefería el motor fueraborda a las velas o los remos, y en cada excursión se aventuraba un poco más lejos. A veces regresaba con una trucha o una perdiz de más y llamaba a nuestra puerta y nos la entregaba a modo de ofrenda antes de marcharse sin esperar nuestro agradecimiento o una invitación a compartirla. Yo tuve que admitir, a regañadientes, sus grandes habilidades como mecánico. Era capaz de arreglar cualquier cosa. Mientras yo me peleaba con las partes más grasientas de un motor empecinado, él desmontaba, reparaba y volvía a montar cualquier cosa con gran rapidez, desde un motor de vapor de queroseno al fueraborda de 9,9 caballos.

A medida que avanzaba la temporada se fue fortaleciendo. Con el sol se le aclaró el pelo y se le atezó el rostro, también se le marcaron las patas de gallo de guiñar siempre que miraba el agua. Nunca se libró de la cojera pero, tras unos meses, el bastón se quedaba en el porche cuando salía a recorrer los senderos que conducían al faro o llevaba la carretilla desde el muelle con provisiones. Todos los que visitaban la isla lo adoraban. Charlaba con los patrones de las barcas sobre pesca, sobre niebla y las mejores bahías para echar el ancla, y a los excursionistas de Silver Islet les hacía visitas guiadas por el faro. De vez en cuando tomaba el Red Fox para ir a Port Arthur y siempre regresaba con bolsitas marrones llenas de caramelos que le entregaba a madre, con la idea de que nos las diera a Emily y a mí, estoy segura. Emily comenzó a esperar a que llegara y recogía su bolsa de golosinas cuando el queche echaba amarras brevemente en el muelle para que él pudiera desembarcar, pero yo nunca le di ese gusto.

Emily y yo nos quedábamos despiertas muchas noches, escuchando su música. A veces, las notas nos llegaban tan fieras y vigorosas como un oleaje furioso, alzándose y estrellándose como leviatanes gigantescos nacidos en la península Keweenaw para morir sobre las rocas negras volcánicas de nuestra orilla. Otras noches la música era tierna, suave y ligera como los conejos que se colaban entre los arbustos de lilas y se daban un festín con el huerto de madre. En más de una ocasión, cuando madre estaba ocupada con alguna tarea del faro y la luna nos animaba, traviesa, Emily y yo bailábamos como dos hadas vestidas de blanco a la sombra del faro, llevando un ritmo con los pies que se movía al son de las luciérnagas.

Yo nunca le dirigí ningún gesto de aprobación. Mis intercambios con él eran mínimos. Solo lo necesario para transmitir el informe meteorológico más reciente o apuntar la fecha prevista para la siguiente entrega de combustible.

A Emily, sin embargo, fue más fácil cautivarla. O quizá, a diferencia de mí, veía las cosas tal y como eran. Comenzó a pasarle dibujos por debajo de la puerta. Flores, mariposas y, sí, incluso un boceto de dos libélulas, fueron a parar al pórtico del ayudante.

Un día se me acercó cuando yo estaba tendiendo la ropa limpia en la cuerda para que se secara con la brisa fresca de agosto. Tenía un boceto en una mano, un dibujo detallado de un cuervo, meticulosamente reproducido a lápiz, de un realismo pasmoso.

—Estos dibujos de Emily son realmente buenos.

Me sobresalté, había aparecido de la nada entre trapos y fundas de almohada. Prendí otra prenda en la cuerda.

—¿Crees que no lo sé? —le espeté, aunque no lo sabía. Lo cierto es que no. Eran preciosos, pero yo no poseía un marco de referencia de las obras maestras del arte. Aún no. Luego estaban los bocetos que Emily le había regalado a Millie que habían sido publicados con su investigación sobre las orquídeas.

—No, no lo creo. Tiene un talento asombroso, un don. La gente pagaría mucho dinero por ellos. Podríais dejar la isla. Tener una vida en otra parte.

—Menudo descaró. —Dejé caer la pinza en la cesta y me giré para encararme con él—. ¿Qué te hace pensar que queremos abandonar la isla? ¿Que queremos otra vida? ¿Qué tiene de malo la que tenemos? —A veces pensaba en ello, en las noches solitarias. Cuando echaba de menos a papá. Pero Emily y yo estábamos juntas. Ella tenía libertad para ser ella misma en la isla, y yo no me permitiría pensar ninguna otra cosa—. Tú no me conoces. No conoces a Emily.

—Sé que te adora, Lizzie.

El diminutivo me enfureció. No se había ganado el derecho a llamarme Lizzie.

—Elizabeth —le respondí secamente.

—Te adora, Elizabeth. Te seguiría al fin del mundo. Sería feliz dondequiera que tú estuvieses. Ella vive para ti.

Lo había entendido mal. Yo vivía para ella. Yo la protegía.

—Aquí está a salvo —dije yo—. La gente en la ciudad no la entiende. No la dejarían en paz. Hay demasiado ruido y demasiada gente y no tendría libertad suficiente para pintar. Eso la mataría.

—¿Y qué hay de ti, Lizzie? ¿Qué es lo que tú quieres?

Esta vez no le corregí. Solamente recogí la cesta y regresé a la casa.

Unas semanas después, llegaron los osos.

Habíamos tenido cuidado con nuestros desperdicios, quemábamos lo que podíamos y enterrábamos los restos de comida y peladuras de hortalizas en el jardín. Limpiábamos el pescado en la playa y les arrojábamos los restos a las sempiternas gaviotas, que se peleaban por las tripas y trataban de echar a volar con trozos de piel demasiado grandes. Pero, a veces, no bastaba con lo que hacíamos.

Emily estaba sentada en una hamaca de madera, mirando en dirección al lago con el bosque a sus espaldas. Madre había ido a la ciudad en el Red Fox y no la esperábamos hasta el día siguiente, por eso estábamos David y yo compartiendo las tareas del faro. Un buque de carga que pasaba había atraído la atención de Emily, con su casco oscuro bien hundido en el agua, cargado de mercancías, dejando un rastro de humo gris que salía de las dos chimeneas blancas.

Yo estaba llevando agua al gallinero. Como ese año habíamos tenido un gallo, madre había decidido que una de las gallinas empollara una nidada. Los pollitos amarillos se asomaron y salieron corriendo entre mis pies cuando entré en sus dominios. Hacía tiempo que el gallo había ido a parar al estofado. Me agaché para recoger los huevos marrones en mi delantal mientras las gallinas se quejaban.

Él estaba deambulando por la hierba entre la casa del ayudante y el faro. Al principio no se fijó en Emily, que estaba inmóvil y en silencio, sino que merodeaba sin rumbo fijo con los andares torpes de los ejemplares jóvenes, deteniéndose a probar los pensamientos que crecían en el jardín junto al escalón de la entrada. Sabía que era una cría de un año: no tenía el tamaño de un adulto, pero era mucho más grande que si hubiera nacido el invierno anterior. Desde donde yo estaba se percibía el olor acre de su pelaje, un hedor agrio, a humedad, y se distinguían las garras afiladas en sus enormes pezuñas. Sin pretenderlo, el oso se había colocado entre mi hermana y yo.

Emily sintió su presencia y se giró. El animal se sobresaltó. Yo tenía la esperanza de que saliera corriendo hacia el bosque. No fue así. Se levantó sobre sus patas traseras, olisqueando el aire, mirándonos alternativamente a Emily y a

mí.

—Emily —hablé con voz tranquila y pausada—. No te muevas.

El oso volvió a ponerse a cuatro patas sin dejar de mover la cabeza hacia delante y hacia atrás, gruñendo y resoplando. Emily me miraba. Su mirada no transmitía miedo, pero parecía que el oso sí estaba asustado. Estaba atrapado y los osos atrapados son impredecibles. Me moví despacio, caminando de lado, sosteniendo con una mano el delantal lleno de huevos y moviendo la otra por encima de la cabeza para atraer su atención. El animal volvió a ponerse sobre sus patas traseras y arremetió contra Emily, pero se detuvo en el último segundo, la rodeó y volvió a colocarse frente a ella.

Una bala me pasó silbando por encima de la cabeza, se estrelló en el balde metálico que había colgado junto al gallinero y lo hizo caer al suelo con estrépito. El disparo resonó con fuerza y el sonido se perdió sobre el lago. El oso salió disparado entre los arbustos.

Me giré hacia David.

—¿Qué demonios te pasa? —le grité—. ¿Es que no sabes disparar un dichoso rifle? —Según me parecía a mí, había errado el tiro por más de medio metro, pues se había perdido entre las herramientas colgadas en el cobertizo en lugar de hacer diana en la cabeza del oso.

David me miró. Su mirada, normalmente tierna y ligeramente divertida, era oscura y amenazante. Con el arma aún en la mano, se giró y pasó delante de mí dirigiéndose al bosque sin mediar palabra.

Emily se me acercó. Yo temblaba, con una mezcla de rabia y alivio. Me miró, defendiéndole con los ojos, regañándome en silencio.

—¡No me mires así, Emily! —repliqué—. Podrías haber resultado herida, podrías haber muerto incluso. —No creía que la misteriosa conexión que mi hermana tenía con los animales salvajes sirviera para calmar a un oso negro asustado, incluso si era un ejemplar joven y pequeño.

Emily se agachó. Abrió la mano delicada, extendiendo mucho los dedos, pero ni así podía rellenar la huella en el terreno blando. Aquellas no eran las huellas de un ejemplar de un año. La hembra que seguramente las había dejado debía de haber estado a menos de dos metros de mí. Debía ser el doble de grande que su cría.

David se había visto enfrentado a una elección imposible: o Emily o yo. Por eso, había apuntado con precisión, para que los dos osos huyeran, asustados, al oír el estrépito del balde metálico contra el suelo.

Regresó unas horas más tarde. Sin decir nada, se metió en su casa. Esa noche no hubo música ni baile bajo la luz de la luna. Y, cada vez que me levantaba para mi relevo en el faro, me lo encontraba en el mismo sitio, sentado en el

escalón de la casa del ayudante, con el rifle en el regazo.

Era en noches como aquella, cuando la muerte nos acechaba por sus caminos misteriosos, cuando yo pensaba en la niña, de tan solo dieciocho meses, enterrada bajo el montículo de guijarros en Hardscrabble Island. No pensaba en ella a menudo pero, aquella noche, sí.

—¿Los mató? —pregunta Morgan.

—No. El señor Niemi nos dijo que los había visto cruzando Walker's Channel a nado unos días después. Tu abuelo bajó la guardia solo entonces. Y no del todo. Se volvió muy protector, algo que a mí me fastidiaba y me emocionaba a partes iguales. Venía a ver cómo estábamos a menudo, iba a buscarnos cuando salíamos a navegar en el Sweet Pea cuando usábamos la barca para ir a las otras islas a pescar, recoger bayas o poner trampas. Me sorprendió cuando a principios de diciembre se marchó a Port Arthur en el Red Fox.

—¿Ustedes no se fueron? ¿Seguían pasando el invierno en la isla?

—No teníamos ningún sitio donde ir. De haberlo tenido, no sé si madre habría querido hacerlo. Y nos las arreglábamos bien, aunque ahora todo estaba mucho más en silencio, sin padre leyendo el periódico en voz alta por las noches, ni coreando la canción de la radio ni llenando con su risa estentórea la estancia. Había dejado un vacío en mi vida aún más grande que el lago. Corté un árbol por Navidad y lo decoré con lazos de lana y guirnaldas de palomitas. Horneamos pan endulzado con miel y escuchamos los conciertos de la radio. Cuando el lago se heló a finales de febrero, fuimos con las raquetas de nieve hasta Silver Islet a recoger las provisiones que nos habían llevado los Richardson. En esa ocasión vi a Arnie. Hacía años que no sabíamos de él, desde lo sucedido en el cementerio. Iba a la Universidad de Kingston, estudiaba para ser abogado. Nos detuvimos a tomar una taza de cacao en su casa, pero fue una visita incómoda, una conversación entrecortada donde faltaba la confianza que habíamos tenido de niños.

—¿Y nunca descubrió de quién era la tumba de Hardscrabble?

—No. Padre ya no estaba, Charlie estaba en la guerra. Y a madre no se le podía sacar nada. Reuní el valor necesario para preguntarle por la tumba una noche tempestuosa de invierno, cuando el viento aullaba como una manada de lobos y estábamos tejiendo al calor de la estufa. Ella solo respondió: «Algunas tumbas es mejor que sean anónimas».

—Esto es lo que esperaba descubrir en los diarios de su padre.

Supongo que sí, que era lo que esperaba. Sé que hay una criatura, muerta y enterrada, con mi nombre y fecha de nacimiento. No se trata de mí, por mucho

que a veces me siento como un espectro que ha pasado por la vida flotando junto a Emily. Éramos una persona. Elizabeth y Emily. Emily y Elizabeth. La presencia de una cruz de madera y una pila de piedras no puede cambiar eso. Es solo ahora, cuando estoy sola, cuando intento aprender a ser solo Elizabeth, que la tumba vuelve a obsesionarme.

—Poco importa ya —respondo.

—¿De verdad? —pregunta la chica. De nuevo, ese anhelo. Intenta parecer indiferente, pero lo noto en su voz—. ¿No cree que, cuando conozca su pasado, verá su presente de manera diferente? ¿Y su futuro también?

En este momento no está hablando de mí.

—A tu abuelo le resultó difícil estar lejos de la isla.

ELIZABETH

Yo había salido con las raquetas aquel día soleado de principios de marzo a comprobar las trampas. Nuestras reservas de carne habían disminuido y coloqué trampas de cuerda junto a los senderos preferidos por los caribús alrededor de la isla. El sol era cálido, pero el viento era gélido, de manera que hacía pausas cada poco para mover los brazos y calentarme los dedos. A lo lejos, las islas de Trowbridge y Pie, así como la montaña Sleeping Giant, eran montículos color índigo que asomaban en el horizonte entre la extensión moteada de azul y blanco del lago.

En un primer momento, tomé la silueta negra entre Porphyry y las islas más allá de Silver Islet por un alce. Pero la forma de moverse no era la de ese animal. La población de alces había comenzado a trasladarse a la zona cuando mermó la de caribú, y se aprovechaban de los puentes que tendía el invierno entre las islas para ir en busca de nuevos terrenos de pasto. Pero esta figura negra no tenía sus andares patilargos. Regresé al faro y le señalé a madre la figura que se aproximaba. Ella gruñó y puso la tetera al fuego. Subí a la torre y, desde aquella atalaya, continué observando. Al rato, distinguí la forma de un hombre calzado con raquetas tirando de un trineo. Cuando el sol desapareció como una fiera bola naranja sobre la bahía, tu abuelo se descalzaba las raquetas en Porphyry.

Un rato antes, madre había encendido el fuego en la casa del ayudante. No me fijé en el humo que salía de la chimenea mientras pasaba la tarde en el faro. Pero la habitación principal ya estaba caldeada y una burbujeante olla de sopa bullía en la estufa. Ella había sabido que era él.

David trajo consigo una ofrenda de paz para mí: libros. Había leído y releído los volúmenes de nuestras estanterías tantas veces que podía recitar pasajes enteros de memoria. Fue difícil ocultar mi gratitud. Pero lo hice. Los cogí y los dejé como si nada en la repisa junto al escritorio de padre, escondiendo mi ilusión con un agradecimiento cortés. No iba a darle la satisfacción de saber que gastaría el preciado queroseno para encender la lámpara durante las noches siguientes y devorar cada dulce y mágica palabra.

También le trajo un regalo a Emily: pintura al pastel, varios pinceles de crin de caballo y papel. Le mostró pacientemente cómo utilizarlos, cómo mezclar los

pigmentos para crear nuevas tonalidades que podían superponerse en la página. Y luego dio un paso atrás y observó, maravillado, cómo Emily tomaba el pincel y el papel cobraba vida, cantaba y bailaba repleto de color. Estas serían sus primeras pinturas de verdad.

Le estaba muy agradecida por aquello. Se lo dije antes de marcharse de la calidez de nuestro salón y adentrarse en la oscuridad para volver a ocupar sus dominios, donde su estufa crepitaba desafiante ante la fría noche. Se detuvo y permaneció bajo el cielo lleno de llamaradas verdes de la aurora boreal, y me repitió:

—Es realmente buena.

—Lo sé.

Me giré hacia nuestra casa y cerré la puerta, dejándolo solo en mitad de la noche.

Hacía demasiado frío esos días para que pudiera tocar el violín. Imagino que tenía poco que hacer en su vivienda de madera aparte de acurrucarse bajo las mantas con los pies pegados a la estufa bien repleta, que tampoco irradiaría mucho calor. Pero tocaba durante las noches que pasaba con nosotras que, a medida que pasaron los días, se volvieron más frecuentes. Tocaba para Emily. Cuando comenzaba a llevar el ritmo con el pie y el arco bailaba sobre las cuerdas, Emily lo acompañaba con las palmas. Yo no podía evitar sonreír. Y David se daba cuenta.

Me pregunté si en realidad no estaría tocando para mí.

En junio el lago está frío pero la atmósfera se caldea con el sol. Sobre todo, junio es el mes de la niebla. Yo estaba terminando el ritual diario de abrillantar las lentes. Cada noche, el faro lanzaba sus destellos de luz blanca, iluminando la oscuridad que se extendía en todas direcciones. Y, aunque su propósito era informar a los barcos de nuestra posición, también servía sin pretenderlo para atraer a un batallón de insectos alados, algunos tan grandes como mi mano, que flotaban hipnotizados ante los paneles. Emily se inspiraba en las formas: algunos continuaban posados en el cristal, otros expiraban arracimados en la cornisa y las tablas de la galería. Subía conmigo —ella, armada con lápiz y papel, yo, con un cubo y un trapo— y, mientras yo limpiaba, ella se sentaba a pintar. Desde mi atalaya se veía hasta Isle Royale, un cabo gris y llano bajo las nubes oscuras y, al oeste, se distinguía un vapor a su paso por Thunder Cape con rumbo a Black Bay a través de la ruta de navegación. Tomé nota de su posición con intención de seguir su avance y apuntar el nombre y la hora de paso en nuestro cuaderno de bitácora cuando alcanzara el cabo.

Volví a mirar unos cuarenta minutos después y el barco había desaparecido. Solo se veía el lago gris, pesado y en calma, lamiendo perezosamente las rocas del cabo y, a lo lejos, la colina de Pie Island. Entre ambos puntos, una masa grisácea y monótona. El trapo permaneció un momento inactivo mientras intentaba enfocar las imágenes. Se había formado un banco de niebla, bajo, espeso y oscuro. El barco estaba justo en el centro.

Dejé caer el trapo y me olvidé de él. Bajé de la torre mientras avisaba a madre y a David de que había que hacer sonar la alarma.

El puesto de la sirena de niebla en Porphyry estaba solo a unos pasos de la vivienda y de la torre del faro. Dos motores de carbón de seis caballos activaban los compresores que producían el aire necesario para hacer funcionar la sirena. Solo había que encenderlos cuando el farero o el ayudante dejaban de ver Passage Island o Trowbridge Lights. Nuestra estación tenía un sonido característico: un bocinazo largo de dos segundos y medio que se repetía cada minuto. Era un silbido de gran potencia, grave y sonoro, con una especie de gruñido al final de cada tono. Los barcos sabían que éramos nosotros.

David y yo nos encontramos en la puerta del edificio y nos pusimos a trabajar rápidamente.

Madre había empezado a delegar en mí lentamente algunas tareas del faro. Yo era igual de capaz que ella, y los sucesos del año anterior habían desgastado su salud. Su figura menuda se había encogido y le resultaba cada vez más difícil andar. La mayoría de los días caminaba pesadamente con los miembros rígidos procurando ocultar el dolor. A pesar de que sus movimientos fueran limitados, su voluntad era inquebrantable. Seguía siendo una mujer muy despierta, sus manos nunca descansaban y su gusto por el orden, la rutina y el decoro nunca mermaron. Continuó siendo comedida con los halagos y el afecto.

Apareció en el porche delantero con una mano en la frente, protegiéndose de un sol inexistente, tratando de divisar la incipiente amenaza. La niebla avanzaba sobre el agua y, cuando David y yo encendimos el motor y conseguimos mantener la presión del vapor, el banco ya se había tragado las islas más alejadas y el misterioso mundo del lago Superior estaba envuelto en niebla. Ella asintió con aprobación y desapareció en el interior del faro para anotar la hora en el cuaderno de bitácora.

Subí a la torre y escruté la superficie del lago. Ahora sí que se distinguía el carguero. Estaba a cinco millas de distancia, se había desviado al este de la ruta de navegación. Solo los aparejos y la chimenea horadaban aquella nube baja que se extendía en todas direcciones a lo largo de millas y millas. Se diría que la superficie del lago se había elevado, creando islas nuevas con los puntos más altos de las antiguas y canales donde antes no los había.

Como se avecinaba el crepúsculo, David se quedó con el turno de noche y encendió la lámpara, ajustando las camisas incandescentes en los cuatro quemadores hasta que las llamas fueron firmes y brillantes, manejó el equipo y accionó los pesos y las poleas que movían los reflectores, creando la ilusión de que la luz parpadeaba. Madre, Emily y yo estábamos sentadas en nuestra casa debajo de la torre, escuchando los sonidos familiares de la maquinaria del faro y la llamada intermitente de la sirena de niebla.

Me desperté después de medianoche y todo estaba en silencio. La maquinaria de arriba continuaba girando, pero ya no se oía la señal. Me vestí y me salí fuera. Esperaba ser recibida por la luz de las estrellas y ver cómo la luna rielaba sobre el agua junto al cabo. No esperaba que seguiríamos envueltos en esa niebla espesa e impenetrable.

David ya estaba afanándose en el diáfono. Se había desnudado hasta la cintura y estaba tirado en el suelo, bajo la caldera, debatiéndose con un volante. Estaba rodeado de herramientas y piezas sueltas, se le oía insultar al motor entre dientes, con el acento más marcado y desinhibido.

—¿Cuánto tiempo lleva apagada? —pregunté.

Él se sobresaltó y se golpeó la cabeza con la caldera al salir de debajo de la máquina.

—¡Por Dios, Lizzie! Me has pegado un susto de mil demonios. —Se secó la frente con un trapo grasiento, dejando un rastro de tizne—. No más de veinte minutos. Se ha trasroscado el volante. Estoy intentando alcanzar el perno por si puedo arreglarlo haciendo una chapuza. —Y volvió a deslizarse debajo.

Me arrodillé a su lado, observando el motor. Mis conocimientos, aunque eran considerables, no estaban a la altura de los suyos.

—La niebla sigue igual de espesa —dijo—. No tenemos elección. Tenemos que activar la señal manual.

Juntos sacamos el antiguo equipo para montarlo en la orilla rocosa. Era la vieja bocina de un barco, conservada en una caja de madera de donde probablemente llevara décadas sin salir. Comprobé los fuelles de cuero en busca de grietas, con la esperanza de que las piezas metálicas no estuvieran corroídas, y accioné la palanca. Era un pobre sustituto de nuestra sirena, con una resonancia peculiar, lastimera y áspera, una triste secuela del tono eficiente del diáfono. Pero bastaría. Llegaría a más de una milla de distancia del cabo rocoso y los avisaría: «Estamos aquí».

—Yo haré la primera guardia —me ofrecí.

Me instalé en la orilla junto a la bocina, controlando el tiempo, marcando un ritmo que regulaba con los crujidos del mango metálico y el sonido que emitía a la noche brumosa. Tenía que imaginar las islas a mi alrededor, los bancos de

arena, las rocas y los canales. Y los barcos. Sabía que estaban ahí fuera, escuchando con atención, como fantasmas de paso. Por eso los avisaba, también yo aguardaba su respuesta.

El amanecer rondaba el horizonte inexistente y el mundo se iluminó ligeramente ante la incipiente llegada del sol. Mientras los pájaros a mi alrededor se despertaban y comenzaban a saludarse, calentando la voz, escuché un eco de mi señal.

En una pausa de la bocina, agucé el oído, ignorando los murmullos del lago, las conversaciones de las reinitas y las ranas croando en el pantano.

Ahí estaba otra vez, imposible saber de dónde provenía pero el patrón era definido: tres toques cortos, tres largos, tres cortos. Tres cortos, tres largos, tres cortos. La señal era inconfundible. La embarcación estaba en apuros.

Respondí con nuestra bocina, otras dos series, aguzando el oído todo lo posible para averiguar el rumbo de la embarcación. Tan rápido como terminé la última serie, eché a correr, aporreé la puerta de David para despertarlo e hice lo mismo con madre. Había vuelto a la bocina antes de que hubiera pasado un minuto y no me salté ni un solo toque.

Madre y David llegaron precedidos por el débil resplandor amarillento de los faroles de queroseno. Permanecieron en la punta rocosa observando el espeso banco de niebla que se había tragado el haz de luz del faro, pugnando por distinguir la señal del buque perdido en él.

—Ha perdido el rumbo —dijo madre—. Y parece que no está lejos del banco de arena.

—Podemos salir en el Sweet Pea —propuso David—. Quizá pueda ayudarlos. Podría haber encallado entre las rocas.

—Elizabeth te acompañará. Yo os ayudaré a encontrar el rumbo de regreso.

Yo conocía las aguas alrededor de las islas mejor que nadie. A David se le daba mejor manejar el barco.

Madre se instaló junto a la bocina.

—Será mejor que os marchéis.

David y yo nos apresuramos a botar el Sweet Pea. El agua estaba en calma, una superficie plana y aceitosa que reflejaba apenas el resplandor del farol. El pequeño motor Johnson cobró vida y nos adentramos en el lago, manteniendo la orilla a babor. Me senté en la proa con el farol sobre la cabeza, iluminando débilmente el pequeño mundo donde nos desenvolvíamos. Utilizamos para guiarnos el faro y la llamada continua de la bocina de madre. David tenía una brújula en la mano y no dejaba de mirarla, a pesar de no haber perdido aún de vista la isla, tomando precauciones. Rodeamos el cabo y llegamos a la cara norte de Porphyry, evitando con cuidado las rocas que acechaban bajo la superficie,

como un par de criaturas resbaladizas que apenas perturbaran la quietud del lago. Dreadnaught estaba solo a media milla de distancia de la orilla. Era una isla diminuta, prácticamente una roca grande con algunos árboles raquíticos aferrados a ella. Echando un último vistazo a la playa negra de Porphyry, ajustamos el rumbo y nos alejamos de la orilla. La niebla nos engulló rápidamente.

A mitad de camino, David detuvo el motor. Cabeceamos en mitad de la oscuridad de la niebla, aguzando vista y oído para localizar los ruegos de la embarcación en peligro. Oía los bocinazos precisos de madre. No se oía nada más. Ninguna otra sirena. Ningún motor. Y, aunque sabía que la turbina propulsada por vapor podía hacer avanzar el carguero en relativo silencio, me pregunté si después de todo no habría sido un barco fantasma. Pero no, madre y David también lo habían oído. David tomó los remos y continuamos avanzando despacio, con cautela. Noté algo distinto en el agua: el oleaje, apenas perceptible, había comenzado a cambiar, por eso supe que nos encontrábamos cerca de la isla, porque la orilla repelía las olas.

—Estamos a una manga de Dreadnaught. —Señalé con el brazo en dirección a una pared blanca.

Hundimos los remos para desviarnos, mientras el agua golpeaba el casco del Sweet Pea, en pos del barco. Oíamos voces: tan pronto estaban ahí como se movían, se negaban a quedarse quietas. Procedían de algún punto ante nosotros o ¿sería junto a nosotros? Danzaban en el aire como duendes. David y yo seguíamos su rastro, primero en una dirección, luego en otra. Hundiendo los remos. Los llamé a gritos, mi voz era la señal que atravesaba las aguas como el faro, como la sirena, pero no me oyeron. Cuando por fin oí los motores y noté que las reverberaciones profundas, latentes, apenas perceptibles que discurrían por el agua, alcanzaban el Sweet Pea y se me alojaban en la boca del estómago, supe que el carguero estaba cerca. Demasiado cerca.

Apareció entre la niebla a menos de treinta metros, un espectro, alzándose como los acantilados del monte Sleeping Giant, gigantesco y gris, dirigiéndose a ciegas hacia nuestra barquichuela de madera. Éramos un cascarón diminuto flotando en una superficie oculta, lejos de sus cubiertas, invisible y en mitad de su camino.

—¡David! —grité.

David ya estaba en el timón, debatiéndose con el motor fueraborda. Intentó arrancarlo, este renqueó y falló, una, dos veces, hasta que prendió. Yo estaba encogida en un rincón del pequeño Sweet Pea. El casco de acero del carguero se cernía sobre nosotros y, cuando David se apartó de su camino, oí la embestida del agua que movía el carguero con la proa.

—Creen que están en una ruta navegable. Creen que la bocina de Porphyry es otro barco. —David estaba gritando para hacerse oír por encima del sonido del motor—. Tenemos que encontrar la manera de avisarlos.

Eché un vistazo al fondo del barco. No teníamos gran cosa: nuestro farol, algo de cuerda, un salvavidas, una garrafa de gasolina, nuestros remos. No llevábamos bengalas, en el Sweet Pea no teníamos. La única bocina era la que sonaba desde Porphyry, mientras el sonoro diáfono continuaba mudo e inservible.

David se inclinó hacia mí y me tendió una mano para tomarme del brazo, sin soltar el fueraborda con la otra.

—¿Eres una chica valiente, Lizzie?

Me volví hacia él. Tenía la mirada encendida, traviesa, el pelo era una mata de rizos alborotados. Si no lo impedíamos, el carguero se estrellaría contra las rocas en unos minutos. Tenía el corazón desbocado y los sentidos agudizados. ¡Qué demonios! Asentí.

—Ven aquí. Coge el motor. —Me acerqué a la popa con cuidado y me hice con el timón—. Aproxímate al costado, tanto como puedas. Mantén el rumbo firme.

—¿Qué vas a hacer? —David se arrodilló en el fondo del barco y agarró el farol.

—Voy a enviarles un mensaje.

Continuamos en paralelo al barco. El enorme casco se elevaba varios metros sobre la superficie, me esforcé por estabilizar la barca siguiendo la estela que el carguero dejaba con la popa. Éramos un mosquito, diminuto y zumbón, molestando a un gigante.

—Aguántalo... ¡Aguántalo! —David se inclinó sobre babor y el Sweet Pea dejó escapar un gemido, escorándose abruptamente con el cambio de peso. Yo me aparté del casco del barco, girando con brusquedad. David se dio un golpe con la borda. Me pareció que maldecía—. ¡Vamos, Lizzie! Puedes hacerlo. Venga, aguántalo bien.

Volví a aproximarme al carguero por el través, acercándome lo suficiente como para que nos vieran desde la cubierta pero no lo bastante para que nos distinguieran desde el puente de mando.

David tenía el farol en una mano y cogió el remo con la otra. Apuntó el débil haz de luz hacia el techo del puente, utilizando el remo para cubrir la luz de manera intermitente. Rápido. Largo. Destellos. Rayas, puntos. Letras. Palabras.

«Sirena Porphyry rota».

Volvió a repetir el mensaje. No pude hacer una tercera pasada y nos alejamos del casco. Solo había sido capaz de completar las dos primeras palabras. David

se sentó en el fondo del barco, resollando del esfuerzo.

—Hay una remota posibilidad de que lo hayan visto —jadeó—. Paré el motor y vimos cómo el carguero pasaba ante nosotros con sus setenta y cinco metros de eslora, directo hacia las rocas. Ya no podíamos hacer más.

Sin previo aviso, cambió de rumbo. Asomó un foco que apuntó al agua.

—¡David! ¡David, mira! —La luz parpadeó. Rayas, puntos.

—¡Será posible...!

David volvió a coger nuestro farol. Rayas, puntos. El buque volvió a corregir el rumbo. Nos quedamos donde estábamos, observándolo mientras la popa desaparecía detrás de la cortina, con el rumor de los motores apenas audible, dirigiéndose a las aguas abiertas del lago.

Comenzamos a reírnos de puro alivio, y nos derrumbamos en el fondo del Sweet Pea.

Yo lo besé antes. Creo que me sorprendí yo más que él. David hacía mucho que lo sabía, sí, claro que lo sabía.

MORGAN

—Lo quería. —Me abrazo las rodillas. Si me paro a pensar en ella, en él, es como si estuviéramos hablando de personas diferentes. Se querían. Hace tantos años que es toda una vida.

—Sí, lo quería —repite ella—. Nunca he dejado de quererlo. A pesar de que desearía que nunca hubiera sido así. Si no lo hubiera querido, podría haber salvado a Emily, podría haberla protegido.

Pienso en cómo debe ser tener una hermana, tener a alguien como Emily, pero no me sale. Pienso en Derrick también. Me pregunto qué es lo que siento por él. Me pregunto si es amor. Me gustaría que lo fuera.

—Dicen que el amor es ciego, Morgan, pero es mentira. El amor nos ciega. Es un ladrón.

Me parecen unas palabras muy duras.

—¿Cómo puede uno arrepentirse de amar? —pregunto. La voz me sale más suave de lo que me hubiera gustado. Tantas emociones. Me están afectando—. Es mejor haber amado y perdido que jamás haber amado.

—Usas a Tennyson para hablar con el candor de la juventud.

Estoy a punto de preguntarle qué quiere decir cuando me interrumpe con una pregunta que me deja sorprendida.

—Háblame de tu abuela.

Pienso en el mundo que él y yo compartíamos, los días felices que pasamos solos los dos juntos. Rara vez hablaba de mi madre, menos aún de mi abuela.

—Yo... ella... No sé. No hablaba mucho de ella.

—No hace falta que me protejas, Morgan. No soy tonta. La vida sigue.

—En serio, señorita Livingstone, solo sé que mi madre y yo nos parecemos a ella. Decía que nos parecíamos mucho. Yo... —No sé qué contarle. Ni siquiera tengo fotos. No tengo más que el violín y los dibujos, los dibujos de Emily. Le devuelvo la pregunta.

—¿Qué sucedió entre los dos?

ELIZABETH

Dejo escapar toda la tristeza en un único suspiro. Puedo ver los chispeantes ojos de David y su rostro atezado. Noto la suavidad de sus labios contra los míos, saboreo las frambuesas recién cogidas que aún degustamos. Siento las manos de él, ásperas pero tiernas, recorriéndome la cadera, la cintura, los senos, tumbados en un lecho de musgo, rodeados por los árboles que montan guardia bajo un cielo claro.

—Sucedió a finales de ese verano.

Cuando regresamos a Porphyry, me sorprendí al comprobar que madre había regresado a casa a preparar café. Ya no estaba manejando la bocina. Era Emily. La niebla todavía pendía sobre el agua, aunque el sol que pugnaba desesperadamente por tocar tierra la había teñido de naranja. Emily estaba agachada junto a la caja de madera, haciendo girar la manivela metálica con precisión. Emily, que nunca había sido capaz de terminar una simple tarea en el faro, se había quedado operando la bocina, trayéndonos de vuelta al cabo, guiándonos hasta ella. Se levantó cuando tu abuelo y yo nos acercamos. Era difícil interpretar su expresión, como casi siempre. Se quedó mirando el hueco que nos separaba y supe que lo sabía. Fui yo la que bajó la mirada. Me sentí como si la hubiera traicionado. Pero ella se me acercó y me tocó la cara. Fue como si me estuviera dando las gracias. No se me ocurría qué podía querer agradecerme.

La niebla se disipó más tarde, cuando el sol estaba lo bastante alto como para borrar la bruma. El viento también contribuyó a eliminar todo rastro de filamentos sobre la superficie picada de las aguas del lago. Unas semanas después, el Red Fox trajo noticias del Palisade y la noche fatídica en que se perdió en la niebla junto a Isle Royale. Gracias a la oportuna y loable intervención de los fareros de Porphyry, el barco se había salvado de encallar después de perder el rumbo, asombrosamente alejado de su ruta de navegación. Se rumoreaba que habían bebido en el puente de mando y que el primer oficial se había quedado dormido, pero eran solo rumores.

El Red Fox también trajo noticias de Charlie. Estaba acuartelado en Gran

Bretaña, nos contó, pero pronto entraría en combate. No decía ni dónde ni cómo. Mandaba recuerdos, le agradecía a madre el paquete que le había enviado por Navidad y prometía matar a muchos alemanes en nuestro honor. Me pregunto si alguna vez se detuvo a pensar que el mayor temor de madre era que alguno de esos alemanes le arrebatara a su otro hijo.

Aunque la guerra parecía muy lejana, también alcanzó nuestra isla solitaria, brillante y gris. Al principio fueron unas cuantas corbetas, seguidas de varios dragaminas: Middlesex, Rockcliffe, Oshawa. Los veía pasar con los prismáticos que teníamos en un gancho en la torre del faro, veía sus números de identificación pintados con grandes letras mayúsculas en el casco. Los botaban entre vítores en el astillero de Port Arthur, el lago los acunaba y luego tenían que marcharse a combatir a mares extranjeros. Yo les enviaba mis mejores deseos a través de las olas, les pedía que se llevaran pegada al casco una gotita del Superior, un recuerdo para Charlie de su hogar, para que regresara con nosotros sano y salvo.

Madre pasaba cada vez más tiempo sentada en el sillón, con la espalda encorvada y dolorida. Me envió a recoger los tallos de las grandes hojas de la cachiporra del diablo del cementerio indio. Se las llevé tras esquivar las espinas afiladas que protegían las raíces curativas. Ella eliminó la corteza exterior y machacó la pulpa hasta hacer con ella una pasta que tuve que extenderle por la espalda. Tomó té hecho a base de brotes de álamo y, si hacía frío por la noche, yo calentaba piedras en la estufa y las envolvía en algodón, metiéndolas bajo las mantas para darle calor. La animé a que fuera a la ciudad, a que viera a algún médico en Port Arthur, pero ella se negó con tozudez, igual que se negó a informar al Departamento de Transporte de que su salud era tan precaria que ya no era capaz de llevar a cabo sus deberes. En lugar de eso, dejó que yo asumiera más responsabilidades. Estábamos esperando al momento en que Charlie regresara, yo no tenía ningún inconveniente. Cuando volviera a casa, Emily y yo continuaríamos en la isla y volveríamos a ser una familia.

Y luego estaba David.

Me engañaba a mí misma diciéndome que madre no lo sabía. Sospecho que todo formaba parte de su plan. No decía nada, no hacía preguntas, pero advertió cómo florecía nuestro amor con discreción, tierno y vacilante, como los primeros brotes de las lilas en primavera.

Al principio yo me negaba a dar rienda suelta a mis sentimientos. Lo de David era un acontecimiento inesperado que me llenaba de confusión y conflicto. Él tenía mucha paciencia conmigo. Continuamos con la rutina del faro, nuestro beso robado planeaba, mudo, entre nosotros, mientras encalábamos edificios, recogíamos las entregas de queroseno, reparábamos la sirena de niebla y

sembrábamos en el huerto. Pero las noches volvían a ser alegres, llenas de música y risa, una felicidad incipiente que no había sentido desde la muerte de padre.

David era amable y dulce con Emily, yo sabía que ella confiaba en él, puede que incluso le quisiera, como a Charlie. Como a padre. Se lo decía a su manera, pasando dibujos por debajo de su puerta, el único lenguaje que conocía. Emily no se sentía verdaderamente cómoda con mucha gente. David la comprendía. Ella lo aceptaba. Y, por eso, cada vez era más difícil negar que el pulso se me aceleraba cuando David me sonreía, o el hormigueo cuando se rozaban nuestras manos por casualidad.

Una mañana a finales del verano, subí a la torre del faro trapo en mano para abrillantar las lentes. Era temprano, el sol todavía no había asomado del todo por el horizonte y me tomé un instante para contemplar el lago, para observar el mundo que se desperezaba. Volví el rostro en dirección a la ligera brisa que soplaba y cerré los ojos. No lo oí llegar, pero lo sentí. Se quedó a mi lado y yo mantuve los ojos cerrados, sintiendo el viento, el aire gélido del lago, la calidez de su cuerpo junto al mío.

—¿Alguna vez piensas en otro lugar? —me susurró despacio, como si fuera a romper el hechizo por hablar en voz alta.

Pensé en la isla, el único hogar que había conocido. Pensé en las tareas del faro, en madre y Charlie, en esa niña llamada Elizabeth enterrada en Hardscrabble Island. Pensé en los huertos y las gallinas y el cambio de las estaciones. Pero, sobre todo, pensé en Emily.

—Nunca —le contesté. Era la verdad.

Ahora notaba el sol. Casi había superado la línea del horizonte, acariciándome las mejillas con los dedos naranjas y cálidos. Nunca había pensado en otra cosa.

Abrí los ojos y me giré hacia él. Vivimos una vida entera en ese momento, compartiendo nuestro aliento, el viento, el lago y el sol que nos envolvía como si no hubiera nada más, nada más en el mundo salvo nosotros dos.

—¡Elizabeth!

Cuando la voz de madre subió por las escaleras, invocándome, nos separamos. Se había roto el hechizo, pero la magia se mantuvo hasta que David cogió el trapo que yo sostenía y comenzó a limpiar las grandes lentes Fresnel del faro.

—Ya voy —contesté.

Me detuve antes de bajar y me giré hacia David, que estaba bañado en la luz del amanecer.

—Nunca he pensado en otra cosa —le dije—. Pero ahora, sí.

A lo largo del verano, continuamos recibiendo visitas tanto de la cercana Silver Islet como de Port Arthur y Fort William y, de manera ocasional, de los

yates que surcaban los Grandes Lagos, procedentes de sitios tan lejanos como Chicago. Emily no salía a vagabundear demasiado a menudo y, si lo hacía, nunca se aventuraba lejos. Procuraba evitar a los excursionistas que echaban sus anclas en la bahía o amarraban en el muelle de madera y, por su parte, los jóvenes que llegaban con sus cestas de pícnic a pasar el día la evitaban. Aunque la noche en el cementerio ya no era más que un recuerdo lejano, circulaban historias sobre la mujer solitaria que operaba el faro en Porphyry y su extraña hija, que aunque no hablaba, vagaba por el bosque como un fantasma, embrujando a los animales. Era cómodo que Emily fuera a lo suyo, que se contentase con sus lápices, sus papeles y sus pinturas. Quizá por eso creí que podía bajar la guardia esos días de finales de verano, tratar de desprenderme de ese vínculo tan fuerte, para satisfacer mi corazón, joven y temerario.

Aunque no lo habíamos planeado, no desperdiciamos la oportunidad de una escapada a solas. Madre estaba salando el pescado que David había traído como pago después de un día ayudando a los Niemi a sacar las redes. Emily estaba sentada en una hamaca de madera, observando la playa de guijarros cercana al cabo. Aunque las olas no eran grandes, desfilaban hacia la orilla y luego desaparecían, siseando, entre las rocas. Sabía que se pasaría horas absorta observando las formas que surgían y desaparecían cada vez que el agua manchaba la tierra oscura y el sol pugnaba por secarla. David y yo partimos en el Sweet Pea siguiendo las instrucciones de madre, para comprobar las trampas y traer una cesta de patatas nuevas de nuestro huerto en Edward Island. Él trajo su escopeta, esperaba encontrar alguna perdiz bañándose en los charcos secos o buscando alimento en los arbustos.

Cuando nos disponíamos a abandonar el embarcadero, distinguimos una embarcación que se aproximaba por el oeste. Reconocí el barco de los Richardson. No me sorprendí lo más mínimo: suponía que los veraneantes de Silver Islet irían de excursión los últimos fines de semana del verano. Las clases comenzarían pronto y el placer de las vacaciones y las escapadas a las islas tocaría a su fin cuando los jóvenes regresaran a Queens o McGill o la Universidad de Toronto. Los observé entrar en el embarcadero mientras David guiaba el Sweet Pea hacia Walker's Channel y rodeaba el cabo en dirección al lugar que padre había desbrozado para plantar hortalizas tantos años atrás. Saludé a Arnie con la mano. Sus primos iban con él, Everett y Jake. Solían regresar de visita a pasar algunas semanas antes de que la rutina del otoño comenzara. No había hablado con ellos desde hacía años. No tenía ninguna gana.

En el cabo crecían distintas hortalizas –tomates, judías, guisantes, calabaza–, pero el terreno era pobre para plantar otras verduras. Lo que mejor se daba en este terreno eran los tubérculos: patatas, remolachas y zanahorias, pero al estar

relativamente aislado, los conejos no tenían problemas para zamparse las plantas. Mientras atracábamos con el Sweet Pea en la playa, espantamos una perdiz que David se apresuró a seguir mientras yo comprobaba las trampas junto al huerto. Estaban vacías.

El sol estaba alto y hacía un calor sorprendente para finales de agosto. Mientras cavaba en las hileras de patatas, comenzó a picarme el cuello y a gotearme el sudor entre los senos. Inspirándome en Millie, hacía años que me había acostumbrado a llevar pantalones, pues me resultaba mucho más cómodo moverme con ellos, pero ese día deseé haberme puesto una falda de algodón ligera que dejara pasar la brisa. Coseché las patatas con criterio, escardando la tierra de cada montículo antes de meter la mano y seleccionar una o dos patatas de cada planta, sin molestar a las otras, para que continuaran absorbiendo el agua de lluvia y los nutrientes de la tierra durante unas preciadas semanas más. Después de llenar la cesta, tenía las manos llenas de tierra, la blusa pegada al cuerpo y el rostro encendido, sucio y sudado. Miré con anhelo el agua azul casi negra.

Con el calor de la tarde, me rendí a los encantos engañosos del lago, me despojé de la ropa y me deslicé en las aguas frías.

Después traté de convencerme de que no lo había hecho pensando en David. No es cierto. Pensaba en él. Me lo imaginaba observándome flotar en la superficie donde se reflejaba el cielo, con la cabeza enmarcada por el cabello negro, la tez pálida contra la oscuridad del agua. Me resulta más fácil creer que no pensaba en él. Que no lo había planeado. Que no era mi intención. Pero no era así. Pensaba en él y noté que me estaba mirando. Eso era justo lo que quería.

Cuando salí del agua, con una sensación de hormigueo en la piel y dolor de huesos, tiritando de frío, él estaba allí, con una perdiz asida de las patas en una mano, con las alas ligeramente abiertas, y la escopeta en el hombro. Yo estaba temblando, el pelo me chorreaba y el agua me descendía por la espalda para volver al lago, como un torrente de primavera. David dejó la escopeta en la hierba y también el ave, recogió la blusa y los pantalones del suelo y me los tendió. Levanté la vista para mirarlo. Me miraba con ojos risueños, aunque sin sonreír, con el ceño fruncido, pero sin reprochármelo. Extendí una mano para coger mi ropa, mientras me cubría el pecho con la otra, pero él se retiró fuera de mi alcance. Le miré con cara de pocos amigos, dando un paso fuera del agua, y él respondió alejándose un poco más, sonriendo sin tapujos, una sonrisa radiante. Salí disparada hacia él para recuperar mi ropa, pero él la sujetaba con firmeza. Me atrajo hacia él y me abrazó, el calor del sol contra el agua del lago que todavía me empapaba. Me eché a temblar pero no era del frío. Inspiré el olor acre de su sudor, los restos de pólvora, un rastro de tabaco. Mi ropa cayó al

suelo, olvidada.

Pasamos la tarde bajo los árboles, con las reinitas y los vireos trinando, bebiendo agua del lago, comiendo las últimas frambuesas de la temporada y durmiendo bajo el cielo azul impoluto. Era la primera vez que me sentía plena y completamente libre.

Regresamos a casa al anochecer. Le mentí a mi madre, le dije que no habíamos sido capaces de encender el motor fueraborda y que David se había pasado casi toda la tarde desmontándolo y volviéndolo a montar.

—¿Dónde está Emily? —pregunté, mientras depositaba la cesta de patatas en el suelo y me dirigía al piso de arriba para preparar el faro.

—Llevo horas sin verla —replicó—. Pero estoy segura de que regresará a casa antes de que encendamos el faro. Últimamente no se retrasa.

«Últimamente» era desde que había música por las noches. «Últimamente» era desde que David y yo salimos con el Sweet Pea para rescatar al carguero. Yo no estaba preocupada, no era raro que Emily desapareciera durante un rato. Me dispuse a recortar las mechas de la lámpara antes de ponerla en funcionamiento, como tantas veces había hecho antes.

La perdiz terminó desplumada y frita con un poco de cerdo curado y servida con patatas nuevas, cocidas con la piel y relucientes de mantequilla. Emily seguía sin llegar. Comencé a sentirme inquieta. La luna, en pleno cuarto creciente, se asomaba aquí y allá entre las nubes que discurrían por el cielo nocturno, proporcionándome la luz suficiente para iluminar el trayecto hasta la casa del ayudante. David cogió su arma y comenzamos a bajar por el sendero que conducía al embarcadero. Yo llevaba un farol pero no lo había encendido, prefería la escasa iluminación natural.

Aguzaba la vista con cada sombra y el oído con cada sonido. No sabía si estaba enfadada, frustrada o preocupada. Emily conocía esa isla al dedillo. Conocía cada playa, cada sendero, cada lodazal y la mayoría de los árboles y las plantas que había en ella. Y, aunque el agua la fascinaba, nunca se bañaba. Era inútil gritar su nombre. No iba a contestar. Nunca lo hacía.

No había barcos anclados en la bahía ni amarrados en el embarcadero. Solo unas brasas que resplandecían en una hoguera y una botella de *whisky* vacía abandonada contra un tocón. Arnie y sus primos debían de haber regresado hacía horas a Silver Islet y el calor de sus camas antes de que se hiciera de noche. No se veía a nadie por ningún sitio. El viento movía los árboles, despertando susurros. Me sobresalté varias veces al oír el crujido de las ramitas pisadas por pies reales o imaginarios. No era propio de mí. Después de que David abriera el cobertizo de los botes, encendí el farol e iluminé con la luz amarilla los rincones oscuros. Estaba vacío.

Atravesamos el claro hasta el pequeño sendero que nos llevaba a la playa que había frente a Dreadnaught Island. La vi cuando salimos del bosque a la orilla: el vestido blanco de algodón arrugado, el cabello negro suelto, tan parecido al mío. Estaba tumbada en el suelo, la luna la iluminaba grotescamente. No se movía.

—¡Emily!

Eché a correr hacia ella, me dejé caer sobre los guijarros de la orilla junto a su cuerpo inerte, mientras iba asimilando el vestido rasgado, el corte en el brazo, el rostro sanguinolento y el labio hinchado, los ojos cerrados. Le acuné la cabeza en el regazo.

—Emily —le susurré, con las primeras lágrimas—. Emily, ¡soy yo!

David estaba a mi lado. Le oí maldecir. Se giró y volvió a maldecir. Supe que la rabia le inundaba con tanta intensidad como a mí.

Entonces oí pasos. Esta vez no eran los pasos imaginarios de un oso solitario o los vagabundeos fantasmales de las almas en pena. Eran los pasos firmes de un hombre que atravesaba los árboles y pisaba las piedras sueltas cubiertas de líquen de la orilla.

David también los oyó. Dio media vuelta y empuñó la escopeta, apuntando a los árboles. Entonces vi una canoa amarrada fuera del alcance de las olas. No la reconocí.

—¿Quién anda ahí? Oí al soldado en la voz de David. Una voz autoritaria que exigía una respuesta. Pero también noté un cierto temblor, la emoción que le embargaba el corazón y se transmitía hasta la punta del dedo que descansaba en el gatillo.

No hubo respuesta.

Una sombra oscura se separó de los árboles y adoptó la forma de un hombre. Se detuvo un instante antes de disponerse a cruzar la playa para alcanzar la canoa.

—¡He dicho que quién anda ahí! —David amartilló el arma. Emily se revolvió y abrió los ojos, intentando incorporarse.

La sombra alcanzó la canoa y miró hacia donde nos encontrábamos, como si titubeara. Entonces el mundo dejó de girar. El lago susurró junto a la orilla, un sonido apenas audible provocado por el casco de la canoa. Los árboles contuvieron la respiración mientras la luna se deslizaba tras una nube y reaparecía al otro lado, brillante y reveladora. La sombra se giró de golpe y se dirigió hacia nosotros. Distinguí una mano que hurgaba bajo una capa de ciervo. Me pareció ver un destello metálico. Oscuridad repentina. Y el disparo. Resonó entre los árboles, un vaivén de sonido que se perdió en el silencio. La sombra se fundió con el suelo.

Emily se soltó de mí y fue a rastras hasta el cuerpo junto a la canoa, medio

dentro del agua. Se inclinó sobre él y recorrió con los dedos el rostro arrugado y curtido, con unas cicatrices que la gran barba gris apenas conseguía ocultar.

El disparo lo había alcanzado entre los ojos. Los mismos ojos que me habían mirado a través de los árboles mientras una manada de lobos desaparecía sobre el lago helado. Ojos llenos de culpa, que se negaban a mirarme por encima de la piel de Heathcliff. Unos ojos angustiados de los que mi padre dejó constancia en su diario, cuando describía a su ayudante Grayson, tantos años atrás.

Todavía lo tenía en la mano. Era un morral. Un morral con un cierre metálico que contenía las raíces recién cogidas de la cachiporra del diablo, tiras de corteza de sauce, trozos de musgo esfagno seco. La medicina del bosque. Medicina para Emily. Intentaba ayudarla, curarle las heridas.

David se desplomó en la orilla a su lado, con la escopeta sobre las rodillas.

—¡Dios mío! —susurró—. Dios mío, ¿qué he hecho? —Enterró la cara entre las manos.

Toqué a Emily en el hombro. Ella se estremeció y se apartó de mí.

—¿Ha sido él quien te ha hecho esto? —le pregunté—. Emily, ¿te ha hecho daño?

Ella me miró con aquellos ojos grises tan distintos a los míos. En ellos distinguí miedo, tristeza, vergüenza. Ella negó con la cabeza.

Entonces lo entendí todo de golpe. Antaño había sido un chico odioso, ¿se habría convertido en un hombre malvado? Envalentonado con el alcohol, ¿se habría alejado del fuego dando tumbos hasta la playa? Ella estaba sola. Después de todos estos años de odio ulcerante, por fin había encontrado una manera de hacerle daño.

—Everett. —Apenas si susurré el nombre. Emily dejó caer la vista, se llevó las piernas al pecho y comenzó a balancearse, una y otra vez.

Everett.

David la llevó hasta la casa del faro y la recostó en nuestra cama. Tenía todo el vestido rasgado por delante. Lo quemé, no sin antes atizar el fuego para que ardiera al rojo vivo y caldeara la habitación. Tenía la cara y el pecho llenos de moratones inflamados y un corte profundo en el brazo. Lo habían vendado con una tira de algodón. Sabía que debía ser el trozo que le faltaba a la camisa de Grayson. A la luz de la lámpara de queroseno la bañé, le lavé la suciedad y las lágrimas y la sangre que le corría entre las piernas. Le cepillé el pelo hasta dejarlo reluciente y me senté con ella hasta que cerró los ojos y se quedó dormida, mientras la luz del faro giraba, giraba y giraba.

Madre pasó la noche en vela en su sillón. Cada cuatro horas subía trabajosamente las escaleras de madera para enrollar las poleas y luego volvía a su sitio. No pronunciamos palabra.

David apareció en las horas oscuras entre la medianoche y el amanecer. Me quedé con él callada, la luna había desaparecido bajo el horizonte. La única luz era el resplandor naranja de la puerta abierta de la casa y el destello del haz de luz del faro, que se perdía en la noche.

A falta de palabras por nuestra parte, los grillos se sumaron a la conversación. Un parloteo tan cotidiano que resultaba reconfortante.

—¿Cómo está? —preguntó él, finalmente.

Me giré hacia él. La luz le iluminó los rasgos, marcados y tensos. Solo quería abrazarme a él. Quería que me tomara entre sus brazos. Negué con la cabeza y comencé a llorar de nuevo, en silencio.

—Oye, oye —susurró, acercando la mano y tomándome del mentón, secando las gotas saladas que se acumulaban allí—. No es culpa tuya.

Yo me eché hacia atrás, enfurecida, apartándole la mano. Él lo sabía. Sabía que lloraba también por la culpa que me atenazaba el pecho, que me cortaba la respiración, que me oprimía el corazón. Si no hubiera estado con él, esto no habría sucedido. Habríamos regresado a tiempo, Emily habría estado en el faro. Emily me necesitaba y yo le había fallado. Ella lo era todo para mí, yo lo era todo para ella. No podía tener a los dos. No podía tener a Emily y a David.

Di media vuelta y subí los escalones de madera de regreso al calor del interior. Al cerrar la puerta se desvaneció el rectángulo de luz donde él se encontraba, dejándolo a solas con los grillos y el haz intermitente del faro.

Nunca volví a ver a tu abuelo. Él lo sabía. Ambos lo sabíamos. Había matado a un hombre inocente. Y, aunque no era de la clase de hombre que huía de las consecuencias de sus actos, de haberse quedado habría delatado a Emily. Ella no lo habría soportado. Él la quería demasiado para hacerle algo así.

Y me quería demasiado para quedarse, para hacerme elegir entre ellos. A la mañana siguiente de matar a Grayson, antes de que el sol estuviera alto, el cuerpo y la canoa habían desaparecido.

Él también.

TERCERA PARTE

EL VUELO DE LAS HERMANAS

MORGAN

Estoy tumbada en mi cama. Llevo horas despierta pero no me apetece levantarme y ver gente y tener que mantener alguna conversación estúpida. Es sábado. Normalmente duermo hasta el mediodía los sábados, después de salir el viernes de marcha. Pero llevo días sin salir. Desde que Derrick y yo cortamos y me emborraché e hice un ridículo espantoso. Desde que pasé la noche en el asilo de ancianos. Desde que me enteré de que el abuelo le disparó a Grayson.

Desde que me castigaron.

La señorita Livingstone estaba a punto de continuar con la historia. Creo que iba a contarme más cosas, aunque nunca hubiera vuelto a ver a mi abuelo. Pero Marty se presentó en el cuarto, enarcando mucho las cejas peludas mientras nos miraba alternativamente a una y a otra. No dijo nada, aunque estoy segura de que tenía muchas preguntas. Creo que él es así: no mete las narices en los asuntos ajenos. En lugar de preguntar, me miró y me dijo que había venido alguien preguntando por mí.

Al principio pensé que era Derrick. Ojalá pudiera decir que me daba igual, pero no era así. ¡Puto Derrick! Me puse las botas rápidamente y enfilé el pasillo hasta la entrada a toda prisa. Pero era Laurie la que estaba sentada en uno de los sillones de cuero junto a la chimenea, su rostro reflejaba preocupación, frustración y decepción. Y probablemente cansancio. ¡Mierda!

Nos miramos la una a la otra. No me pidió ninguna explicación. Yo no se la di. Tenía la sensación de que alguien lo había hecho por mí. Marty.

—Ahora mismo vuelvo —le dije, y regresé a la habitación de la señorita Livingstone.

Elizabeth se había acomodado en la cama. Se la veía pequeña, cansada, más vulnerable de lo que nunca la había visto antes. Me di cuenta de que debía de haberle costado mucho revivir su pasado para hablarme del abuelo. Y también me di cuenta, allí en medio de su habitación, mirándola acostada, con los ojos cerrados, que ambas habíamos querido al mismo hombre.

—Tengo que marcharme —le dije—. Yo... esto...

—No será el chico, ¿verdad?

No pude reprimir la sonrisa. Joder, no se le escapaba ni una.

—No, no es él. Es mi madre de acogida. Debe estar preocupada por mí.

—Suele pasar cuando alguien te importa.

Asentí con la cabeza, olvidándome de que no podía verme. No era lo único que intentaba decirme con esas palabras. Ella sabe lo que es preocuparse por alguien, que alguien te importe. Observé los diarios sobre la mesa y deseé poder apilarlos y volver a envolverlos, pero los dejé en su lugar. No contenían las respuestas a sus preguntas y lo sentía por ella. Golpeé ligeramente el cerco de la puerta con el pie. No estaba acostumbrada a esa sensación.

—Siento que no haya encontrado lo que buscaba en el diario de su padre. Que no haya descubierto quién está enterrado en esa tumba o por qué Charlie fue a la isla para buscar los libros.

Ella apretó los labios.

—Ya no tiene importancia.

—Volveré más tarde. —Era una afirmación con algo de pregunta. No sabía si querría que yo regresara ahora que habíamos terminado de leer los diarios.

—Eso me gustaría. —Me giré para marcharme—. Morgan —continuó ella. Me detuve para mirarla. Tenía los ojos abiertos. Aunque no vieran, contemplaban el pasado—. Era un buen hombre. Un hombre excelente.

Me quedé callada un momento junto a la puerta, recordando al abuelo tal y como lo había conocido. Cuando volví a mirar a la señorita Livingstone no vi a una anciana frágil. En su lugar, vi a Elizabeth, una chica enamorada de un buen hombre. Un hombre excelente. Me alegraba por ella, aunque también me daba pena. Me giré y me alejé por el pasillo, lejos de los recuerdos, suyos y míos.

Marty me tendió mi violín cuando pasé por su oficina. También me dio un donut envuelto en una servilleta y un vaso de plástico con un líquido caliente que olía a miel y jengibre.

—He pensado que te vendría bien.

Me vino bien, pero no fue suficiente. La conversación con Laurie en el pequeño trecho que separaba la residencia del instituto fue incómoda. Insistió en que tenía que avisar siempre y que siempre podía contar con ella para hablar y no sé qué más historias. Farfullé una disculpa antes de cerrar el coche de un portazo y entrar al instituto, ya llegaba tarde. Derrick no había ido y me alegré de no tener que encontrarme con él. Me costó mucho trabajo permanecer despierta durante la clase de Historia y me marché tan pronto como sonó la campana. Me moría de ganas de fumar, encendí un cigarro tan pronto como llegué al camino que discurría junto al río y que llevaba a la residencia de ancianos. Me detuve en el puente para darle las últimas caladas antes de arrojar la colilla en el agua marrón, viendo cómo giraba mientras la corriente se la llevaba al lago Superior.

Marty me interceptó en el pasillo, delante de la habitación de la señorita Livingstone, que tenía la puerta cerrada. Hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Necesita descansar.

Volví a intentarlo al día siguiente, pero no la encontré en la habitación. Hice lo que tenía que hacer por Marty y me marché.

He pasado las últimas noches sola en mi cuarto del sótano con el violín. Cuando toco, duele menos. Creo que me ayuda saber más de él, saber que hay alguien más que compartía sus canciones. La música me hace recordar, y al recordar me siento sola, asustada y pequeña.

Huelo a café. Y a beicon.

Derrick no me ha llamado. Yo a él tampoco. Ambos somos demasiado orgullosos. Por una parte quiero hacerlo, por otra, no. Qué puto desastre.

Alguien llama a la puerta.

—Hola. —Es Laurie. Trae dos tazas de café, me pasa una y se sienta en la cama—. Pensé que estarías despierta.

Me incorporo y cojo la taza. Soplo antes de dar el primer sorbo. Está sabroso y muy dulce, con mucha leche. Justo como me gusta.

—¿Estás bien?

—Estoy bien. —No sé qué es lo que quiere de mí. En realidad, nada de esto es asunto suyo. ¿Qué coño le importa a ella? Dudo que me quede aquí mucho tiempo. Nunca me quedo durante mucho tiempo en el mismo sitio.

—El otro día llamó Marty, de la residencia de ancianos Boreal. Me dijo que has hecho un trabajo estupendo con la valla.

Me encojo de hombros. Supongo que informar a Laurie y Bill forma parte del puto proceso de rehabilitación alternativa.

—También me contó que has pasado algún tiempo con una mujer que conocía a tu abuelo, ¿no?

—Sí. —Sé que le ha contado algo más. Al fin y al cabo, estoy castigada.

Continuamos tomando café en silencio. Oigo la tele en la otra habitación. Los ruidos de la cocina.

—Fueron amantes —le explico.

—Vaya.

—Antes de que conociera a mi abuela.

—¿De verdad?

Le doy otro sorbo al café.

—No recuerdo a mi abuela.

Ella me mira, con el ceño fruncido. Sé que está pensando en algo.

—Eso es porque no llegaste a conocerla. Nunca formó parte de tu vida.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Bueno, antes de que te acogiéramos en casa, tuvimos una reunión con tu asistente social. Nos habló de tu familia, nos dio todos los datos que tenía.

Eso me jode. Una habitación llena de perfectos desconocidos, personas a quienes se la sopla, ahí sentados hablando de mí como si fuera un puto trasto, haciendo anotaciones en un expediente, juzgándome, tomando decisiones sobre mi vida, como si yo no pintara nada. Pero también hace que me pregunte qué más sabe.

—¿Ah, sí? Quizá alguien podría ponerme al corriente.

Suelta la taza, vacía.

—¿Qué es lo que quieres saber?

—Quiero saber más sobre mi abuela.

No sobre mi madre. Ni sobre mi padre. Quiero saber más sobre mi abuela. Por Elizabeth. Ella se detiene un momento. Es posible que no me vaya a contar nada más, después de todo.

—Tu abuelo nunca se casó. No tuvo más hijos. Solo llevaba viviendo unos años en Nipigon cuando naciste tú y estaba medio jubilado, pero a veces trabajaba en un barco pesquero. Antes de eso vivió al sur de Ontario, pero el expediente no cuenta dónde exactamente ni a qué se dedicaba. También mencionaba algo sobre tu madre, pero esa parte ya la conoces.

Así es. Pero ella no es más que un nombre en un trozo de papel. *Madre: Isabel Lambton. Padre: desconocido.*

—Ella era de Toronto. Quizá tu abuela fuera alguien que tu abuelo conoció cuando vivía en esa zona de la provincia.

Ella no lo dice en voz alta, pero da a entender que, fuera cual fuera su relación, no duró mucho. Quienquiera que fuera, es obvio que fue una cosa pasajera.

—Tu madre ya tenía cierta edad cuando te trajo al mundo y, además, le diagnosticaron cáncer de ovarios después de saber que estaba embarazada. Antes de que nacieras ya estaba mortalmente enferma. Por lo visto, buscó a tu abuelo a partir de la información que había en su partida de nacimiento. A veces, las personas que han perdido el contacto con sus familiares sienten la necesidad de retomarlo cuando esperan un hijo o están enfermas, ella cumplía los dos requisitos. Sospecho que tu abuelo no sabía que tenía una hija hasta que llegó a Nipigon.

El problema de no haber conocido a tu madre es que tienes que imaginártela y puedes inventarte cómo quieres que sea. En mi imaginación, mi madre era fuerte, joven y hermosa. Y tenía al abuelo. Compartían las mismas cosas que nosotros compartíamos. Las noches junto a la chimenea. La música. Las historias del lago. Ahora, justo cuando comienzo a recuperar los filamentos que

componen mi vida, el tejido vuelve a rasgarse. Me doy cuenta de que el único integrante de mi familia quizá fuera un extraño para mi propia madre. No sabía que los hilos que me unen con mi pasado fueran tan jodidamente frágiles.

—Tu abuelo te crio después de la muerte de tu madre. Ella le había designado tu tutor. A su edad, debió costarle mucho, pero hizo un gran trabajo. Es evidente que te quería mucho. Me contaron que te había enseñado a tocar el violín y que lo tocabas muy bien. Yo... —Se detiene y me mira—. No imaginaba que fueras tan buena.

No me creo que me mire y vea en mí un gran trabajo. No es que le haya hecho la vida fácil precisamente.

—¿Por qué no me habías contado antes nada de esto?

Ella suspira.

—Nunca me habías preguntado. —Se levanta y se dirige hacia la ventana. No coloqué bien la persiana la última vez que me escapé. Ella la pone en su sitio—. A veces, la gente dice cosas con sus actos que no saben decir con palabras —dice, apoyada en el alféizar, de espaldas a mí—. Si tienes más preguntas, estaré encantada de ayudarte a encontrar respuestas. —No le contesto. En este instante no está hablando de mi familia. Sabe lo de la ventana.

Se acerca a la cama y me mira desde lo alto.

—Llegados a cierto punto, todos nos hacemos la misma pregunta: ¿Quién soy? La verdad es que no se trata de quién eres ahora o quién eras antes, se trata de quién puedes llegar a ser. —Me quita la taza vacía y se encamina hacia la puerta—. Las tortitas están listas.

Despliego el periódico en la acera y dejó en el suelo la lata de pintura, quitándole la tapa con un destornillador. Hace un día templado, lo suficiente, según Marty, para darle los últimos toques a la valla. Cuando termine, seré libre de marcharme, mi compromiso con la residencia de ancianos Boreal habrá terminado, habrá finalizado mi proceso de «rehabilitación alternativa» por mi insensato acto de vandalismo. Anne Campbell, enfermera y directora ejecutiva, firmará los formularios y nunca más tendré que volver. Cojo un palo de madera para remover la pintura y mezclo la capa aceitosa que flota encima hasta que se mezcla todo bien, luego deposito el palo sobre la tapa de la lata. Me muevo con lentitud.

Hace tan buen día que hay varios residentes en el jardín. El señor Androsky es uno de ellos. Su hijo y la pequeña Becca le han traído su batido semanal. Una princesa de plástico de colores chillones con los ojos descomunales y una mata de pelo poco realista está explorando las piedras que rodean el estanque. No he

visto a la señorita Livingstone.

Me suena el móvil, pero no lo cojo. Derrick ya me ha dejado tres mensajes. Quiere que hablemos. No se disculpa. No sé si quiere verme o más bien asegurarse de que no voy a causarle problemas. Sigo cabreada. Quiero verlo, cosa que me cabrea aún más.

—¿Qué haces? —Becca se ha acercado a la valla donde estoy trabajando. Me recuerda a una niña que conocí en la primera casa de acogida donde viví. Yo tenía doce años, ella cuatro. Compartíamos la habitación y, a veces, se metía en mi cama en mitad de la noche. Levantaba las mantas y se acurrucaba a mi lado. Por la mañana ya no estaba, normalmente dejaba atrás un charquito por el que luego me echaban la bronca. Nunca me chivé de que había sido ella. No me importaba. A mí me podían hacer lo que quisieran, me daba igual. Había aprendido rápidamente a no sentir nada. Pero sabía que ella lloraba por las noches, que echaba de menos la calidez de su madre. Me alegré cuando la mandaron a otra casa. No porque no la quisiera allí, sino porque había oído que la familia iba a adoptarla. Estaba contenta, un poquito celosa nada más. Estaba aprendiendo a no sentirme ligada a nadie.

—Estoy pintado —contesto.

—¿Por qué?

Porque la poli me pilló haciendo un grafiti y creyeron que me darían una buena lección si me ponían a trabajar en una chorrada.

—Para que la valla esté bonita.

—¿Por qué no está bonita?

Mojo la brocha en la lata una vez más y la paso por la tabla.

—El blanco es el color más bonito.

Becca entorna los ojos y mira la valla. Sé que piensa que lo que he dicho es una memez.

—¡No! —Se echa a reír—. ¡El blanco ni siquiera es un color! ¿Cómo va a ser bonito?

Paso la brocha hacia delante y hacia atrás. Las escamas de pintura vieja han dejado una textura en la madera de debajo que solo se distingue si se mira de cerca. Los trazos de espray, los colores de mi libélula, ya están tapados. Forman parte del pasado. Aún están aquí, pero, a fuerza de rascar, a fuerza de lijar, a fuerza de dar varias capas protectoras, se ha creado un lienzo blanco. Doy un paso atrás y miro el trabajo realizado. Estoy comenzando a ver en qué podría convertirse.

—En realidad, el blanco es el color más bonito porque son todos los colores juntos. Es magia.

Me mira como si tuviera dos cabezas.

—Si te fijas bien, si crees en la magia, verás que todos los colores están ahí. Son víctimas de un sortilegio a la espera de ser liberados: rojo, naranja y amarillo, también verde, y bastante azul para pintar todo el cielo. Incluso morado, como las flores de Marty. —Asiento con la cabeza—. El blanco es el color más bonito porque puede ser cualquier cosa.

Ella se inclina hacia la valla.

—¿Es magia?

—Claro que sí —respondo, mientras mojo la brocha en la lata. La niña se levanta y me observa un momento. Da media vuelta y se dirige a la mesa de pícnic, donde está su mochila apoyada contra una de las patas. Cuando comienzo a pensar que la he perdido, abre la cremallera y echa dentro la princesa de plástico, la cierra y también la hebilla de la solapa. Regresa conmigo y se dispone a coger la brocha.

—Me toca.

ELIZABETH

Un leve olor a tabaco se cuela por la ventana. Oigo a Marty silbar mientras atraviesa el patio.

—He visto que te has buscado un ayudante —dice él.

—Parece que a las niñas solo les interesan las cosas que son difíciles de conseguir, igual que a los niños —es su respuesta.

Me río en voz alta. Demonios, es tan lista como pensaba. Reír me sienta bien.

También oigo que Marty disfruta con su réplica. Su risa es robusta, sonora y redonda.

—Creo que Tom Sawyer se buscaba mejores ayudantes. La tuya no ha hecho más que pintarse la ropa y el suelo en lugar de la valla.

Su respuesta es simple.

—¡Mierda! —El silbido regresa y luego se desvanece. Cierro la ventana y me envuelvo en un cárdigan de lana antes de abrir la puerta de mi habitación y salir al pasillo silencioso. El lobo me sigue. Tal y como pensaba.

MORGAN

Tapo la lata de pintura y la cierro a martillazos. Se está haciendo de noche. Limpio casi todo el desastre y seco las gotas de pintura que se acumulan al pie de la cerca, pero Becca es otro cantar. Se las había arreglado para mancharse con algunas gotas de «magia» y había acabado con la mano y el brazo completamente embadurnados. Parecía que llevara un guante blanco. Al señor Androsky le ha parecido gracioso, y su hijo ha suspirado y se ha encogido de hombros.

Al ir a recoger la lata de pintura veo que deja un círculo blanco sobre el periódico en torno a una foto antigua de un barco. Es como si las letras negras de imprenta me llamaran. En el titular se lee: *Unos buceadores hallan un vapor hundido junto a Edward Island*. Dejo la pintura a un lado, acaricio la imagen borrosa. En una esquina se leen garabateados la palabra «Kelowna» y el año 1921. Yo conozco Edward Island. Me siento a leer en la acera.

Thunder Bay. Un grupo de buceadores deportivos de Minnesota descubrieron el sábado el naufragio del vapor Kelowna al sureste de Edward Island, en el banco de arena de Porphyry, mientras buscaban un naufragio más reciente por esa misma zona. El Kelowna desapareció durante una tormenta de principios de invierno en 1926.

Los buceadores, Jack Huffman y Terry Fraser, forman parte de un grupo que cataloga los naufragios del lago Superior e Isle Royale. En una entrevista para el Chronicle Journal del domingo, Huffman describió su sorpresa al descubrir el Kelowna:

«Desapareció prácticamente sin dejar rastro hace casi ochenta años y se creyó que había encallado cerca de Isle Royale», aseguró Huffman. «Pasamos años buscando el naufragio y solo por casualidad nos hemos sumergido cerca del punto donde se encuentra, mientras buscábamos un barco más reciente que encalló en Magnet Island en los años cincuenta».

El Kelowna fue construido en Inglaterra en 1921 y era propiedad de la naviera de Chicago Larkin e Hijos. El buque había sido diseñado para ser utilizado en los Grandes Lagos y se propulsaba gracias a un motor de

vapor de mil caballos, aunque también estaba aparejado con dos mástiles. Transportaba cargas diversas desde Montreal a Thunder Bay a través de los Grandes Lagos.

«Al parecer, estaban haciendo el último viaje de la temporada y los pilló la tormenta», aventura Huffman. Explicó que el Kelowna pasó la exclusiva de Sault Ste. Marie el 4 de diciembre con una carga compuesta por maquinaria de imprenta, tela metálica, calzado, productos de alimentación, tuberías y tela asfáltica. Desafortunadamente, una gran tormenta se abatió sobre el lago Superior al día siguiente y el buque fue visto por última vez en dirección a Isle Royale, cubierto de hielo. No volvió a saberse nada del barco ni de ninguno de los veintidós pasajeros que iban a bordo.

Huffman y Firth tienen previstas varias inmersiones más para investigar los restos durante las próximas semanas, en las que esperan descubrir la causa del hundimiento y documentar el naufragio.

El periódico está fechado el 18 de septiembre, solo una semana antes de que yo fuera por primera vez a la residencia de ancianos Boreal. Hacía solo unos días que el hermano de la señorita Livingstone había desaparecido y hallaran su barco en la orilla de Silver Islet, cerca de Porphyry. Cerca de donde se hundió el Kelowna. No parece una coincidencia.

Rasgo el artículo de la página, lo doblo y me lo guardo en el bolsillo.

El Honda negro está estacionado en el aparcamiento. Titubeo. Todavía oigo lo último que me dijo antes de cortar conmigo: «Sin mí no eres nadie. No eres nada». Es algo que me jode de verdad. Lo que más me duele es que parece la verdad. Se atrevió a pronunciar mis miedos en voz alta: las dudas que me asaltaban, la soledad que crecía en mi interior. Derrick me había hecho sentir viva otra vez. Después pienso en los trapicheos con la droga y me doy cuenta de que soy patética.

Casi pierdo la música. Casi la dejo desaparecer. Guardé el violín y las melodías del abuelo. Silencié su voz. Y, entonces, ella me hizo recordar. La señorita Livingstone y sus historias. Recordé qué se siente cuando te quieren de verdad. Y, aunque duela, sea difícil y complicado, lo que importa es que una vez significué algo para otra persona. ¿Quién soy en realidad? No tengo ni puta idea. Pero sé lo que no soy. Sé lo que no quiero ser.

Creía que quería verlo. Creía que quería que él me aceptara de nuevo. Pero, repentinamente, no quiero volver a saber nada de él. Doy media vuelta y me alejo del coche.

—¡Eh! —Se acerca aplastando las hojas que se acumulan en la acera—. Eh, venga, nunca contestas a mis mensajes. ¿Es que no podemos hablar?

—Creo que ya has dicho bastante.

—Oye, Morgan. —Me agarra del brazo, yo me giro para enfrentarme a él—. Lo siento. Yo... Mira, no pensé que la cosa fuera para tanto. No pasó nada. —Me roza el brazo arriba y abajo. Es una caricia, un gesto íntimo—. Nadie salió herido. Nadie se metió en problemas. —Vuelve a usar la misma voz, la que reserva para sus clientes nerviosos.

Miro la mano que me sujeta y la agarro. Para detenerlo, enlazo los dedos con los suyos y las palmas se unen.

—Te equivocas, Derrick. Algo sucedió. —Lo miro a los ojos. Es difícil sostenerle la mirada. Le suelto la mano y me doy la vuelta, extendiendo los brazos como si quisiera abarcar el extenso complejo de la residencia de ancianos que se encuentra detrás de nosotros al abrigo de los árboles.

—Esto, esto es una mierda. Esto no es nada. Es un juego de niños.

Me giro para mirarlo.

—¿Sabes lo que tengo que hacer ahí? Barrer el puto suelo y pintar de blanco una puta valla. Si me hubieran pillado el otro día, ahora no le estaría haciendo compañía a un puñado de viejecitos. No me habrían metido en un puto programa de reinserción y rehabilitación. Habría sido muy diferente. ¿Y sabes qué, joder? No necesito esta mierda. —Miro aquellos ojos verdes y soy incapaz de saber en qué está pensando. No sé leer lo que hay tras ellos. Pero, en cierto modo, me recuerdan las bolsas de polvo blanco que compartían espacio con el violín del abuelo.

Ya no estoy enfadada. Solo cansada. Y algo triste.

—No te necesito. —No lo digo con rencor. Es la verdad. Es la primera vez que me doy cuenta que él no me define. Sin él soy alguien. Siempre lo he sido.

Rozo el periódico doblado en el bolsillo.

—Adiós, Derrick.

Derrick aprieta la mandíbula. Veo que le rechinan los dientes. No está acostumbrado al rechazo. Creo que le sorprende que no haya ido en su busca arrastrándome. Creo que a mí también me sorprende. Se sube el cuello de la chaqueta y me da la espalda. Veo cómo se dirige a su coche. Veo el Honda negro marcharse levantando gravilla y dejando marcas negras de neumáticos en la calzada cuando se larga del aparcamiento. Es la segunda vez en una semana que me quedo sola, sintiéndome pequeña, observando las luces traseras de un coche que se marcha.

Esta vez es diferente.

En la casa solo hay un ordenador para todos. Está en el comedor en un escritorio atestado de papeles y envoltorios de caramelo y otras historias que la gente no se molesta en tirar. Algunos chicos tienen portátil, pero nunca he tenido interés en conseguir uno para mí sola. Es tarde cuando me conecto. La tele está puesta en la otra habitación, donde todos se han reunido. Mejor, así tengo más privacidad.

Tecleo el nombre del barco, *Kelowna*. Resulta que es una ciudad en la Columbia Británica y ninguna búsqueda tiene nada que ver con el barco. Al menos no con el que me interesa. Coloco el artículo de periódico salpicado de pintura en el escritorio, alisándolo de manera que se vean los dos buceadores y la vieja foto de 1921. Cuando añado *naufragio* y *lago Superior*, encuentro lo que estoy buscando: un listado de barcos que se hundieron en los Grandes Lagos. Pulso sobre el enlace. *El Kelowna, un carguero de vapor, desapareció durante una tormenta de invierno a finales de 1926. Su destino era Thunder Bay e iba con las bodegas repletas y una tripulación de veintidós personas. Fue visto por última vez, recubierto de hielo, a su paso por el faro de White Fish Point. Una tormenta de principios de invierno devastó el lago Superior –Dios, cómo me gusta la palabra «devastar», suena violenta y apasionada al mismo tiempo– y se dio por hecho que había sucumbido al oleaje y se había ido a pique cerca de Passage Island. El barco nunca fue hallado.* Está la misma foto del barco que aparece en el periódico, blanca y negra. Los aparejos de los dos mástiles están adornados con banderas y en el pie de foto figura la fecha de botadura del vapor: *7 de julio de 1921.*

Hay un enlace al final a la página de Larkin e Hijos, la empresa a la que pertenecía el barco cuando desapareció. Es una página web bonita. La compañía sigue en activo en Chicago. Evidentemente, el negocio ha cambiado con los años, pero sigue siendo una naviera y parece que las cosas no les van mal. Pulso en la pestaña *Quiénes somos*.

No es el lugar donde uno esperaría encontrarse alguna referencia al hundimiento del *Kelowna*. Yo me esperaba el típico resumen de la historia del negocio. Pero ahí está. Diciembre de 1926. El *Kelowna* había zarpado de Montreal a Port Arthur en su último viaje de la temporada, cargado de mercancías, cuando desapareció en mitad de una tormenta. Robert Larkin, uno de los hijos a los que aludía el nombre de la compañía, iba a bordo con su esposa y sus dos hijos pequeños. Viajaban a Port Arthur con la intención de pasar el invierno con la familia. Nunca más se supo del barco ni de sus ocupantes.

La casa está en silencio después de que todos se hayan marchado a la cama. Menos Laurie. Está en la cocina, llenando el lavaplatos como hace todas las noches. Entra en la habitación. Sé que está mirando por encima de mi hombro para ver qué hago en el ordenador. Lo pillo. Pero me jode igualmente.

—¿Deberes?

—Sí —miento yo. Así se pondrá contenta. Recoge los envoltorios de caramelos y, mientras tanto, repara en el artículo de periódico y lo levanta para leerlo.

—Qué tragedia —dice—. No quiero imaginarme cómo debe ser el lago Superior en noviembre en mitad de una tormenta. Recuerdo que en julio ya era bastante malo.

Vuelve a dejarlo donde estaba, coge una taza de café vacía y se dirige a la cocina.

—¿Solías salir a navegar? —le pregunto.

Ella abre el lavaplatos, mete la taza y lo pone en marcha.

—De vez en cuando, cuando era niña. Mi tío solía llevarnos a veces. Thompson Island, Sawyers Bay, Loon Harbor, la isla Porphyry... La mayoría de las veces era genial, pero cuando se levantaba viento y oleaje, yo me acojonaba. Pero eso fue hace mucho tiempo. Llevo años sin ir.

—¿Porphyry?

—Sí. Muy cerca de donde han encontrado ese barco hundido. Nos encantaba subir al faro a saludar a los fareros. Había conejos por todas partes. Cientos de ellos. Los perseguíamos pero nunca conseguíamos atrapar ninguno. Y los árboles quemados en el cabo, aunque habían pasado décadas desde el incendio; los troncos seguían negros y calcinados.

—¿Incendio? ¿Qué incendio?

—Mi primo nos contó que una mujer estuvo a cargo del faro durante la guerra después de la muerte de su marido. Por lo visto su hija enloqueció, prendió fuego al faro y la madre falleció en el incendio.

¡Dios mío! ¡Emily!

—Entonces creíamos que aquel lugar estaba embrujado. Daba para muchas historias de campamento. —Apaga la luz de la cocina y se queda mirándome—. ¿Estás bien? Parece que hubieras visto a un fantasma.

La historia nunca acabó ahí.

—Estoy bien. Es solo que...

Me mira durante un minuto. Yo no digo nada. Tanto silencio comienza a resultar incómodo y Laurie está esperando a que diga algo.

—Es una historia muy interesante.

Está apoyada en el pasamanos con un pie en la escalera. Parece que va a

añadir algo. Pero no dice nada. Ladea la cabeza y sonrío.

—Entonces, buenas noches. —Se gira y se dirige a la planta superior—. No te quedes levantada hasta muy tarde.

Todas las habitaciones están a oscuras. La única luz procede del resplandor del monitor del ordenador. Hago más búsquedas en Google. Emily Livingstone.

Hay páginas y páginas de entradas y un *banner* en mitad de la pantalla con imágenes –sus pinturas, audaces, de colores vibrantes y vivos– y la foto de una mujer joven en blanco y negro con mucho grano. Pulso encima y el enlace me conduce a una página web.

Pertenece a una galería en Inglaterra con una página dedicada a la obra de Emily. Incluye una breve biografía: *Nacida en Canadá, hija de fareros, creció a orillas del lago Superior, fuente de inspiración de la mayor parte de su obra. Se cree que pasó algún tiempo recluida en una institución psiquiátrica antes de que el famoso biólogo Alfred Tanner, que por lo visto era lord o algo por el estilo y que estaba forrado, y su esposa Mildred fueran sus mecenas. Se encargaron de trasladar a Emily y a su hermana gemela Elizabeth a Inglaterra e introdujeron a Emily en la escena artística presentando su obra en una galería londinense. También pone que Emily cosechó un gran éxito comercial y de crítica en los años 70 a pesar de que nunca recibió una educación al uso y nunca realizó ninguna aparición pública. Era una persona que vivía aislada, algo que solo hacía más deseable su obra a ojos de los coleccionistas, porque rara vez salían piezas nuevas al mercado. Lo último que se sabe de ella es que vivía en Italia. Solo una galería estaba autorizada a vender su obra. No habían sacado nada nuevo en casi diez años, pero había mucha compraventa de sus obras antiguas. Por lo visto, seguía siendo muy codiciada entre los coleccionistas.*

Me fijo en algunas de las pinturas. Me resultan familiares, pero no tanto. Los precios están en libras, no entiendo su valor, pero veo muchos ceros.

Hay una foto de la artista. Pulso encima hasta que llena la pantalla. Es la foto de una mujer joven, con el pelo oscuro recogido en un moño alto, con una blusa de cuello cisne sencilla. Está sentada en un sillón, con una mano apoyada en la mejilla. Busco en su rostro los rasgos de la señorita Livingstone, a Elizabeth. Hay similitudes, supongo, si me fijo mucho, pero no son evidentes. Es la mirada la que me atrapa. No se parece en nada a la de la señorita Livingstone. Me atraviesa, parece capaz de llegar al fondo de mi alma. Es perturbadora.

Cuando ya no puedo soportar más esa mirada, apago el monitor. La oscuridad me engulle.

ELIZABETH

Estoy sola en la sala acristalada. Han sido considerados y me han dejado a solas. Los últimos retazos de luz solar atraviesan la habitación, envolviéndome en su calidez, consolándome. Sujeto aún el objeto en la mano. Tiene forma de haltera, el mango y el extremo en forma de esfera son lisos y fríos. Tiene algo inscrito, pero ni siquiera mis dedos inquisitivos son capaces de distinguir las letras grabadas en el metal. El otro extremo es más desigual y está profusamente decorado. Me lo imagino deslustrado, con mugre en las ranuras entre los arabescos de filigrana que recorren la circunferencia, enmarcando los orificios en forma de corazón que tintinean al más mínimo movimiento. No me hace falta verlo para saber de qué se trata.

Sé lo que es, pero no me resulta familiar. Solo lo alcancé a ver en una ocasión y fue de manera muy fugaz. Se había escapado de una vieja caja de galletas y había caído al suelo en la casa del ayudante del farero. Aparte de eso, no entraña ningún significado. En su momento pensé que lo tenía. Creía que al tenerlo en la mano todo encajaría, que me sentiría completa. Pero no ha sido así.

El libro que tengo en el regazo es un objeto familiar. Reconozco el olor mohoso de sus páginas largamente olvidadas, y las letras en relieve de la tapa de cuero. Pesa, las páginas están empapadas con el agua del lago, hinchadas como se hinchan los ahogados. Sé las fechas que están recogidas en las páginas amarillentas y la mano que las escribió sin que nadie me lo tenga que decir.

Se marcharon hace más de una hora. Pero yo sigo aquí sentada. Las noticias no me sorprenden. Supe tan pronto echaron a caminar por el pasillo silencioso, con su paso formal sobre el parqué, que habían hallado el cuerpo de Charlie. Me han dicho que se llevará a cabo una autopsia para determinar las causas de la muerte. También me han contado que tenía un posible traumatismo en la cabeza. Creen que la botavara lo cogió desprevenido al salir de la cabina, impulsada quizá por una ola solitaria o una racha de viento inesperada, le golpeó, le dejó inconsciente y cayó por la borda. Supuestamente se ahogó.

Mi hermano ya no era tan diestro como antes.

El lago lo sabía. Qué poco propio de él entregar a los muertos. Me pregunto si está intentando decirme algo.

Ahora me llegan otras pisadas. No son los pasos eficientes del personal ni los pasos vacilantes de las visitas.

Morgan.

MORGAN

Me pregunto si no la estoy molestando. Como levanta la cabeza al oírme, me siento enfrente de ella, de espaldas a la calidez del sol. Marty me ha contado lo que ha ocurrido. Sé que se supone que hay que decir ciertas cosas cuando te enteras de la muerte de alguien. Es una estupidez, tampoco es que sea culpa mía que digamos. No tengo nada de qué disculparme. Pero no sé qué más decir.

—Lo siento mucho.

—El lago se lo llevó —dice ella. Está tranquila. Creo que no está sorprendida en absoluto, pero sabe que ahora es definitivo. No hay más tiempo, ni más esperanza. Significa que tiene que despedirse.

—Supongo que es un final digno de él —añade—. Él lo hubiera preferido así.

No dice nada del diario. Lo identifico de inmediato. Y sé qué años abarca. Lo cojo y lo abro con precaución, con el pulso acelerado, pensando en la información que podría contener.

—Es inútil —me avisa—. Ya le he pedido a Marty que lo mirara. El agua ha corrido la tinta. Cualesquiera que fueran las palabras que mi padre consignó en esas páginas han sido borradas por las olas. Quizá nunca llegue a saber por qué Charlie desenterró estas reliquias de su antigua tumba. Fuera cual fuera el secreto que guardaban, el lago nos lo ha arrebatado, junto con la vida de Charlie.

Paso los dedos por la primera página. Tiene razón. La escritura está borrosa. Las páginas se han pegado unas a otras y, cuando intento separarlas, comienzan a rasgarse y a caerse.

Continuamos sentadas en silencio. Supongo que es mejor no decir nada que decir algo estúpido e inútil. Me fijo en que sujeta algo.

—¿Qué es eso?

Levanta un sonajero. Parece antiguo y fabricado en plata, pero el metal está opaco y oscurecido. Tintinea delicadamente.

—Estaba en el bolsillo de su chaqueta.

—¿Puedo verlo?

La señorita Livingstone me lo entrega. No había visto en mi vida un objeto así, lo estudio a conciencia. Tiene algo grabado. Es un nombre. *Anna*.

—Señorita Livingstone. —Agito el sonajero—. ¿Quién es Anna?

—¿Anna? —Se inclina hacia mí con la mano extendida, tratando de aferrar el aire frenéticamente, hasta que le devuelvo el sonajero y se lo lleva junto al pecho, acariciando las letras grabadas—. ¿Pone Anna?

ELIZABETH

Me siento como si estuviera flotando. Todo lo que me anclaba a la tierra parece una alucinación. Ya no estoy segura de cuál es la verdad. Estoy nadando. Elizabeth. Emily. Anna.

Qué dolor. No puede ser de ella –lo sé– y, sin embargo...

Me llevo el sonajero al pecho, no porque sienta alguna conexión con el objeto, que no la siento. Es por el nombre.

Anna.

—Hay más cosas que quizá deberías saber.

Comencé a sospechar que Emily estaba encinta en noviembre. Necesité tiempo para curarse y pasó varias semanas en cama.

Su luz interior ya no brillaba, pero sabía que no se había apagado del todo y trataba de despertarla llevándole a la cama cuadernos y lápices y pintura pastel. Había perdido el interés por ellos. Eso me preocupaba más que los moratones que pasaron por el verde y el amarillo antes de borrarse de la piel. Sabía que las marcas que no se veían serían las que más tiempo tardarían en sanar. A finales de septiembre comenzó a pasar algunos ratos al aire libre, pero no se aventuraba más allá del gallinero o del cabo rocoso. Con relativa frecuencia la encontraba sentada en el escalón de la casita del ayudante, con la cabeza apoyada en la puerta y una pregunta pintada en la mirada. Le expliqué que él había tenido que marcharse. Por el bien de ella. No lo entendía. Creo que yo tampoco.

Echaba de menos a David, pero sabía que era lo mejor. No podría haberme ocupado de Emily si él hubiera estado allí y ella me necesitaba. Lo que sucedió fue prueba de ello. Ellos me dividieron. Tuve que elegir entre ambos. Pero lo echaba de menos. Echaba de menos su presencia reconfortante. Echaba de menos nuestras conversaciones. La música. Lo que podría haber sido.

No oímos nada de la muerte de Grayson hasta la primavera siguiente. Era un ermitaño, solo unos pocos conocían de su existencia, pues se pasaba varios meses seguidos en el lago en verano o junto a sus trampas en invierno. No fue declarado desaparecido hasta después de que terminara la temporada navegable, después de que no acudiera a recoger un pedido a los almacenes Sewchuck's

Brokerage. Se supuso que su barca había zozobrado y se había ahogado o que había sido atacado por un oso, o que había sido víctima de cualquier otra calamidad propia de alguien que vive en mitad de la naturaleza salvaje del norte de Ontario. Hubo habladurías, rumores que daban a entender que se había encontrado con un grupo de Silver Islet y los había echado de la isla Porphyry y perseguido con su barca a punta de pistola. También se especuló sobre la desaparición del ayudante del farero de Porphyry, acaecida por la misma época. Pero eran chismes que circulaban a la hora del té en las antiguas viviendas de los mineros en Silver Islet, o en conversaciones en el muelle, no prosperaron. Ninguno de los integrantes del grupo que estuvieron en la isla ese día de finales de agosto dijo ni una palabra. Ni siquiera Arnie Richardson. Al principio, no estaba segura de que estuviera al corriente de lo que Everett había hecho, pero sospeché que sí lo sabía al no avisarnos de su encontronazo con Grayson. Había un motivo de que no lo creyera necesario. Sabía que el lobo solitario no representaba una amenaza para nosotras, que había alejado a Everett de Emily y había expulsado al grupo de la isla. Me ponía furiosa que no hubiera encontrado la manera de proteger a Emily desde el principio, pero, por extraño que resulte, agradecía su silencio. Sabía que ella no podría sobrevivir si se exigía justicia por lo sucedido. Habría sido su palabra, muda, la palabra de la excéntrica hija del farero y la de un ermitaño muerto, contra la de los hijos instruidos de unas familias acomodadas.

En octubre, Emily comenzó a volver a ser ella. Supuse que se debía a que teníamos noticias de Charlie anunciando su regreso a casa. No decía mucho más. Solo que regresaría al faro del cabo Porphyry en primavera. Esta noticia suponía un alivio en varios frentes, entre otros por el tema logístico. La partida repentina de David había puesto al Departamento de Transporte en un dilema. Madre y yo nos las arreglábamos, y como el final de la temporada estaba tan próximo, no hicieron cambios de personal. Una vez más, conseguimos quedarnos en la isla.

Antes de que entrase el invierno, viajé a la ciudad para hacer acopio de provisiones. Emily y madre se quedaron en la isla. Me detuve a visitar a la esposa de Peter, Maijlis. Se había vuelto a casar con un hombre casi diez años mayor que ella que trabajaba en un campamento fuera de la ciudad, talando pinares y bosques de píceas que luego serían convertidos en madera en los aserraderos. Me senté en su cocina y tomamos café solo cargado y una tarta recién hecha. Maijlis era la viva imagen de la domesticidad. Repentinamente, me sentí un poco celosa de su acogedora casita, de su estufa eléctrica y su pelo rubio. Yo llevaba mis pantalones de siempre, el pelo liso y negro que proclamaba mi ascendencia a voces recogido y trenzado descuidadamente, como si fuera una sogá gruesa que me cayera por la espalda. Me sentía basta y torpe

comparada con Maijlis. Estaba embarazada, con el vientre redondeado, los senos llenos, las mejillas sonrojadas con el esplendor de la maternidad. Mientras hablábamos, se llevaba las manos al niño que crecía en su vientre, lo acariciaba a través del vestido floreado y del algodón manchado de harina de su delantal con frunces. Unas semanas después, mientras desgranábamos las tardes de finales de noviembre en casa, cuando la lluvia golpeaba las ventanas y el cielo se cernía sobre nosotras, bajo y oscuro, vi a Emily repetir el gesto. Estaba de pie, mirando por la ventana, a ese punto más allá del agua donde la lluvia y el lago se fundían en uno. Se llevó la mano involuntariamente al vientre. Capté el movimiento con el rabillo del ojo y levanté la cabeza de mi libro para mirarla. Me llevó un momento entender qué me había escamado. Entonces me acordé de Maijlis. Un escalofrío me recorrió la espalda. Estaba sofocada y tenía la boca seca. Miré a madre. Ella también me miró, pero no llegó a fijarse en Emily, prefirió sostenerme la mirada lo bastante como para que la verdad saliera a la luz antes de volver a concentrarse en las patatas que estaba pelando. Emily notó mi escrutinio y se volvió hacia mí. Sus ojos eran del color del cielo, el mismo del lago. Volvían a brillar. Ella lo sabía. Unos días después, había vuelto a pintar.

Madre y yo solo sacamos el tema en una ocasión, en mitad de febrero, cuando la barriga de Emily había crecido tanto que resultaba imposible negarlo. Emily estaba fuera, envuelta en su abrigo, de pie ante la inmensidad blanca que circundaba nuestro mundo y aplacaba el lago. Madre la observaba a través de la ventana. Simplemente la observaba, sin hacer nada mientras tanto.

—Hay una planta —comentó—. Podría preparar una infusión.

—Es demasiado tarde —repuse yo.

—El niño será una carga para todos. —Seguía con las manos ociosas.

—En peores nos hemos visto.

Cogió un trapo, comenzó a quitarle el polvo al barómetro colgado de la pared y a brillantar el farol de queroseno que había sobre el escritorio.

—Esta carga no nos corresponde.

Nunca había sido una mujer afectuosa, nunca había sido afable. Eso no iba con ella, y la muerte de padre había apagado aún más si cabe los escasos sentimientos que albergaba. Pero oírla hablar de esta manera sobre el bebé de Emily, sin importar quién fuera el padre o cómo había sido concebido el niño, me apenaba, tanto por Emily como por ella. Al fin y al cabo, estábamos hablando de su nieto.

—Encontraremos la manera —repliqué yo—. Siempre lo conseguimos.

Y no volvimos a hablar del tema.

No nos planteamos llevar a Emily a un médico en la ciudad. En esa época del año no había forma de ir, a menos que se optase por un viaje agotador con

raquetas de nieve hasta Silver Islet y, desde allí, cruzar el hielo hasta la ciudad en trineo de perros. Madre se las arreglaba para mantenerla ocupada y lejos del alcance de las miradas de cualquiera que visitara la isla, cosa que no ocurría a menudo. Me di cuenta de que la ocultaba de las miradas entrometidas y las malas lenguas, especialmente de aquellas que sabían que la partida de tu abuelo estaba envuelta en misterio. En aquellos días era inaceptable que una chica tuviera un hijo sin estar casada, sin importar cuáles fueran las circunstancias. Al parecer, nuestra familia no era ninguna excepción. Nos protegía el aislamiento del invierno, pero pronto llegaría la primavera y, con ella, el niño. Y un niño no podía mantenerse en secreto, incluso donde nos encontrábamos, apartadas del mundo en nuestra isleta en mitad de la inmensidad del lago. Tendría que haberlo pensado mejor. Era una amenaza peligrosa que pendía sobre nosotras y no la advertí.

Me preocupaba que a Emily la asustara que una vida estuviera creciendo en su interior, que estuviera resentida, que viera al bebé como un recordatorio del miedo que había sentido. No tendría que haberme preocupado. Una noche, mientras estábamos tumbadas en la cama, me cogió de la mano y se la llevó a la tripa, apretándola contra la calidez de la piel hasta que el bebé se movió. El pulso se me aceleró. Había una nueva vida desarrollándose en el interior de mi hermana. Después de todas las penurias y toda la muerte que nos había rodeado, por fin algo bueno, algo maravilloso que me llenaba de esperanza.

No contaba con la reacción de Charlie.

Regresó en abril a la isla, después de que el hielo se derritiera lo suficiente como para permitir el paso del Red Fox. Observamos cómo la embarcación se aproximaba por el norte, con las velas desplegadas para paliar el embate de las olas. Me imaginaba a mi hermano en la cubierta, con el aullido del viento entre los aparejos, bien agarrado para resistir los cabeceos del barco, con el agua salpicándole la cara, por fin en casa, en su querido lago. El agua estaba demasiado picada para echar el ancla cerca del faro, noté que cambiaban de rumbo en dirección al muelle. Con la ilusión que nos hacía verlo, fuimos incapaces de esperar a que recorriera el sendero que conducía al faro y nos apresuramos a ir en su busca. Madre y yo incluso nos aventuramos en el muelle de madera para recoger las amarras y que así tardara menos en llegar hasta nosotras. Charlie desembarcó antes de que pudiéramos amarrar los cabos a las abrazaderas, me dio un gran abrazo y le plantó dos besos a madre, tan contento. Emily esperaba en la orilla, algo más propio de ella, dentro del cobertizo. Él se dirigió hacia ella y su sonrisa se desvaneció al ver lo evidente. Me miró inquisitivamente mientras ella recibía su abrazo vacilante.

No sacamos el tema de camino al faro.

Al principio, nuestra pequeña comitiva charlaba alegremente, poniéndonos al día después de todos esos años separados, escuchando las historias sobre el tiempo que estuvo destinado en Inglaterra y los hombres que conoció allí. En sus cartas, Charlie no había mencionado que lo hubieran herido, pero llevaba el brazo en cabestrillo y tenía la mano torcida en un ángulo extraño. Cuando le pregunté, él le restó importancia.

—No es nada. De verdad.

Después, me enteré de que no se trataba de una herida de guerra, sino que había sido fruto de una pelea unas noches antes, en el callejón de detrás de una taberna. Era un síntoma del nuevo Charlie. Cuando nos aproximamos al faro, la conversación decayó. Estábamos escuchando las voces de Peter y padre. Charlie no había regresado desde la muerte de padre y respetamos el silencio, llenándolo con nuestros recuerdos.

Esa noche, Charlie me acorraló junto al cobertizo del combustible, lejos de Emily y de madre.

—¿Qué demonios está pasando? —preguntó. Me sorprendió que el aliento le oliera a licor. Padre bebía rara vez, y si guardaba una botella de brandy era para cuando necesitaba caldearse el cuerpo por fuera y por dentro. Incluso en esas ocasiones, bebía lejos de madre. Ella no había olvidado la rigurosa educación que había recibido y no permitía que el alcohol entrase en su casa. Yo no habría creído a Charlie capaz de traer alcohol a la isla y consumirlo tan despreocupadamente—. ¿De quién es?

¿Cómo se cuenta algo así? Lo intenté. Titubeé buscando las palabras oportunas hasta que conseguí darles forma de frases y contarle todo lo que pude. Le hablé de Everett, de cómo encontré a Emily, golpeada, magullada y sangrante. No le conté nada sobre el trampero, ni sobre David ni cómo había disparado a Grayson. No le expliqué la partida repentina del ayudante ni él tampoco preguntó.

—¿Y dónde demonios estabas tú? —Quiso saber después de que terminara, con los ojos encendidos y acusadores y la voz gangosa—. ¿Por qué diablos no mantuviste a ese cabrón alejado de ella? —Yo me había formulado la misma pregunta miles de veces, pero oírlo de mi hermano fue insoportable. Él aproximó su rostro al mío. Cerré los ojos para ocultarme de su desprecio, noté que me alcanzaba su saliva cuando volvió a hablar—. Tú se lo permitiste... Has permitido que ella traiga la vergüenza a esta casa. —Levanté la vista, sintiendo que la rabia se apoderaba de mí. ¿Cómo osaba a echarle parte de la culpa a Emily? Le lancé una mirada furibunda que no detuvo el torrente descontrolado de indignación que soltó mi hermano—. ¿Por qué demonios no os habéis deshecho de él? Entre las tres tendríais que haber encontrado la manera de hacerlo. —Fue como si me

diera una bofetada. Se dispuso a marcharse, pero se detuvo y regresó—. Mírate. Mírate, te comportas como si todo estuviera bien, como si no hubiera cambiado nada. Como si Peter no hubiera muerto. Como si padre fuera a volver la próxima vez que el Red Fox echara amarras a sentarse en su sillón y encender su pipa como si el maldito mundo lo estuviera esperando. No va a suceder, Lizzie. — Agitó la cabeza con incredulidad—. Y ahora, esto. ¿Cómo has podido dejar que sucediera? ¿Qué vas a hacer ahora?

Diciendo esto, se giró y se marchó haciendo esos de regreso al faro, dando un portazo tras de sí. Me quedé donde estaba durante un instante, observando por dónde se había marchado. Estaba a punto de regresar a mis tareas cuando él volvió a salir, tirando del sillón de padre trabajosamente para llevarlo hasta la casita del ayudante y desaparecer en su interior. No volvió a salir hasta el día siguiente. Fue como si no hubiera vuelto a casa, dejó que madre y yo nos encargásemos de las tareas del faro como habíamos hecho durante tanto tiempo sin su ayuda. Yo echaba de menos al hombre que mi hermano había sido.

Me di cuenta de que el Charlie que se había marchado hacía tanto tiempo, prácticamente un niño empeñado en vengar la muerte de su hermano, no había regresado a casa. Aquel Charlie había muerto. Había sido reemplazado por un nuevo Charlie que había traído consigo a las mismas puertas de su casa el odio y los prejuicios que infectaban las trincheras en Europa. Algo había cambiado entre nosotros, entre él y Emily. Quizá fuese la guerra, quizá la bebida. Quizá simplemente ya no pudiera tolerar las diferencias que hacían de Emily la persona que era. Ahí radicaba el problema entre nosotros.

Con el paso de los días pareció que aceptaba a regañadientes nuestra nueva realidad, ocupándose de su carga de trabajo tan bien como podía con el brazo malherido, compartiendo la mesa en nuestra casa bajo el faro, pero escabulléndose por las noches con una botella de *whisky* para sentarse a solas en la antigua casa del ayudante del farero, surcada por las corrientes de aire. Me invadió una falsa sensación de tranquilidad.

Los dolores de parto de Emily comenzaron un cálido día de primavera a mediados de mayo. La estación siempre llegaba un poco más tarde al lago. Había años en los que la nieve se conservaba en los hoyos ocultos entre la vegetación mientras las plantas pugnaban por atravesar el suelo para alcanzar la luz, y este año no era una excepción. Emily y yo estábamos en los pantanos buscando brotes de helecho. Ella se movía despacio. Su figura menuda casi no podía con el peso del niño.

Me pilló desprevenida. Íbamos caminando juntas a lo largo del sendero que separa el faro del embarcadero, que atraviesa un lodazal, el lugar predilecto de estos helechos comestibles. Se detuvo cuando notó una contracción y se apoyó

contra el tronco de un árbol mientras el espasmo le atravesaba el cuerpo. No gritó, y yo había avanzado unos metros por el camino cuando me di cuenta de que ella ya no me acompañaba. Cuando me giré para buscarla, para ver por qué se retrasaba, supe que había llegado el momento. Aun así, pregunté:

—¿Es el bebé, Emily? —Ella asintió.

Regresé hasta donde estaba y la tomé del brazo para poder ayudarla a regresar al faro. Contaba con que madre supiera qué había que hacer. Ella había ayudado en partos con anterioridad. Conocía bien el milagro de traer una vida al mundo. Era una mujer eficiente y práctica. Pero Emily se negó a moverse. Cuando pasó la contracción se enderezó, echó a andar por el sendero en dirección opuesta al faro, adentrándose en el bosque. Entonces entendí que las contracciones no eran una novedad, que su inquietud por las noches no se debía solo al malestar que experimentaba últimamente. El parto se avecinaba. Le dije que teníamos que regresar, que tenía que acostarse, que necesitábamos a madre. Pero ella negó con la cabeza y continuó caminando.

Sin saber qué hacer, la seguí.

Se había quedado en el sendero que descendía hasta el embarcadero, y se apoyó contra la pared del cobertizo de los botes cuando la atravesó otra contracción. Cuando pasó, se encaminó hacia la playa de la cara este de Porphyry y se sentó, contemplando Dreadnaught Island. Pasamos allí más de una hora, midiendo el tiempo con los avances del parto, apenas discernibles salvo cuando tomaba aliento y apretaba los puños. Se levantó una ligera brisa y, aunque fresca y cálida, cargada con la promesa de días más calurosos, comencé a notar que el frío se colaba bajo mi abrigo y me erizaba la piel. Emily parecía contenta, yo en cambio estaba inquieta y volví a animarla a regresar al abrigo de nuestra casa y los conocimientos de madre.

Cuando se levantó, rompió aguas. El líquido se derramó en la orilla y desapareció entre la arena gruesa y negra. Entonces se giró hacia mí con una mirada suplicante en aquellos ojos grises que yo no supe interpretar. Estaba lejos del faro, demasiado lejos para dejarla e ir a buscar corriendo a Charlie o madre. Estaba en un dilema, estaba decidiendo cómo regresar, cómo conseguir ayuda lo más rápido posible, cuando ella se derrumbó en la playa y comenzó a lanzar gemidos graves mientras se aferraba a la ropa.

Me arrodillé a su lado. La arena negra se había calentado un poco con el sol, pero este no era lugar para que un niño viniera al mundo. Quería la estufa. Quería la cama y las toallas, quería agua caliente y a madre. Me preocupaba Emily. Me preocupaba nuestro bebé.

—Oye, Emily. Si logras llegar hasta el cobertizo, puedo llevarte en carretilla hasta el faro. Tenemos que regresar. Tenemos que...

Ella negó con la cabeza con violencia hasta que la asaltó otra contracción. No se le pasaba, sus gemidos se hicieron más intensos, salían de lo más profundo de su ser. Al fondo, oía los susurros del lago cuando golpeaba las rocas y lamía la orilla. No tuvo elección.

Me quité el abrigo y lo extendí en el suelo. Me puse en cuclillas y atraje a mi hermana hacia mí. Ella apoyó la espalda contra mí y la cabeza contra mi pecho. Sus gritos se confundían con los de las gaviotas en el cielo. Yo estaba aterrorizada, no podía dejar de llorar mientras ella arqueaba la espalda con cada espasmo. Estaba convencida de que iba a perderla, de que aquel niño la desgarraría. Pero su cuerpo sabía cómo comportarse y ella se adaptó a su ritmo. Cuando llegó el momento, hizo acopio de fuerzas, levantó las rodillas, se llevó la mano bajo la falda y trajo a nuestro bebé al mundo con un torrente de agua y sangre.

Se llevó a la niña al pecho, acomodándola bajo el abrigo, bajo la blusa, contra la piel, acunándola entre los pechos. Yo contaba con que se oiría un llanto, contuve el aliento mientras esperaba a que la niña respirara. Por fin, la oí jadear un par de veces. Advertí un sube y baja en el pecho diminuto, tos y un creciente tono rosado en los dedos de las manos y los pies. Su pequeño llantito resonó entre los árboles. Emily la observaba. La observaba igual que observaba a la aguileña, sin perderse ni el más mínimo detalle: el pelo negro pegajoso, los ojillos oscuros entrecerrados, las arrugas en brazos y piernas, la forma de la oreja. Le acarició la cara con un dedo y le tomó la cabecita, moviéndola con delicadeza para que pudiera agarrarse al pezón y comenzase a mamar.

Me eché a reír. Era una niña perfecta. Absolutamente perfecta. Y era nuestra.

Fue en ese instante cuando oí hablar a Emily. Por primera y última vez. Y, aunque aquella voz solo acostumbrada a emitir sonidos indefinidos de vez en cuando no la pronunció con claridad, supe sin lugar a dudas que había dicho «Anna».

MORGAN

—Está de coña, ¿no?

A juzgar por la cara que pone, no está de coña. No creo que sea la clase de persona que bromea con estas cosas.

—Es una coincidencia interesante, ¿no te parece? —responde ella—. Oh, Morgan, sucedió hace tanto tiempo que a veces me pregunto si la memoria no me habrá jugado una mala pasada. Pero pensar que esto —coge el sonajero de plata y lo agita con delicadeza— perteneció a una niña llamada igual, pues... —Su voz se pierde—. No sé cómo cayó en nuestras manos. Quizá se lo regalaron a Peter, o a Charlie...

No dice que podrían habérselo regalado a ella. Sabe que no es suyo. Se acordaría.

Quizá está en lo cierto, quizá fuera un regalo. Pero ¿por qué alguien les regalaría un sonajero de plata con el nombre de otro bebé? ¿O por qué alguien lo conservaría, escondido incluso, si fuera un simple juguete usado?

Qué más daba. Emily tuvo una hija. No importa cuál fuera su nombre.

En algún lugar, la anciana tenía una sobrina. Eso sí que era interesante, joder.

—¿Dónde está el bebé de Emily..., Anna, ahora?

Ella guarda silencio, como si el recuerdo fuera demasiado doloroso.

Vuelve a depositar el sonajero en el regazo, encima del diario empapado.

ELIZABETH

Por muy romántico que parezca dar a luz en la arena volcánica de una isla junto a las aguas purificantes del lago, bajo un cielo azul de primavera donde sobrevuelan las gaviotas, la realidad pronto se convirtió en algo muy distinto. Emily comenzó a tiritar, estaba exhausta, y el viento procedente del lago no amainaba. Sabía que no podíamos quedarnos donde estábamos. Anna estaba calentita y contenta, con la cabeza apoyada en el pecho de su madre, oyendo los latidos que habían sido su canción de cuna durante meses, a resguardo entre el abrigo de Emily y el mío. Emily estaba muy débil cuando la ayudé a levantarse y se apoyó en mí cuando regresamos al cobertizo. Allí, la ayudé a que se subiera con nuestra niña en la carretilla y nos dispusimos a regresar al cabo y al abrigo de la casa, con madre y Charlie.

Tan pronto divisé los edificios blancos, los llamé a gritos. Mi voz era una mezcla de cansancio y urgencia. Charlie llegó primero, se detuvo un instante para asimilar nuestra aparición: yo, sin abrigo, temblando, emocionada por el nacimiento del bebé, pero también preocupada; Emily, envuelta en los dos abrigos, montada en la carretilla. Vino hasta nosotros corriendo y cogió a Emily en brazos. Madre apareció en la puerta de casa. Vio a Charlie cargando con la figura menuda de Emily, echó un vistazo a la falda manchada de sangre y volvió al interior. Charlie acostó a Emily en la cama, mientras madre llegaba y tomaba la iniciativa con sus hábiles manos, levantando la falda y mirando ceñuda la sangre que le empapaba la ropa y le manaba entre las piernas. No se dio cuenta de que la niña había nacido, no la vio, arropada y escondida entre los abrigos como estaba. No podía haber previsto que Emily, a pesar de sus rarezas, había elegido dónde y cómo traer a nuestro bebé al mundo y había reunido las fuerzas necesarias, algo que nunca habríamos imaginado.

El llanto quedo de la recién nacida detuvo la exploración de madre.

—¿Ha nacido? —preguntó, sorprendida, mientras retiraba los abrigos de encima de Emily para poder ver al bebé.

—Es una niña —respondí. Me eché a temblar, me flaqueaban las piernas a causa de la emoción y del esfuerzo. Tuve que esforzarme por no caer redonda—. Se llama Anna.

Madre me lanzó una mirada llena de conmiseración y censura, como si todo aquello no fuera más que un desafortunado incidente que hubiera podido evitarse. Le hizo un nudo al cordón umbilical rápidamente y lo cortó, echó la placenta en un barreño y luego extendió los brazos para coger el bebé. Mi hermana se resistió.

Madre no estaba contenta. No se había emocionado como yo ante el milagro del nacimiento de Anna. No distinguía la belleza y la esperanza en ese cuerpecito perfecto. Más bien parecía molesta, decepcionada al mirar la figura frágil de su nieta descansando cómodamente en brazos de su hija.

—Dámela. —Su voz era suave pero firme. Emily apretó a la niña más fuerte y negó con la cabeza.

Charlie salió de entre las sombras y echó un vistazo a Emily y al bebé. Después, se marchó. Dio media vuelta y salió por la puerta, dando un portazo tras de sí.

Madre dejó caer las manos a los costados y guardó silencio, exasperada, vacilante, como si estuviera meditando algo. Me preocupaba que le arrebatara la niña a Emily. Me coloqué entre ambas y me incliné para retirar los abrigos y reemplazarlos por una manta. Di la vuelta y me dispuse a encender la estufa. Me temblaban las manos y tuve que utilizar varias cerillas hasta que una ardió lo suficiente como para poder acercarla a las ramitas y los troncos que había apilado en el hogar. Cuando al fin prendieron, alimenté el fuego para que la habitación se caldease rápido y puse la tetera encima para hervir agua. Me seguían temblando las manos.

Por fin, madre se alejó de la cama arrastrando los pies, se arrellanó en el sillón y retomó su labor de punto. Yo mientras me afanaba en la cocina, oyendo el chasquido de las agujas que marcaban un ritmo constante.

Durante los últimos meses, mientras el vientre de Emily crecía y los días se alargaban, cuando había que encontrar alguna tarea para pasar las noches, madre se había dedicado a tejer calcetines para los soldados. No sin esfuerzo, daba forma con las agujas a una especie de caja de cuatro lados, con unos puntos pulcros que luego cerraba para darle forma a los dedos. Madre tejía calcetines. No tejía mantas. No había toquillas por ninguna parte. Ni jerséis, ni tampoco rebecas. No le había dado instrucciones a Charlie para que confeccionase una cuna ni a mí para que hiciera patucos. Madre, la persona con la que yo contaba para que nos guiase en materia de alumbramientos, bebés y maternidad, que no sabía estar ociosa, no había hecho nada para preparar la llegada de la hija de Emily.

Con el chasquido de las agujas de fondo, se apoderó de mí un escalofrío. Ahora lo entendía, alumbrada por las llamas de la estufa que caldeaba la

habitación donde una muchacha alimentaba a su recién nacida mientras su madre se sentaba aparte, lejos de ellas, tejiendo calcetines.

Madre nunca había tenido intención de que Emily conservara el bebé.

Emily, siempre más observadora que yo, lo había entendido todo. Lo sabía. Sabía lo bastante como para rechazar la comodidad y el calor de una cama, las paredes de madera de una casa por donde no se colaba el viento. Sabía lo que yo ignoraba: que no podía refugiarse en las manos experimentadas y entendidas de mi madre.

«Deberías haberla dejado morir».

Emily lo sabía. Y ahora, la niña había nacido. La niña tenía nombre. Mamaba del pecho de su madre.

Un rato después, Emily me dejó que cogiera a la niña. La bañé lo mejor que pude en un barreño, eliminando la suciedad del parto antes de envolverla en toallas de franela. También bañé a Emily, le quité la falda y la blusa y las metí en cubos de agua, frotando hasta dejar las prendas limpias y colgándolas fuera para que se secasen con la brisa del lago. Se negó a vestirse, optó por tumbarse desnuda en la cama, contemplando el resplandor naranja de la estufa, con Anna pegada al pecho. Vi cómo se enamoraban.

Cuando cayó la noche, Charlie fue el que encendió la lámpara. Oí sus pasos pesados en las escaleras y en el suelo de madera de la galería. Cuando terminó, bajó arrastrando los pies y se marchó, sin decir nada, sin mirarnos siquiera. Madre preparó la cena en silencio. Y en silencio comimos.

Improviseé una cuna con un cajón del tocador. Vacíé el contenido en una pila en el suelo y luego lo forré con una manta de lana doblada y paños limpios y suaves, los que usábamos para abrillantar las lentes. La puse en el suelo al lado de nuestra cama y deposité en ella a Anna, que dormía, diminuta y perfecta. Emily y yo nos adormecimos, rendidas, acunadas por el ritmo del faro y el coro familiar de las ranas croando en la ciénaga.

Y, aunque advertí que Charlie entraba unas horas más tarde y subía las escaleras del faro, no lo oí detenerse junto a nuestra cama al bajar. Tampoco oí el zumbido del motor fueraborda cuando el Sweet Pea se alejó de la orilla en dirección a las lucecitas que definían el pueblo de Silver Islet, con nuestra niñita dentro de la improvisada cuna a los pies de mi hermano.

MORGAN

Menudo cabrón. Menudo hijo de puta. Ahora entiendo por qué llevaba sesenta años sin hablarle.

—Anna —repite el nombre de nuevo—. Qué coincidencia. Qué coincidencia tan triste y tan trágica.

Yo no estoy tan convencida.

No se da cuenta de que cojo el libro antes de marcharme. La acompaño caminando hasta su habitación y finjo dejar el diario en la mesa con el resto, me aseguro de hacer mucho ruido con el sonajero cuando lo suelto. Me dice que no irá a cenar al comedor, que prefiere estar sola. Todos saben lo sucedido. Le repito que lo siento. Parece lo más apropiado. Y entonces me marchó y la dejo sentada en el sillón de su padre, en la habitación.

En las instrucciones pone que hay que meter el libro en el congelador. Iba a meterlo en una bolsa grande de arroz, como hizo Laurie cuando se le cayó el móvil al fregadero mientras lavaba los platos. Pero, cuando pongo en Google *cómo secar un libro mojado o húmedo*, la web de la Universidad de Michigan afirma que hay que congelarlo de inmediato. El libro no está chorreando. Está mojado e hinchado. Me pregunto cuándo hallaron el cadáver de Charlie con el libro y el sonajero en su bolsillo. Podría haber sido ayer, quizá antes. Veo que ha empezado a crecer un poco de moho en la tapa. Hago lo que la web indica y lo meto en el congelador. Mientras se congela entre las empanadillas y el helado de vainilla, me da tiempo a reunir el resto de cosas que me hacen falta.

Tengo que hacerlo por fases, de modo que me instalo en mi habitación y despejo el tocador para poder trabajar encima. Extiendo una capa de papel de periódico y saco mi secador y un rollo de papel de cocina. No tengo ni idea de cuánto tiempo tarda un libro en congelarse, y voy a comprobarlo tan a menudo que comienzo a molestar a Bill. Supongo que sabré que está listo cuando se endurezca, por eso bajo a mi habitación tan rápidamente como puedo. La tapa se abre con bastante facilidad. Paso el secador por la primera página, moviéndolo para secar la escarcha que comienza a aparecer sobre la página. Paso la mano por encima, acojonada por no estar haciendo lo correcto. Supongo que no puedo

causar más destrozos de los que ya ha causado el lago. Además, la señorita Livingstone nunca se enterará. Una vez el libro se descongela lo suficiente como para que vuelva a estar mojado, introduzco un trozo de papel de cocina entre las páginas secas y las mojadas y vuelvo a meterlo en el congelador. Tengo que esperar hasta que vuelva a congelarse para repetir la operación.

Laurie y Bill no me dejan fumar dentro de casa. No son tan imbéciles como para no saber que fumo, yo creo que se la suda, pero de todas formas me obligan a salir a sentarme en el porche o en los escalones de la entrada. La verdad es que no me suele importar. Me da una excusa para salir de casa y alejarme del ruido de la tele, que siempre está puesta, y las discusiones con los otros chicos. Mientras espero a que el libro vuelva a congelarse, decido salir a echar un pitillo. Es una de esas noches en las que el olor del invierno que se avecina flota en el ambiente. Es un aroma característico, no es como cuando huele a flores y a mierda de perro en primavera, ni a hojas mojadas y mohosas en otoño, pero sabes que va a nevar por el aire, por su olor. Antes de terminar, apago el cigarro para poder llevármelo dentro.

Me lleva mucho rato secar el libro. Mucho más de lo que había previsto. No pierdo la paciencia. Además, las páginas han comenzado a separarse lentamente y puedo distinguir parte de la escritura, a pesar de que la tinta se ha corrido. Leo mientras avanzo. El farero habla de sus cosas de siempre. Sobre los barcos y su trabajo en el faro. Menciona a Charlie en un par de ocasiones, también a Peter. Habla de cuando salen a pescar, de las incursiones alrededor de la isla y de la caza del caribú. Por fin llego a la parte del nacimiento de la señorita Livingstone y Emily.

Sábado, 16 mayo 1925. Lil dio a luz ayer, un mes antes de lo previsto. No nos ha dado tiempo a llevarla a la ciudad, por eso ha alumbrado sola con la ayuda limitada e incompetente de su marido. Hemos sido bendecidos por partida doble, ¡hemos tenido gemelas! Dos niñitas diminutas con el pelo y los ojos oscuros. Son pequeñas y parecen frágiles al ser prematuras, pero así se explica su prisa por llegar al mundo. Lil se encuentra bien. Cuidaremos de ellas y confiaremos en que todo salga bien. Las hemos llamado Elizabeth y Emily.

Leo que las gemelas no solo sobrevivieron, algo que ya sé, sino que se desarrollan correctamente, que comen bien, que lloriquean y le exigen más a su madre, por eso todos están exhaustos y el pequeño Peter, de ocho años, tiene que

ayudar a su padre con las tareas. Dice que las gemelas son inseparables. Que la pequeña, Emily, no puede estar alejada de su hermana ni un minuto sin tener una rabieta. Supongo que Emily necesitaba a Elizabeth desde que era un bebé.

La fecha en la lápida misteriosa de Hardscrabble Island es el 29 de noviembre de 1926. El hundimiento del Kelowna tuvo lugar en diciembre de 1926. Me quedan muchos, muchos viajes al congelador hasta llegar a esas páginas.

Voy a necesitar otro paquete de tabaco.

Hace mucho que dieron las doce. La casa está en silencio. Repito el proceso: congelar, secar, descifrar, congelar, leer, descifrar... Ya he llegado a la mitad del volumen, pero todavía faltan meses para el hundimiento del Kelowna. El farero describe una vida idílica. Las niñas crecen. Transcurre un año en el que alcanzan los consabidos hitos infantiles: aprenden a voltear, a sonreír y a gatear. Mientras tanto, se reemplazan las camisas del faro, se reciben los pedidos de queroseno y se llevan a cabo las reparaciones. El invierno pasa sin incidentes. Le enseña a Charlie a leer utilizando los periódicos atrasados que llegan en paquetes con ejemplares de varias semanas. Cazan ciervos y caribús. La temporada de pesca comienza tarde, las tormentas de rayos son frecuentes y violentas. Protagonizan el cumpleaños de las gemelas, aunque no hay tarta ni regalos, solo una anotación en mayo de 1926 donde se menciona que ya tienen un año. Parece que sus hijas le causan más fascinación que los chicos, pues menciona sus progresos con mucha más frecuencia. Sobre todo, los de Emily. Es evidente que es su favorita.

Miércoles, 16 de junio. Hoy nos han entregado un pequeño balandro con vela cangreja que reemplazará el viejo bote que usábamos, que ya hace aguas. Es una barca preciosa y servirá estupendamente para viajar por las islas y salir a pescar. La hemos llamado Sweet Pea. Las gemelas ya caminan. Elizabeth es mucho más fuerte y alta que Emily, pero Emily ha aprendido más palabras y a veces las emplea con una frecuencia irritante. Se ha convertido en mi sombra, me sigue a todas partes mientras realizo mis tareas, aunque nunca se aleja mucho de Elizabeth.

Algo ha debido de cambiar. La señorita Livingstone afirma que Emily no hablaba. Nunca pronunció palabra. Salvo una: el nombre de su hija. Anna.

Sábado, 10 de julio. Lleva casi tres semanas sin llover. Voy casi todos los días al huerto a regar las patatas. Charlie siempre está deseando acompañarme y disfruta especialmente con las aventuras en el Sweet Pea.

Está llamado a ser un marinero fuerte.

Lunes, 9 de agosto. Este año no abundan los frutos de bosque, aunque hemos pasado varios días en Edward Island recogiénolos. Las niñas se divierten mucho. Juegan durante horas con palos y hojas mientras Lil coge los frutos, se llenan la boca con las bayas púrpuras y se manchan los labios y las mejillas. Son inseparables. Parece que comparten un vínculo y un lenguaje propio. Emily es la más inteligente de las dos. Se me sube al regazo, exige que le cuente cuentos. Finge que lee al mismo tiempo que yo utilizando un lenguaje incomprensible, copiando todos mis gestos de una forma adorable.

Me quedo dormida a las tres de la mañana mientras el libro se encuentra en una de las visitas al congelador. Duermo más de la cuenta. Cuando me despierto, sigo vestida y la lámpara de mi escritorio me apunta, acusadora. Me lleva un momento recordar lo que estaba haciendo, por qué me he quedado noqueada sobre la cama hecha. En el exterior está oscuro, aunque la mañana está avanzada. Todo el mundo debe haber salido de casa porque todo está en silencio. No se oye ni la tele. Cuando miro por la ventana, no veo ningún coche en la entrada y me alivia saber que tengo la casa para mí sola. El cielo está bajo y cargado, y el viento arrastra diminutos copos blancos. Regreso a mi tarea. No tardo mucho en descubrir los secretos que oculta el libro. Pero no son los que había esperado.

Jueves, 18 de noviembre. Una enfermedad ha encontrado el modo de llegar hasta nosotros. Peter y Charlie sufren bajo los efectos de la fiebre. Ambos están en cama, bien tiritando aunque tengan montones de mantas o bien sudando y destapándose cuando les sube la fiebre. Están en buenas manos. Lil ha estado preparando varios brebajes con las hierbas que tiene colgadas en la despensa, confío en que pronto se recuperen.

Domingo, 21 de noviembre. Los chicos muestran señales de mejoría, la fiebre ha bajado, pero continúan en un estado letárgico, no son capaces de ingerir nada más que un poco de caldo. Les estoy leyendo una novela de Julio Verne llamada Veinte mil leguas de viaje submarino. Los tiene distraídos, aunque pasan más tiempo dormidos que despiertos. Las niñas me preocupan más. Ambas están apáticas, me temo que serán las siguientes en sucumbir a la enfermedad.

Lunes, 22 de noviembre. Tanto Elizabeth como Emily están enfermas. Están sonrojadas por la fiebre y se niegan a tomar cualquier alimento que Lil les ofrece. Emily me preocupa más. No tiene la fuerza de su hermana. Es tan pequeña y tan frágil.

Congelar, secar, descifrar...

Sábado, 27 de noviembre. Las niñas llevan cinco días con fiebre. Cada vez están más aletargadas. A diferencia de los chicos, un sarpullido rojo intenso las cubre de pies a cabeza. De no estar el tiempo así de malo, subiríamos todos al Sweet Pea e iríamos a Port Arthur en busca de un médico. Lil hace todo lo que puede, pero la enfermedad, primero con los niños y ahora con las gemelas, es una carga pesada y comienza a hacerse notar. La ayudo tanto como puedo. Mi preocupación va en aumento.

Domingo, 28 de noviembre. A Emily le bajó la fiebre anoche. Su cuerpecito se ha recobrado gracias a las hierbas de Lil. Elizabeth todavía sufre bajo los efectos de la fiebre. Le dan espasmos y tiene la respiración entrecortada.

Lunes, 29 de noviembre. Elizabeth falleció esta mañana. Expiró media hora después de amanecer. He sacado su cuerpo de la cuna, del lado de su hermana. Emily llora inconsolablemente.

He estado leyendo mientras seco las páginas con aire caliente. Cuando leo estas palabras, apago el secador. El silencio es clamoroso. No me sorprende. Sucedió hace mucho, mucho tiempo. Pero, aun así, me afecta.

Paso la página e introduzco un trozo de papel de cocina entre la nueva y la seca. Vuelvo a encender el secador.

Martes, 30 de noviembre. Lil está en cama. Me ha asegurado que no es más que cansancio, que no está enferma, pero estoy preocupado. Estoy fabricando un sencillo ataúd de madera para Elizabeth y la enterraré cerca del cobertizo de los botes. Emily continúa llorando. Se niega a comer, rechaza casi todo el alimento que le ofrece Lil insistentemente. No puedo soportar la idea de perder otra hija. No cavaré dos tumbas.

Jueves, 2 de diciembre. Una tormenta de invierno se ha desatado sobre el lago. El viento azota las aguas sin piedad, rezo a Dios porque no haya barcos que intenten navegar a estas alturas de la temporada, pero enciendo el faro igualmente. Emily continúa llorando. Sus gritos se confunden con el aullido del viento y me encogen el corazón. Es imposible consolarla. Lo hemos intentado todo. Es como si una parte de ella hubiera muerto. Temo por su vida.

He movido mi trabajo de manualidades a la mesa de la cocina para estar más

cerca del congelador. Utilizo una lata de atún vacía de cenicero y está a rebosar. Me la sopla si me castigan por fumar en casa.

Congelar, secar, descifrar...

Sábado, 4 de diciembre. Me maravillan las sorpresas de la vida, los frutos de la casualidad, las alegrías en la tragedia. Ha ocurrido un acontecimiento insólito, me siento aliviado y al mismo tiempo me corroe la culpa. La niña es un regalo del lago. Nos ha devuelto la vida. No me atrevo a deshacer lo que ya está hecho. Consignaré la historia a estas páginas y no volveré a pensar en ella.

El pulso se me acelera. Es la fecha que estaba buscando. A estas alturas, la letra es mucho más difícil de descifrar. Se nota que el farero escribía a toda prisa, las palabras están formadas por letras grandes que se encabalgan las unas en las otras. Me veo obligada a leer despacio cuando lo único que quiero es llegar al final cuanto antes.

El llanto de mi única hija, mi preciosa Emily, me hizo abandonar el calor del hogar y meterme de lleno en la tormenta más horrenda que había visto en todos mis años como farero. O quizá me atrajeron los lobos... No lo sé. Entre el aullido del viento y los lamentos de mi hija superviviente, los oigo conversar. Por eso tomé el arma y caminé por la orilla este bajo el pretexto de ir en su busca. Mientras trepaba por las rocas resbaladizas, distinguí un bote auxiliar que se aproximaba a la orilla. Aunque parecía vacío, me adentré en el agua helada que se mezclaba con la nieve. Nunca había tenido tanto frío. Me hice con un remo y conseguí dirigirlo hacia la playa, enfrentándome a las olas. Fui capaz de alejarlo lo suficiente del agua de manera que no corriera el riesgo de astillarse. En estas estaba cuando vi que había un cuerpo en su interior. Era una mujer, estaba encogida en el fondo del bote y envuelta en una manta de lana que se había congelado. Tenía los ojos abiertos, unos ojos oscuros y perturbadores que miraban sin ver. Una melena cobriza enmarcaba un rostro hermoso pero mortalmente pálido con los labios azulados. Por un momento no me planteé ni que estuviera muerta, ni que llevara un rato flotando a la deriva entre el oleaje o que el viento la hubiera empujado al cabo Porphyry. Escruté la playa y las olas rápidamente buscando señales de naufragio u otros botes, pero no había nada. Sabía que no la podía dejar allí, expuesta a los elementos, de modo que entré en la barca y cogí el cuerpo en brazos, con la intención de dejarla en el cobertizo de la leña hasta que la tormenta

amainara. Cuando la levanté, oí un gemido, muy débil, amortiguado. Al principio creí que me había equivocado, que la vida aún fluía por las venas de la mujer, y la recosté contra la regala. Sus ojos inertes y abiertos confirmaban su estado. El llanto procedía de algún lugar entre las mantas, un eco del de mi querida Emily. Me apresuré a retirarlas. Era una criatura, tendría dos años, era pequeña, delicada, con el pelo del color de la noche, estaba moribunda. La cogí rápidamente, me la metí bajo el abrigo y regresé al faro. Peter y Charlie dormían. Lil se había contagiado de las fiebres. Abrió los ojos apenas cuando entré en casa, pero no se dio cuenta de nada. Emily estaba en su cuna. El llanto se había reducido a un gimoteo exhausto, me temí que también hubiera llegado su hora. Sabía que tenía que calentar el cuerpo de la pequeña que llevaba, y sabía que la muerte también rondaba en el exterior, con el aullido del viento. Le quité a la niña la ropa húmeda y la dejé en la cama, junto a Emily, en el lugar que hasta hacía poco había ocupado Elizabeth. En unos momentos, el llanto de Emily cesó. Temiéndome lo peor, regresé para observarlas. Vi que se habían acurrucado juntas y que Emily agarraba con la mano un mechón de pelo de la otra, tan parecido al de su hermana, que había cerrado los ojos y dormía tranquilamente. Pero la otra me devolvió la mirada. Esta niña no lloraba, lo decía todo con los ojos. Temí haberle robado la vida a una para entregársela a la otra.

Todo cobra sentido. Dios mío, todo cobra sentido. Elizabeth está muerta y enterrada. Es evidente.

Pero hay algo que no encaja. No logro identificarlo. El libro está en el congelador otra vez, pero he perdido la paciencia. Pululo por la cocina, esperando.

Martes, 7 de diciembre. Las dos niñas han mejorado. Comen bien. Los chicos continúan recuperándose. Peter se ha aventurado fuera de la cama. He estado rastreando las orillas en busca de restos de naufragio y no he encontrado nada. El bote no tiene nombre. Solo puedo imaginar que el barco al que pertenecía se ha hundido en esta zona. Puede que pasen varios días antes de que recibamos un informe. He enterrado el cuerpo de la mujer en el agua. La he envuelto en una lona y le he atado piedras. No estoy seguro de por qué lo he hecho. También he enterrado a Elizabeth, pero no como había pensado. La he llevado a Hardscrabble Island. Yace bajo un montón de piedras, alejada de los caminos para que nadie tropiece con su tumba por casualidad, donde podrá disfrutar del lago por toda la

eternidad, donde la luz del faro la alcanzará en su última morada, donde podrá descansar sin ser descubierta.

Lo siguiente que leo me deja completamente atónita. Acabo la página, recojo mis cosas a toda prisa y salgo a la tormenta, con el diario metido en la mochila y la funda del violín bajo el brazo.

Tengo que contárselo a la señorita Livingstone. Ella no es Elizabeth.

ELIZABETH

Estoy bajo la ducha, agarrada a las barras cromadas que salpican los azulejos de la pared. El agua me recorre el cuerpo como un millar de torrentes. Cierro los ojos y levanto la cabeza, dejo que las gotas me rieguen la cara y me mojen el pelo hasta que este se empapa, espeso y reluciente, y acarrea el agua como un río que se acumula a mis pies antes de desaparecer por el sumidero de la ducha. Siento que lobo merodea en las inmediaciones. Se ha vuelto más insistente, ahora me visita casi todos los días. Es un animal paciente. Se sienta, observa y espera. Me seco los ojos pero vuelven a llenarse de agua rápidamente. No me molesto en volver a secarlos, extendiendo la mano y tanteo la pared hasta que encuentro la llave del agua y la giro a la derecha del todo. Doy un respingo cuando el agua fría me golpea, tan fría como el lago. Abro los ojos de la impresión, pero sigo sin ver nada. Tengo la piel erizada. Se me acelera el pulso.

MORGAN

Dios, está nevando. El viento es una mano helada que me atraviesa la chaqueta. La nieve es pesada, y moja. Me da de lleno en la cara y me recorre el cuello. Comienza a acumularse en las calles, sucia, medio derretida, resbaladiza. Resulta difícil caminar. Los coches patinan en las esquinas. Siempre pasa con las primeras nevadas de la temporada. Los putos conductores se olvidan de cómo se conduce. Aunque hasta yo he de admitirlo: es una tormenta de las buenas, sobre todo para esta época del año.

Tengo el pulso acelerado. Quiero llegar a la residencia Boreal a toda prisa, pero los autobuses circulan con retraso y tengo que esperar en la puta calle con la que está cayendo durante un rato larguísimo hasta que por fin aparece uno. El autobús está casi vacío y el conductor me deja justo delante del edificio. Le doy las gracias mientras me apresuro a bajar.

Cuando llego a la entrada, hay algo que no encaja. Toco al portero automático y espero, tiritando, mientras la nieve cae a mi alrededor. Nadie contesta. Intento abrir la puerta, pero está cerrada con llave. Claro que lo está. Siempre es así. Pero siempre suele haber alguien que contesta al interfono aunque apenas se le entienda, y a juzgar a todo aquel que solicita acceso. ¿Por qué no están precisamente hoy? Aprieto la cara contra el cristal y echo un vistazo al interior. Distingo a varios trabajadores en la entrada. Están en grupo, hablando, una de ellas hace gestos con los brazos y señala la puerta. Pero no me ven.

—¡Eh! ¡Eh! —Doy puñetazos en la puerta para atraer su atención, pero todos se dirigen hacia el pasillo y pasan de mí—. ¡Mierda!

Rodeo el edificio hasta la parte de atrás, más allá de la valla que me he pasado tantas horas pintando. Ahora se funde con la tormenta que cae con violencia. Blanco sobre blanco. Trato de abrir la puerta que conduce de la sala acristalada al jardín, pero también está cerrada. Sabía que lo estaría, pero tenía que intentarlo de todas formas. Cuando aprieto la cara contra el cristal, distingo a Marty dentro. Mis puñetazos y gritos atraen su atención.

Marty no me pregunta qué hago aquí, se limita a abrir para dejarme pasar, fuera del alcance del viento y los torbellinos de nieve.

—No es un buen momento, Morgan —me advierte.

Dejo el violín en el suelo y me sacudo la nieve del abrigo. El interior está oscuro, en silencio y resguardado, pero noto una tensión de fondo. Es una sensación más que nada. Solo hay algunas luces encendidas, tenues y débiles. Marty se está poniendo el abrigo, se dispone a salir al exterior. Aquí pasa algo.

—¿Qué sucede?

—La señorita Livingstone se ha escapado.

Dejo de sacudirme el abrigo. Un millón de preguntas pugnan por salir. Pienso en lo sucedido, en mi última conversación con ella. No formulo ninguna.

Él se abrocha el abrigo y se cala bien el gorro, casi le roza las pobladas cejas.

—Ha habido un corte de electricidad. Provocado por una rama helada que cayó sobre los cables. Poco después de irse la luz, se marchó sin más. Las alarmas no sonaron. —Es mucho más de lo que Marty suele decir normalmente. Creo que se siente responsable.

—¿Qué puedo hacer?

—No mucho, a menos que quieras salir a buscarla. —Echa un vistazo a la puerta y se fija en la tormenta de nieve que silba en el exterior. Añade en voz baja, casi inaudible—: Y encima en una maldita noche como esta. —Se encoge un par de veces de hombros y, sin decir nada más, se mete de lleno en la tormenta.

Echo un vistazo a mi alrededor. La poli ha llegado a la puerta principal. Anne Campbell está allí, los deja pasar. Me escabullo por la puerta trasera y sigo las huellas de Marty. Desaparecen rápidamente, engullidas por el viento y la nieve.

El bus está completamente vacío cuando me subo. Me sorprende que me haya visto el conductor y se haya detenido a recogerme. Me cuenta que este será su último viaje, que las carreteras están tan mal que han decidido cancelar el servicio. Le digo que no voy lejos. Tiene sintonizada la radio en una emisora de éxitos de los ochenta y, entre canciones, el locutor enumera una lista de eventos que han sido cancelados. Un concierto en la iglesia luterana, las clases de natación en el polideportivo, incluso una reunión de Alcohólicos Anónimos. El parte meteorológico informa que durante la noche caerán treinta centímetros de nieve y para mañana se espera más de lo mismo. Nieve y tormentas con visibilidad reducida. Acaban de cortar la autopista a Nipigon.

Estoy sentada mirando por la ventanilla. Nos separan solo unas manzanas de distancia de la residencia cuando la veo. Está caminando por una calle secundaria, envuelta en un abrigo oscuro. Lleva la cabeza descubierta y la larga melena blanca flota tras ella.

—¡Pare! ¡Pare justo aquí! ¡Déjeme bajar! —Me abalanzo sobre las puertas

tratando de abrirlas antes de que el conductor detenga el autobús siquiera.

Bajo la nieve acecha una capa de hielo. Me coge desprevenida y resbalo al bajar del autobús de un salto. Me escurro por el suelo entre maldiciones y por poco me pasa por encima el autobús. Tengo que encoger las piernas para evitar que me atropelle. Puto tiempo de mierda. Cuando por fin consigo levantarme, el autobús ha cerrado las puertas y se marcha entre chirridos de frenos.

No me doy cuenta de que he olvidado el violín en el asiento.

Ella camina en dirección contraria, inclinada para hacerle frente al viento, avanza despacio y con cautela.

—¡Señorita Livingstone! ¡Señorita Livingstone! —Corro tras ella y la agarro del hombro—. ¿Qué demonios está haciendo? ¡Hace un frío de pelotas! Todo el mundo la está buscando...

Se estremece cuando la toco y se gira hacia mí. No sigo hablando. El pelo níveo que le cae sobre los hombros es idéntico. Pero ahí termina el parecido. No es ella. Es la señorita Livingstone, pero no es ella. Me miran unos ojos grises vibrantes. Los he visto antes, en una fotografía. Son perturbadores. Son del color del lago.

Es Emily.

Me lanza una mirada penetrante y yo retrocedo un paso. Me sonrío, como si me reconociera, como si supiera quién soy. Entonces hace algo muy extraño. Me acaricia la mejilla con una mano. Me pasa un dedo por las cejas, por la nariz y por los labios. Quiero apartarme, pero no puedo. Me toma el rostro con la mano y emite un sonido, pero no son palabras lo que pronuncia.

Un coche se detiene junto a nosotras. Es la policía. Ambas seguimos inmóviles. La nieve gira a nuestro alrededor y lanza destellos bajo los faros, como el sol cuando se refleja en la superficie del lago.

ELIZABETH

Dicen que ha sido la chica quien la ha encontrado. Que se había escapado con este temporal de mil demonios que sacude nuestro edificio y se arroja contra las ventanas como una manada de lobos hambrientos. Ahora ha regresado a su habitación al abrigo de las mantas, pero sé que no está bien. Me ha sorprendido que tuviera fuerzas para bajar de la cama, encontrar un abrigo y escabullirse con el caos causado por el corte de luz, llegar a la puerta y salir a la tormenta. ¿Qué le habrá entrado para hacer algo así?

Estoy sentada junto a su cama. Respira con dificultad. La mano que sostengo está seca y caliente, demasiado caliente. Morgan está conmigo. Está de pie, callada, junto a la puerta, pero sé que está aquí.

—No tienes por qué quedarte —le aseguro.

—No, yo... Quiero hacerlo.

Me alegra tener compañía. Me encanta que quiera estar aquí.

No sabía que Emily vivía en el mismo edificio, que su habitación se encuentra en la otra ala, donde está el acceso restringido y las enfermeras están más atentas. Emily necesita más cuidados. Más de los que yo puedo proporcionarle. Suele sufrir ataques. Puedo arreglármelas casi siempre. Pero soy vieja. Y estoy cansada. Cuando descubrí que el lago nos llamaba, que nos atraía hacia casa y nos sacaba de nuestra vida de aislamiento en la Toscana, regresamos porque yo sabía que ya no podía proporcionarle a Emily la atención que precisaba. Este lugar nos ofrecía la privacidad que necesitábamos y la ansiada cercanía al lago. El mundo no sabe dónde está Emily Livingstone. No podría ser aceptada tal y como es, de eso no me cabe duda. Por eso la oculté. La protegí. Consagré mi vida a ese empeño. Ese ha sido mi propósito.

La chica acerca una silla al otro lado de la cama de Emily y se sienta. Oigo que rebusca en el interior de su mochila.

—Hay algo que debo contarle —dice—. Algo que creo que debería saber.

Noto el olor a moho del libro. Sé que es el diario. Ha encontrado algo en él que el lago trató de arrebatarme. No estoy segura de querer saber de qué se trata. Cuando comienza a hablar no puedo detenerla. Brotan de ella las palabras de mi padre como si fueran olas que se estrellasen contra un acantilado para luego

desaparecer sigilosamente en las profundidades, seguidas de otras, otras y otras.
Son hipnóticas.

MORGAN

El diario está por capas, el papel de cocina se alterna con las páginas y el resultado es un libraco mucho más gordo que el original. Lo abro con cuidado, pasando las hojas húmedas, hasta que encuentro la parte del nacimiento de Elizabeth y Emily. No sé muy bien cómo empezar.

La señorita Livingstone..., Elizabeth..., le da la mano a su hermana. Emily está delicada. No respiraba bien y lleva sin abrir los ojos desde que la trajimos a su habitación. Volví con ella a la residencia. En un coche de la poli. No me imaginaba que acabaría en la parte de atrás de un coche de la poli de esa manera. Llegamos a duras penas entre el hielo y la nieve. Cuando paramos ante la entrada principal, Emily estaba tiritando y tenía los ojos vidriosos. Ni siquiera entonces quiso que las enfermeras la ayudaran cuando estas intentaron llevarla a su habitación. Pero ahora está tranquila, se podría decir que está en paz. Elizabeth y yo estamos aquí.

Su habitación no es como la de Elizabeth. La colcha que cubre la cama es similar, pero eso es todo. Las paredes están llenas de pinturas y dibujos y hay lápices y papeles y colores alineados en un escritorio junto a la ventana. Todas las pinturas representan lo mismo: una niña, una niña recién nacida. Un dibujo intrincado, detallado. No hace falta que nadie me diga que se trata de Anna.

Inspiro y comienzo a relatar.

La anciana me escucha mientras leo las palabras de su padre. Habla de sus hijas, las gemelas, que pronto nacerán. Habla de la enfermedad, de los días que pasó preocupado por todos sus hijos, los niños y las niñas, ajenos al mundo mientras la fiebre los consumía. Y después, de la muerte de Elizabeth.

No dice ni una palabra. Nada. Su rostro no transmite ninguna emoción. Así que continúo. Leo sobre el bote, arrastrado hasta la orilla por la tormenta, de una mujer pelirroja, de una niña envuelta en su abrigo a quien el farero colocó en la cuna junto a Emily. Y, allí, mientras absorbía la calidez de su cuerpo, ambas revivieron.

La historia no ha terminado. Hay más. Estoy a punto de pasar la página cuando ella me interrumpe. Habla en voz baja y temblorosa.

—Lo sé —musita—. Siempre lo he sabido.

ELIZABETH

Oigo que suena Mozart. Marty debe haber puesto música. Es relajante. Inspiro hondo y me paso los dedos por el pelo, de la raíz a las puntas. Sé que ahora está completamente blanco. El color de la nieve. Me recuerda lo vieja que soy, pero miente. Por dentro, no lo soy.

Ahora siento a la niña, a Elizabeth. Fría, enterrada bajo las rocas, zarandeada por el viento y azotada por la lluvia. ¿Se sentirá sola? Yo la acompaño. He recorrido con ella las orillas del lago. Ha vivido conmigo, siempre ha estado conmigo. Ella soy yo. Somos una única persona.

Emily y yo nos completamos. Somos hilos tejidos formando un único paño. Compartimos una vida al igual que la pequeña Elizabeth y yo compartimos una muerte. No podríamos haber sobrevivido sin mí. Viví por ella. Esa es nuestra verdad.

Comienzo a hablar. El sonido de mi voz se suma a la respiración trabajosa de Emily, palabras que merodearán por las praderas, subirán al techo y esperarán al acecho en los rincones. Quizá mantengan a raya a los lobos.

—Hay una parte de la historia que no te he contado —le confieso.

A la mañana siguiente del nacimiento de Anna, me desperté antes que Emily. Era tan temprano que la noche se aferraba con desesperación a los confines del día, gris y silenciosa, sin querer soltarlos. Todo estaba en calma. Ni siquiera los pájaros habían comenzado a trinar, reservaban su canto hasta que el cielo asomase titubeante sobre el horizonte para espantar la oscuridad. El resplandor bastaba para ver. Emily estaba acurrucada a mi lado, con el pelo negro desplegado sobre las sábanas blancas, con una mano asomando de la cama, apoyada, supuse yo, en la cuna improvisada de su hija. Noté de inmediato que había algo que iba mal. Había demasiado silencio. Demasiada quietud.

El faro.

Durante todos mis años en la isla Porphyry, a pesar de las tormentas, las enfermedades y la adversidad, nunca, ni una sola vez, habíamos dejado que la luz del faro se extinguiera. Hasta ese día.

Bajé de la cama sigilosamente, abriéndome paso entre las sombras que

colgaban por la estancia y me atenazaban el corazón. Sabía lo que ellos habían hecho. Lo sabía antes de desembarazarme de las brumas del sueño, pero no era capaz de aceptarlo. Era impensable. No cabía mayor crueldad. Nunca podría haber imaginado que Charlie, ni siquiera el Charlie que había regresado a casa después de la guerra, con heridas en la mente y en el corazón mayores de las que su cuerpo había conocido, sería capaz de algo tan despreciable. Y madre, nuestra mismísima madre, ¿cómo podía haberse prestado a algo así?

Entonces la vi. Sentada en el sillón. Estaba despierta, observándome mientras yo me arrodillaba en el suelo de madera donde nuestra niña, nuestra Anna, había estado, mientras levantaba el edredón, movía las palanganas que había utilizado para bañar a Emily y descorría la cortina que rodeaba la otra cama, la cama que padre y ella habían compartido. Mientras tanto, madre me seguía con una mirada triste y compasiva, pero mantenía la mandíbula firme y los labios apretados. Entonces me acordé. Me acordé de una noche de finales de verano, el año que Charlie comenzó a ir al colegio en la ciudad, cuando la luz del faro iluminaba intermitentemente la habitación y las voces de mis padres llegaban, sin censura, hasta mí: «Las hemos condenado a las dos. Emily nunca estará bien».

Ahora lo veo. Emily lloraba la pérdida de su gemela. Lloraba por Elizabeth, enterrada bajo un montón de piedras manchadas de líquen. Estaba incompleta, con un pie en el más allá. Un espíritu en el mundo de los vivos. Y yo fui una pobre sustituta, una ofrenda expiatoria del lago. Todos estos años. ¿Cómo no he sido capaz de darme cuenta? Todas esas veces que Emily se marchó sola a vagabundear por la isla, expuesta a los peligros de los acantilados y las criaturas salvajes. Y a los hombres. Críos, en realidad.

«Deberías haberla dejado morir».

Madre nunca aceptaría a la hija de Emily.

—¿Qué le habéis hecho? —intento susurrar, pero la rabia habla por mí con palabras duras, que se me atragantan y me ahogan. Emily mueve la mano en sueños. La está buscando.

—Es lo mejor para ella —dijo madre en tono monocorde y despectivo.

—¿Lo mejor para ella es estar sin su madre?

Madre lanzó un gruñido.

—Su madre está incapacitada. No puede cuidar de sí misma, mucho menos de una niña.

—Es tan mía como de Emily, Emily y yo somos una sola persona. ¿Cómo has podido arrebatármela?

Ella se levantó despacio, con dificultad.

—La niña no es tuya.

Me dio la espalda para dirigirse hacia las escaleras, subiéndolas pausada y

metódicamente. Estaba hecho. Madre había decidido que había llegado el momento de ocuparse del faro, durante las escasas horas que faltaban para la salida del sol, volver a ser la mujer responsable, vigilante y rigurosa de siempre. Caminaba arrastrando los pies.

Yo no me había movido. Seguía agachada en el suelo junto a la cama. Sus pasos eran pesados, cada vez más lejanos, subiendo al faro.

—Te equivocas. —Esta vez no susurré—. La niña es nuestra, de Emily y mía. No tenías ningún derecho.

Emily se había despertado. Se sentó en la cama, sin dejar de buscar con la mirada: me vio a mí en el suelo, oyó que madre subía las escaleras, que la maquinaria del faro estaba en silencio, notó la calidez de las brasas de la estufa. Y supo que Anna no estaba. Se abrazó a las rodillas y comenzó a balancearse.

Madre continuaba subiendo.

—¿Dónde está? —grité yo. Mi voz quebró el amanecer, resonó contra los acantilados, vagó por el lago. Ella seguía subiendo.

Corrí hacia las escaleras, subí los escalones de dos en dos. Los andares pesados de madre eran más rápidos de lo que creía. Estaba en lo alto cuando la alcancé. Se dispuso a encender el faro: la lata del combustible estaba abierta y vertió un poco en el depósito. Estaba de espaldas a mí. Depositó la lata en el suelo y cogió la caja de cerillas del estante.

Dejo de hablar. Ni siquiera sé si la chica sigue en la habitación. Está callada. ¿Me escucha? Nunca antes había dicho estas palabras en voz alta: al pronunciarlas se hacen realidad, eso me da miedo. Han estado enterradas, ocultas en los más oscuros recovecos de mi mente, polvorientas y calladas... No puedo negarlas si les doy forma y sonido. No se lo había contado a nadie.

He pensado en este día a menudo. Ha envenenado mis sueños. He recreado la escena una y otra vez en mi mente, la he vivido en la oscuridad de mil noches. Recuerdo. Pero ya no sé si lo que recuerdo es la verdad. Es como un sueño del que te despiertas repentinamente, una pesadilla que te deja sudorosa, con el pulso acelerado. Así, tumbada en la oscuridad, intentando invocar al sueño, manipulas tu recuerdo hasta darle un final satisfactorio, uno que no te persiga, solo entonces puedes volver a dormir tranquila y dejar que los ensueños se dispersen como la bruma matinal. ¿He fabricado una verdad? ¿Una con la que puedo vivir? ¿He revivido el momento tantas veces que mi ficción es ahora mi verdad, la verdad que yo quiero que sea? He de ser sincera. No lo sé. Ya no sé cuál es la verdad. No sé quién encendió la cerilla. No sé cómo se derramó el combustible. No sé si yo la empujé o fue ella quien me empujó. No lo sé.

Y, así, continuó.

Madre abrió la caja, sacó una cerilla y se giró hacia mí. Yo temblaba de pies a cabeza. Tenía escalofríos y la boca seca, me resultaba difícil formar las palabras.

—¿Dónde está?

Oía a Emily abajo. Mi hermosa y callada Emily hacía unos ruidos extraños mientras revolvía la habitación. Yo imaginaba sus movimientos sin necesidad de verlos, simplemente por los sonidos que subían escaleras arriba: las sillas cayendo con estrépito contra el suelo de madera, los libros de padre al caer de los estantes, platos rotos, estruendo de ollas. Estaba buscando, igual que yo antes.

—¿Dónde está?

Me acerqué más, agarré a madre del brazo. Ella se apartó de mí, se giró hacia la luz y pasó el fósforo por el papel basto del lado de la caja. Observé saltar las chispas, tímidas e intermitentes primero, hasta que la cerilla prendió con un fogonazo de luz amarilla que luego se redujo a un resplandor continuo. Madre estaba concentrada en la camisa incandescente, de espaldas a mí, para que no le viera la cara. Me estaba despachando. Estaba hecho. Habíamos acabado. Teníamos que encargarnos de nuestras tareas. Charlie se convertiría en el farero, sería el que manejase la luz que iluminaba el lago Superior, señalando los peligros, alumbrando el camino a los barcos que surcaban las olas, como había hecho durante miles, miles y miles de noches. Nosotras agacharíamos la cabeza y encalaríamos los edificios y abrillantaríamos las grandes lentes de cristal. Pescaríamos, cazaríamos y plantaríamos patatas en el huerto. Y Emily se escaparía, y yo la encontraría. Siempre la encontraba. Me necesitaba.

Pero yo necesitaba a Anna. La cosa no acababa ahí. Yo no estaba dispuesta. No me despacharía así como así. Agarré a madre, la agarré y la obligué a mirarme. Oí que Emily subía las escaleras. Oía cada uno de sus pasos firmes en los escalones.

—¿Dónde está nuestra hija? —Me temblaba la voz.

—No es tu hija. —Madre tenía la cerilla en la mano. Resplandecía, reflejada en sus ojos, pero yo le sostuve la mirada, fuerte, desafiante—. Emily y tú ni siquiera sois de la misma sangre.

Las palabras me impactaron. Y lo supe. Supe que era verdad. En cierto modo, siempre lo había sabido. Fue entonces cuando cayó la cerilla. Rebotó una vez, giró sobre el borde de la lata de combustible, todavía ardiendo, y aterrizó en el interior de la lata sobre el queroseno. La miré durante un tiempo que se me antojó una eternidad. Emily vio caer la cerilla. La vio bailar al borde de la lata.

La vio cernerse sobre el combustible.

Contemplé el fognazo de las llamas desde abajo. Vi a madre, una silueta en lo alto de las escaleras, mientras caía hacia atrás. Después no vi nada más.

Las llamas consumieron rápidamente los tablones secos de pino que formaban las paredes de la torre del faro. Pronto se abrieron camino hasta las vigas del desván, donde estaban amontonados los periódicos de padre de varias décadas, y los devoraron vorazmente. Hicieron estallar las ventanas y lamieron los arbustos de lilas que padre había plantado hacía tantos años, antes de saltar al edificio contiguo que albergaba la sirena de niebla. Solo la casa del ayudante se libró de la furia de las llamas.

Recuerdo fragmentos, breves e inconexos, mientras recobro y vuelvo a perder el conocimiento. Emily mirándome desde arriba. El estruendo del fuego y los chasquidos de los abetos jóvenes que se alzaban como antorchas entre las rocas. Los gritos de Charlie. La vela del Sweet Pea por encima de mí, blanca contra el cielo azul violáceo. El olor acre del humo impregnándome a mí, a Emily. En la distancia, a través del lago, el faro, una enorme llama anaranjada en mitad de la bruma del amanecer próximo. Esa fue la última vez que vi Porphyry.

—Pasé meses en el hospital, el dolor de las quemaduras en la espalda y en el pecho llegó a ser tan intenso que deseé la muerte. Me contaron que, incluso adormecida por la morfina, llamaba a Emily a gritos. En lo más profundo de mi ser sabía, sabía perfectamente que no compartíamos la misma sangre, que no éramos mellizas. Pero eso no cambiaba el hecho de que Emily y yo fuéramos, a todos los efectos importantes, hermanas. De modo que viví. Viví por Emily. —Cierro los ojos, los ojos inútiles que no sirven más que para ver los recuerdos que me persiguen—. Charlie se encargó de que la ingresaran. La internaron en el hospital psiquiátrico Lakehead, la encerraron. —Me detengo—. La culpaban del fuego. La culpaban de la muerte de madre. —Mi voz es apenas un susurro—. Nunca los convencí de lo contrario.

La chica no dice nada. No condena, ni tampoco consuela.

—Cuando estuve lo bastante bien para dejar el hospital, Charlie se había marchado. Pasó otro año antes de que escribiera a Alfred y Millie y consiguiera que le dieran el alta a Emily. No fui capaz de descubrir nada sobre Anna, nadie sabía qué le había sucedido.

MORGAN

Guardamos silencio un momento, solo se escucha la respiración entrecortada de Emily. Sé cuánto le ha costado a Elizabeth compartir esa parte de la historia. Pero el farero tenía más que decir. Su historia no está acabada. Ella cree que sí, pero no es así. Lo que viene a continuación es lo que esperaba contarle.

—Hay otra cosa —le digo—. Hay más...

Justo cuando me dispongo a retomar la lectura, Emily se revuelve y las palabras de Andrew Livingstone son silenciadas. Esos ojos grises perturbadores se abren y, aunque no suelta la mano de Elizabeth, Emily me encuentra con la mirada, se aferra a mí y me impide hablar, aun habiendo querido. Extiende los dedos, pálidos y delgados, buscándome la mano. La mirada se vuelve más apagada y vuelve a quedarse dormida, asida a la mano de su hermana y a la mía.

No leo más.

En el exterior, la tormenta está en pleno apogeo. Aunque no esté más que al otro lado de la ventana, de la pared, al mismo tiempo parece muy, muy lejana. Continuamos así, las tres juntas, con las manos unidas. El diario espera, callado, en mi regazo.

Emily exhala su último aliento poco después de las doce de la noche. Es una muerte tan pacífica que ni yo ni Elizabeth nos damos cuenta cuando ocurre.

Nos quedamos sentadas mucho rato en la habitación de Emily después de que expire. Ninguna quiere dar el siguiente paso, levantarse, continuar, marcharse. Elizabeth me habla de la demencia senil de Emily que, durante meses, años incluso, se ha ido apoderando de ella hasta llegar al punto de que solo la reconocía de vez en cuando. Mientras las lágrimas le caen por las mejillas arrugadas, me cuenta que siente que la perdió hace mucho, pero que aun así le cuesta despedirse de ella.

Duermo en el sillón de la habitación de Elizabeth, después de que las enfermeras entren y cubran el rostro de Emily y ayuden a Elizabeth a meterse en la cama. Me acuerdo de llamar a Laurie para contarle que no estaré en casa, que

voy a quedarme con la señorita Livingstone. Suena patético, como si me estuviera inventando una excusa barata para quedarme por ahí de fiesta. Pero es la primera vez que llamo —con o sin excusa—, me parece que me ha creído. Dice que se alegra de que la haya llamado y saber que estoy bien. Dice que no echará la llave de la puerta de la casa, por si acaso.

Marty entra varias veces durante la noche a ver cómo estamos. No lo veo ni lo oigo, pero me cubre con la colcha de ganchillo. Por la mañana, la tormenta ha amainado. Me siento en el cuarto de Elizabeth a tomar un té.

—En cierto modo —dice ella—, siempre lo he sabido. Pero me negué a que la tumba de una niña o las últimas palabras de mi madre marcaran mi existencia, no quise pasarme la vida entera preguntándome quién soy. —Deposita la taza junto a la pila de diarios. Están todos menos el que yo tengo. El que cuenta la verdad—. No volví a cuestionarme todo hasta que hallaron el Wind Dancer y las palabras de padre me alcanzaron desde el más allá, cuando el misterio salió a la superficie. Pero es irrelevante, ¿no crees? Sé quién soy. Siempre lo he sabido. —Coge el sonajero que hay sobre los libros. Como le tiembla un poco la mano, el sonajero tintinea levemente—. Soy la vida que he vivido. Yo soy Elizabeth.

Emily sabía la verdad. No sé cómo, pero lo sabía. Y, a su manera, me pidió que no lo contara.

Elizabeth me pasa el sonajero. Lo giro para leer el nombre.

Anna. Hija de Robert Larkin, de la naviera Larkin e Hijos. Iba a bordo del Kelowna cuando se fue a pique en las proximidades de la isla Porphyry. La llamaban por su nombre, le cantaban su nombre. Formaba parte de ella. Y lo recordaba.

—Quédatelo —dice Elizabeth—. No significa nada para mí. No tengo ningún recuerdo de él.

Normal, tratándose de Elizabeth. Nunca fue suyo.

Han pasado cuatro días desde que encontré a Emily vagando en mitad de la tormenta, desde la noche que falleció. Estoy frente al mar, en las rocas al final del muelle 3. La ventisca solo duró un día y, desde entonces, el sol ha salido y ha caldeado el ambiente lo suficiente hasta dejar la nieve medio derretida y sucia. Aunque todavía hace frío. Hace demasiado frío para estar junto al lago, joder. Pero aquí estoy.

Marty me llevó a casa, después de que la máquina quitanieves pasara por las calles y los coches pudieran salir de debajo de los montones de nieve que los enterraban. Fue entonces cuando me di cuenta de que había perdido el violín.

Cuando fui al día siguiente a la residencia de ancianos Boreal, Marty me lo

dio. Había llamado a la terminal de autobuses y ellos lo localizaron. Fue hasta allí en coche a recogerlo. Estoy agradecida de haberlo recuperado, pero lo que más me importa es la música. Hubo un momento que casi la perdí. No volverá a pasar. Es parte de mí.

Marty me ha pedido que pintara la valla. Pensé que se estaba quedando conmigo, pero va en serio. Dijo que algún tipo de mural quedaría bonito, que la superficie blanca parecía estar esperando a que la pintaran. Salimos y la miramos, nos fijamos en todo el trabajo que había hecho, allí callados, mientras la nieve se arremolinaba a nuestro alrededor. La luz era lo bastante fuerte para distinguir las líneas de mi libélula —la libélula de Emily— debajo de la pintura blanca.

—¿Sabes? —me dijo—. Cuando pintas sobre algo, lo que había antes no acaba de borrarse. Sigue ahí. Las capas de color, las marcas y los arañazos, incluso la madera que se esconde debajo del todo, conforman lo que hay pintado encima, pueden llegar a inspirarlo, pero no lo definen. Eso es cosa del pintor. — Me mira con esos ojos azul zafiro que brillan bajo unas cejas blancas y pobladas —. Del artista.

Sabía que no estaba hablando de vallas.

No tengo el don de Emily, pero es un desafío pensar que puedo basarme en su trabajo y dejar que su historia fluya a través de mí. Ya sé lo que quiero hacer. Creo que pintaré las dos libélulas, una más grande que otra. *El vuelo de las hermanas*. Parece lo correcto.

Hay un cuervo sentado en un pilote justo al final del muelle, con las plumas erizadas para mantener el calor y el pico negro mate mudo. Abre las alas y las oigo cortar el aire cuando levanta el vuelo y desaparece sobrevolando la ciudad. Marty y Elizabeth llegarán pronto. Fue idea de Marty que esparciésemos las cenizas de Emily y de Charlie sobre las aguas. Creo que les hubiera gustado. Espero que las cuerdas del violín me permitan tocar con estas temperaturas.

Hoy el agua es azul, parece hielo líquido. Tengo el diario. Abro la página que habla sobre Charlie y sus hermanas y la leo por última vez.

Sábado, 11 de diciembre. Lil ha permanecido en cama durante casi una semana entera, pero le ha bajado la fiebre. Sé que esta gripe está ya bajo control y que estamos en el buen camino para recuperarnos. Volverá a estar levantada y encargándose de la casa pronto, gracias a Dios no ha habido más muertes. No le he hablado de la niña, ni del cadáver de la mujer que he sumergido en el lago. Ya habrá tiempo para eso cuando mejore. Además, lo hecho, hecho está, doy gracias a Dios por el regalo que le ha devuelto la vida a mi hija, completándola, llenando el vacío causado

por la pérdida de su hermana gemela. Peter lo sabe. Se le nota cuando las mira. Sabe que la más pequeña no es su hermana. No dice nada. Él es así. Pero Charlie no recuerda que Elizabeth ha muerto. Seguía delirando por la fiebre cuando me llevé su cuerpo inerte del lado de Emily y lo intercambié por el otro, el que le devolvió la vida. En realidad, se parecen bastante, con el pelo color ala de cuervo, la piel clara y los rasgos delicados. Tampoco las gemelas eran idénticas, Elizabeth siempre fue la más grande y la más fuerte de las dos. Ahora es Emily la más grande. Por eso, hoy, cuando Charlie se ha aventurado fuera de la cama y ha mirado en la cuna de las niñas, cuando les ha hablado y les ha acariciado la mejilla, como le gusta hacer, ha confundido sus nombres. Si quiero silenciar nuestro oscuro secreto, si quiero asegurarme de que este no se le escape a un niño al que le encanta parlotear, haré lo que sea preciso, por el bien de Emily. Ella se quedará con el nombre de su hermana fallecida y le pasará el suyo a la niña del lago.

Arranco la página del diario. Joder, en realidad tiene sentido. Explica por qué su madre nunca llegó a aceptarla. Explica en parte su manera de ser, cómo siempre se sintió una extraña, vagando por la vida atrapada en un mundo creado por ella, callada salvo cuando le hablaba al viento, los árboles y los animales. Entiendo por qué el lago la cautivaba al mismo tiempo que la aterraba: casi acaba con ella. Y cuando el Hartnell naufragó y se pasó los días recorriendo la orilla, buscando, estaba reviviendo su historia. Incluso utilizó un nombre de su pasado para su hija. Emily recordaba. Emily recordaba que había sido Anna.

«Deberías haberla dejado morir».

Las palabras de su madre siempre persiguieron a Elizabeth: le dieron forma a su vida. Se convirtió en su protectora, su defensora, sacrificó todo por el bien de su hermana. Aunque al principio no era Elizabeth la que vivía para Emily: era Emily la que vivía para ella.

Sin embargo, el farero no dejó que ninguna de las dos muriese: ni Elizabeth, ni Emily, ni Anna. En cierto modo, se aseguró de que todas sobrevivieran. Aun a costa de vivir en una mentira.

Charlie sabía la verdad. Debía de estar al tanto. Por eso regresó a por los diarios cuando el Kelowna fue descubierto. Iba a contárselo a Elizabeth después de todos esos años. Es probable que leyera las palabras de su padre cuando regresó a la isla después de la guerra. ¿Se culpaba por haber guardado el secreto? Solo tenía cinco años. Estaba demasiado enfermo para ver cómo el farero sacaba a la pequeña Elizabeth, ya difunta, de la cuna, y la reemplazaba por un bebé más pequeño, una niña que la tormenta había arrojado a la orilla en mitad de una

tormenta; cómo iba a saberlo. Pensaba que eran mellizas, que eran sus hermanas. Y había asumido que la niña más robusta era Elizabeth. Por supuesto. ¿Por qué iba a creer otra cosa? Y, así, la niña que nació como Emily se convirtió en su hermana muerta, Elizabeth. Y la hija de Robert Larkin, una niña llamada Anna, robada al lago, despojada de su vida, se convirtió en Emily.

Rompo la hoja en pedazos y los arrojo al lago. Se esparcen por la superficie, bailando con las olas. No se derriten como los copos de nieve, pero finalmente se alejan, llevándose la verdad consigo.

ARNIE RICHARDSON

Arnie deja al perro en el coche y echa andar por la carretera apoyado en el bastón, pasa delante de la antigua estación de ferrocarril mientras se ajusta bien la bufanda. Los distingue al final del muelle 3, la anciana va en silla de ruedas. Es Elizabeth Livingstone, está seguro. También hay una chica que toca el violín a pesar del viento gélido. Es una ceremonia muy sobria, no encaja con la repercusión que ha tenido la noticia de que la aclamada artista Emily Livingstone ha fallecido, con la que el resto del mundo se consuela.

Él conoce bien su obra. Siguió su carrera lo mejor que pudo, incluso posee un pequeño grabado suyo que está colgado en su casita de Silver Islet. Encontrarla no fue fácil. Encontrarlas a las dos. Le resultaba difícil escribirles una carta, por eso terminó enviando solo una nota donde les decía dónde podían encontrar sus pertenencias de Porphyry, en caso de que algún día regresaran. Se la envió al agente de Emily, una galería londinense que gestionaba su obra. Supo que la habían recibido cuando hace unos años reclamaron sus pertenencias, entendió entonces que habían regresado. Ojalá hubiera dicho más.

La niña no estuvo con él mucho tiempo. La tuvo en brazos brevemente, esa noche de mayo en la que Charlie aporreó la puerta de su casa antes del amanecer, insistiendo en que la niña era responsabilidad de su familia. Su madre y su padre se hicieron cargo de todo. No hicieron preguntas: así es como eran y así es como se hacían entonces las cosas. Había que proteger la reputación. Cuando inscribieron a la niña en el registro unos días después, Porphyry seguía ardiendo, la madre de la niña había sido internada en un psiquiátrico después de ser declarada incapacitada, y en el espacio en blanco para el nombre del padre pusieron David Fletcher, de ocupación, ayudante de farero. Arnie no les corrigió. Fue adoptada por una pareja de Ottawa. Fue su madre la que escogió el nombre de Isabel. En cierto momento indagó por su cuenta, envió cartas con el membrete de su despacho de abogados. Descubrió que había muerto de cáncer hacía años.

Se queda donde está durante un rato, observando el pequeño grupo del final del muelle, le llegan algunas notas sueltas de la melodía que la brisa arrastra. Se plantea acercarse para hablar con Elizabeth. Sin embargo, suspira y da media

vuelta, de regreso al coche. El labrador lo recibe con entusiasmo.

57. Epílogo

MORGAN

El helicóptero desciende, aproximándose a la superficie del lago. Oigo la voz del piloto a través de los auriculares.

—Ahí delante está Porphyry.

La torre, alta y blanca, se distingue perfectamente. También los edificios de tejado rojo, desperdigados por el cabo rocoso. El lago es de un color turquesa, que se funde con el verde moteado de los bancos de arena próximos a la orilla. A medida que nos aproximamos a la pista de aterrizaje desde el este, observo el monte Sleeping Giant, una silueta púrpura que asoma tras el extremo más alejado de Silver Islet. Me resulta extraña verlo desde este ángulo, como si estuviera mirando desde el otro lado del espejo.

Sé que no es el mismo faro. La torre y la casa donde vivía ella ya no existen, fueron pasto de las llamas. Creo que en los sesenta construyeron una vivienda nueva para el ayudante, de modo que la original tampoco existe. Pero es lo que habría querido ella.

Sujeto la urna en el regazo.

Han pasado más de cinco años desde que nos reunimos frente al lago en un frío día de noviembre. Dios, parece que fue hace tanto tiempo.

No he sido capaz de convencer a Marty para que viniera. Me ha dicho que ya se ha despedido y me ha salido con la excusa de que necesita arreglar algún aparato, pero sé que la idea de volar en helicóptero lo acojona. Elizabeth lo organizó todo antes de morir. Lo hablamos cuando pasé una semana en casa por vacaciones de la universidad.

Me hizo prometérselo, pero no había ninguna necesidad, lo habría hecho de todas maneras. Creo que lo sabía.

El helicóptero planea sobre el lago brevemente, luego aterriza sobre la escueta pista del cabo, los rotores reducen la velocidad.

—Tómate todo el tiempo que necesites. —El piloto acciona varios interruptores y palancas y luego me ayuda a desabrocharme el cinturón. Me quito los auriculares, abro la puerta y bajo del helicóptero. No me siguen. Solo estamos Elizabeth y yo, caminando entre las rocas en dirección a los edificios.

Hace años que el faro se automatizó, ya nadie vive en las casas. Pero hace

poco que han estado limpiándolo todo. Los edificios están recién pintados, las lilas han florecido y el césped está cortado.

Me siento en la base de cemento bajo la torre del faro y contemplo el lago. A lo lejos se distingue un carguero. Se dirige hacia Thunder Bay, cortando las aguas heladas y dejando una estela de espuma. A lo lejos, está Pie Island.

Todo resulta tan familiar que parece que he estado antes aquí.

Regresé a casa de la universidad hace unas semanas. Es como si hubiera estado esperando a que volviera, a que terminara con los exámenes, para pasar algún tiempo con ella y hablarle de las clases, de las compañeras de piso y del grupo en el que toco. Me compró un regalo de graduación. Vi que Marty había tenido algo que ver, pero seguro que ella le había dicho qué comprarme. Un violín eléctrico de color azul. Decía que nunca podría entender el tipo de música que yo tocaba, que una ancianita como ella podía aprender todavía montones de cosas, pero que no sabía apreciar los acordes salvajes de las guitarras y los porrazos de la percusión habiendo música como la de Paganini y Bach. Le mostré cómo intercalábamos los clásicos en nuestras piezas, pero ella arrugaba la cara, negaba con la cabeza y me hacía reír. Sé que me estaba tomando el pelo. Sé que está muy orgullosa... Lo estaba. El violín azul es la prueba.

Laurie también se alegró de verme. Ahora tengo mi propia casa, pero a veces voy a visitarla o quedamos a tomar un café. Bill y ella ya no acogen más niños. Dice que están jubilados. Es probable que Caleb y yo agotáramos su paciencia. Ella dice que no y sonrío, pero es una sonrisa cansada.

Hace un par de años, Elizabeth recibió una carta. Formaba parte de la herencia de Arnie Richardson y había sido escrita hacía muchos años, aunque nunca llegó a ser enviada. Contenía algunos documentos legales, incluida una copia gastada del registro de nacimiento del bebé de Emily, Anna. Le pusieron Isabel. Elizabeth y yo no sabemos qué parte de la historia entendió el abuelo cuando ella se presentó en su casa, creyendo que él era su padre. Pero sabía lo suficiente para figurarse lo que había sucedido y quién era ella. Por eso la acogió. Y la quiso. Y me quiso a mí. Me pregunto si le contó historias de su madre. De la época que pasaron juntos en la isla Porphyry. Me pregunto si le mostró el dibujo de las libélulas, el que ella deslizó bajo su puerta cuando era el ayudante del farero; el que escondía en la funda del violín.

Emily me reconoció. Supo quién era yo. No sé cómo, pero lo hizo, sé que fue así. Veía cosas que no eran evidentes para nadie más. Aquel día, cuando la encontré en mitad de la tormenta, fue al revés. Fue ella la que me encontró a mí. Marty dice que me parezco a ella. Tenemos los mismos ojos, del color del lago.

Hay una larga caminata hasta el embarcadero, y los putos mosquitos son una pesadilla. Casi me deshago de Elizabeth en mitad del camino para acabar de una

vez. El viejo cobertizo de los botes sigue en pie. Está un poco inclinado, pero también está repintado y el muelle ha sido reparado. Encuentro el sendero que conduce a la playa en el lado este de la isla, deposito la urna en la orilla pedregosa y me siento al lado a contemplar Dreadnaught Island. No he traído el violín. No me hacía falta. La música está aquí, en las olas, el viento y el canto de los pájaros. Y en mi recuerdo.

Aquí sentada, decido que no voy a hacerle caso. No del todo.

La puerta está abierta, pero yo estoy bien atada. En nuestra primera pasada, las gaviotas levantan el vuelo con un aleteo súbito y blanco, luego descendemos y sobrevolamos de nuevo Hardscrabble Island. Abro la urna y me inclino lo bastante para esparcir el polvo gris. Flota por el aire, planea sobre una pila de rocas cubiertas de liquen donde una desgastada cruz marca la tumba de la niña Elizabeth Livingstone. Una corriente de aire atrapa la nube antes de que esta se asiente sobre las piedras y esparce parte de ella sobre la superficie del Superior. El lago baila y riela como miles de haces de luz.

Elizabeth y Emily vuelven a estar juntas.

NOTA DE LA AUTORA

Aunque la novela *El secreto del faro* está inspirada en los hombres y mujeres canadienses que trabajaron en los faros de los Grandes Lagos durante el siglo XIX y principios del XX, es, ante todo, una obra de ficción. Como tal, me he tomado algunas libertades a la hora de contar la historia de la familia Livingstone.

Porphyrus es la última de una cadena de islas que se extiende más allá de la península Black Bay en la orilla canadiense del lago Superior. El faro sirve para señalar el canal de navegación que discurre al norte de Isle Royale, que conduce a las poblaciones de Port Arthur y Fort William, hoy aglutinadas bajo el nombre de Thunder Bay. Fue el segundo faro construido en el lado canadiense del lago Superior, e iluminó las aguas de Black Bay por primera vez alrededor de 1873. Andrew Dick, que trabajó en él de farero entre 1880 y 1910, dejó varios diarios que dan cuenta de sus vivencias en el faro con su esposa nativa, Caroline, y sus diez hijos. Los diarios fueron descubiertos años más tarde en el desván de una de las residencias de verano de Silver Islet, y dos volúmenes se conservan en el museo de Thunder Bay. Estos diarios sirvieron de inspiración para *El secreto del faro*. El faro original ya no existe, fue reemplazado a mitad del pasado siglo y, aunque me ha servido de modelo, lo he modificado sobre el papel. La diferencia más significativa es que, mientras que la luz del original era fija, en el mío es intermitente.

Durante la primera parte del siglo XX, el transporte de mercancías en el lago Superior fue un negocio lucrativo: cargueros repletos de mineral de hierro, madera y grano recorrían los lagos y se cruzaban con mercantes cargados de maquinaria, calzado y té que iban en dirección contraria. En esa época la tecnología no gobernaba el rumbo de los barcos, no había ni GPS, ni satélites, ni frecuencias del servicio marítimo. Los capitanes trazaban el rumbo con mapas, calculaban su posición gracias a los puntos de referencia, utilizaban compases para manejar el timón y sus bitácoras para calcular la distancia recorrida. Sus herramientas eran el sextante y las reglas de cálculo, y tenían vigías que se encargaban de escrutar el horizonte en busca de faros, balizas y otros buques.

Tan importante como el faro, que enviaba una señal luminosa a través de las aguas oscuras, era el sonido de la sirena de niebla que guiaba a las embarcaciones invisibles para evitar los bancos de arena cuando se levantaba la infame niebla del lago Superior. Aquí también me he tomado alguna libertad respecto a la estación del cabo Porphyrus, ya que el diáfono original fue encargado en 1908, no en 1918, como yo he indicado.

La comunidad de la cercana Silver Islet juega un papel significativo en la novela, y es un lugar plagado de historias, tragedias y personajes fascinantes. El pueblo fue construido en la década de 1870 para suplir las necesidades de la mina de Silver Islet, que estuvo operativa hasta 1884. Ese año no llegaron a recibir el cargamento de carbón para el invierno antes de que terminara la temporada navegable. Cuando la reserva de combustible se agotó, el sistema de bombas que mantenía a raya el agua del Superior para que esta no inundara los pozos dejó de funcionar y el lago reclamó la mina. Con el descenso del precio de la plata, la mina nunca volvió a reabrirse. Unos años después, las casas y los edificios de la compañía que se apiñaban frente al lago fueron adquiridos para ser reconvertidos en casitas de verano.

Hay muchas embarcaciones naufragadas en las gélidas profundidades del lago Superior, y me he permitido unir en el Kelowna y el Hartnell algunos de los incidentes localizados cerca de Porphyry.

El lago Superior aparece en la novela tal y como es, icónico y real, temperamental, hermoso, vasto, magnífico y caprichoso. Aunque se dice que rara vez devuelve a sus muertos, tengo que agradecerle que haya querido compartir sus historias.

AGRADECIMIENTOS

Ningún libro se escribe en soledad a pesar del tiempo que pasan los escritores en una habitación oscura acompañados solo por sus personajes. Agradezco todo el apoyo que he recibido mientras trabajaba en *El secreto del faro*.

Doy las gracias al Arts Council de Ontario, que apoyó mis esfuerzos creativos a través de sus becas Writers' Works in Progress y Writers' Reserve.

A Jenny Bent, mi fabulosa agente (que se echó a reír cuando le pregunté si había marcado bien cuando me llamó para ofrecerme sus servicios) y al increíble equipo de su agencia, Bent Agency.

A mi dinámico equipo editorial en HarperCollins: Iris Tupholme, Emily Griffin y Laura Dosky, que trabajaron para resaltar mis puntos fuertes y darles forma a mis palabras para sacar a la luz la mejor historia posible, y a Miranda Ottewell, por su atención al detalle.

A mis queridas arpías del colectivo Laughing Fox Writers y a todas sus encarnaciones anteriores, con las que he compartido un viaje común a través de la palabra escrita, gracias por el vino, por la *pizza*, por leer borradores, por compartir refugios y, sobre todo, por obligarme a dar el gigantesco paso que supone dar a conocer tu manuscrito, en especial a Heather Dickson, Donna White, Marion Agnew, Cathi Grandfield y Holly Haggarty (como veis, el manuscrito ya no está en el cajón de los calcetines).

A mis primeros lectores, Lucy Laframboise, Kristine Dalzell, Darrel Makin, Susan Visser y Emma Trante, gracias por vuestros comentarios. A las fuentes que me ayudaron con todo tipo de referencias, desde cómo era el trabajo en un faro en los Grandes Lagos, a las firmas de los grafiteros o los tipos de orquídeas que hay en la isla Porphyry: Larry y Patricia Wright, Ted Armstrong, Rob Foster, Kim Armstrong, Dave Poisson, John O'Meara, Michelle Beck, Sarah Mason y Lora Northway, habéis hecho de este libro una obra más sustanciosa.

A mi marido, Richard, y a mis increíbles «pequeños»: Erin, Colin y Ryan, que creen en mí incluso cuando me vengo abajo, que me regalan su opinión sincera y que me recuerdan que almuerce.

A mi padre, Craig McDonald, y a la memoria de mi madre, Sue, que me llevaban a navegar todos los fines de semana y todos los veranos de mi juventud, por inculcarme amor y respeto por el lago Superior, y a mis hermanas, Barbara Mitchell y Theresa Flatt, que ya no está entre nosotros, que compartieron aquellos viajes y me animaron a emprender este periplo. A Mary Ann Beckwith, por volver a navegar conmigo.

Y, por último, a los fareros que han inspirado este trabajo, en especial a la

familia McKay, que trabajó durante generaciones en diversos faros del lago Superior. He tenido la inmensa fortuna de poder conocer a Bob McKay, antiguo senador de la comunidad Métis de Ontario, que trabajó como ayudante de farero en el faro del cabo Porphyry entre 1960 y 1965 con su primo Cliff McKay. Tras pasar su juventud en el campamento de pesca de su familia en Walker's Channel, Bob pudo compartir conmigo sus conocimientos de la isla Porphyry, su experiencia personal, su amor por el trabajo en el faro, sus muchas fotografías, su sentido del humor y el respeto que siente por su legado indígena y por la historia de su familia. También tuve la fortuna de conocer a la esposa de Cliff McKay, Frances. Cliff fue el farero de Porphyry entre 1959 y 1979, y Frances pasó muchos veranos maravillosos en la isla. A sus noventa y cuatro años, Frances leyó un primer borrador de *El secreto del faro* y me obsequió con el mejor cumplido que cualquier escritor puede recibir al decirme, melancólicamente, que la había trasladado a Porphyry.

A todos vosotros, gracias.

Table of Contents

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Índice](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[Primera parte: Finales y principios](#)

[1. Arnie Richardson](#)

[2. Morgan](#)

[3. Elizabeth](#)

[4. Morgan](#)

[5. Elizabeth](#)

[6. Morgan](#)

[7. Elizabeth](#)

[8. Morgan](#)

[9. Elizabeth](#)

[10. Morgan](#)

[11. Elizabeth](#)

[12. Morgan](#)

[13. Elizabeth](#)

[14. Morgan](#)

[15. Elizabeth](#)

[16. Morgan](#)

[17. Elizabeth](#)

[18. Morgan](#)

[19. Elizabeth](#)

[20. Morgan](#)

[21. Elizabeth](#)

[22. Morgan](#)

[23. Elizabeth](#)

[24. Morgan](#)

[25. Elizabeth](#)

[Segunda parte: Fantasmas](#)

[26. Elizabeth](#)

[27. Elizabeth](#)

[28. Morgan](#)

[29. Elizabeth](#)

[30. Elizabeth](#)

[31. Elizabeth](#)

[32. Elizabeth](#)

[33. Elizabeth](#)

[34. Morgan](#)

[35. Elizabeth](#)

[36. Morgan](#)

[37. Elizabeth](#)

[38. Elizabeth](#)

[39. Morgan](#)

[40. Elizabeth](#)

[Tercera parte: El vuelo de las hermanas](#)

[41. Morgan](#)

[42. Elizabeth](#)

[43. Morgan](#)

[44. Elizabeth](#)

[45. Morgan](#)

[46. Elizabeth](#)

[47. Morgan](#)

[48. Elizabeth](#)

[49. Morgan](#)

[50. Elizabeth](#)

[51. Morgan](#)

[52. Elizabeth](#)

[53. Morgan](#)

[54. Elizabeth](#)

[55. Morgan](#)

[56. Arnie Richardson](#)

[57. Epílogo: Morgan](#)

[Nota de la autora](#)

[Agradecimientos](#)